

VERSÁTIL
romántica

Sarah MacLean
**UN ESCOCÉS
EN LA OSCURIDAD**
Escándalos & Canallas 2

Table of Contents

Escándalos y Canallas, tomo 2. La salvaje pupila de Warnick

- Prólogo: ¡Gran devastación ducal! Diez horribles días de oscuridad y locura... ·
- 1: La adorable Lily se convierte en la Musa
- 2: El salvaje escocés va al sur para meter en cintura a su díscola pupila ·
- 3: A puñetazos en el Ángel Caído: El salvaje escocés se sirve del presumido seguidor de Brummel para manifestar su sarcástica repulsa ·
- 4: El duque salvaje y sus perros toman la residencia ·
- 5: La adorable Lily se pone furiosa..., desobedece al duque y ¡desaparece! ·
- 6: ¡El duque va a Dog House! ·
- 7: La adorable Lily empieza la temporada con un estilo especial ·
- 8: La solitaria Lily es abordada por las peligrosas Talbot; las audaces bellezas se hacen amigas de la pupila de Warnick ·
- 9: ¿Mosquetero o mosqueperro? ·
- 10: ¡Sigue siendo un salvaje escocés! El duque pone a Derek en su lugar ·
- 11: ¡Mujeres! ¡Encontronazo con una mujer bien vestida! ·
- 12: La pérdida del duque es la ganancia de un conde ·
- 13: La ausencia hace que el escocés se encariñe ·
- 14: Una imagen vale más que mil pupilas ·
- 15: El duque salvaje abandona a la desolada pupila ·
- 16: Tartán, ¿un tejido tentador o una horrible tendencia? ·
- 17: ¡El duque salvaje, víctima del deseo! ·
- 18: Algo realmente malo: el salvaje escocés espía al estilo escocés ·
- 19: El arte de Warnick ·
- 20: Las acciones hablan más alto que las pupilas. ·
- 21: En el amor y en la guerra todo vale ·
- 22: ¡Lily se desnuda! ¿Una musa mal usada? ·
- Epílogo: ¡La temporada londinense! El duque se quiere marchar y la duquesa le da una sorpresa ·
- Nota de la autora:

Título original: *A Scot in the Dark*

© 2016 by Sarah Trabucchi

Published by arrangement with Avon, an imprint of HarperCollins Publishers.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: junio 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A todas las chicas escandalosas.

Escándalos y Canallas, tomo 2. La salvaje pupila de Warnick

Domingo, 9 de mayo de 1834

Desde fuentes fiables nos ha llegado la noticia de que en los clubs de St. James está todo el mundo apostando como loco a que cierto duque ha regresado a Londres para recordarle a su no tan joven pupila que no le gustan nada los chismes que le están contando sobre ella. Así que con la llegada de la primavera, el duque de Warnick ha decidido ejercer el papel de casamentero con la señorita Lillian Hargrove —más conocida como la Musa, para aquellos que hayan oído hablar de (o mejor dicho, hayan visto) el promiscuo cuadro que escandaliza a toda la sociedad— y regresar al sur. Se espera con emoción la próxima llegada del salvaje escocés (y poco entusiasta duque). Lo único seguro es que los aires primaverales traerán tartanes a la ciudad... y a la sociedad.

Continuará...

· Prólogo: ¡Gran devastación ducal! Diez horribles días de oscuridad y locura... ·

Marzo, 1829

Bernard Settlesworth, caballero, creía que cada uno tenía un nombre destinado. De hecho, como tercera generación de una familia de abogados de la aristocracia, era difícil no creer tal cosa. Bernard se sentía muy orgulloso de su trabajo, que realizaba con precisión casi todos los días del año. Después de todo, como se repetía a sí mismo a menudo, la aristocracia británica se basaba en el arduo trabajo de hombres como él. Si los Bernard Settlesworth del mundo no llevaran los libros de cuentas ni administraran con suma habilidad las enormes propiedades, la Cámara de los Lores se derrumbaría, dejando a su paso solo antiguas líneas heráldicas y fortunas despilfarradas.

Así que hacía su trabajo como Dios mandaba y esa era su forma de asegurarse de que la aristocracia permaneciera en pie... Con solvencia.

Y aunque se sentía orgulloso de todos los aspectos de su trabajo, no había nada que disfrutara tanto como conocer a nuevos herederos, ya que era en esos momentos cuando el apellido Settlesworth se ponía a trabajar de la mejor manera posible.

Bernard disfrutaba mucho de esta parte, es decir, hasta que la tragedia se ensañó con el ducado de Warnick.

Dos marqueses, seis condes y barones diferentes. Un terrateniente y sus tres hijos. Un vicario. Un capitán de barco. Un sombrerero. Un criador de caballos. Y un duque.

Habían muerto todos por culpa de una serie de tragedias que incluían — aunque no se limitaban a— un accidente de carruaje, otro de caza, un robo que salió mal, un ahogamiento en el Támesis, una desafortunada gripe y un incidente, realmente inquietante, relacionado con un cormorán.

Si era objetivo, pensó Bernard, en realidad eran diecisiete los duques que habían muerto. Todo en el lapso de una quincena.

Más que un giro de los acontecimientos, fueron diecisiete vueltas, algo inaudito en la historia británica. Pero Bernard estaba totalmente entregado a su trabajo, más aún cuando le tocaba proteger un título tan viejo y venerable, sus vastas tierras (que ahora eran incluso más, dadas las sucesivas y rápidas muertes de diecisiete hombres, varios de los cuales murieron sin descendientes) y grandes fortunas (por la misma causa).

Y así fue como un día se encontró ante la gran entrada de piedra del castillo de Dunworthy, en la fría, ventosa y salvaje Escocia, cara a cara con Alec Stuart, que una vez había sido el decimoséptimo heredero del ducado de Warnick, y ahora era el último heredero conocido del título.

En realidad eso de «cara a cara» no era del todo exacto. Después de haber sido recibido por una joven muy hermosa, se había visto obligado a esperar, rodeado de enormes tapices y un puñado de armas antiguas que parecían haber sido colgadas de cualquier forma en la pared.

Entonces... esperó.

Y esperó...

Después de tres cuartos de hora, aparecieron dos perros grises de gran tamaño —los más grandes que había visto en su vida— y aspecto salvaje. Ambos se acercaron a él con movimientos engañosamente perezosos, y Bernard se arrinconó de espaldas al muro de piedra, esperando que decidieran buscar otra víctima más apetitosa. En vez de eso, se sentaron a sus pies, y esas enormes cabezas de áspero pelaje quedaron casi a la altura de su pecho. Los vio sonreír, sin duda considerándolo un sabroso manjar.

A Bernard no le importó. De hecho, por primera vez en su carrera, consideró la posibilidad de que la suya fuera una profesión poco agradable.

Y entonces llegó el hombre, con un aspecto todavía más salvaje que los perros. Era moreno y grande como una montaña, de hecho, no había visto nunca a un hombre tan grande —de casi dos metros— y con un cuerpo ancho y musculoso, sin pizca de grasa. Y Bernard lo podía afirmar porque ese individuo no llevaba camisa.

En realidad, tampoco llevaba pantalones.

Usaba un *kilt*. Y un sable.

Por un momento, Bernard se preguntó si habría viajado por el tiempo y el espacio a una Escocia anterior. Después de todo, estaban en el año 1829, a pesar de que aquel escocés parecía haber nacido tres siglos antes.

El enorme tipo lo ignoró mientras lanzaba la espada a la pared, donde

quedó clavada como si fuera por la pura fuerza de voluntad de su dueño. El mismo que le dio la espalda y comenzó a alejarse.

Bernard se aclaró la garganta, un sonido que resonó con más fuerza de la que pretendía en el enorme espacio de piedra, la suficiente como para que aquel tipo se diera la vuelta y mirara con atención su, en comparación, diminuta figura.

—¿Quién es usted? —dijo el hombretón después de un largo silencio.

O al menos eso pensó Bernard que había dicho. Las palabras salieron confusas de la boca del hombre, envueltas en un espeso acento escocés.

—Yo... Yo... —Bernard se encogió, deseando no tartamudear a pesar de estar rodeado de bestias humanas y caninas—. Estoy esperando que me reciba el dueño de la casa.

El hombre empezó a retumbar, y Bernard imaginó que aquel profundo sonido eran sus carcajadas de diversión.

—Tenga cuidado. A estas piedras no les gusta oír que tienen dueño.

Bernard parpadeó. Había escuchado historias sobre escoceses locos, pero no había esperado toparse con ninguno. Tal vez había entendido mal aquella confusión de erres y siseos perdidos.

—Perdón...

El hombre lo estudió durante un buen rato.

—¿Está disculpándose conmigo o con el castillo?

—Pues... —Bernard no supo qué decirle. Aunque un hombre no podía disculparse con un edificio, ¿verdad? Movié la cabeza a un lado—. ¿No está por aquí el señor Stuart?

El enorme hombre se balanceó sobre los talones, y Bernard tuvo la clara sensación de que a aquel bruto le encantaba su evidente incomodidad. Como si no fuera él quien tuviera que sentirse incómodo por andar por el castillo medio desnudo.

—Sí.

—Llevo casi una hora esperándole.

Los perros sintieron su irritación y se levantaron, claramente ofendidos. Bernard tragó saliva.

—Angus. Hardy. —Al instante, las bestias se retiraron para ponerse al lado de su amo.

Y fue entonces cuando lo supo.

—Es usted... —dijo mirando al hombre medio desnudo que había junto a

la puerta.

—Sí. Pero todavía no sé quién es usted.

—¡Alec! —La voz de una joven resonó por el castillo—. Te está esperando un hombre. ¡Me ha dicho que es abogado, de Londres!

El nuevo duque de Warnick no apartó la vista de Bernard mientras respondía.

—También ha dicho que lleva esperándome una hora.

—Bueno, he imaginado que un elegante abogado de Londres no podía venir para nada bueno —canturreó la voz—. Así que, ¿para qué molestarte mientras estabas entrenando?

—¿Para qué...?, en efecto —repuso el escocés—. Mis disculpas. A mi hermana no le caen bien los ingleses.

Bernard asintió moviendo la cabeza.

—¿Podemos hablar en privado en algún lugar?

—Como a mí me preocupan menos los ingleses que a mi hermana —explicó el duque— no necesitamos tanta ceremonia. Puede indicarme qué le ha traído aquí y luego podrá marcharse.

Bernard imaginó que la imagen que tenía aquel hombre sobre Inglaterra cambiaría bastante una vez descubriera que se había convertido en par del reino. Uno muy rico.

—Por supuesto... Tengo el gran placer de decirle que, desde hace doce días, es usted el duque de Warnick.

A lo largo de su carrera, Bernard había sido testigo de toda clase de respuestas cuando alguien era informado de que había recibido una herencia. Se había mantenido al margen de la tristeza de aquellos que habían perdido a sus amados padres, y reconocido el entusiasmo en el rostro de los que lidiaban con la muerte de familiares no tan queridos. Había sido testigo del impacto que suponía para herederos lejanos y la alegría de aquellos cuya fortuna había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Y, en el menos placentero de sus días, había presenciado la devastadora carga de la herencia cuando un aristócrata de nuevo cuño descubría que su título no venía aparejado más que con una deuda insostenible.

Pero en los más de veinte años que llevaba sirviendo a las altas esferas de la aristocracia, nunca se había encontrado con apatía.

Hasta ese momento, en el que el escocés por el que había cruzado el país para acudir a su encuentro lo miró con calma y dijo:

—Bah... —Luego giró sobre sus talones para dirigirse a la puerta con los perros a la zaga.

—Ex... Excelencia... —farfulló Settlesworth confundido.

—No tengo ningún interés en un título inglés —soltó el aludido con una larga carcajada—. Y, sin duda, no tengo interés alguno en ser la «excelencia» de nadie.

Dicho eso, el vigésimo primer duque de Warnick, último de una estirpe venerable y rico como un rey, desapareció.

Bernard esperó una hora más en la fortaleza de piedra y tres días a mayores en la única posada del pueblo más cercano, pero el duque no mostró ningún interés en volver a hablar con él.

Y así fue como, durante los cinco años siguientes, el duque rara vez apareció en Londres y, cuando lo hizo, evitó cualquier reunión aristocrática. En cuestión de meses, la sociedad londinense había percibido su desdén y decidido que, en realidad, eran ellos quienes lo desdeñaban y no al revés.

Dijeron que el duque sin linaje no merecía su tiempo ni su energía. Después de todo, el decimoséptimo en la línea hereditaria para un ducado ni siquiera podía ser considerado un duque de verdad.

Tal punto de vista se adaptaba a Alec Stuart, orgulloso escocés, como un guante, y reanudó su vida sin pensar dos veces en las obligaciones del título. Como tampoco era un monstruo, administró sus ahora grandes propiedades con meticoloso cuidado, asegurándose de que aquellos que confiaban en las tierras de Warnick conseguían prósperos dividendos, pero evitó ir a Londres, convencido de que si Inglaterra lo ignoraba, él también podía ignorarla a ella.

E Inglaterra lo ignoró... Hasta que dejó de hacerlo.

Hasta el momento en el que llegó una misiva que le reveló que, además de las propiedades, los sirvientes, los cuadros y las alfombras que había heredado con aquel título que no tenía ningún interés en usar, el duque de Warnick había recibido también algo muy diferente.

Una pupila.

• 1: La adorable Lily se convierte en la Musa

Abril, 1834

Exposición en la Royal Academy
Somerset House, Londres

La señorita Lillian Hargrove era la mujer más bella de Inglaterra. Era un hecho demostrado, que no requería confirmación por parte de los expertos en el tema. Bastaba con mirarla, con percibir su piel de porcelana, sus rasgos simétricos, sus pómulos altos, sus labios carnosos, sus orejas perfectas y su nariz recta, que hacía recordar a la mejor escultura clásica, para que cualquiera lo supiera.

Si se agregaba también su pelo rojo, que de alguna forma no resultaba descarado, sino de un atrayente tono dorado que evocaba las puestas de sol más celestiales, y sus ojos, grises como una tormenta de verano, ya no había ninguna duda al respecto.

Lillian Hargrove era perfecta.

Tan perfecta que el hecho de que procediera de la nada —que careciera de título, posición social y dote, que hubiera sido sacada de Dios sabía dónde por el mejor artista de Londres, con el que no estaba casada— de alguna forma se volvía irrelevante cuando ella entraba en cualquier estancia. Después de todo, nada cegaba más a los caballeros (tuvieran título o no) como la belleza, un hecho que era suficiente para llamar la atención de cualquier madre casamentera que frecuentara Almack's.

Por eso, la mitad femenina de la aristocracia disfrutó enormemente de los acontecimientos que acaecieron el 24 de abril de 1834, el día de la inauguración de la Exposición de Arte Contemporáneo de la Royal Academy, cuando Lillian Hargrove —que actualmente era la belleza favorita de *El folleto de los Escándalos*— se convirtió ella misma en un escándalo por derecho propio.

Y en una mujer arruinada. Muy, muy arruinada.

Más tarde, cuando esa misma sección de la sociedad comentaba entre fervientes susurros los acontecimientos del día, los guantes blancos ocultaban las yemas de los dedos manchadas de negro por la tinta de las revistas de cotilleos que juraban que no leían, unas conversaciones que siempre terminaban con un horrorizado y jubiloso: «La pobre no lo vio llegar».

Y así había sido.

De hecho, el día que todo había empezado, Lily lo había considerado el mejor día de su vida.

El que había estado esperando durante toda su existencia: veintitrés años y cuarenta y ocho semanas. El día en el que Derek Hawkins iba a hacerle una propuesta.

No conocía a Derek desde siempre. Se habían visto por primera vez hacía seis meses, tres semanas y cinco días; cuando se le acercó, mientras se entretenía bajo el sol en Hyde Park, la tarde de San Miguel, uno de los últimos días cálidos del año, y le dijo, con extrema claridad, que iba a casarse con ella.

—Eres una revelación —le había dicho él en un tono frío y medido, arrancándola por sorpresa de su lectura.

Cualquier otra podría haber considerado que su inesperada llegada era el motivo de su falta de aliento, pero Lily sabía que no era así. Él la había dejado sin respiración por el mero hecho de haberla encontrado, oculta en un lugar junto a la orilla. A pesar de su belleza, siempre estaba sola y era invisible para todo el mundo. Tres veces huérfana, primero por la muerte de su padre, administrador de tierras; luego por una cadena de tutores ducales — cada uno de ellos había fallecido rápidamente—; y, por fin, por el abandono absoluto del actual duque.

En su soledad, se había vuelto muy hábil para resultar invisible, así que, cuando Derek Hawkins la vio, cuando la contempló con la fuerza cegadora de su mirada, ella se enamoró por completo. Al instante.

Lily había hecho todo lo posible para no parecer afectada por sus palabras. Después de todo, no había leído todas las revistas para damas de Londres que se habían publicado durante los últimos cinco años para nada. Lo miró y le brindó su mejor sonrisa.

—No nos hemos visto antes, señor.

Él se había agachado a su lado, le había quitado el libro de las rodillas mientras la encandilaba con sus dientes blancos y cegadores e incluso con una

impertinencia todavía más cegadora.

—Una belleza como usted no debería tener tiempo para libros.

Ella parpadeó, atraída por esos fríos ojos azules, que se le clavaban como si ellos dos fueran las únicas personas en todo Londres. En todo el mundo.

—Pero me gustan los libros.

Él había negado con la cabeza.

—No tanto como le gustaré yo.

Ella se rio ante su soberbia.

—Parece muy seguro de sí mismo.

—Estoy muy seguro de usted —había dicho él, cogiéndole la mano del regazo y depositando un cálido beso en sus nudillos enguantados—. Soy Derek Hawkins. Y usted es la musa que llevo buscando mucho tiempo. Tengo intención de retenerla... durante toda la eternidad.

Ella había recuperado la respiración al escuchar aquella promesa..., por cómo le hacía pensar en otros votos, más formales.

Sin duda, conocer a Derek Hawkins había sido un *shock*. Había leído sobre él durante años: era una leyenda, un artista y una estrella del escenario, reconocido en todo Londres y más allá, como una de las mentes teatrales más hábiles de toda la generación. Los rumores sobre su talento y su buena apariencia lo precedían, y aunque Lily no podía confirmar en ese momento lo primero, lo último parecía bastante preciso.

Pero no fue su fama lo que la conquistó. Después de todo, había algo de cerebro entre sus orejas. Ella no soñaba con un pretendiente famoso, lo que quería era un novio que le asegurara que no volvería a estar sola.

A fin de cuentas, llevaba sola toda su vida.

En los días y semanas que siguieron, Derek la había cortejado como un perfecto caballero, y la había acompañado a los festivales de otoño y otros eventos invernales, incluso había llegado a contratar a una chaperona de más edad para que los acompañara en las salidas públicas.

Y luego, en una fría y nevada tarde de enero, le había enviado un carruaje que la llevó a su estudio, el santuario de su mundo de artista.

Sola.

Allí, en esa habitación soleada, rodeada de docenas de lienzos, él la había honrado con palabras y promesas, había adorado su belleza y su perfección, prometiéndole que la mantendría siempre a su lado. Siempre.

Esas palabras tan bonitas y tentadoras eran precisamente lo que siempre

había soñado escuchar de un hombre tan guapo y con tanto talento, uno que era valorado sin medida, y la habían hecho sentirse más feliz y llena de esperanza de lo que jamás hubiera imaginado.

Durante dos meses y cinco días, Lily había regresado al estudio una y otra vez y había posado con bastante orgullo en la habitación mientras la calentaban los rayos invernales del sol y la mirada de Derek. Había hecho todo lo que él le había pedido. Porque eso era lo que una hacía cuando estaba enamorada.

Y estaban enamorados, un hecho que quedaba demostrado en ese momento, ya que se encontraban en la gran sala de exposiciones de la Royal Academy, rodeados por los más famosos miembros de la sociedad londinense. Lily estaba medio paso por detrás del hombro derecho de Derek (donde él prefería que se pusiera), con un vestido amarillo pálido (algo más claro de lo que a ella le hubiera gustado, pero que había elegido él mismo), y el pelo recogido en un apretado e inflexible moño (justo como a Derek le gustaba).

Mientras se dirigían hacia la exposición, con la lluvia tamborileando en el techo del carruaje, donde permanecían apartados del mundo, él le había cogido la mano.

—Hoy es el día en el que todo cambiará —había susurrado—. Para siempre. Después, todo será diferente. La gente susurrará mi nombre, y también el tuyo.

Ella lo contempló con el corazón acelerado, con la certeza de que eso solo podía significar una cosa: matrimonio.

—Juntos —musitó ella con una sonrisa.

El carruaje había disminuido la velocidad en ese momento y se había detenido ante la sala de exposiciones, pero antes, Lily había percibido que él estaba de acuerdo con ella en medio de los truenos de la tormenta.

«Juntos».

Ahora estaban allí, y se sentía más orgullosa de lo que había estado nunca. Y era por ese hombre que pronto sería su esposo, y también por ella misma. Después de todo, no todos los días la hija huérfana de un administrador de fincas tenía el privilegio de presentarse ante Londres con el hombre que amaba.

La sala era enorme. Las paredes alcanzaban los seis metros de altura y cada centímetro de ellas estaba cubierto por obras de arte. Pero en el punto central,

detrás de un estrado en el otro extremo del espacio, había un cuadro cubierto con una especie de cortinilla, como si lo que había allí detrás fuera a suponer una magnífica revelación.

Derek se giró y le guiñó un ojo.

—Eso es para nosotros.

Lily sonrió. «Nosotros». Qué palabra tan hermosa y adorable...

¿Durante cuánto tiempo había deseado ser parte de un *nosotros*?

—Señor Hawkins... —El secretario de la academia se reunió con ellos en el punto central de la sala con un firme apretón de manos—. Gracias a Dios que ha llegado —le susurró a Derek al oído—. Estamos listos para la presentación, señor.

Derek asintió al tiempo que curvaba los labios en una amplia sonrisa de triunfo.

—Yo siempre estoy preparado para un anuncio como este.

Lily miró a su alrededor, observando la multitud mientras esperaba que empezara la presentación. Reconoció a un puñado de los imprescindibles de Londres, sintiéndose inmediatamente desconcertada por la idea de que estaba rodeada de títulos y riquezas. Se puso rígida, y deseó de pronto que Derek le hubiera hecho la propuesta el día anterior para poder estar más cerca de él, para poder apoyarse en él ante la fuerza de la mirada combinada de todo Londres.

—Ha traído a esa chica, Hargrove, con él. —Lily contuvo el impulso de darse la vuelta al oír su nombre. Era un susurro, pero demasiado alto para que no lo oyera. Asumió que esa era, desde el principio, la intención de la persona que había hablado.

—Claro que sí. —Fue la mordaz respuesta—. Él se deleita en esto. Mira la forma en la que ella lo mira. Como un cachorro salivando ante un hueso.

El primer orador chasqueó la lengua con disgusto.

—Como si no fuera suficiente con haberse mostrado de esa forma.

Lily se obligó a no escuchar más y clavó los ojos en la parte posterior de la cabeza de Derek, donde su cabello negro formaba rizos perfectos.

Ninguna de esas personas importaba.

Solo Derek.

Solo su futuro juntos.

«Nosotros».

—Todo el mundo sabe que cualquiera que posa como él quiere provoca un

completo escándalo. No me puedo creer que la haya traído hoy aquí. Hoy, precisamente. Con duques presentes.

—He oído que incluso podría aparecer la reina.

—Si eso es cierto, todavía resulta más desagradable que ella esté aquí.

—¡Su propia amante! —Las palabras llegaron acompañadas de una risita, como si los que las habían dicho fueran muy inteligentes.

Pero no lo eran.

Lily se tensó ante la sugerencia de que podía ser algo más que la prometida de Derek. Como si ella fuera un escándalo. Y a pesar de que no era así, de que no había nada escandaloso en el amor, le ardieron las mejillas y notó mucho calor.

Se volvió hacia Derek, deseando que él también estuviera escuchando a las mujeres. Quiso que él se girara y les dijera que no sabían lo que decían, que estaban hablando mal de su futura esposa.

Pero él no se dio por enterado. Ya se estaba alejando de ella, subiendo las escaleras hasta el lugar donde colgaba la cortina que ocultaba su obra maestra. Un retrato que no le había dejado ver todavía, por supuesto. No había querido tentar al destino, según le había dicho. Pero ella conocía su habilidad y sabía que cualquier cuadro que hubiera seleccionado para la exhibición asombraría a Londres.

Se lo había dicho solo unos minutos antes.

Y cuando todo Londres se quedara boquiabierto, las mujeres que cotorreaban a su espalda se comerían sus palabras.

Derek estaba ya en el centro del estrado e hizo un gesto para asomarse detrás de la cortinilla, antes de volverse hacia la multitud allí reunida mientras sir Martin Archer Shee, el presidente de la Royal Academy, daba la bienvenida a los presentes a la exposición. El discurso fue impresionante, y en él aduló al distinguido pintor con su acento irlandés, teniendo en cuenta la venerable historia de la academia y sus exposiciones.

Los cuadros que adornaban las paredes eran muy buenos. No de tanta calidad como los de Derek, por supuesto, pero eran obras de arte. De hecho, había algunos paisajes preciosos.

Entonces, llegó el momento.

—Cada año, la academia se enorgullece de presentar una pieza especial: una obra inédita de uno de los artistas contemporáneos con más talento de Gran Bretaña. En el pasado, hemos descubierto inigualables trabajos de

Thomas Gainsborough, Joseph Turner y John Constable, y cada uno fue más aclamado que el anterior. En este momento nos produce mucho orgullo presentar al reconocido artista del lienzo y del escenario, Derek Hawkins.

Derek hinchó el pecho con orgullo.

—Es mi obra maestra.

Sir Martin se volvió hacia él al oír aquella inesperada interjección.

—¿Le gustaría decir unas palabras ahora, antes de descubrirlo?

Derek se adelantó un paso.

—Las diré cuando lo descubramos, pero por ahora solo voy a decir esto: es el mejor desnudo de nuestro tiempo. —Hizo una pausa—. El mejor de todos los tiempos.

Se hizo el silencio en la sala. Aunque Lily ni siquiera podía oírlo por la fuerte presión que sentía en los oídos.

«Desnudo».

Que ella supiera, Derek solo había pintado un desnudo.

«Es mejor que los de Rubens —le había dicho mientras ella yacía en el sofá color cobalto de su estudio, rodeada de almohadones de satén y telas lujosas—. Es más glorioso que los de Tiziano».

Las palabras, sin embargo, no solo eran un recuerdo. Las estaba diciendo de nuevo mientras miraba con arrogancia a la multitud.

—Consigue que parezca que Ingres debe regresar a la escuela. —Se volvió hacia el presidente de la academia—. A la Royal Academy, desde luego.

Aquel alarde —con el que insultaba a uno de los mejores artistas del momento— sacó a la multitud de su estupor, y los susurros colectivos se alzaron en una cacofonía de susurros, añadiendo sonido al salvaje calor que consumía a Lily.

—Qué escándalo... —dijo alguien no muy lejos.

«Derek le había jurado que era solo para que él lo viera».

—Nunca había presenciado tanta presunción...

«Le había prometido que no lo vería nadie».

Las mujeres que tenía a su espalda volvieron a hablar, ahora en un tono más sarcástico y desagradable.

—Por supuesto... Por eso la ha traído...

No podía ser el suyo.

«No podía ser...».

—Sin duda —convino la otra—. Su cuna es lo suficientemente baja para

ser modelo.

—El término «modelo» se queda corto. Implica tener valor. Ella es demasiado barata para usar esa palabra. Solo se le ha permitido entrar por la buena voluntad de...

Se volvió para mirarlas, haciendo que el resto de la frase quedara atascada en la garganta de la mujer que hablaba. La verdad que implicaba hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. No les importó. Las dos la miraron fijamente, como si fuera una cucaracha en una brizna de hierba.

—Su tutor entiende con claridad que la belleza no es importante.

Lily se giró. Aquellas crueles palabras la pusieron en movimiento. Al principio solo quería escapar de aquellas horribles mujeres, pero luego fue para huir de su propio miedo.

Y luego, para evitar que Derek la mostrara desnuda al mundo.

Se abrió paso entre la gente, que se agolpaba cada vez más cerca del estrado, y de la pintura, que seguía oculta. Por suerte, sir Martin había vuelto a hablar, pero Lily no escuchaba lo que decía, estaba demasiado concentrada en llegar al escenario.

A la pintura.

Subió los escalones espoleada por algo mucho más poderoso que la vergüenza.

Vergüenza.

Pesar por lo que había hecho. Por confiar en él. Por haberle creído.

Por llegar a pensar que alguna vez no estaría sola. ¡Sola!

Por haberse creído aquel prometedor «nosotros».

Y luego, cuando estaba en lo alto del escenario y él se volvió hacia ella, la sala quedó en silencio una vez más, en completo *shock* ante su presencia. Ante su intrusión. El presidente de la academia la miró con los ojos muy abiertos.

Derek, sin embargo, se movió con perfecta agilidad y la señaló con un brazo.

—¡Oh! Llega mi musa...

En ese momento Lily abrió mucho los ojos. Él acababa de llevarla a la ruina igual que si se hubiera desnudado delante de todo Londres. Y aun así, le sonrió como si no lo supiera.

—¡Mi adorable Lily! Quien canaliza mi genio... Sonríe, querida.

Nunca hubiera imaginado que esa palabra la pusiera furiosa. No dejó de

moverse ni sonrió.

—Me prometiste que nadie más lo vería.

La habitación guardó silencio. Como si las propias paredes pudieran respirar.

Él parpadeó.

—No he hecho tal cosa.

«Mentiroso».

—Me dijiste que era solo para ti.

Él sonrió como si eso lo explicara todo.

—Querida... Mi genialidad es demasiado importante para que no lo comparta. Es para el mundo. Para los tiempos venideros.

Ella miró a la multitud, a los cientos de ojos allí reunidos. La fuerza de esa mirada combinada la hizo erguirse de nuevo, pero sintió que le fallaban las rodillas y que se le aceleraba el corazón.

Que se ponía furiosa.

Se volvió hacia él.

—También me has dicho que me amabas.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—¿En serio?

Estaba perdida en el espacio... En el tiempo. Su cuerpo ya no era suyo. Aquel momento no le pertenecía. Sacudió la cabeza.

—Lo has hecho. Me lo has dicho... Yo he aceptado. Nos casaremos cuando...

Él se echó a reír. Se rio. El sonido hizo eco en los comentarios y susurros de la multitud que se extendía ante ellos, pero a Lily no le importó. La risa de Derek era suficiente para acabar con ella.

—Mi querida niña —se burló él—, un hombre de mi categoría no se casa con una mujer de la tuya.

Lo dijo delante de Londres.

De esa gente, cuando ella siempre había soñado con ser una de ellos. Delante de ese mundo, en el que siempre había querido vivir. Lo dijo ese hombre, con quien se había permitido soñar.

Pero que nunca la había amado.

Por el contrario, la había avergonzado.

Se volvió hacia la cortina con un único propósito. Destruir su obra maestra como él la había destruido a ella. Sin importarle que ninguna de las personas

allí reunidas viera la pintura.

Arrancó la cortina. La gruesa tela roja cayó sin ofrecer apenas resistencia, o tal vez fue por la fuerza de su furia, revelando...

Una pared desnuda.

Allí no había nada.

Se volvió hacia la sala donde sonaban risas de sorpresa, escandalizados susurros y muestras de estupefacción que la atravesaban con la misma fuerza que el fuego de un cañón.

El retrato no estaba allí.

Se vio invadida por un alivio cálido y abrumador. Y se giró para mirar al hombre que amaba, el que la había traicionado.

—¿Dónde está?

Sus dientes brillaron con un blanco cegador.

—En un lugar seguro —respondió él a gritos. Luego se acercó a ella para obligarla a dar la vuelta hacia la audiencia—. ¡Londres, mírala! ¡Sé testigo de su pasión! ¡De su emoción! ¡De su belleza! Y regresa aquí, dentro de un mes, el último día de la exhibición, para presenciar todo eso reunido en algo todavía más hermoso. Tan apasionado, que conseguiré que hombres hechos y derechos lloren con mi trabajo. Como si hubieran visto el rostro de Dios.

Un grito de placer colectivo atronó en toda la sala. Pensaban que estaba todo planeado. Que ella estaba actuando.

No se daban cuenta de que su vida estaba arruinada. De que su corazón se había visto destrozado bajo la bota perfectamente brillante de Derek.

No se dieron cuenta de que la había dividido en dos ante ellos.

O quizá sí, lo hicieron.

Y quizá era esa certeza lo que les alegraba tanto.

• 2: El salvaje escocés va al sur para meter en cintura a su díscola pupila •

Dos semanas y cuatro días después.
Berkeley Square, Londres

Una pupila. Peor todavía, una pupila inglesa.

Todos pensarían que Settlesworth le habría informado al respecto mucho antes.

Cualquiera pensaría que entre las docenas de casas y vehículos, entre los cientos de empleados y miles de inquilinos, entre las docenas de miles de cabezas de ganado, Settlesworth podía haber pensado que era necesario mencionar la existencia de una joven pupila.

Una mujer que, a pesar de su total falta de decoro, sin duda se desmayaría cuando se encontrara cara a cara con su tutor escocés.

Las inglesas eran consumadas expertas a la hora de desmayarse.

En treinta y cuatro años nunca había conocido a una que no recurriera a ese notable y ridículo comportamiento.

Pero Settlesworth no había mencionado a la chica, ni siquiera de pasada con un: «Por cierto, tiene una pupila, y es significativamente problemática». Al menos, no la había mencionado hasta que había resultado tan engorrosa como para requerir la presencia de Alec en Londres. Y entonces recurrió a un «Su Excelencia», y a un «escándalo», para concluir con un: «Debe venir lo más rápido posible para reparar su reputación».

Para ser el mejor abogado de la historia, Settlesworth se había olvidado de ciertos flecos. Si Alec hubiera tenido algún interés en ayudar a la nobleza, hubiera puesto un anuncio en *La voz de Londres* para alertar a los aristócratas sobre la total ineptitud de ese hombre.

Una pupila era el tipo de cosa que un hombre debería conocer desde el comienzo de su tutela, en lugar de en el momento en que aquella maldita mujer hiciera algo sumamente estúpido que desembocara en la urgente

necesidad de ser rescatada.

Si tuviera algún sentido, habría ignorado la convocatoria.

Pero parecía que carecía de sentido común, y Alec Stuart, orgulloso escocés y vigésimo primer duque de Warnick estaba allí, en los escalones del número 45 de Berkeley Square, esperando a que alguien abriera aquella puñetera puerta.

Miró el reloj por tercera vez en pocos minutos antes de volver a golpearla, desahogando su frustración sobre la hoja de caoba. Cuando completó la acción, dio la espalda a la puerta y examinó la plaza, perfectamente cuidada, cerrada y floreciente, diseñada para que solo la disfrutaran los residentes de esa impecable parte de Londres y nadie más. El lugar era tan condenadamente británico que hacía que le picara la piel.

Maldijo a su hermana.

—¡Una pupila! —había canturreado Catherine cuando lo supo—. ¡Qué interesante! ¿Crees que será muy glamurosa y hermosa?

Cuando le dijo a Catherine que, dada su experiencia, la belleza era la causa de la mayoría de los escándalos, y que no estaba interesado en lidiar con este en particular, su hermana insistió en que hiciera las maletas inmediatamente, azuzándolo mientras preparaba el equipaje.

—Pero ¿y si se ha visto muy difamada? ¿Y si está sola? ¿Y si necesita una mano amiga? ¿Un protector? —Entonces había hecho una pausa para mirarlo con sus enormes ojos azules—. ¿Y si yo estuviera en su lugar? —había añadido.

Las hermanas pequeñas eran, sin duda, un castigo por las malas acciones cometidas en vidas pasadas.

Y en la actual.

Cruzó los brazos sobre el pecho, lo que hizo que la chaqueta de lana se ciñera a sus hombros, haciéndolo sentir tan agobiado como la arquitectura que lo rodeaba, realizada toda ella en hierro y piedra. La odiaba.

«Inglaterra será tu ruina».

Un grupo de mujeres salió del número 44 de Berkeley Square, justo la puerta de al lado, y bajaron los escalones hacia el carruaje que las esperaba. Cuando lo vio una de esas jóvenes damas, abrió los ojos de par en par antes de dar un paso atrás en estado de *shock* y apartar la mirada para susurrar algo al resto del grupo. Todas se giraron al unísono para contemplarlo boquiabiertas.

Sintió sus miradas como un calor abrasador, que todavía se hizo más caliente cuando la de más edad —una madre o una tía, supuso— abrió la boca.

—Por supuesto... Cómo no va a tener a un hombre así esperando que lo reciba.

—Tiene un aspecto realmente salvaje.

Alec se quedó frío cuando comenzaron a reírse. Ignoró la oleada de furia que se apoderó de él ante aquella evaluación y volvió la atención a la puerta.

¿Dónde demonios estaban los sirvientes?

—Probablemente haya alquilado una habitación ahí —elucubró una de las chicas.

—Y otras cosas también. —Fue la sarcástica respuesta—. Es lo suficientemente escandalosa para eso y más.

¿En qué clase de escándalo se había visto envuelta esa chica?

La carta de Settlesworth había sido sumamente superficial; le pedía disculpas por no haberle informado de la existencia de la joven y luego ponía a la chica en sus manos. «Está envuelta en un escándalo. Uno que la destruirá por completo si usted no se persona aquí y lo arregla con rapidez de forma pública».

Podía odiar a todo lo que oliera a inglés, pero no era un monstruo. No iba a echar a la joven a los lobos. Y, si las lobas de al lado eran una prueba, era bueno que él estuviera allí, ya que la pobre chica se había convertido en su comida.

Sabía lo que era estar en manos de mujeres inglesas.

Resistiendo el impulso de decirles a esas mujeres que podían subirse a su carruaje y dirigirse directamente al infierno, levantó el puño para volver a golpear la puerta.

Pero esta se abrió justo en ese instante y, después de recuperarse de la sorpresa, Alec fulminó con la mirada a la mujer que había frente a él. Llevaba un vestido gris que no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Calculó que no tendría más de veinticinco años, con los pómulos altos, la piel de porcelana, los labios carnosos y el pelo rojo que, de alguna forma, brillaba como el oro a pesar de que estaba en un vestíbulo escasamente iluminado. Era como si aquella mujer se pasara por el mundo con su propio sol.

Vestida de un color soso o no, no era una exageración decir que posiblemente fuera la mujer más bella de Gran Bretaña.

«Por supuesto que sí».

Nada podía empeorar más un mal día que una hermosa flor inglesa.

—Ya era hora —gruñó.

La criada tardó varios segundos en recuperarse de su conmoción y apartar la vista de su pecho —donde había clavado los ojos— hasta su cara, arqueando las cejas ante lo que veía.

Él se quedó paralizado. Esa joven tenía los ojos grises, no eran de color pizarra ni acero, sino del color de las nubes más oscuras, cubiertas de plata. Se puso rígido, la prenda demasiado ceñida que le cubría los hombros le recordó que estaba en Inglaterra, y fuera quien fuera esta mujer, era irrelevante para sus intereses. Salvo porque ella se interponía entre él y su inmediato regreso a Escocia.

—Muchacha, te sugiero que me dejes pasar.

La rosa roja se afianzó en su lugar.

—No pienso hacerlo —repuso cerrándole la puerta en las narices.

Alec parpadeó, la sorpresa y la incredulidad lucharon por un momento fugaz en su interior antes de que ambas fueran arrasadas por una suprema pérdida de paciencia. Dio un paso atrás, examinó la puerta, y, abalanzándose sobre ella, la destrozó.

Se estrelló contra el suelo del vestíbulo con un fuerte golpe.

No pudo resistir la tentación de dirigirse a las mujeres de al lado, que ahora lo miraban paralizadas y con los ojos muy abiertos.

—*Miladys*, ¿soy lo suficientemente salvaje para ustedes?

La pregunta las impulsó a ponerse en movimiento, haciendo que se atropellaran unas a otras para entrar en el carruaje. Satisfecho, Alec volvió a concentrarse en su propia casa y cruzó el umbral, ignorando el dolor que sentía en el hombro.

La doncella estaba justo allí, mirando la gran hoja de madera.

—Podría haberme matado.

—Lo dudo —repuso él—. Esa puerta no es lo suficientemente pesada como para matar a una persona.

Ella clavó los ojos en él.

—El número dieciocho, supongo...

Las palabras no podían contener más desdén. Alec hizo caso omiso y, tras levantar la puerta del suelo, la colocó en el lugar que le correspondía.

—Entonces, sabe quién soy —afirmó forzando todavía más su acento.

—No creo que haya una sola persona en Londres que no sepa quién es. Aunque podría aprender a hablar con claridad si desea que le entiendan.

Él arqueó la ceja ante la rápida respuesta.

—No me gusta que me dejen esperando ante la puerta de mi casa.

Ella desvió la mirada deliberadamente a la puerta que él había arrancado de sus bisagras.

—¿Tiene el hábito de destruir cosas cuando algo le desagrada?

Alec resistió el impulso de negar esas palabras. Se había pasado la mayor parte de su vida adulta demostrando que no era un salvaje. Que no era bruto. Que no era tosco.

Pero no pensaba defenderse ante esa mujer.

—Pago generosamente por ese privilegio.

La vio poner los ojos en blanco.

—Es encantador...

Se negó a mostrar sorpresa. Si bien tenía poca o ninguna experiencia con los criados de la aristocracia, estaba bastante seguro de que no tenían la costumbre de atacar a sus amos. Sin embargo, no mordió el anzuelo, sino que se adentró en la impecable casa en la que había una amplia escalinata con enormes paisajes al óleo en las paredes, y un toque dorado aquí y allí, reflejo de modernidad y no de estridencia. Giró sobre sí mismo lentamente, observando los techos altos, los enormes espejos que captaban y reflejaban la luz de las ventanas de arriba, lo que hacía que la estancia estuviera iluminada con luz natural. Eso hacía apreciar la vista de la colorida alfombra y la chimenea que crepitaba al otro lado de una cercana puerta entreabierta.

Era el tipo de casa adecuada para un duque con un impresionante pedigrí, sin duda decorada con gusto por alguna duquesa anterior.

Se quedó quieto.

¿Había alguna duquesa anterior? Con diecisiete duques muertos, apostaría cualquier cosa a que había más de una duquesa previa.

Gruñó ante la idea. Solo le faltaba tener que tratar con una viuda además de con la musa escandalosa y los miembros petulantes del servicio.

El personal en cuestión escuchó su sonido de disgusto.

—Sabía que le llamaban el duque salvaje, pero no me imaginaba que sería tan...

La impertinencia se fue apagando, pero él imaginó lo que ella no añadió: «Incontenible», «Bruto», «Feroz»... y perdió la paciencia.

—Le sugiero que vaya a avisar a lady Lillian de inmediato.

—Es la señorita Hargrove. No es una dama de alta cuna.

Él arqueó una ceja.

—Esto es Inglaterra, ¿no? ¿Han cambiado entonces las reglas? ¿Ahora se corrige como si tal cosa a los duques?

—Se hace cuando el duque en cuestión está equivocado —repuso ella—. Aunque no debería preocuparse por eso, ya que son pocos los que entenderán ese monstruoso acento y nadie sabrá si tiene razón o no.

—Parece que usted me entiende lo suficiente.

Ella sonrió con fingida dulzura.

—Una suerte para mí, supongo.

Él reprimió el impulso de reírse ante la rápida respuesta. Aquella mujer no era divertida. De hecho, estaba a punto de despedirla.

—¿Y el respeto que se debe al título?

—Imagino que eso es válido para las personas que se sienten impresionadas por él.

—¿Y usted no lo está?

—No particularmente. —La vio cruzar los brazos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Ha habido dieciocho duques en cinco años.... O, para ser más precisa, diecisiete en dos semanas, y luego ha estado usted durante cinco años. Y a pesar de eso, de que es la primera vez que pone el pie en esta casa, la propiedad y todo lo que contiene le pertenece. Están cuidándola para usted, a pesar de su ausencia. Si eso no es una clara evidencia de que los títulos son ridículos, no sé lo que es.

Ella no estaba diciendo nada que él no pensara. Pero eso no significaba que no estuviera loca y, posiblemente, tan enfadada como la otra mujer de la casa.

—Si bien su insubordinación es impresionante y no estoy realmente en desacuerdo con su lógica, ya he tenido suficiente —dijo—. Quiero hablar con la señorita Lillian, y su tarea, le guste o no, es ir a buscarla.

—¿Por qué ha venido?

Dejó que un silencio pétreo se alargara entre ellos durante un minuto, con intención de que la intimidara para que hiciera lo que le pedía.

—Vaya a buscar a su ama.

Ella no parecía intimidada en absoluto.

—Creo que es muy divertido que se refiera a ella como ama. Como si no

fuera una prisionera en este lugar.

Entonces fue cuando lo supo.

Después de todo, parecía que su pupila no era una de esas inglesas que se desmayaban.

Sin embargo, ella continuó hablando antes de que él pudiera añadir nada.

—Como si no fuera una propiedad igual que la puerta que ha destruido como un salvaje escocés.

Él no quería escuchar esa palabra.

Pero de alguna forma, allí, con esa impecable mujer inglesa, que vivía en esa impecable casa inglesa, situada en esa impecable plaza inglesa, mientras estaba vestido con aquel incómodo traje que apenas le venía, y sintiéndose enorme y fuera de lugar, no pudo evitar escucharla.

No pudo evitar sentirla, cercana e inquietante, como la corbata de lazo que le rodeaba el cuello.

¿Con qué frecuencia se la había oído a mujeres hermosas? La murmuraban sorprendidas como si estuvieran demasiado ocupadas imaginando la fina y profunda muesca que él haría en los postes de sus camas mientras se guardaban esos pensamientos tan íntimos para ellas. Cuando veían su tamaño, las mujeres acostumbraban a desearlo, como un premio. Como un toro en la feria del condado.

Salvaje y feroz.

Esas dos palabras honraban su deseo incluso cuando degradaban el de él.

Igual que lo había degradado en los labios de su madre, marcando su voz de arrepentimiento cada vez que la decía. Siempre demasiado grande para gustarle a ella. Demasiado grande para ser digno de ella. Demasiado feroz. Demasiado escocés.

Le recordaba demasiado su decepcionante vida.

Su madre detestaba su tamaño. Su fuerza. Lo que había heredado de su padre. Lo aborrecía tanto que se había marchado, y esa palabra había sido su regalo de despedida para su hijo.

«Salvaje».

Así que cuando la escuchó allí, en ese lugar, en los labios de otra hermosa mujer inglesa, dicha con tal completo desdén, no pudo obviarla.

Igual que no pudo reprimirse para responder.

—No esperaba que fueras tan guapa.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Esa descripción no parece un cumplido en sus labios.

Una imagen inundó la mente de Alec, esa imponente mujer tendida en una cama, con el pelo extendido sobre el lino blanco como si fuera oro y fuego, llamándolo con sus largos miembros, con los rosados labios separados. El deseo lo atravesó como un ramalazo de dolor, y se obligó a recordar su lugar.

Era su tutor. Ella era su pupila.

Y era inglesa.

«No es para ti».

—No lo era —repuso—. De hecho, seguro que eso fue lo que la empujó a ello.

Sus ojos eran increíbles, más expresivos de lo que nunca hubiera imaginado, y brillaron al instante con claro desafío.

—¿A qué?

—A la ruina...

La ira se transformó en otra cosa, y desapareció tan rápido que no la hubiera llegado a reconocer si no fuera tan insoportablemente familiar para él.

«Vergüenza».

Y al ver su vergüenza, la forma en la que ensombreció su expresión, se arrepintió de sus palabras y deseó no haberlas dicho.

—No debería haber...

—¿Por qué no? Es la verdad...

La observó durante un buen rato, estudiando su espalda recta, los hombros derechos, la cabeza alta. Todo eso demostraba un orgullo que ella no debería tener, pero, no obstante, ese aire orgulloso demostraba que tenía honor.

—Deberíamos empezar de nuevo —propuso él.

—En realidad preferiría que no empezáramos en absoluto —repuso ella, alejándose de él y dejándolo plantado en el pasillo, sin nada que le hiciera compañía, salvo los sonidos de la plaza, que llegaban flotando desde el exterior por la puerta permanentemente abierta.

Lily necesitaba al duque salvaje como tener un agujero en la cabeza.

Cerró la puerta que separaba la salita del vestíbulo y se apoyó en ella con un largo suspiro, deseando que él se marchara de la casa. De su vida. Después de todo, no se había interesado ni lo más mínimo en ella durante los últimos

cinco años.

Pero, por supuesto, aquí estaba ahora, derribando literalmente la puerta de su casa, como si tuviera derecho a irrumpir como un ángel vengador, como si tuviera derecho a hacer algo con ella y su escándalo.

«Un derecho que, por supuesto, tiene».

Maldito fuera Settlesworth y las cartas que escribía.

Y maldito fuera el duque por haberse presentado sin que ella lo invitara. Sin que deseara su presencia.

Lily ya tenía un plan, y el duque no era necesario. No debería haberlo incitado, ni insultado. De hecho, no se atrapaban moscas con vinagre, y el duque era un moscón bastante gordo.

Cruzó la salita hasta el aparador que había en el otro lado.

«Gordo, no».

Se sirvió un vaso de líquido ámbar.

Él era pura fuerza. Estaba segura de que no olvidaría fácilmente la imagen de la enorme puerta de madera siendo arrancada de las bisagras, como si estas fueran de papel. Y no se había creído capaz de perder el aliento ante la estampa de aquel hombre enorme, grande como una casa, y guapísimo, impertérrito ante la destrucción que había causado, enmarcado a contraluz por los rayos del sol como si hubiera llegado de los mismos cielos.

Se quedó quieta.

¿Por qué se le habían cruzado por la mente esos pensamientos? Durante las últimas dos semanas y cuatro días, había estado confinada en casa, escondida del resto de Londres, así que debía sentirse confusa por culpa del aire fresco que había entrado cuando el hombre derribó la puerta.

Eso era suficiente para llevar a cualquier mujer al límite.

En particular, una que ya había sido engañada antes por hombres guapos.

A Lily no le interesaban sus anchos hombros, sus ojos castaños ni sus carnosos labios, que parecían a la vez suaves, firmes y muy tentadores. Ni siquiera debería haber notado sus mejillas, la nariz y la mandíbula, que eran lo suficientemente viriles como para haber sido talladas en hierro por los herreros escoceses con más talento del mundo.

Sorbió el *whisky* del vaso.

No, lo único que le interesaba del duque de Warnick era conseguir que se fuera.

—Lillian. —Ella se dio la vuelta para encontrarse con el objeto de sus

pensamientos en el umbral de la puerta, ahora abierta. Sus ojos castaños cayeron sobre el vidrio que ella sostenía en la mano—. Solo son las diez y media de la mañana.

Ella dio otro sorbo. A propósito. Si había un momento bueno para beber, era ese.

—Observo que es consciente de cómo funcionan las puertas en realidad.

Lo vio arquear una ceja y la contempló durante un buen rato.

—Si bebes, yo también lo haré —añadió finalmente.

Lily se dio la vuelta hacia el aparador y sirvió otro vaso, y cuando se giró para entregárselo, descubrió que él había cruzado la habitación en silencio. Tuvo que resistir el impulso de alejarse de él. Era demasiado grande, demasiado poderoso.

«Demasiado firme».

Él aceptó la bebida.

—Gracias.

Ella asintió moviendo la cabeza.

—El *whisky* es suyo. De nada.

Pero el duque no bebió. Se limitó a alejarse hacia la chimenea, donde se puso a inspeccionar un enorme óleo de estilo clásico en el que aparecía un hombre desnudo, durmiendo debajo de un sauce bajo la atenta mirada de una hermosa mujer mientras el amanecer iluminaba el cielo. Lily apretó los dientes al mirar también la pintura. Un desnudo era un inquietante recordatorio de...

—¿No quiere hablarme sobre el escándalo?

«No lo sé», pensó. Notó que le ardían las mejillas y no le gustó.

—¿De qué escándalo hablamos?

Él se giró para mirarla.

—Usted dirá...

—Bueno, imagino que la noticia de que ha derribado la puerta de su casa a plena luz del día correrá de boca en boca.

Lily apreció un brillo en los ojos masculinos. Un brillo de diversión. Y tampoco le gustó.

—¿Es cierto, muchacha?

Y, en ese momento, con aquellas tres palabras pronunciadas con rudo acento escocés, y una voz que parecía cálida y ruda, pero también casi amable, fue más de lo que pudo soportar. Deseó estar en cualquier otro lugar

que no fuera en ese. Porque era la primera vez que alguien le preguntaba eso.

Y la enésima vez que deseaba que la respuesta fuera diferente.

—Creo que debería marcharse.

Él se quedó quieto durante un buen rato.

—He venido a ayudarla —añadió él.

Lily se rio, un sonido sin pizca de humor.

—Qué impresionante, excelencia... Parece incluso un fiel protector.

—Me he presentado aquí en cuanto me he enterado de la situación.

«Evidentemente —se dijo Lily a sí misma—, te has convertido en una leyenda».

—Los rumores le han pillado de camino, ¿verdad?

—Por experiencia, los rumores viajan con la rapidez del rayo.

—¿Tiene mucha experiencia enfrentándose a rumores?

—Más de la que me gustaría admitir.

Lily supo que lo decía en serio.

—¿Y los rumores que corren sobre usted son ciertos?

Él permaneció en silencio el tiempo suficiente como para que ella llegara a pensar que no le iba a responder. Por lo que, cuando lo hizo, supuso un *shock*.

—Sí.

Nunca en su vida había sentido tanta curiosidad con una sola palabra. Y, por supuesto, no tenía sentido. Cualquiera que hubiera sido el escándalo del duque, no era para tanto. No lo había arruinado.

No lo había obligado a huir.

Buscó sus ojos.

—¿Y ahora qué? ¿Han dejado huella en su reputación?

—Me importa una mierda mi reputación. Si estoy aquí, es para cuidar de la tuya.

Era mentira. Nadie se había preocupado nunca por la reputación de Lily desde que su padre había muerto. Nunca había tenido una acompañante, ni una amiga.

«Ni nadie que la amara».

Este último pensamiento llegó acompañado de lágrimas, que hicieron que le picaran los ojos. Se irritó por esa indeseada aparición, eran inoportunas y exasperantes. Soltó el aire bruscamente y se volvió hacia el aparador, sin querer que él las viera.

—¿Por qué?

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ni siquiera me conoce.

—Eres responsabilidad mía —aseveró él después de vacilar un instante.

Ella se rio, y no pudo evitar mirarlo por encima del hombro.

—Nunca se ha interesado por mí. Ni siquiera sabía de mi existencia, ¿verdad? —Leyó la culpa en sus ojos. Era verdad—. Supongo que es mejor que la alternativa.

—¿Cuál es la alternativa?

—Que sabe de mí desde hace años y se ha limitado a ignorar mi existencia. No habría sido el único.

—Si hubiera sabido de tu... —Él se interrumpió.

—¿Qué? ¿Habría regresado a Londres hace años para ocupar de inmediato el papel de guardián y salvador?

Lo vio moverse sobre sus enormes pies y sintió una punzada de remordimientos. Sabía que él no se merecía sus acusaciones, pero se mordió la lengua, negándose a disculparse. Deseó que se fuera. Deseó que no hubiera ido nunca allí.

Si los deseos fueran caballos...

—No soy un monstruo —repuso él finalmente—. No he pedido esta responsabilidad, pero me hubiera asegurado de cumplir con ella.

Siempre era así. Le prometían dinero, alojamiento y comida. Le prometían que no le faltaría de nada.

Y, por el contrario, escaseaba todo lo que tenía valor.

Agitó la mano para señalar aquella hermosa casa.

—Estoy perfectamente preparada para arreglármelas sola, gracias. Mire en que hermosa jaula dorada me hallo. —No esperó a que él respondiera—. De cualquier forma, no importa. Me temo que es demasiado tarde. —Pasó junto a él—. No formo parte del mercado matrimonial para que sea mi guardián o mi salvador. De hecho, si he aprendido algo en los últimos años, es que solo yo puedo salvarme a mí misma. Solo yo soy mi guardiana.

Él no respondió hasta que ella llegó a la puerta de la salita.

—Eres mayor de lo que esperaba.

Lily se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Perdón?

Él no se movió.

—¿Cuántos años tienes?

Ella respondió con la misma pregunta impertinente.

—¿Cuántos tiene usted?

—Los suficientes para saber que eres mayor de lo que debería ser una pupila.

—Si su desinterés por mí no hubiera sido tan prolongado, sabría la respuesta a esa pregunta.

—No te lo tomes como algo personal.

—¿Su desinterés?

—Ahora que sé que existes, me siento bastante interesado.

—Supongo, porque ahora soy una criatura bajo los focos, que todos miran y señalan como advertencia a las demás.

Él arqueó una de sus cejas negras y cruzó los brazos sobre su enorme pecho.

—Hace unos segundos, eras un pájaro en una jaula dorada.

—¿Está muy interesado en las metáforas? —replicó ella.

El duque no vaciló.

—No, estoy interesado en ti.

Las palabras la hicieron arder, aunque no debería haber sido así.

—Una pena... ¿sabe? Ya que yo no lo estoy en usted.

—Pues deberías. Según sé, los tutores tienen bastante control sobre sus pupilas.

—En realidad estoy bajo la tutela del condado de Warnick. Si fuera usted, no me sentiría demasiado posesivo.

—¿Acaso no soy Warnick?

—Quizá no lo sea por mucho tiempo. Los duques de Warnick tienen la mala costumbre de morirse.

—Imagino que eso te gustaría mucho.

—Una mujer puede tener sus sueños... —Notó que él movía un poco los labios al escucharla, y si fuera sincera consigo misma, habría admitido que disfrutaba al saber que lo había divertido. Sin embargo, no estaba interesada en la verdad.

—Bueno, pues todavía no estoy muerto, Lillian, así que, por ahora, vas a tener que conformarte conmigo. Será mejor que respondas a mis preguntas.

—Hizo una pausa antes de repetir la pregunta—. Eres mayor para necesitar tutor, ¿no?

Claro que sí. Se había perdido en la refriega. Su padre había muerto y la había dejado al cuidado del duque. Todo fue bien durante unos años, hasta que el duque murió también. Y luego otros dieciséis duques más. Y luego apareció ese hombre, ese legendario escocés que siempre había evitado todo lo inglés y no había aparecido nunca por el Parlamento para ejercer ante sus pares.

Y a ella la habían olvidado.

Se había quedado sin dote. Sin temporada. Sin amigas.

Lo miró, deseando saber cómo contarle todo eso, cómo hacerle entender la parte que ocupaba él en el alocado juego de su vida, una partida que ni siquiera quería jugar.

—Claro que lo soy —repuso finalmente, cuando no se le ocurrió nada.

Se sentó en una pequeña silla estilo Chippendale mientras él la miraba. La estudiaba como si tratara de entenderla. Como si contemplándola lo suficiente, pudiera desentrañar sus secretos.

La ironía era que si él hubiera hecho lo mismo un año antes, ella habría confiado en él. Se habría abierto y habría respondido a todas sus preguntas. Se habría desnudado ante él.

Curvó los labios en una triste sonrisa ante esa idea. Probablemente, se habría desnudado en todos los sentidos. Por suerte, el duque había ido a Londres un año tarde y ella era otra persona diferente.

—Soy pupila a cargo del condado hasta el momento en el que me case.

—¿Por qué no te has casado?

Ella parpadeó.

—Muchos considerarían que esa pregunta es inapropiada.

Él arqueó una ceja y señaló la entrada de la casa.

—¿Parezco un hombre al que le importe lo que es correcto?

No, no lo parecía.

Había una docena de razones por las que no se había casado. Algunas tenían que ver con ser una huérfana a la que todos ignoraban, que estaba sola y que luego se había enamorado desesperadamente del hombre equivocado. Pero no iba a compartirlas. Luego se inclinó por decir la verdad más simple, aunque no por ello menos sincera.

—Nunca me lo han pedido.

—Eso me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque los hombres se vuelven locos cuando se trata de mujeres como tú.

«Mujeres como ella». Se puso rígida. Ese hombre hacía que su belleza fuera una clara carga.

—Tenga cuidado. Tanta adulación por su parte podría convertirme en una mujer pagada de sí misma, excelencia.

Luego, él se sentó y se acomodó en una silla a juego con la de ella. Era tan grande que hacía que el mueble pareciera diminuto.

—Alec.

—¿Perdón?

—Que puedes llamarme Alec.

—Si bien eso puede hacerse en las salvajes tierras de Escocia, excelencia, aquí es completamente inapropiado.

—De nuevo aludes a la corrección —dijo él—. Espléndido. Pues entonces llámame Stuart. O utiliza cualquiera de los insultos que sin duda has usado para referirte a mi —añadió—. Prefiero cualquiera de ellos antes que título de duque.

—Pero es duque.

—No por elección personal. —Bebió entonces, por fin, e hizo una mueca después de tragar el líquido ambarino—. ¡Dios! ¡Menuda mierda! —Arrojó el resto del líquido al fuego.

Ella arqueó una ceja ante su acción.

—Desprecia el título y el *whisky* que ha comprado.

—Para empezar, eso no debería llamarse *whisky*. En el mejor de los casos, es una tripa podrida. —Hizo una pausa—. Y segundo, no desprecio el título. Sencillamente no me gusta.

—Sí, ya. Pobre hombre. Ha caído sobre su regazo uno de los ducados más ricos y venerables de la historia... ¡Qué difícil trago tener que vivir bajo la sombra de ese título! —Ese hombre no tenía ni idea del poder que tenía. Del privilegio. Lo que daría ella para tener lo mismo.

Él se reclinó en la pequeña silla.

—El dinero que gasto es mío, lo he ganado honestamente en Escocia. Me he asegurado de que los arrendatarios y el personal del ducado continúen prosperando, pero como no he pedido ese título, no interactúo con él.

—Ni conmigo. —No pudo reprimir las palabras.

—Estoy aquí, ¿no? He sido convocado al sur para atender a mi pupila.

Seguramente eso tiene que contar algo.

—Yo no lo he convocado.

—Puede que no hayas escrito la carta, muchacha, pero me has convocado como si hubieras gritado mi nombre desde el otro lado de la frontera.

—Como ya le he dicho, no lo necesito.

—Como me han dicho a mí, el mundo no está de acuerdo.

—¿Qué más da el mundo? —dijo volviendo su atención al fuego mientras agregaba—: ¿Y qué más da usted?

—Como he venido aquí para salvarte, creía que estarías mucho más agradecida.

La arrogancia de ese hombre no tenía igual.

—¿Cómo he llegado a ser tan afortunada?

Él suspiró al notar el sarcasmo de sus palabras.

—A pesar de tu enfurruñamiento, estoy aquí para corregir tu supuesta... — Buscó una palabra apropiada— situación.

Ella arqueó las cejas.

—¿Mi enfurruñamiento?

—¿Acaso lo niegas?

Sin duda lo hacía.

—Enfurruñamiento es lo que siente un niño cuando se le niega un dulce.

—¿Y qué palabra usarías?

Furiosa. Tonta. Irritada. Desesperada.

«Avergonzada».

—No importa —dijo ella finalmente—. Es demasiado poco y demasiado tarde. —Solo continuó después de una larga pausa—. Tengo un plan, y usted no forma parte de él, duque.

La miró.

—Supongo que no debería haberte dicho que no me gusta el título.

—Nunca revele sus debilidades a un enemigo.

—Entonces, ¿somos enemigos?

—Sin duda no somos amigos.

Lily notó la frustración del duque.

—Ya es suficiente. ¿Por qué no empezamos por el principio? Settlesworth me ha escrito para decirme que te has arruinado delante de todo Londres.

Las palabras, a pesar de lo frecuentemente que las pensaba ella misma, aún le dolían en la lengua de otra persona. Se sentía avergonzada, pero hizo todo

lo posible para no revelarla.

Y no pudo.

—¿Por qué soy yo la arruinada y no...?

Se interrumpió.

Sin embargo, él imaginó el resto de la pregunta.

—Entonces hay un hombre...

Lily lo miró a los ojos.

—No es necesario que finja que no lo sabe.

—No estoy fingiendo —aseguró él—. Settlesworth me ha dado muy poca información. Pero no soy idiota, y solo hace falta mirarte para imaginar que hay un hombre.

—¿Mirarme? —Él no tenía ni idea de cómo le dolía esa palabra.

El duque la ignoró.

—Así que... no te has arruinado... Te han arruinado.

—Mitad y mitad... —reconoció ella.

—No —dijo él con firmeza—. Son cosas diferentes.

—Eso no le importa a nadie.

Una pausa.

—¿Qué es lo que ha pasado?

¿Él no lo sabía? Increíble. No sabía lo que ella había hecho. Cómo se había puesto en ridículo. Solo había respondido a la caprichosa convocatoria de un abogado y a los límites de su imaginación. Y, entre esos caprichos, ella estaba, de alguna manera, libre del pasado.

Y, aunque sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que se enterara del escándalo de «La adorable Lily», «La solitaria Lily», «La ardiente Lily» o cualquier otro apodo que las páginas de cotilleos consideraran ingenioso en ese momento, no quería que el duque se enterara todavía.

Así que no se lo dijo.

—¿Importa?

Él la miró como si estuviera loca.

—¡Claro que importa!

Lily negó con la cabeza.

—Sin embargo, no es así. No es realmente importante. Lo único que importa es lo que ellos creen. Así es cómo funcionan los escándalos.

—Lillian, importan los hechos. Dime lo que ha pasado. Si están exagerando, escribiré a los periódicos de Londres para que publiquen la

verdad.

—¡Qué suerte la mía! Un tutor y un protector, todo en uno —soltó ella, inyectando a sus palabras todo el sarcasmo que podía con la esperanza de que eso lo irritara y le hiciera abandonar el interrogatorio.

El duque susurró algo en gaélico que ella no entendió, pero que identificó rápidamente con una maldición. Lo vio aflojarse la corbata, que parecía demasiado apretada alrededor de su cuello, igual que la chaqueta, que quedaba demasiado ceñida a sus hombros. Y que los pantalones, que también marcaban demasiado sus muslos. Cada parte de ese hombre era más grande de lo que debería. Quizá esa era la razón por la que él sabía con tanta rapidez cuál era la verdad, que viera sus defectos con claridad.

Los defectos siempre detectan otros defectos.

—No podremos resolver su situación si no conozco los detalles —argumentó él volviendo al inglés.

—No hable en plural, excelencia. —Lily habló con firmeza y convicción—. Hasta hace unos minutos, no me conocía.

—Los conoceré a fondo muy pronto, muchacha.

Pero no a ella, y de alguna forma ridícula, eso era importante. De alguna manera, eso significaría que ella podría ser algo más para él, que no era como los demás.

—No es necesario que se preocupe por eso —aseguró—. Dentro de diez días, mi situación se resolverá.

De una manera u otra.

Si lo repetía las veces suficientes, podría llegar a creerlo. Podría creérselo ella misma.

—¿Qué ocurrirá dentro de diez días?

«Derek mostrará la pintura».

Y no solo eso.

—Cumpliré veinticuatro años.

—¿Y? —Alec se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, entrelazando los dedos.

«Y el cuadro quedará expuesto delante de Londres al completo».

Lo miró, ignorando esa idea. No importaba. Tenía un plan.

—Y de acuerdo con las reglas de la tutela, recibiré los fondos necesarios para marcharme de Londres y podré alejarme del escándalo.

Él arqueó las cejas.

—Debe ser mucha pasta, muchacha, si logra borrarte la memoria.

—¡Oh, lo es! —confirmó ella—. Podré largarme de Londres y no regresar jamás. Así que ya ve, excelencia —continuó, permitiendo que el triunfo se filtrara en su voz—. Tengo un plan para salvarme yo sola. No necesito a mi tutor... Pienso huir.

Odiaba el plan. Odiaba la forma en que Derek terminaba ganando. En la que Londres salía victorioso. Pero no tenía otra opción. No había manera de sobrevivir al escándalo que la marcaría para siempre.

Alec la observó durante un buen rato antes de asentir moviendo la cabeza una vez mientras se recostaba en la silla, empequeñeciendo los muebles con su enorme tamaño.

—Hay una forma de salvarte.

A Lily no le gustó esa frase.

—¿Una forma?

—¿Lo amas?

Lily palideció al oír esas palabras.

—¿Qué?

—A ese hombre, ¿lo amas?

—No he reconocido que haya ningún hombre.

—Siempre hay uno, muchacha.

«Nos casaremos». Volvió a sentir de nuevo las lágrimas. Calientes e irritantes, instantáneas y desagradables. Las ignoró.

—No es asunto suyo.

«Desearía no haberlo amado. No haberlo conocido. Desearía...».

El duque asintió, moviendo la cabeza como si ella le hubiera respondido. Como si hubiera tomado una decisión.

—Con eso es suficiente.

Y había sido, de alguna manera, una decisión. Lo miró inclinado la cabeza a un lado.

—¿Suficiente?

Él se puso de pie, enorme y, de forma increíble, más imponente. Más todavía que cuando había hecho saltar la puerta de sus bisagras. Como si fuera su rey y no solo un hombre que acababa de conocer. Y, cuando habló, lo hizo con una firme certeza que hizo que ella creyera, por un instante, sus palabras.

—No será necesario que huyas.

• 3: A puñetazos en el Ángel Caído: El salvaje escocés se sirve del presumido seguidor de Brummel para manifestar su sarcástica repulsa •

Alec fue a un lugar de Londres donde había muebles diseñados para acomodar a un hombre adulto. Que allí también pudiera disfrutar de unos tragos de *whisky* que él mismo les vendía, un ring para boxear si le apetecía ejercitarse, cartas y mesas de ruleta, así como un puñado de hombres a los que no odiaba, eran ventajas adicionales.

—Warnick ha vuelto. —El marqués de Eversley, más conocido por todo el mundo como King, se dejó caer en un enorme sillón enfrente de Alec—. Díselo a los redactores.

—Estoy fuera del horario de trabajo —repuso secamente Duncan West, magnate de la prensa, desde su propio sillón junto a Alec—. Aunque admito que tengo curiosidad por saber qué ha hecho que me convoque el duque salvaje.

Ser socio de El ángel caído, el club de juego más exclusivo de Gran Bretaña, era algo que solo se conseguía por invitación y poco tenía que ver con la fortuna o el título. De hecho, los esnobs que frecuentaban White's, Brook's o Boodles's no solían ser invitados a unirse al Ángel a menudo.

King era miembro al igual que West (a pesar de que el periodista había tenido una serie de disputas públicas con los propietarios). Como era amigo de dos socios, Alec era bien recibido en el club aunque no formara parte de él, un hecho que agradecía. Incluso él tenía que admitir que allí jugaban a infinidad de azares de forma distinta que en Escocia. O en cualquier otro lugar.

Alec miró a King.

—Gracias por la invitación.

Su amigo arqueó una ceja.

—Realmente la exige, así que no es necesario que me des las gracias.

—Necesitaba tomar *whisky* bueno.

—Podrías conseguir que te invitaran a ser socio, dado que el Ángel es el único lugar de Londres donde un hombre puede degustar buen *whisky* de las bodegas Stuart. —King clavó los ojos en el abrigo de Alec—. Imaginando que encuentres un sastre mejor... Claro está. ¡Por el amor de Dios! ¿De dónde has sacado esa chaqueta?

Alec encogió sus constreñidos hombros.

—Mossband...

Eversley soltó una carcajada al oír la respuesta, pues se trataba de un lugar perdido de la mano de Dios en el lado inglés de la frontera.

—Ya entiendo...

Alec ignoró la réplica.

—En Escocia no es necesaria la ropa de Londres ni los clubes ingleses.

—Disfrutas de los clubes londinenses cuando estás aquí —intervino West.

—Soy consciente de ello —repuso Alec, bebiendo un buen sorbo antes de recostarse en la enorme silla de cuero y sostener la seria mirada de West. Ese hombre era dueño de las cinco publicaciones más rentables de Gran Bretaña, tres de las cuales eran consideradas el *súmmum* del periodismo moderno.

Pero no eran esas las que interesaban a Alec.

Sino *El folleto de los Escándalos*.

—No estás fuera de horario de trabajo —dijo al periodista.

West se recostó.

—No... ya veo.

—Al parecer tengo una pupila.

West arqueó una de sus cejas rubias.

—¿Al parecer?

—Mi abogado no me informó de ello a su debido momento.

—Si me preguntaras mi opinión, diría que es un abogado terrorífico.

—Tomó al pie de la letra mi palabra cuando le dije que no estaba interesado en los asuntos de Londres relacionados con el ducado.

King se rio entre dientes.

—¿No pensaría que la chica es una trampa? Dios... No se lo digas a ella. Dada mi experiencia, a las mujeres no les gusta que se las denomine así.

No. Alec imaginó que Lily lo disfrutaría.

—Sin embargo, ahora ya conozco su existencia.

—Como todo el mundo —ironizó West.

—Debido al escándalo —repuso Alec.

—Por ella misma —aclaró West—. Se dice que es la mujer más hermosa de Londres.

—Posiblemente lo sea —reconoció Alec. Jamás había conocido a otra como ella.

—No lo es —dijeron King y West al unísono.

Alec puso los ojos en blanco.

—Con excepción de vuestras esposas, por supuesto.

Ambos esbozaron unas sonrisas de oreja a oreja antes de que West tomara la palabra.

—La señorita Hargrove también es objeto de curiosidad. Una mujer hermosa atada a un ducado, sin haber sido presentada oficialmente en sociedad, que ha sido vista de forma regular del brazo de uno de los dandis más venerados de la sociedad.

Alec reprimió el disgusto que sintió ante esa idea.

—Supongo que ese pavo real será el origen del escándalo, ¿no?

—¿No le has preguntado a ella los detalles? —se interesó West.

Un recuerdo de la evidente vergüenza de Lily parpadeó en su mente.

—No creo que esté interesada en contármelos.

—Mmmm...

Alec frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que a ellas nunca les interesa contarnos según qué cosas. —El periodista se había casado con una mujer que había provocado su propio escándalo: hermana de un duque, madre soltera de una niña que ahora era tan fuente de orgullo paterno para West como sus propios hijos.

—Afortunadamente, esta mujer no es mi problema —dijo Alec.

—Siempre son nuestro problema —intervino King.

—Lillian Hargrove, no. A diferencia del resto de Londres, hasta hace dos semanas no sabía de su existencia, y no tengo intención de acordarme de ella dentro de quince días. Será el problema del hombre que la deshonoró. —Miró a West—. Solo necesito saber quién es.

West clavó los ojos en una mesa cercana donde se jugaba al faro, y observó la partida durante un buen rato. Alec hizo lo mismo. Un hombre vestido de blanco se acababa de unir a los tres que ya jugaban, y lo hacía dirigiendo una sonrisa de oreja a oreja al *croupier* mientras ponía una enorme

cantidad de dinero sobre la mesa.

Alec miró a sus amigos.

—¿Quién es ese tipo?

King miró a West con una ceja arqueada. Este se recostó en su sillón.

—¿Quieres que te cuente todo lo que sé de las circunstancias de tu pupila?

Alec asintió con la cabeza y clavó los ojos en el periodista.

—Hay un cuadro.

Alec frunció el ceño.

—¿Qué clase de cuadro?

Hubo una larga pausa antes de que King respondiera.

—Se supone que un desnudo...

Alec se quedó paralizado. Aquello le hizo sentir un enorme rugido en los oídos. Se había quedado mudo. Solo había una palabra en su mente: «desnuda». Las largas extremidades, los labios exuberantes, los altos pechos, las caderas redondeadas, la piel tan suave como la seda, y los ojos grisáceos como una tormenta plateada.

No.

—¿Un desnudo de quién?

West abrió los brazos como diciendo: «¿No es evidente?».

Por supuesto que lo era.

Alec se inclinó hacia delante en el sillón.

—Solo se supone. King ha dicho que se supone...

West respondió.

—Nadie lo duda.

Lanzó al periodista una mirada incendiaria.

—¿Lo has visto?

—Yo no, pero mi mujer sí. —Hizo una pausa—. Georgiana está en el comité de selección de la Royal Academy. —A Alec se le aceleró el corazón—. Y se trata de Lillian.

West no añadió nada, y Alec buscó otra solución.

—¿Cómo sabemos que fue ella la que posó? Todos nosotros sabemos que los escándalos rara vez son reales.

—En este caso es cierto —dijo West.

—¿Cómo lo sabes?

West lo miró.

—Porque soy muy bueno en mi trabajo, y conozco la diferencia entre

chismes y hechos.

Alec pensó en la mujer que había conocido un par de horas antes. Sí, era hermosa, pero no idiota. Movi6 la cabeza.

—No encaja —asegur6—. He conocido a esa chica. No me creo que haya posado para un desnudo.

—El amor nos lleva a hacer cosas extrañas. —King fue claro y directo, y Alec odi6 cada una de sus palabras.

No quer6 reconocer la verdad. No quer6 imaginarla desnuda para otro hombre. En realidad ten6 muchos problemas para no imaginarla desnuda, punto.

—As6 que est6 enamorada...

Esa era la pregunta que le hab6a hecho, la que ella hab6a respondido sin palabras. No las hab6a necesitado. 6l hab6a notado la tristeza que invadi6 sus ojos. La melancol6a. Como si deseara que el hombre en cuesti6n apareciera all6 mismo, en la salita.

6l sab6a mucho de deseos. Y tambi6n sab6a —mejor que la mayor6a— que una falsa emoci6n pod6a conseguir que alg6n artista mediocre la manipulara y se aprovechara de ella. Busc6 la mirada de West.

—¿D6nde est6 esa pintura?

—Nadie lo sabe. Se exhibir6 como parte de la exposici6n de la Royal, dentro de diez d6as —explic6 West—. Solo seleccionan los mejores cuadros, Warnick. Y este concretamente, seg6n Georgiana, es incomparable.

—El retrato m6s hermoso jams pintado —intervino King.

—No tenemos la certeza de que sea ella.

—Lo admiti6 ella misma, Warnick.

Alec se qued6 paralizado de nuevo.

—¿Que ha hecho qu6?

—Se subi6 al estrado e hizo una escena. Profes6 su amor por el artista y fue rechazada delante de todo Londres —dijo West—. Solo eso ya es suficiente para destruirla, pero adem6s hay quien cree que ella forma parte de esto. Que ella y el artista estaban compinchados para estar seguros de que la fama preceder6a al retrato cuando viajara por el pa6s. Por el mundo.

Alec maldijo y neg6 con la cabeza.

—¿Por qu6 iba una joven a hacer eso? ¿Por qu6 quer6a arruinar su reputaci6n? Esa chica est6 encerrada en mi casa, esperando a disponer de fondos para huir.

Aunque no esperaba que él la defendiera.

Había visto huir a algunas mujeres. Había huido él mismo. Y sabía lo que ocurría cuando te detenías.

Lillian Hargrove no lograría escapar.

—¿Es eso lo que quiere de ti? ¿Fondos? —intervino King otra vez.

Alec negó moviendo la cabeza.

—Dentro de diez días, heredará el dinero de su dote.

West hizo girar el *whisky* en su vaso.

—Buen momento, ya que el cuadro será revelado en diez días.

Alec lo miró a los ojos.

—¿A qué te refieres?

Su amigo se encogió de hombros.

—Imagina la *Mona Lisa*.

Alec resopló de irritación.

—¿A quién demonios le importa la maldita *Mona Lisa*?

—Imagino que a mucha gente.

—A veces tu obvia brillantez me cansa, West —dijo Alec mirándolo.

El periodista sonrió.

—Te ves reflejado, ¿verdad? Solo te falta el brillo.

—Una pena, teniendo en cuenta su tamaño —lo aguijoneó King—. Supongo que es cierto lo que dicen. No se puede tenerlo todo.

Alec los maldijo a los dos.

—Muy bien. La *Mona Lisa*. ¿Qué pasa con ella?

—Imagina lo famosa que sería la modelo si supiéramos su nombre.

La sorpresa lo dejó anonadado.

—¿Crees que Lillian desea ser famosa? —Recordó su aspecto. Los ojos grises nublados de dolor—. No.

King arqueó una ceja.

—Estoy casado con una de las peligrosas Talbot. Son la prueba viviente de que a algunos les encanta la fama. —Hacía unos meses que el marqués de Eversley había encontrado de polizón en su carruaje a una chica de una de las familias más notorias de Londres. Aquel polizón se había convertido en una inesperada compañera de viaje y, después de todo, en el miembro más escandaloso de su familia. Y en la marquesa de Eversley.

—No te hubieras casado nunca si no fuera por mí.

King lo miró.

—¡Oh, sí! Tu parte en los hechos fue muy bienvenida. No tuve que enmendar nada.

—Tienes suerte de que haya hecho las paces —comentó Alec—. Alguien tenía que hacerte entrar en razón.

—Y te estaré eternamente agradecido por ello. —Sonaba muy sincero.

—Och... —dijo Alec, mirando hacia otro lado—. No hay nada peor que un aristócrata enamorado de su esposa...

—Mira, duque, quieras o no, ahora eres también un noble, así que solo te falta la esposa en cuestión.

Eso no ocurriría. Había aprendido la lección cada vez que lo había considerado. Cada vez que se lo había planteado habían ignorado su dinero, su título y su refinamiento. Y solo por su cuerpo y nada más. El salvaje escocés.

Sacudió la cabeza.

—Ya tengo suficientes problemas con las mujeres, gracias.

—Eso es porque asustas a las mujeres pequeñas —dijo King, imitando su acento.

—Esta no me tiene miedo. —En cualquier caso, Lillian Hargrove estaba dispuesta a luchar contra él sin dudarlo—. Sinceramente, podría mostrar un poco más de aprensión.

—Otra razón para creer que ella podría formar parte del escándalo —dijo West—. La adorable Lily, inmortalizada para el resto de los siglos.

Aunque no lo demostrara, Alec detestaba aquel apodo.

—No sabía que le gusta que la llamen Lily —respondió bebiendo de nuevo. Tampoco le gustaba que sus dos amigos supieran más sobre ella que él.

Y odiaba que pudieran tener razón. Que Lily se hubiera destrozado a sí misma por un hombre. Pensó en su encuentro con la chica. No parecía orgullosa de haber provocado un escándalo. No lo había esgrimido como un éxito. Había detectado arrepentimiento en su mirada. Vergüenza.

La había reconocido con la misma certeza que había identificado la suya.

Sacudió la cabeza.

—Ella no estaba metida en eso.

—Entonces la actuación en la inauguración... —empezó a decir King.

—... no fue una actuación —terminó West, mirando a Alec—. Pobre chica. ¿Y ahora qué?

«Pienso huir».

Pero él no iba a permitirlo. Aunque tuviera que levantar Londres ladrillo por ladrillo para asegurarse de ello. Lillian se quedaría y recuperaría la reputación perdida. Inglaterra no la perseguiría ni la destruiría de la misma forma que hacía con aquellos que no la satisfacían.

Una solución le parecía segura, rápida y completamente aceptable. La rapidez era, sin duda, una bendición. La rapidez haría que él pudiera regresar a casa, a Escocia, lejos de Londres y de Lillian Hargrove, que estaba resultando ser más problemática de lo esperado.

—Podrías casarte con ella. —La voz de King le arrancó de sus pensamientos.

—¿Casarme con quién?

West sonrió.

—El aire de Londres obnubila tus pensamientos, escocés. Con esa mujer. La señorita Hargrove. King está sugiriéndote que te cases con ella.

Vio una imagen en su mente: Lily, hermosa y perfecta con su sencillo vestido gris, con la piel de porcelana y los ojos ardientes. Hubo un tiempo en el que él se lo habría propuesto en el acto, cegado por su belleza y desesperado por conquistar su corazón. La hubiera reclamado para sí mismo.

A pesar de su tamaño. A pesar de su fuerza. A pesar de su falta de elegancia.

Pero ahora era más prudente. Se dejaba llevar por pasos más lógicos que casarse.

—Incluso aunque no fuera su tutor...

—No seas absurdo —le interrumpió King—. Si me dieran una libra por cada tutor que se ha casado con su pupila, sería rico.

—Ya eres rico —repuso Alec—. De cualquier forma, ella no aceptaría. —Le llevó un momento darse cuenta de que West y King lo miraban—. ¿Qué pasa?

Fue West el que habló primero.

—Creo que hablo por los dos cuando te digo que la chica se pondría de rodillas y le agradecería a Dios que se lo propusieras.

«El salvaje escocés» .

«Eres tan grande. Tan bruto. Solo para un día».

Los recuerdos le quemaban. ¿Cuántas mujeres inglesas le habían negado todo lo que no fuera sexo? ¿Cuántas lo habían rechazado cuando se trataba de

matrimonio? Incluso aunque estuviera interesado en la chica. Incluso aunque fuera algo más que una conflictiva belleza que lo mantenía alejado de casa... Sacudió la cabeza.

—Yo no soy el marido en cuestión.

King lo miró como si supiera lo que estaba pensando. Pero no miraba al hombre que había conocido en sus días de colegio.

—¿Entonces? —dijo el marqués.

—Soy un duque, ¿verdad?

King se recreó en el último sorbo.

—Sin duda.

—Y los duques siempre pueden hacer su santa voluntad.

West sonrió.

—Me han dicho que el título es una ventaja, sí.

Alec asintió.

—Pues el hombre que la arruinó... Ese es el que se casará con ella.

Un alborozo desenfrenado en la mesa de faro cercana acentuó sus palabras. Alec miró hacia el ruido, volviendo a fijarse una vez más en el hombre de chaqueta y pantalones blancos. Parecía que ese pavo real había perdido una mano, al menos si se fiaba de la expresión de su cara.

Así era el azar. Un momento arriba, el siguiente abajo.

Y lo mismo ocurría cuando se trataba de mujeres, como muy pronto descubriría el sinvergüenza de Lily.

Alec se volvió hacia sus amigos.

—Se casará con ella aunque tenga que ponerle una pistola en la sien para obligarlo a hacerlo.

King parpadeó.

—Es posible que no te quede más remedio.

—Bueno, ser un salvaje escocés tiene sus beneficios. —El plan era perfecto. Se volvió hacia West—. Dame su nombre, por favor.

—Haré algo mejor —dijo West terminándose la bebida y señalando la mesa donde se desarrollaba la partida—. Nombre y ubicación. Pregunta por Derek Hawkins, artista y genio teatral. Es esa figura de blanco que acaba de perder.

No era posible.

Alec no podía imaginarse a ese hombre hablando con Lillian, y mucho menos... No. No podía ser: cualquier mujer se moriría en vida con un pavo

real como ese. Miró a King para confirmarlo.

—¿Sí?

King asintió.

—En efecto. Artista, genio teatral e idiota.

Alec no sabía qué se había imaginado. Alguien más fuerte, menos dandi... No le hubiera sorprendido que fuera un hombre muy guapo o muy rico... O quizá uno que rezumara desagradable encanto. Pero ese hombre, ese pomposo pavo real, no parecía adecuado ni para cubrir un charco para que Lily no se mojara.

«¿Lo amas?».

Alec había esperado que fuera alguien que la mereciera.

De repente, su plan ya no parecía tan perfecto.

Miró a sus amigos e hizo la única pregunta que le vino a la mente.

—¿Por qué?

Antes de que pudieran responderle, en la mesa de juego cercana estalló otra conmoción. Por lo que Alec observó, el tal Hawkins estaba tratando de negociar con el casino un préstamo.

—¡Mi nombre pronto será conocido en todo el mundo! —decía Derek Hawkins al gerente del negocio—. ¿Cómo se atreve a negarme nada?

El empleado se ajustó las gafas y negó con la cabeza.

—Se lo aseguro —bramó Hawkins—. Sus jefes se pondrán furiosos si se enteran de que me ha negado crédito. ¡Voy a ser el inglés más famoso que haya existido! ¿Newton? ¿Milton? ¿Shakespeare? Todos palidecerán en comparación con Hawkins. Me rogarán que honre este lugar con mi presencia y yo me negaré debido a... —Hizo un gesto con la mano en la mejilla del gerente— su evidente falta de visión.

—Santo Dios... Es todavía peor de lo que imaginaba —comentó Alec.

—Solo está empezando... —repuso West y pidió más bebida.

—Si no tienes liquidez, no juegas, Hawkins —dijo uno de sus compañeros de partida, que estaba obviamente ansioso por seguir con el juego.

—Tengo liquidez. Solo que no llevo dinero encima. —Se volvió de nuevo hacia el gerente—. ¿Es que está sordo y ciego? ¿No entiende que soy el mejor artista de todos los tiempos?

En la mesa estallaron gritos de burla, y Alec no pudo reprimir la sonrisa ante aquel insufrible hombre. Miró a sus amigos.

—Os equivocáis... —dijo—. No existe forma humana de que este hombre

suponga un escándalo. —Lillian no sería capaz de soportarlo más de un minuto. Vería de inmediato cómo era en realidad.

El idiota continuó hablando, seguro de sí mismo.

—¡Soy Derek Hawkins! ¡No exagero la calidad de mi trabajo! ¡Mi genio es algo sobrehumano!

Alec miró a King.

—¿Siempre es así?

—Si por «siempre así» te refieres a que es un pomposo, sí. —Fue la seca respuesta—. Cortejó a mi cuñada durante un tiempo. No puedo imaginar por qué lo rechazó.

—No puedo obligar a Lillian a casarse con él.

—¿Pensabas que estaba enamorada de él?

—No me importa —aseveró Alec. Y realmente no le importaba. No había forma de que la casara con ese payaso.

Iba a tener que lidiar con la situación de forma diferente.

—Exijo ver al dueño —insistió Hawkins.

Y como si hubiera sabido que era necesaria su presencia, apareció uno de los propietarios. El contable del club, un pelirrojo muy alto.

—Hawkins —se dirigió al artista con absoluta calma—, ¿cuántas veces debemos decirte que tienes la mala suerte de que no fiamos sin garantía?

—Cross, no entiendes el arte —declaró Hawkins—. Tráeme a alguien con ojo —suplicó la presencia de otro de los propietarios—. Bourne o Chase... Cualquiera otro me dará la razón. Mi nombre es suficiente garantía. Mi trabajo. Soy la estrella de la exposición de la Royal de este año. ¿Es que no lo sabías?

—Creo que me has confundido con alguien a quien le importa algo la exposición de este año. —Pero Cross no parecía nada impresionado—. Vete a casa y regresa con fondos, y entonces veremos si puedes sentarte en una mesa. Por ahora, la partida se reanuda sin ti. —Se dio la vuelta para indicarle al *croupier* que repartiera las cartas.

—Estás cometiendo un error. Cuando se muestre la pintura, no te honraré con mi presencia. Es el mejor desnudo que se ha pintado desde Rubens. —Alec apretó los dientes, aquel «desnudo» le había atravesado como un estilete—. Soy mejor que Rubens. Estoy a la altura de Leonardo y Miguel Ángel. Podríais haber disfrutado de los beneficios... Ahora tendrás que suplicarme que vuelva a poner aquí los pies.

—Hawkins, nadie ha visto ese cuadro —gritó alguien—. Vuelva dentro de diez días, cuando tengamos la oportunidad de decidir por nosotros mismos si eres un genio o no.

Hawkins se volvió hacia aquel hombre

—Por lo que veo ya está al tanto de que se descubrirá dentro de diez días, lo que me indica que piensa echarle un vistazo.

—¿A la adorable Lily sin ropa? Tiene toda la razón...

Alec se puso de pie con los puños apretados antes de poder pensarlo dos veces.

—Warnick... —King se puso a su lado al instante—. Cuidado... O lo empeorarás todo...

—El mío no es el único periódico sensacionalista del que debes preocuparte —aseveró West sin moverse de la silla.

Más tarde, Alec se sentiría orgulloso de sí mismo por no haber desmembrado a aquellos hombres como era su intención en un principio. En su lugar, se limitó a hablar, pues la solución se le ocurrió mientras pronunciaba las palabras, secas y llenas de ira.

—Yo fiaré al pintor.

—¿Quién es usted? —preguntó Hawkins, que parecía confuso y aliviado mientras miraba a Alec.

Este le tendió las manos en un gesto inocente.

—A caballo regalado...

—No —repuso Hawkins—. No necesariamente. Además, me gustaría saber con quién estaría en deuda.

Alec asintió.

—¿Importa? La mía es la única oferta que ha recibido esta noche.

Hawkins entrecerró los ojos e inclinó la cabeza a un lado para observarlo. Posó la mirada en sus anchos hombros, donde la chaqueta le apretaba demasiado y en las ajustadas mangas de la prenda. En la apretada corbata.

—¿Y si acepto? ¿Qué vendrá después?

—Vuelve a la partida.

—¿Y? —insistió Hawkins.

—Si gana, gana...

—¿Y si pierdo?

—Entonces me devuelve mi dinero, con intereses.

Hawkins entrecerró los ojos.

—¿Qué interés?

—El retrato.

Hawkins parpadeó.

—¿El retrato de la exposición?

—Ese mismo.

Hawkins miró a King y a West parpadeando, estudiando su interacción. Fue entonces cuando ató cabos y se concentró en él. Parecía que el artista era menos tonto de lo que Alec había pensado.

—¿Es usted el duque de Warnick? ¡El tutor ausente de Lily!

Lily... Odiaba oír ese nombre en boca de ese dandi.

—Para usted, señorita Hargrove —espetó Alec.

Hawkins ignoró sus palabras.

—Nunca le hubiera reconocido. Había oído que era grande, pero pensaba que se le ocurriría pagar a un buen sastre con esa fortuna que tiene. El corte de esa chaqueta es abominable. —Hawkins se encogió de hombros y sacó una pelusa imaginaria de su manga con una risita desdeñosa.

—¿Desea el dinero o no?

—¿Cree que suministrarme efectivo para comprar fichas es suficiente para quedarse con una obra de arte? —Hawkins hinchó el pecho con un orgullo y una certeza fuera de lugar—. Es el trabajo de un genio. Aunque no espero que un hombre que usa una chaqueta con ese corte pueda entender lo que significa. —Hizo una pausa mientras lo miraba fijamente para coger aire—. Dejará sin aliento por el resto de los tiempos.

Alec dio un paso hacia él.

—Yo le enseñaré a quedarse sin respiración.

—Warnick... —King de nuevo. En su mente, Alec escuchó el resto de la advertencia: «No lo hagas más difícil».

Los hombres que los rodeaban se habían triplicado, atraídos por la promesa de una pelea que flotaba en el aire.

Respiró hondo.

—Diez mil.

La cifra era escandalosa. Mucho más elevada de lo que podía valer la pintura.

Vio un brillo en los ojos de Hawkins, algo que parecía codicia.

—No está a la venta.

—Todo tiene un precio —aseguró Alec. Y él lo sabía mejor que nada—.

Veinte mil.

Hubo un jadeo colectivo entre los espectadores. Veinte mil libras mantendrían a Hawkins durante años. Seguramente durante el resto de su vida.

Pero aquella oferta fue un error. Reveló su deseo de hacerse con el cuadro. De salvar a su pupila. Y le daba a Hawkins todo el poder.

El pintor sonrió.

—Ojalá hubiera venido hace un año, piense en lo que podría haber evitado si no hubiera olvidado su sentido de la responsabilidad.

Alec no se movió. Se negó a picar el cebo. Se reprimió para no arrancarle la cabeza de cuajo, tal y como se merecía.

—Si se hubiera comportado de forma diferente, duque —continuó Hawkins—, posiblemente la hubiera salvado.

Hawkins no podía haber sabido que esas eran las palabras adecuadas para que Alec se distanciara. No podría haber sabido su poder. Pero Alec apretó los puños, tensando todos los músculos, amenazando con atacar, desesperado por hacerlo.

—Se refiere a salvarla de sus acciones...

En los ojos de Hawkins apareció una luz....

—Se lo aseguro, excelencia, ella consintió —alardeó con un tono de sucia insinuación—. Estaba desesperada.

Los hombres que los rodeaban aullaron y se burlaron al oír aquel golpe de gracia para la destrucción de Lillian. Las risas y los gritos se convirtieron en abucheos cuando Alec se acercó como un perro que se hubiera soltado de su cadena.

Levantó a Hawkins por la solapa de su adornada chaqueta, como si no pesara nada.

—Eso ha sido un error.

—¡Bájeme! —chilló Hawkins, intentando arañar el puño de Alec.

West se levantó.

—No aquí, Warnick. No delante de todo el mundo.

Alec lo soltó y Hawkins cayó al suelo.

—¿Cuánto? —dijo una vez más acercándose.

El pintor se puso en pie.

—No puede maltratarme así. Soy...

—Me importa muy poco quién es. ¿Cuánto por el retrato?

—Nunca lo conseguiré —escupió el artista en un tono agudo y aterrorizado, en el que se notaba a leguas que estaba alardeando—. No aceptaría el dinero aunque me ofreciera diez veces más, salvaje escocés. Son la pareja perfecta. Tan ordinario como ella, solo que con más suerte.

Eso recordó a Alec sus intenciones, que había habido un momento en el que realmente había planeado forzar a ese bastardo a casarse con Lily.

Como si fuera a permitir que se acercara a ella otra vez.

Como si fuera a permitir que respirara el mismo aire que ella.

—He sido muy educado con usted —dijo paseándose alrededor de Hawkins mientras los demás hombres se acercaban, charlaban y refunfuñaban.

—¡Veinte libras por el escocés! —Una voz se elevó por encima de la multitud.

Alec la ignoró.

—Estaba dispuesto a pagar por ese cuadro. Y un precio justo. Más que justo.

—¡Miradlo! ¡Tiene unos puños del tamaño de jamones!

Él relajó los dedos y volvió a cerrarlos.

—¡Pagaría por ver esa pelea!

—¡Apuesto lo que sea a que obliga a Hawkins a pasar por el altar!

—¡Diez libras por eso!

Hawkins no pudo seguir callado.

—Como si fuera a casarme con Lillian Hargrove, de baja cuna, solitaria y triste. Como si un genio se casara con su musa... Si podría tener a cualquiera. ¡A la realeza!

—¡Llévalo al ring, Warnick! ¡Demuéstrale lo que piensas!

—No necesito el ring. —Ya no estaba enfadado, estaba a punto de cometer un asesinato—. Escúchame —le dijo al pintor—, y escúchame bien. —Su voz era un sonido apenas inteligible por el marcado acento que su enfado le impedía controlar—. Grábate mis palabras en tu memoria. Porque quiero que te pases las próximas dos semanas preguntándote cómo voy a hacerlo.

—¿A hacer qué? —Hawkins estaba aterrorizado.

—Destruirte.

Hawkins parpadeó, y Alec vio cómo le subía y bajaba la nuez, como si estuviera pensándose la respuesta. Por fin, sacudió la cabeza, giró sobre sus talones y huyó, directamente a través de la cortina que marcaba la entrada al

club, en busca de la noche londinense, perseguido por risas y burlas del resto de los miembros del club de juego.

Después de varios segundos, King le puso a Alec la mano en el hombro.

—Parece que, después de todo, no es tan imbécil como pensábamos. Huir ha sido una buena opción.

«Planeo huir».

Las palabras de Lily lo atravesaron, llenas de tristeza, y le recordaron a otra persona que había huido y que había sido destruída.

Negó con la cabeza.

—Ese hombre solo se la llevará de Londres por encima de mi cadáver.

West se unió a ellos.

—Entonces, ¿ya no intentas que se case con ella?

Aquella pregunta evocó una imagen de Lily en brazos de Hawkins, con el pelo cayéndole por la espalda mientras él enredaba los dedos en él. Con sus labios en los de ella... Y Alec quiso volcar la mesa más cercana.

—Ni por todo el oro del mundo.

—¿Entonces?

—No importa con quién se case. Solo que contraiga matrimonio.

King y West se miraron el uno al otro antes de observarlo. Alec estaba totalmente concentrado pergeñando de su plan, así que esperó a que uno hablara.

—¿Qué pasa? —dijo finalmente, al ver que ninguno tomaba la palabra.

—Nada —repuso West un buen rato después—. Me parece un plan excelente.

King arqueó una ceja.

—No me puedo imaginar qué podría salir mal.

Alec notó el sarcasmo en la voz del hombre, y en gaélico, usando toda su mordacidad, le dijo exactamente lo que podía hacer, antes de darse la vuelta y dirigirse al ring de boxeo del club.

Pensaba desahogarse con una buena pelea.

• 4: El duque salvaje y sus perros toman la residencia

•

Lily debería haber imaginado que algo andaba mal cuando vio a la criada corriendo a los pies de la escalera a las ocho de la mañana.

Debería haberlo percibido en el tembloroso silencio de la casa, como si estuviera presente alguien importante. Pero no lo hizo.

No lo pensó hasta que olió el jamón.

Durante cinco años, Lily había bajado la escalera a la misma hora para tomar un té con tostadas para desayunar, sencillamente porque era lo que le daban. E incluso, a veces, había días que la cocinera se olvidaba de ella y tenía que buscarse la vida para comer algo. La verdad, esos eran los mejores días, porque le daban una excusa para entrar en la cocina y estar en compañía de otras personas.

Lily vivía apartada del resto del mundo en el 45 de Berkeley Square. No pertenecía a la aristocracia ni era una sirvienta. Demasiado noble para ser bienvenida en la vida del personal, pero no tanto como para ser honrada por él. Durante el primer año, había deseado contar con su amistad, pero el segundo ya se había convertido en parte de esa danza, pululando entre los criados, sin importunarlos pero siendo más bien... invisible.

A pesar de que durante años no le había gustado aquel desinterés, en los últimos tiempos, se había sentido reconfortada por ello.

Después de todo, ahora ya no era invisible fuera de esa casa.

De hecho, era demasiado visible.

Sin embargo, el hecho era que los invisibles no tomaban jamón en el desayuno. Y así fue que, cuando la doncella desapareció por el largo pasillo, el salado aroma de la carne la atrajo desde el comedor del desayuno, y se dio cuenta de que no estaba sola en la casa.

De que el duque había decidido instalarse allí.

Empujó la puerta y se lo encontró detrás de un periódico, con un plato

lleno delante de él. Solo eran visibles las mangas de su camisa.

Estaba en mangas de camisa. Aquel hombre ni siquiera tenía la cortesía de vestirse para desayunar.

Por lo tanto, ella tampoco se anduvo con rodeos educados.

—¿Ha dormido aquí?

Alec Stuart ni siquiera bajó el diario cuando ella cruzó el umbral.

—Buenos días, Lillian.

Las palabras rugieron a través de ella, roncas por el acento escocés. Sin embargo se dijo a sí misma que no le importaba; era un tono demasiado bajo. Demasiado lánguido. Demasiado familiar.

Por supuesto, es que tenía que resultar familiar, ya que ese hombre estaba sentado en la mesa del comedor, como si fuera el dueño del lugar. Y lo era, por supuesto.

Se detuvo a medio camino de la enorme mesa del comedor.

—No se va a quedar —dijo para sí misma. Fue entonces cuando vio a los perros que había en el suelo, a ambos lados de él, con varios centímetros de baba colgando de la boca—. Y ellos, sin duda, tampoco se van a quedar — eso lo pronunció más alto.

—¿No te gustan los perros? —preguntó él sin bajar el periódico.

En realidad le gustaban, siempre había querido tener uno.

—¿Son perros? Pensaba que eran ponis.

—Este es Angus —informó él, asomando la mano desde detrás del periódico para acariciar la enorme cabeza que tenía a la izquierda—. Y este Hardy. —Hizo una caricia similar al otro—. Son como gatitos. Te gustarán.

—No habrá oportunidad, ya que no se van a quedar aquí. Excelencia, posee otras ocho residencias en Londres, por no hablar de los demás sitios donde ha pasado la noche cuando ha pisado la ciudad. Estoy segura de que encontrará otro lugar en el que instalarse.

Él bajó una esquina del papel.

—¿Cómo sabes que he venido a la ciudad antes de ahora?

—¡Santo Dios! —exclamó ella—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Una dama no se habría dado cuenta.

El duque tenía el ojo derecho hinchado, morado y envuelto con un horroroso tono verdoso.

—¿La dama en cuestión estaría ciega?

Notó que el hombre alzaba un poco la comisura de los labios hinchados en

un amago de sonrisa.

—Deberías ver cómo quedó mi adversario. —Y volvió a concentrarse en el periódico.

Lily debería sentirse agradecida por aquella paliza. Por la manera en que deformaba aquellos labios que tanto podían distraerla. En su vida se había fijado en los labios de un hombre, y ahora solo podía pensar en lo mucho que esperaba que aquella inflamación no fuera permanente. Sería una tragedia arruinar una boca así.

Aunque no estaba interesada en ella.

De eso nada.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué le hizo ese hombre?

—Nada —repuso él como si la pregunta fuera insustancial—. Necesitaba un desahogo.

Los hombres siempre la dejarían perpleja.

—¿Por qué?

—Me sentía irritado. —Dejó el periódico a un lado.

Ella abrió los ojos como platos.

—¡Llevas un *kilt*!

El *plaid* de cuadros de intenso color rojo se extendía en diagonal por su torso, cruzando el hombro, donde se encontraba con otra cortina de lana, y se sujetaba con un alfiler. La prenda no hacía más que subrayar lo fuera de lugar que estaba allí, en esa casa, en ese mundo que había heredado de forma involuntaria.

En ese mundo que ella había deseado tan desesperadamente antes de que su desesperación fuera deshacerse de él.

El duque volvió a levantar el periódico.

—Me resulta más cómodo.

—¿No usa pantalones? —Las palabras salieron antes de que pudiera reprimirlas.

El ojo que él no tenía morado se encontró con el suyo en una penetrante mirada castaña.

—No.

Esa simple y sencilla palabra nunca la había hecho sentir tan avergonzada. Deseó meterse debajo de la mesa. Podría haberlo hecho, si no fuera porque si lo hiciera estaría todavía más cerca de la fuente de su vergüenza.

Por suerte, él cambió de tema.

—No me has respondido.

Lily no recordaba que le hubiera hecho ninguna pregunta. No podía recordar otra cosa que lo último que había salido de sus labios. Se sentía muy mortificada.

—¿Cómo sabes que he venido por la ciudad antes de ahora? —repitió él.

—Al igual que tú, yo también leo los periódicos —explicó—. Te conviertes en su objetivo favorito cuando vienes a Londres.

—¿Eh? —dijo él como si no lo supiera.

—Oh, sí... —confirmó ella, recordando cómo lo habían descrito en los periódicos sensacionalistas: «La más oscura fantasía de las damas». Suponía que era un espécimen particular, si a una le gustaban los hombres altos, de espalda ancha y aire salvaje. A ella no le iban. De ninguna forma—. Advierten a los ciudadanos de Londres que saquen los muebles más resistentes por si acaso te pasas a tomar el té.

Percibió que a él se le tensaba levemente un músculo en la mejilla, y la sorprendió que, en vez de sentir el triunfo que esperaba notar al haber dado en el blanco, solo se sintiera un poco culpable.

Debería disculparse y lo sabía, pero se mordió la lengua durante el largo e incómodo momento siguiente, durante el que él permaneció inmóvil como una piedra, mirándola con frialdad. Podrían haber seguido así durante años, perdidos en aquella batalla de voluntades, si no hubiera sido por el largo hilo de baba que cayó desde la boca de un perro a la alfombra.

—Esa alfombra cuesta trescientas libras... —dijo Lily después de mirar al animal.

—¿Cómo has dicho?

Ella sonrió ante su sorpresa.

—...y ahora ha sido bautizada con la saliva de su bestia.

—¿Por qué demonios te has gastado trescientas libras en una alfombra? ¡Si solo es para que la gente la pise!

—Me ha dado permiso para que decore la casa como mejor me parezca.

—No he hecho tal cosa.

—Ah, claro que sí —repuso ella—. A través de su abogado. Y, dado que tengo que vivir en una jaula, *milord*, mejor que sea dorada, ¿no cree?

—¿Otra vez a vueltas con la metáfora del pájaro?

—Con alas recortadas y todo —aseveró ella.

Él levantó una vez más el periódico.

—Me parece que tus alas funcionan perfectamente, pequeña agaporni.

Ella permaneció callada, no le gustaba el inquietante conocimiento que tenía sobre las conocidas como las aves del amor, así que volvió al tema original.

—No le ha interesado esta casa hasta ahora, excelencia, así que no veo la necesidad de que viva en ella.

—En este momento sí me interesa —repuso él desde detrás del periódico.

La genial declaración le recordó por qué había entrado en la sala de desayunos. Respiró hondo.

—No se va a...

—... quedar. Sí. Mis oídos funcionan perfectamente.

Lily no dudaba de su sentido del oído. Dudaba de su sentido común. Punto. Pero no importaba, aquella casa era lo suficientemente grande para que lo evitara hasta que cobrara sus fondos, entonces se libraría de él. Y de Londres.

Sin embargo, antes de que pudiera manifestarlo en voz alta, les interrumpió la llegada del mayordomo, Hudgins.

—Excelencia —graznó el anciano mientras entraba a trompicones en la habitación, apoyándose pesadamente en un bastón con un paquete bajo el brazo—. Le ha llegado un sobre.

Lily se volvió para ayudar al mayordomo, pues siempre dudaba de su capacidad para ir de un lugar a otro sin lastimarse, y le quitó el paquete de las manos.

—Hudgins, te exiges demasiado.

El hombre la miró, sintiéndose claramente insultado, y le arrebató el paquete.

—Señorita Hargrove, soy uno de los mejores mayordomos de Londres. Le aseguro que puedo entregarle un paquete al dueño de la casa.

Aquellas altivas palabras hicieron que la recorriera un estremecimiento de vergüenza. La rápida réplica no solo demostraba que se había sentido insultado, sino que también le había recordado su lugar: ni arriba ni abajo. Y, sin duda, no se le permitía instruir al personal delante del duque.

Al instante, ella buscó la forma de enmendarse mientras se dirigía hacia el duque y dejaba el sobre en la mesa.

—Gracias, Hudgins —intervino Alec en voz baja, un tono ronco que hizo retumbar la habitación—. Antes de que te vayas, puedes ayudarme en otro

asunto.

Eso hizo que el anciano la olvidara a ella de inmediato. El mayordomo se enderezó todo lo que le permitían sus viejos huesos, ansioso por demostrar que era más que capaz de ayudar.

—Por supuesto, excelencia. Lo que sea que necesite. Todo el personal está aquí para ayudarlo.

—Como se trata de una cuestión de gran importancia, desearía que solo me ayudaras tú.

Lily se volvió hacia el duque con el ceño fruncido, queriendo subrayar la fragilidad de Hudgins, para señalar que el mayordomo ya no ejercía su servicio de la forma tradicional. A pesar de que se levantaba y se vestía cada día, sus tareas se limitaban a abrir la puerta cuando lograba oír que llamaban, lo que era cada vez menos frecuente. Hudgins se había ganado una especie de jubilación, cómoda y tranquila. ¿Es que el escocés no lo veía?

—Exijo que hagas una completa relación de los artículos de valor que hay en varias habitaciones de la casa —dijo Warnick—. Cuadros, muebles, esculturas, piezas de plata... —Hizo una pausa antes de seguir—. Alfombras.

¿Qué demonios...? ¿Por qué? Lily frunció el ceño.

—Por supuesto, excelencia —repuso el mayordomo.

—No todas las habitaciones, ya me entiendes... Solo las más críticas. Las principales salas de visita, las salas de estar, la biblioteca, la sala de música y esta.

—Por supuesto, excelencia.

—Necesito la relación dentro de un mes como muy tarde. Y me gustaría que fuera lo más completa posible.

Sinceramente, eso no le debería llevar ni una semana, pero Lily mantuvo la boca cerrada.

—Me parece un tiempo más que necesario —repuso Hudgins.

—Excelente. Eso es todo.

—Excelencia... —Hudgins hizo una leve reverencia y salió de la habitación.

Lily esperó hasta que el anciano cerró la puerta para volverse hacia el duque.

—Para ser un hombre que tiene tantas ganas de evitar el título, sin duda le gusta dar órdenes al personal —comentó, acercándose a él una vez más—. ¡Qué petición más inútil! Una relación completa del contenido de la casa.

Tiene propiedades valoradas, literalmente, en millones de libras, excelencia. Y jamón.

Lo último no quería haberlo dicho.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—¿Has dicho jamón?

Lily negó con la cabeza.

—Es irrelevante. ¿Qué le importa lo que haya en las paredes de la sala de un hogar que ni siquiera sabía que existía la semana pasada?

—No me importa —aseguró.

—Por no mencionar lo tediosa que es la tarea —continuó ella sin escuchar su respuesta—, estará ocupando cada una de esas habitaciones durante días. Y teniendo en cuenta su falta de ganas para dejar trabajar y vivir la vida en... —Se detuvo.

Lo vio arrojar un pedazo de jamón al perro de la izquierda.

—Oh... —dijo ella.

Y una corteza de pan al de la derecha.

—Las salas de estar. Las salas de visita. La biblioteca. Esta... —Él no respondió—. Todas son habitaciones con muebles cómodos. Un mes para catalogar el contenido.

—Es un hombre orgulloso. No es necesario que sepa que lo quiero mantener ocupado.

Ella parpadeó.

—Ha sido muy amable por su parte.

—No te preocupes. Continuaré siendo una bestia contigo. —Vio como acariciaba la cabeza de uno de los perros con su enorme mano, y se quedó paralizada ante la piel bronceada y la larga cicatriz blanca que comenzaba justo debajo del primer nudillo. Observó la mano durante un buen rato, preguntándose si estaría cálida. Sabiendo que sí—. Dime, ¿se trata solo del viejo, o todos los demás sirvientes te ignoran?

Ella alzó la barbilla, odiando que se hubiera dado cuenta.

—No sé a qué te refieres.

Él la estudió mucho tiempo antes de coger el paquete de la mesa. Lily miró cómo pasaba un largo dedo por debajo del sello de cera para abrirlo. Sacó un fajo de papeles.

—Pensaba que no leía la correspondencia.

—Ten cuidado, Lillian —advirtió él—. No creo que quieras que ignore

esta misiva en particular.

El corazón se le aceleró.

—¿Por qué?

Él apartó las hojas lo suficientemente lejos como para que ella no pudiera verlos.

—Le escribí a Settleworth después de que me informaras de tus planes.

Ella contuvo el aliento.

—Mis fondos.

—En realidad, siendo claros, son míos.

Ella lo miró fijamente.

—Solo durante nueve días más.

Él se reclinó en la silla.

—¿Nunca has oído decir que se atrapan más moscas con miel que con vinagre?

—Nunca he entendido por qué alguien puede querer atrapar a una mosca —dijo ella, mostrándole una enorme sonrisa—. Pero no se preocupe... A partir de este momento, pensaré en usted como en un insecto muy grande. — Señaló los papeles—. ¿Por qué le interesan mis fondos?

Él posó una mano encima del montón.

—En principio solo fue eso, interés...

Ella miró la mano grande y bronceada sobre los documentos, y que de alguna forma conseguía que fueran la cosa más importante del mundo. Esos papeles eran imprescindibles para sus planes de libertad. Estaba tan distraída con la promesa que conllevaban que casi no se fijó en el tiempo verbal. En pasado.

Luego centró en él toda su atención y vio que tenía los ojos castaños clavados en ella de una forma inquietante.

—Y luego, ¿qué?

El duque se dedicó a alimentar a uno de los perros con una tostada. «A Hardy», pensó ella. «No, a Angus». Qué más daba...

—Anoche conocí a un hombre. Pomposo, arrogante y más odioso de lo que las palabras pueden expresar.

El corazón le latió a una velocidad devastadora.

—¿Está seguro de que no estaba mirándose en un espejo?

Él volvió la vista hacia ella.

—No, estaba mirando a Derek Hawkins.

Definitivamente, Lily notó que se le paraba el corazón.

Por suerte, no tuvo que decir nada, porque fue él quien continuó.

—Fui a buscarlo.

Lo que significaba que él lo sabía. Todo. Su idiotez. Su desesperación. Que había accedido a lo que aquel hombre le pidió. Su ingenuidad al respecto.

Volvió a sentir vergüenza y se odió a sí misma.

Y también odió al duque, por hacer que se sintiera así.

Tragó saliva.

—¿Por qué?

—Lo creas o no —repuso en tono de sorpresa—. Mi intención era obligarlo a casarse contigo.

«¿Cómo había dicho?».

Estaba segura de haber oído mal. «¿Es que se había vuelto loco?», pensó llena de pánico.

—¡No puede haber hecho tal cosa!

—De hecho, no, no lo hice —confirmó él—. Una vez que lo conocí, me di cuenta de que no existía forma humana en la tierra de que acabe autorizando que te unas a él.

«Unirse». Odiaba esa palabra. Odiaba la obligación que conllevaba. Lo llena que estaba de desesperación. De obsesión. De un anhelo desagradable y tonto.

«Me dijiste que me amabas».

La vergüenza apareció de nuevo, inundando el recuerdo de sus palabras, ahogadas, nasales y desesperadas. Delante de todo Londres, enmarcadas por las risas burlonas de los espectadores. De él.

Y ahora Alec Stuart, vigésimo primer duque de Warnick, el único hombre de Londres que no había conocido las circunstancias de su humillación, ya las conocía. Y lo que era peor, había pensado en salvarla.

Pánico.

—Nunca le he pedido que me uniera a él.

—Pues me han dicho que lo hiciste, muchacha. Y de forma muy pública.

Ella cerró los ojos al oírlo, como si, al no verlo, pudiera escapar de la verdad. Él lo sabía. Conocía todo lo que había pasado con Derek. Pero de alguna forma, eso no podía ser verdad. Lo que siempre había deseado, lo que siempre había soñado... ahora era imposible.

Por su propia culpa. Cerró los puños y abrió los ojos; se lo encontró

mirándola, como si pudiera ver directamente su alma. Lily apartó la vista de inmediato.

—Le sorprendería saber lo que una ruina pública delante de todo Londres hace en los deseos de una.

Hubo un largo momento mientras esperaba que ella lo mirara de nuevo.

Pero no podía hacerlo.

Al final, emitió un largo suspiro.

—Lillian, por muy genio que sea, Hawkins es probablemente el hombre más repugnante que he tenido la desgracia de conocer.

—No deseo casarme con Hawkins. —Ella lo miró, deseando que la creyera —. Tampoco deseo su ayuda. De hecho, lo único que quiero es una vida propia. Liberarme de...

... del escándalo, de la vergüenza.

Negó con la cabeza sin querer decir las palabras en voz alta.

—...de todo.

Huiría. Comenzaría de cero. Y, algún día, se olvidaría de lo que siempre había soñado. Matrimonio, familia, sensación de pertenecer a un sitio...

Por suerte, no tuvo que explicárselo al duque de Warnick, que se limitó a levantar los papeles de la mesa.

—Mi intención es facilitarte esa vida, Lillian.

La inundó un alivio profundo y casi insoportable. No se le había ocurrido la idea de casarse con ella. Sonrió, incapaz de contener la alegría. Podría comenzar de nuevo. Podría olvidarse de Derek Hawkins y de cómo la había manipulado. De sus bonitas mentiras.

—Alec Stuart, eres el mejor tutor del mundo —le tuteó.

Parecía que, después de todo, podía atrapar moscas.

Él se puso en pie en ese momento, la silla se balanceó sobre dos patas antes de aterrizar en el suelo con un ruido sordo. Ella sintió de repente como si su boca estuviera llena de serrín, al ser testigo de cómo caía el tartán en todo su esplendor formando pliegues perfectos hasta sus rodillas, debajo de las que había unas pantorrillas perfectas y musculosas, como nunca antes las había visto, fibrosas y torneadas.

¡Santo Dios! Aquel hombre era hercúleo.

No era de extrañar que las damas lo adoraran.

Subió la mirada hasta el borde de la tela, bebiendo aquellas curvas y las rodillas. Tragó saliva, el acto fue un desafío, preguntándose cómo era que

nunca había notado la forma precisa de ninguna rodilla hasta ese momento.

Negó con la cabeza... Era ridículo. A ella no le importaban las rodillas. Y menos cuando su libertad estaba sobre la mesa.

—Mi dinero...

Él se apoyó en la mesa y miró los documentos.

—Por lo que he entendido, recibirás cinco mil libras cuando cumplas veinticuatro años.

La sangre se le aceleró en las venas, impidiéndole pensar, y se le escapó un largo suspiro. Se rio, y el alivio fue ligero y hermoso. Se sentía más feliz que en mucho tiempo.

Más feliz que nunca.

Bendito fuera el gran corazón del escocés.

Sería suficiente para salir de Londres. Para comprar una casita en algún lugar. Para comenzar de nuevo.

—Dentro de nueve días...

—El mismo día en el que se descubrirá el cuadro —le recordó él.

—Sí, tendré dos regalos de cumpleaños, uno bueno y otro perverso —repuso con una risa sin humor—. Una ironía, ya que no puedo recordar cuando fue la última vez que tuve regalos por mi aniversario.

—Lily, debes saber algo.

Y en medio de esa felicidad que la embargaba, escuchó el nombre que él no había usado nunca. El nombre que se daba a sí misma, el que había compartido con Derek. El que habían publicado en los periódicos sensacionalistas que tanto le gustaban.

El que la había convertido en «La adorable Lily». «La solitaria Lily».

Lo miró.

Aquello tenía una trampa.

—Como no estás casada, recibirás el dinero gracias a mi voluntad. —Hizo una pausa, y en ese momento lo odió, porque escuchó las palabras antes de que las dijera—. Y quiero que te cases.

• 5: La adorable Lily se pone furiosa..., desobedece al duque y ¡desaparece! •

—¡No puedes obligarme a casarme!

Era la sexta vez que lo decía, pensó Alec. Parecía que Lily tenía el don de repetirse cuando se sentía frustrada. Es más, tenía una habilidad especial para ignorarlo a él cuando se sentía impotente.

Lo que, seguramente, era lo mejor, porque la expresión furiosa de su rostro cuando le presentó los términos de la tutela y el plan para casarla dejaba muy claro que ella lo habría empujado y tirado al suelo si hubiera imaginado que era capaz de hacerlo.

Es más, ella todavía podía tratar de intentarlo, por eso mantenía la distancia y la observaba mientras se paseaba por la habitación. Ya se había llevado una buena paliza en el *ring* la noche anterior.

Lily vaciló al llegar al otro lado de la salita y se detuvo para mirar por la gran ventana que daba a los hermosos jardines de la casa. Angus y Hardy se habían tendido en actitud de alerta junto a la chimenea, con las enormes cabezas grises apoyadas en las patas mientras seguían con los ojos las faldas de Lily. Alec se fijó en como apresaba la tela con la mano antes de volverse hacia él, otra vez furiosa.

—Tú... —Ella se interrumpió y respiró hondo.

Alec habría apostado toda su fortuna a que estaba a punto de decirle algo muy impropio de una dama. De hecho, no estaba seguro de si se sentía impresionado o decepcionado cuando ella se giró de nuevo hacia los jardines

—No puedes... —Ella terminó la frase.

Alec ni siquiera la conocía. No debería importarle cómo le afectara esta situación. De hecho, no debería importarle cómo se sintiera, solo que él estaba un paso más cerca de largarse de Inglaterra.

¡Maldita Inglaterra!

Era el único lugar del mundo donde importaban esa clase de estupideces.

Sin embargo, se compadeció de ella.

—Si le hago caso a Settlesworth, tienes razón. No puedo obligarte a casarte.

Ella se giró para mirarlo.

—¡Lo sabía!

Sin embargo, haría que se casara. Cruzó los brazos y se apoyó en la repisa de la chimenea.

—¿Qué edad tenías cuando murieron tus padres?

Lily se acercó a él como si estuviera dispuesta a obligarlo a volver al tema en cuestión, pero pareció reprimirse una vez más.

—Mi madre murió cuando apenas tenía un año. En el parto de un bebé que tampoco sobrevivió.

Él vio tristeza en sus ojos. Pesar... Deseo de algo que nunca tendría. Le atraía esa familiar emoción como un cachorro atado. Dio un paso hacia ella.

—Lo siento... Sé lo que es pasar la infancia solo.

—¿Tus padres?

Él hizo un gesto con la cabeza.

—Apenas estaban presentes. De hecho, casi siempre se mantuvieron ausentes.

—Pensaba que tenías una hermana.

No pudo ocultar su sonrisa al pensar en Cate.

—Hermanastra. Es dieciséis años más joven que yo, nació cuando yo estaba... —vaciló ante el recuerdo. Se aclaró la garganta—. Mientras yo estaba en el colegio. No la conocí hasta que cumplí dieciocho años y murió mi padre. Entonces, volví a casa para cuidarla.

—Lo siento. Lo de tu padre —dijo ella.

—Yo no —repuso él con sinceridad.

Ella parpadeó ante aquella respuesta e, inmediatamente, él cambió de tema.

—Cate resulta un problema tan grande como si fuéramos hermanos por completo.

—No sé lo que es tener un hermano problemático —respondió ella con los ojos grises turbulentos como el Mar del Norte—. Siempre he estado sola. —Antes de que él pudiera añadir algo, fue ella la que continuó hablando—: Al menos, desde que perdí a mi padre, a los once años.

Las palabras le recordaron el propósito de su pregunta. Alec asintió moviendo la cabeza.

—Bueno, te cuidó bien.

El padre de Lily la había cuidado mejor que el suyo a él. Su padre siempre lo había considerado un recordatorio de su madre. Y, para su madre, un recuerdo de lo que podría haber tenido.

Lily se rio, pero el sonido carecía de humor.

—Me dejó al cuidado de una familia que no era la mía. Y que estaba muy por encima de mí...

Se calló, pero Alec no necesitaba escucharlo.

—¿Cómo llegó tu padre a conocer al duque?

—Trabajaba para él. Era su administrador. Al parecer, se le daba bastante bien, y el duque accedió a hacerse cargo de mí. Una pena que el duque actual no sienta lo mismo. —Apartó la mirada. La luminosidad grisácea de la mañana parecía envolverla en una luz etérea. ¡Dios, era preciosa! Alec no dudaba que la pintura de Hawkins sería la obra maestra de la que él presumía.

Recordar el cuadro lo arrancó de su ensimismamiento.

—Lo hago —dijo, esforzándose para sonar amable. Consolador. Un buen protector—. Lo sabes. Me preocupo de ti. Quiero cuidarte. Mi intención es darte la vida que deseas, Lily.

—No me llames así.

—¿Por qué?

—Porque no es adecuado —repuso ella.

«Tampoco lo era para Hawkins, pero lo usó de todas formas».

Él resistió el impulso de decir algo. Ella no se equivocaba; el diminutivo era demasiado familiar. Para él, ella debía ser, en el mejor de los casos, Lillian, incluso la señorita Hargrove. Nunca Lily.

«No importaba que él quisiera que fuera adecuado».

Y, sin duda, no tenía derecho a querer que fuera nada suyo. Era su pupila, y en ese aspecto, una responsabilidad que solo daba problemas, nada más.

Maravilloso. Podía ser como un tutor inglés: frío, insensible y carente de sentimientos. Dios sabía que estaba muy familiarizado con esa parte.

—Los términos de la tutela —retomó el tema— incluyen los factores que ya conoces. No tienes permiso para casarte sin la aprobación expresa del ducado y, aunque recibas fondos el día que cumplas veinticuatro años, se suponía que entonces estarías casada, porque los términos indican que puedo mantener esos fondos en fideicomiso hasta el momento en el que te cases... Y yo no debería permitirte...

Era el momento de alejarse, pero ella no se lo permitió.

—¿Deberías permitirme qué?

—Ser irresponsable.

Una capa de rubor le cubrió las mejillas.

—Lo que, por supuesto, haces.

—No —repuso él, sin pensar completamente la respuesta.

—Sin embargo, lo haces. Después de todo, ¿qué tutor habría permitido que su pupila se viera envuelta en un escándalo tan desastroso? —Ahí estaba de nuevo, en su tono. La humillación. La vergüenza.

Debería haber asesinado a Derek Hawkins cuando tuvo la oportunidad.

—No creo que seas irresponsable. Pero creo que tu deseo era irrazonable.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Claro... ¿El matrimonio con un hombre que no conozco resulta más razonable?

Él se encogió de hombros.

—Elige a un hombre que conozcas. Puedes elegir a quien quieras.

Ella perdió los estribos.

—No conozco a más hombres. Lo creas o no, no me dedico a andar por ahí entablando relaciones con hombres. Conocí a Derek, y ahora a ti. Y perdona que te lo diga, excelencia, pero tú dejas bastante que desear como marido, empezando por esa singular diferencia de que él lleva cubiertas las rodillas.

«Singular diferencia...».

—Ah, pero él se viste como un pavo real albino. —No pudo resistirse a decir—. Así que dadas las circunstancias, yo diría que es mejor ir con un tartán, muchacha.

Ella frunció el ceño irritada, y él siguió presionándola, incapaz de detenerse.

—¿Debo enumerar en qué más cosas somos diferentes?

—No creo que pueda impedirlo, excelencia.

Ella no estaba solamente irritada. Estaba furiosa.

—Bueno, podría empezar por lo obvio. No tengo intención de arruinarte delante de todo Londres

—¿De verdad?

La pregunta fue rápida, sencilla y completamente inquietante.

—¿Eso qué significa?

Ella no respondió, se limitó a apretar los dientes con determinación, como

si pudiera permanecer en silencio para siempre.

—De cualquier forma, Lillian —continuó frustrado—, yo no te lo he propuesto.

—Gracias a Dios.

Él se mordió la lengua. Quería decirle que eso dolía, pero no quería que supiera cuánto... que despertaba recuerdos en su memoria. Que le avergonzaba. Que deseaba mujeres para las que nunca sería lo suficientemente bueno. Ni adecuado. Ni elegible.

«Lily tendrá un marido elegible».

—Estamos dando rodeos —dijo él sucintamente—. Te vas a casar.

—¿Y si no quiero casarme con el hombre que elijas?

—No puedo forzarte.

Ella negó con la cabeza.

—Puede que eso sea lo que diga la ley, pero todo el mundo conoce matrimonios forzados.

—No lo entiendes. No puedo obligarte porque es una condición independiente de la tutela que puedas elegir a tu propio marido, y también lo es que permanezcas bajo el cuidado del ducado hasta que te cases.

Ella abrió la boca, y luego la cerró.

—¿Lo ves, Lillian? Tu padre sí se preocupaba por ti. —Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas al oírlo, y Alec contuvo el impulso de acercarla y abrazarla. Era algo que no podía hacer—. Eso es, debo agregar, la razón por la que eres la pupila de más edad de la cristiandad y, de alguna forma inexplicable, mi problema.

Las palabras funcionaron. Las lágrimas desaparecieron sin derramarse y fueron reemplazadas por una mirada aviesa.

—Me convertiría con gran agrado en mi propio problema si me dieras la libertad, excelencia. No he pedido ser una carga, igual que tú no has pedido que lo sea.

La ironía de todo eso era que si lo hacía, si le daba el dinero a la chica y dejaba que se marchara, él sería libre para regresar a Escocia en ese preciso momento.

Pero no podía, porque no sería suficiente.

—¿Por qué? —Ella lo arrancó de sus pensamientos y llegó a preguntarse si no habría hablado en voz alta.

La miró.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué insistes en que me case?

Porque si no lo hacía, estaría arruinada. Porque él tenía una hermana seis años más joven que ella e igual de impetuosa, a la que podía imaginarse con facilidad siendo la víctima de un bastardo como Hawkins. Porque daría la vida por Catherine en la misma situación. Y, aunque se sentía más que capaz de darle la espalda al resto de las propiedades londinenses del ducado, no descartaría a Lillian sin más.

—Porque las mujeres han nacido para el matrimonio.

Ella arqueó las cejas.

—Entonces los hombres también, y no te veo corriendo hacia el altar.

—No es lo que hacen los hombres —repuso él.

—¿No? Entonces, todas esas mujeres que recorren el pasillo de la iglesia, ¿con quién van a casarse?

Esa muchacha empezaba a ser irritante.

—No es lo mismo.

Otra vez esa risa, la que no contenía ni pizca de humor.

—Como siempre.

No le gustaba. No le gustaba la forma en que ella lo hacía retroceder. La forma en la que ella le hacía sentirse, como si estuviera perdiendo posiciones en la batalla que mantenían.

—Alec —dijo su nombre. Era una especie de golpe suave, calmado y tentador como el infierno en sus bonitos labios—. Déjame marchar. Déjame salir de Londres. Que se queden con ese maldito cuadro y que me dejen en paz. —Lily podría haberlo convencido. No era imposible... hasta que añadió en voz baja y desesperada—. Es la única forma en la que podré sobrevivir.

«Es la única forma en la que podré sobrevivir».

Contuvo la respiración al oír esa frase; ya la había oído antes. La había dicho una mujer diferente, aunque con la misma insoportable convicción.

«Debo irme —había dicho su madre mientras le ponía las manos en los entonces estrechos hombros—. Odio este lugar. Me matará».

Y se había ido. Pero murió de todas formas.

Él no lo había podido evitar.

Pero sí podía evitar que volviera a ocurrir, ¡maldición!

—No hay manera de huir, Lillian. —Ella frunció el ceño, y él continuó hablando—. La pintura será la pieza principal de la exposición itinerante de

la Royal Academy.

La vio inclinar la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Que recorrerá Gran Bretaña y luego el resto del mundo. París. Roma. Nueva York. Boston... Nunca escaparás. ¿Crees que te conoce todo el mundo? Pues espera. A donde quiera que vayas, si tienen acceso a las noticias e interés en los chismes, que es algo que hay en todas partes, debo agregar, serás reconocida.

—A nadie le importará. —Se mantuvo erguida como una flecha, pero el tono de su voz la traicionó. Sabía que no era verdad.

—Importará a todo el mundo.

—Nadie me reconocerá. —Notó la desesperación en sus palabras.

¡Dios! Era preciosa. Alta y delgada, completamente perfecta, como si se hubiera abierto el cielo y el mismísimo Creador la hubiera dejado allí, en ese lugar, condenada a mancharse. La idea de que nadie la reconocería, de que no la verían, era muy absurda.

—Todo el mundo sabrá quién eres, muchacha —le dijo con voz suave al tiempo que negaba con la cabeza—. Incluso aunque doblara los fondos, aunque te diera diez veces más, esa maldita pintura te perseguiría allá donde fueras.

Vio como se hundían sus hombros, y supo que estaba debilitándola.

—Eso siempre será mi vergüenza.

—Solo es un error de juicio —corrigió él.

—Bonito eufemismo —repuso ella con una sonrisa.

—A todos nos ha pasado alguna vez —insistió él deseando, por alguna idiota razón, poder hacerla sentir mejor.

Lily buscó su mirada.

—¿Tú también? ¿Has cometido esa clase de errores?

«Más de los que podría contar».

—Soy el rey de los errores —confesó.

Ella lo estudió durante un buen rato.

—Pero los hombres no tenéis que cargar para siempre con la vergüenza.

Alec no apartó la mirada, no negó las palabras que muchos consideraban verdaderas.

—No. Nosotros no —mintió.

La vio asentir, y que las lágrimas volvían a amenazar con deslizarse por

sus mejillas. Resistió de nuevo el impulso de abrazarla, sabiendo por instinto que tocarla lo cambiaría todo.

Se odió a sí mismo por no consolarla cuando ella se alejó hacia la puerta.

—Y aun así, encontrarás un hombre que se casaría conmigo. Menuda tontería...

—Te he dado una dote, Lillian.

Lily hizo una pausa mientras ponía la mano en la manilla de la puerta, pero sin girarla.

Él tomó esa quietud como una indicación de que estaba escuchándolo.

—No había dispuesta dote alguna. Seguramente porque eras muy joven cuando te convertiste en pupila del ducado. Además, porque nadie ha pedido tu mano. Pero ahora sí que la hay. Veinticinco mil libras.

—Es una gran suma —comentó ella contra la puerta cerrada.

Más de lo necesario para atrapar a un marido.

«Pero podría pescar marido sin dote ninguna».

—Encontraremos un hombre —aseguró él consumido, de repente, por el disgusto de tener que comprarle un futuro. La noche anterior parecía una solución fácil, pero ahora, allí, con ella, sentía que todo estaba escapándosele de las manos—. Encontraremos un hombre —repitió—. Uno bueno.

Él mismo lo arrastraría al altar si era necesario.

—Quedan nueve días —dijo él.

—Para convencer a un hombre de que corra el riesgo de verse salpicado por mi escándalo antes de que estalle de verdad.

—Para convencer a un hombre de que eres lo suficientemente valiosa para ignorarlo

Lily se volvió hacia él con los ojos brillantes.

—Un premio.

—Belleza y dinero. Cosas que hacen girar el mundo. —«Aunque no son las únicas», quiso añadir. Había más.

Ella asintió moviendo la cabeza.

—Antes de que sea presentada la pintura. No después.

Él abrió la boca para contestar, pero no se le ocurrió una buena respuesta. Era evidente que, una vez que se viera expuesta desnuda frente al mundo, ella quedaría...

—Antes de que mi vergüenza sea totalmente pública —insistió ella en voz baja. Con convicción—. No después...

Él ignoró su aseveración.

—El matrimonio te dará todo lo que deseas, muchacha —dijo.

—¿Cómo sabes que eso es lo que deseo?

—Sé qué es lo que una mujer quiere de la vida. —No fue capaz de mirarla a los ojos—. Y eso es matrimonio. No dinero.

La oyó soltar una carcajada.

—Bueno, cualquier mujer con dos dedos de frente, quiere las dos cosas.

—Pues las obtendrás... —La tenía—. Justo como querías...

—Yo quería casarme por amor.

Él retrocedió ante esa idea. El amor era un objetivo ridículo, algo que no solo era inverosímil, sino inexistente. Lo sabía mejor que nadie. Pero él tenía una hermana, por lo que sabía un par de cosas sobre las mujeres, y sabía, sin lugar a dudas, que creían en esa falacia sobre el corazón. Así que le mintió.

—Entonces encontraremos a alguien a quien puedas amar.

En ese momento, ella se enfrentó a él, inclinó la cabeza y lo miró como si fuera un espécimen raro bajo la lupa de un microscopio, algo fascinante y repugnante a la vez.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Porque el amor no es para mí.

—¿Qué quieres decir? —Las palabras de Lily lo envolvieron con un revoloteo, pero la espeluznante verdad que contenían no era de su agrado.

—Solo que no me cuento entre las afortunadas. Todas las personas a las que he amado han desaparecido.

No tuvo tiempo de responder, porque ella había cruzado la puerta y se marchó, dejándolo solo con sus perros y su voz, que resonaba en la habitación vacía.

Se suponía que las mujeres inglesas eran mansas y dóciles.

Pero, al parecer, nadie se lo había comentado a Lillian Hargrove.

Cuando él le había dicho que estaba dispuesto a ofrecer una dote para que se casara con cualquier hombre que eligiera, se le había ocurrido que ella llegaría a mostrar tanto agradecimiento que él se sentiría avergonzado. Después de todo, veinticinco mil libras era el rescate de un rey. De varios

reyes, en realidad. Suficiente dinero para comprarla a ella, al hombre que eligiera —fuera quien fuera— y la vida que deseaba. Algo muy aproximado al amor que ella deseaba.

Desde el principio le había quedado claro que Lillian Hargrove no era del tipo de mujer que andaba desmayándose por los rincones, pero tampoco habría estado mal que se mostrara un poco agradecida. Un par de lágrimas tampoco hubieran sido mal recibidas.

Sin embargo, ella había rechazado la oferta.

Alec la había dejado sola durante todo el día para darle tiempo a cambiar de opinión, a aceptar la idea y a darse cuenta de lo benévolo que estaba siendo con ella, al menos, en lo demás. Después de todo, ella había querido casarse una vez, aunque fuera con un idiota consumado, y estaba seguro de que si Lily considerara su solución seriamente, acabaría dándose cuenta de que era lo mejor.

A pesar de los desastrosos acontecimientos, estos podían terminar en matrimonio, hijos y el tipo de seguridad que las mujeres anhelaban.

«No me cuento entre las afortunadas».

¡Maldición! La suerte cambiaba.

Si esa mujer quería amor, se lo conseguiría, maldita sea. Puede que él no creyera en ese sentimiento, pero lo haría si fuera necesario.

Era su tutor legal, y desempeñaría el papel como tal. Repararía la reputación de esa chica y luego volvería a Escocia. Entonces, ella ya sería el problema de otro. Y eso era todo.

No tenían otra elección. No había forma de huir de la pintura, a menos que estuviera dispuesta a vivir como una ermitaña. Desde luego, no podía pasarse el resto de su vida pululando por el 45 de Berkeley Square, como un fantasma del ducado. Ya era demasiado mayor en ese momento para ser pupila de nadie, ¿cómo sería cuando cumpliera cuarenta? ¿Sesenta?

Era ridículo. Tenía que darse cuenta.

Alec había llegado pronto para comer, con planes para ponerse a leer su correspondencia hasta que Lily apareciera, a ser posible acompañada de una disculpa y un poco de sentido común.

Después de esperar un cuarto de hora, ordenó que prepararan el almuerzo. Media hora más tarde, terminó de leer las cartas, pero permaneció en el estudio, fingiendo leer, pues no quería que ella pensara que la estaba esperando. Cuando habían pasado ya tres cuartos de hora, pidió que volvieran

a preparar el almuerzo, pues el primero ya se había enfriado.

Y, una hora después, hizo llamar a Hudgins, que tardó otros diez minutos en aparecer, literalmente.

—¿Está enferma la señorita Hargrove? —preguntó cuando el hombre entró en la habitación.

—No que yo sepa —repuso Hudgins—. ¿Voy a buscarla?

Alec imaginó que llegar a las habitaciones de Lily le llevaría la misma cantidad de tiempo que buscar a él en toda la casa. Así que rechazó la oferta del anciano, e hizo justo eso.

No la encontró en la cocina ni en la biblioteca ni tampoco en la sala de música ni en ninguno de los dormitorios, comenzando por el piso donde estaba la *suite* que le habían descrito como «las habitaciones del duque». Compartiendo el mismo pasillo, había una puerta tras otra perfectamente ordenadas, y dentro, hermosos espacios aireados, grandes y, por lo que era evidente, no utilizados. ¿Cuántas personas vivían en esa maldita casa?

¿Y en qué parte se encontraban las habitaciones de Lily si no estaban allí?

Subió al tercer piso, imaginando que encontraría cuartos similares a los suyos, enormes y llenos de muebles. Se le ocurrió que en las áreas comunes de la casa no había nada que indicara que ella vivía allí. En los dos días que habían compartido ese espacio, no había visto ni una sola cosa fuera de lugar. Ni un libro en una mesita auxiliar ni una taza de té... Ni un chal.

¡Maldición!, Cate dejaba un rastro de objetos por todo el castillo en Escocia, era como si marcara un camino de migas en el bosque. Había supuesto que era algo común a todas las mujeres.

El tercer piso era más oscuro que el segundo, el pasillo más estrecho. Abrió la primera puerta, descubriendo que debía haber sido una habitación infantil o un aula en algún momento. Se trataba de un lugar grande, donde flotaba un persistente olor a madera y pizarra, en el que los dorados rayos de sol de la tarde tamizaban el polvo que bailaba en el aire. Cerró la puerta y siguió avanzando por el oscuro pasillo, donde una joven doncella reemplazaba las velas en un candelabro cercano.

—Perdón —le dijo, y ya fuera por el acento escocés, las educadas palabras o por el hecho de que era casi medio metro más alto que ella, la muchacha se quedó profundamente conmocionada, y casi se cayó al suelo.

—¿Ex... Excelencia? —tartamudeó antes de hacer una reverencia digna de una visita a la reina.

Él sonrió, esperando que así se tranquilizara, pero ella retrocedió hasta la pared. Así que Alec hizo lo mismo hacia el lado contrario, consciente, de repente y con profunda intensidad, de que se sentía fuera de lugar en aquel estrecho espacio. Deseó ser más pequeño, como siempre en aquel país dejado de la mano de Dios, donde amenazaba con destrozar los muebles como si fueran cerillas.

Empujó esos pensamientos a un lado y volvió a concentrarse en el asunto en cuestión.

—¿Cuál es la habitación de la señorita Lillian?

La joven abrió los ojos todavía más, y Alec supo de inmediato que había metido la pata.

—No tengo planeado nada nefasto, muchacha. Solo estoy buscándola.

La chica negó con la cabeza.

—Se ha ido.

Al principio, las palabras carecieron de sentido.

—¿Que ha hecho qué?

—Se ha ido —repitió la doncella—. Se ha marchado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, milord. —Después del desastroso desayuno.

—¿Cuándo volverá?

A la chica le brillaron los ojos.

—No lo sé, excelencia.

Bueno... Esa idea no le gustaba.

—Guíame hasta sus habitaciones.

Obedeció de inmediato, lo llevó por el pasillo hasta la parte de atrás de la casa, hasta donde las escaleras de los sirvientes subían angostas hacia las habitaciones en la planta superior de la casa. A un lugar tan extraño que estuvo a punto de detenerla para repetir la petición, seguro de que había aterrorizado a la joven de tal manera que no le había entendido bien.

Pero no lo hizo. La doncella se detuvo ante una puerta entreabierta y la abrió más, antes de saltar hacia atrás para permitirle el paso.

—Gracias.

—De... de nada —tartamudeó la joven. La sorpresa que detectó en su voz hizo que Alec odiara de nuevo a ese país, con sus ridículas reglas sobre la gratitud y los sirvientes. Un hombre debía dar las gracias a quienes le ayudaban, sin importar su origen. ¡Demonios! Todavía más por su origen.

—Puedes marcharte —le dijo en voz baja, empujando la puerta para abrirla del todo. Observó los aposentos de Lillian, un espacio pequeño y medio oculto, tan diminuto que la puerta no se abría del todo, sino que tropezaba con el borde de la pequeña cama.

Un lado de la habitación tenía menos altura por culpa de la inclinación del techo, que quedaba justo debajo de la escalera de los sirvientes. El lugar transmitía una sensación de claustrofobia profunda y perdurable. La luz del sol entraba en la diminuta estancia, calentando el ambiente, aunque también podía ser debido a sus mínimas dimensiones.

Allí estaban todas las cosas de Lillian, las miguitas de pan que no había visto en el resto de la casa: libros apilados por todas partes; varias cestas con encajes y agujas llenas de arcoíris de hilos; una pequeña hamaca de madera llena de periódicos viejos; un caballete con un paisaje a medio pintar de tejados y árboles florecientes, justo la vista que había más allá de la estrecha ventana que hacía más pequeña la pared opuesta.

La cama estaba cubierta de mantas y almohadas, una cantidad mayor de ellas de las que Alec hubiera visto en camas mucho más grandes. Cada una de un color brillante que parecía no combinar con los demás.

Eso era, quizá, lo más impactante de esa habitación. No el tamaño ni el desorden, ni siquiera el hecho de que estaba lo más alejada posible del resto de la casa, aunque todas esas cosas, sin duda, le sorprendían, sino el color. Había muchos tonos distintos.

Algo muy diferente a todo lo que había visto antes de ella.

Opuesto al resto de la casa, que ella había decorado siguiendo los últimos estilos y tendencias de distintas revistas para damas. Allí, aquel salvaje y maravilloso espacio lleno de desorden, color y...

... medias.

Los ojos de Alec cayeron sobre los pies de la cama, donde había un par de preciosas medias de seda cubriendo el sencillo marco de madera de una forma tan descuidada, que imaginó que Lillian se había deshecho de las fundas de seda con distraída lentitud.

Se mentiría a sí mismo si dijera que no se detuvo un instante para considerar tal gesto: Lily, con un pie sobre esa cama llena de colores, desatándose las cintas blancas que sostenían las medias y haciéndolas rodar por sus piernas. Luego las habría lanzado sobre la baranda antes de tumbarse sobre las almohadas a descansar.

No es que aquel «descanso» fuera lo primero que él se imaginaba que hacía sobre la cama después de quitarse las medias. La veía allí, extendida sobre el colchón, con su cabello salvaje cubriendo la almohada, los ojos entornados, los labios entreabiertos, mientras hacía señas...

«Señas a él».

Al instante, se excitó, lo que hizo que se pusiera duro y furioso consigo mismo. Se aclaró la garganta. Era su tutor. Ella era su pupila. Su maldita pupila.

Y estaba en ese lugar para intentar localizarla, con o sin las medias.

Se movió ante la incomodidad que le producía esa idea. «Con». Con las medias.

Apartó la vista de las ofensivas prendas, haciendo caso omiso a su cuerpo, y ni siquiera miró el resto de la habitación, que era claramente el santuario de Lillian, lo que le hacía sentirse la peor clase de criminal que había entrado en ese espacio: un ladrón de joyas de la corona. Un laico en una sacristía. Más tarde se le ocurriría pensar que incluso si hubiera intentado evitar entrar en esa extraña y diminuta habitación, no lo habría conseguido.

Así que avanzó, dejando la puerta tan abierta como pudo, y su atención fue reclamada por el pequeño escritorio de madera, que estaba medio oculto debajo del techo inclinado, donde encontró un montón de papeles en un caos organizado con una pluma encima que había dejado una mancha de tinta en la prístina hoja. Se metió en el espacio y pasó por allí los dedos, pensando en otra carta, la que le había convocado en el sur para ayudar a esa mujer, una tarea que le volvería loco si no hacía algo para ponerle remedio.

Sin duda, en aquel dormitorio, pensaba que era ella la loca. Con media docena de *suites* a su disposición y una docena más de dormitorios, y había elegido aquel pequeño agujero.

Había un enorme baúl contra la pared, junto al escritorio, sin abrir. Se inclinó para examinar su interior. Estaba lleno de cartas, al parecer aquella colección de sobres desgastados había sido abierto una y otra vez, y cada carta había sido releída en infinidad de ocasiones.

Cogió uno, sabiendo que no debería, consciente de que eso lo convertía en un sinvergüenza, pero demasiado atraído por el nombre de Lily y la dirección garabateada con un audaz trazo negro como para detenerse. Lo abrió y clavó los ojos de inmediato en la firma.

«Hawkins».

Era notable lo rápidamente que un hombre podía llegar a detestar a otro. Escaneó las palabras... Una montaña de galimatías.

«La mujer más encantadora de Londres».

«Mi musa».

Alguien había dibujado una flor en los márgenes de la carta, un hermoso y audaz lirio estriado y perfecto. Supuso que era obra de Hawkins, aunque deseaba que el talento del hombre fuera menor del que pretendía.

«Mi Lily».

Se resistió ante el diminutivo, garabateado con mano audaz y segura, y recordó las palabras que ella le había dicho el día anterior. «No me llames así. No es adecuado».

Sin duda tampoco era adecuado que la llamara así el imbécil de Hawkins. Ella no pertenecía a ese idiota.

«Me pertenece a mí».

Se puso rígido al pensarlo y se dio con la cabeza contra el techo con tanta fuerza que soltó una larga retahíla de maldiciones en gaélico.

Con una mano en la cabeza, se apartó y continuó emitiendo las coloridas palabras. A medida que el dolor desaparecía, se le ocurrió que debería estar agradecido, sin embargo, por aquel golpe en la cabeza, ya que le había devuelto el sentido.

Lillian Hargrove no le pertenecía.

De hecho, estaba buscando la forma de asegurarse de que formara parte de su pasado.

¿Y si le daba el dinero? No las cinco mil libras que le debía, sino ¿veinticinco mil? ¿Cincuenta mil? Suficiente dinero para que se fuera de Gran Bretaña. Para que se dirigiera al continente, a las Américas, a otro lugar diferente. Entonces poseería una fortuna lo suficientemente grande como para asegurarse un futuro en cualquier lugar que le gustara.

La imaginó con sedas y satenes en París. Con una peluca tan alta que tocaría el cielo, con el mundo a sus pies, y a nadie le importaría en absoluto que una vez hubiera estado en Londres, viviendo bajo las escaleras de los sirvientes.

Después de todo, no era su hermana. Cate apenas era una niña de dieciocho años, sin ningún conocimiento del mundo. Lily poseía la sabiduría que acompañaba a la edad y a la feminidad. A fin de cuentas, había posado desnuda, ¿no?

Había sido ella la que se había metido en esa situación particular, ¿verdad? Y si era lo suficientemente mayor para hacerlo, tenía que ser consciente de qué consecuencias podía tener.

«De la vergüenza que vendría a continuación».

Él sabía mejor que nadie cómo sería a partir de ahí, la humillación se metería debajo de su piel y no desaparecería nunca. Susurraría por la noche. Ella jamás escaparía, incluso aunque se alejara de los que la cubrirían de vergüenza.

Como le había pasado a él.

Se inclinó para devolver la carta a su lugar y se fijó en lo que había revelado debajo. Se agachó para apartar la capa de correspondencia y comprobar que ocultaba una montaña de tela blanca. De ropa fina.

Pequeña y blanca ropa de bebé, lino bordado y puntillas de encaje, vestidos, gorros y sábanas. Automáticamente, Alec extendió la mano para tocarla, para sostener aquellas prendas inmaculadas, que todavía no habían sido utilizadas. El pequeño vestido que tenía entre los dedos lucía una fila de flores azules bordadas en el dobladillo. Otro tenía una hilera de caballos marrones, con sillas y cabestros dorados. El tercero, la luna y las estrellas en fino color amarillo.

Supo sin dudar que Lily había bordado esa ropa. Probablemente para sus hijos. Para los que esperaba compartir con ese idiota de Hawkins. Sin pensar, Alec continuó escarbando en el baúl, encontrando pequeños gorritos y calcetines, suaves botitas con la suela roja del cuero más fino. Presa de una absoluta locura, levantó aquellas diminutas botas y acercó las suelas a la nariz para aspirar el aroma a cuero, mientras sentía la suavidad contra su piel. Como si estuviera loco...

Entonces las dejó caer como si estuviera en llamas y, sin embargo, de alguna forma, no pudo apartar la vista de ellas cuando aterrizaron sobre una capa de satén y encaje que no parecía apropiada para un bebé.

Miró por encima del hombro hacia la puerta abierta, imaginando por un instante qué pensaría un sirviente si lo viera, pero no le importaba que lo descubrieran. Llegado a ese punto, había ido ya demasiado lejos.

Levantó del baúl el vestido y supo de inmediato lo que era, de un blanco inmaculado, tan intacto como la ropa de bebé que había encontrado arriba, y de alguna forma, curiosamente, más precioso. Mucho más importante.

Era el vestido de novia de Lillian. Sin duda, cosido con sueños de

felicidad, y un futuro lleno de amor y familia.

«Lily quiere casarse».

Soñaba con eso, con la familia que tendría luego.

Mientras sostenía esa prenda entre las manos, la prueba de sus deseos, del hecho de que no deseaba estar sola, de que no se había pasado la vida soñando con la libertad y la soledad por compañera, renovó su compromiso con el plan que había trazado para ella.

Ella era suya para protegerla, para cuidarla... Y lo haría. La casaría, haría que se cumplieran sus sueños.

Por supuesto, para ello, tenía que encontrarla primero, lo que no ocurriría si permanecía en lo que era un armario debajo de la escalera de los sirvientes. Seguramente, habría ido a visitar a alguna amiga.

Un ruido le abstraigo de sus pensamientos, una pequeña estampida, seguida de varios golpes sordos y una risa amortiguada... Y Alec se dio cuenta de que la habitación no solo era minúscula, también era ruidosa. Se oía perfectamente a los sirvientes al otro lado de la pared.

¿Por qué diablos dormía ella allí?

No tuvo tiempo para considerar la pregunta, ya que la proximidad de los criados era una bendición en ese momento en particular. Salió de la habitación y asomó la cabeza por la escalera, pillando a un criado y a dos doncellas que bajaban.

—Hola...

Los sirvientes se quedaron inmóviles y una de las jóvenes soltó un chillido.

—¿Excelencia? —dijo el lacayo.

—¿Quiénes son los visitantes más frecuentes de la señorita Hargrove?

Silencio.

Alec lo intentó de nuevo.

—¿Sus amigas? ¿Quiénes vienen a verla?

Una de las chicas negó con la cabeza.

—Nadie.

Él frunció el ceño.

—¿Nadie?

La otra lo confirmó.

—Nadie. No tiene amigas.

Las palabras resonaron pesadas en la oscura escalera, lo suficientemente sorprendentes para que Alec tuviera que reprimirse... «¿Cómo era posible?».

Lillian era hermosa, inteligente y tenía el apoyo del poder de un ducado. ¿Cómo era posible que no tuviera amigas? Quizá sencillamente no iban a casa.

Asintió.

—Gracias.

—¿Excelencia? —preguntó el lacayo con voz sorprendida.

—Och... —repuso él—. En Escocia somos más agradecidos que en Inglaterra, por lo que parece. No es necesario que me miréis como si fuera un león en una jaula.

Los sirvientes parpadearon al unísono.

—Sí, excelencia.

Alec regresó al rellano para que pasaran los tres.

—¡Oh! —gritó una de las chicas un segundo después, antes de asomar la cabeza—. La señorita Hargrove suele ver al abogado.

Fue Alec quien parpadeó en ese momento.

—¿Perdón?

—El anciano. El de las gafas. Starswood o algo así —repuso la chica.

—¿Settlesworth?

Ella sonrió.

—¡Eso es! Viene una vez al mes. Una de las chicas dice que Lillian... —se interrumpió para corregirse—. La señorita Hargrove recibe de él su paga. — Otra pausa—. Su dinero.

Por supuesto.

No podía marcharse sin fondos. Y Settlesworth tenía los bolsillos llenos. Alec se giró para retener a la chica antes de que se marchara y se la encontró mirándolo.

—¿Por qué la señorita Hargrove duerme aquí? —preguntó, señalando la habitación.

La joven parpadeó, mirando la estancia como si nunca la hubiera visto antes.

—No lo sé —negó con la cabeza, reconociéndolo finalmente—. Nunca lo he sabido.

Alec asintió ante aquella insatisfactoria respuesta, le dio las gracias a la chica y se dirigió a las oficinas del abogado.

• 6: ¡El duque va a Dog House! •

Si el duque quería casarla, antes tendría que encontrarla, pensó Lily.

El ducado de Warnick se jactaba de poseer ocho residencias en Londres. Había cuatro mansiones dispersas por Westminster y Mayfair; otra al este de la ciudad, a orillas del río Támesis; un alojamiento cerca de Fleet Street que le habían dicho que era «para rentas» (aunque no pensaba que fuera así, pues el ducado carecía de tal cosa); una extensa propiedad con amplios jardines en Kensington; y una casita en Temple Bar, que supuestamente estaba llena de corrientes de aire.

Lily siempre había preferido el 45 de Berkeley Square, probablemente porque se sentía más cómoda, ya que la casa había pertenecido al duque de Warnick que mejor había conocido: el que había muerto cinco años antes, dando inicio a la racha de mala suerte que se había llevado la vida de otros dieciséis duques de Warnick, que agregaron al ducado varias residencias más lujosas. Dieciséis duques interinos que murieron sin herederos, esposas o familia. Bernard Settlesworth, que administraba las propiedades londinenses del ducado, había anexionado esas posesiones en los meses posteriores a las muertes. Como resultado, Alec Stuart, el duque número dieciocho, las podía reclamar ahora como suyas, a pesar de que era probable que no supiera ni que eran de su propiedad.

Lo que era su problema.

Lily, por otro lado, sí sabía de su existencia. Y no temía usarlas.

No era que ella hubiera estado alguna vez en esas otras casas. Nunca había tenido mucho interés en ellas. Las había visto por fuera, y como habían sido añadidas al patrimonio del ducado, disponían de un mínimo personal. Además, ella siempre había pensado que más valía malo conocido que bueno por conocer, y al menos en el 45 de Berkeley Square había muerto un duque que había ostentado el título durante más de un cuarto de hora.

Sin embargo, Lily no era de las que miraba los dientes al caballo regalado,

y consideraba que el hecho de que hubiera otros siete lugares donde poder dormir, además de Berkeley, era una buena noticia.

Así que la noche anterior se había trasladado al 38 de Grosvenor Square y había sido muy bien recibida por el señor y la señora Thrushwill, el jardinero y su feliz esposa, que ostentaba el cargo de ama de llaves. Los dos habían compartido la cena con ella y con su labrador, y le habían asignado una habitación, una que mantenían limpia y ventilada para una ocasión como esa.

Lily se había metido en la cama, llena de pensamientos sobre cómo evitar el alocado plan del duque de Warnick para lanzarla al mercado matrimonial.

Paso número uno: evitar al duque de Warnick.

Sin duda, el 38 de Grosvenor Square era un excelente comienzo, ya que, para empezar, él tendría que encontrarla. Esta casa le haría ganar tiempo. Dos días. Posiblemente más.

Y en la oscuridad, rodeada de sábanas limpias, se había sentido aliviada por primera vez en dos semanas y cinco días. Por primera vez, se sentía como si fuera el capitán de su propio barco.

Esa sensación duró muy poco, pues pronto fue reemplazada por los pensamientos que la habían consumido desde la inauguración de la exposición de la Royal Academy. Pensó en Derek y en su propia estupidez.

Ojalá se hubiera dado cuenta de cómo era de verdad. Que nunca la había respetado ni había tenido intención de hacerlo. Que cada promesa que le había hecho, cada palabra bonita que había pronunciado, había sido mentira.

Yació allí, en la oscura y silenciosa casa, rememorando esas mentiras una y otra vez, recordando cómo la habían hecho sentir, inundada de deseo y de algo mucho más peligroso: esperanza.

¿Cuántas veces había soñado con que la vieran? ¿Con que la amaran? ¿Con que la respetaran?

¿Y cómo había logrado destruir todas las posibilidades de que ocurriera?

Había visto la verdad en la mirada de Alec cuando desayunaban en Berkeley Square. Su simpatía. No, no era simpatía.

Sino lástima.

Había ido a Londres por lástima. Y por eso se había quedado, por eso le había prometido esa enorme y ridícula dote y un marido, aunque ¿cómo iba a conseguirlo en ocho días? Menuda tontería.

Pero la otra opción...

«Esa pintura te seguirá».

La vergüenza la perseguiría.

«Un error de juicio».

Odiaba esas palabras, el acuerdo tácito de que se había puesto en ridículo ella sola. Que nunca sería capaz de superarlo. No quería creerlo, incluso aunque fuera cierto. Después de todo, y a pesar de que se casara, la sociedad no la aceptaría nunca. Ni tampoco acogería a un hombre dispuesto a ser su marido. No importaba el dinero que tuviera.

Una vez más, un hombre estaba alimentando el escándalo. El hecho de que su protector —siempre ausente hasta ese momento— hubiera vuelto con nobles intenciones no importaba demasiado.

Ojalá él se diera cuenta.

Pero eso era lo único que percibiría, se prometió en la oscuridad. Nunca vería las lágrimas que humedecían su almohada hasta bien entrada la noche mientras la oscuridad ocultaba sus remordimientos.

No volvió a pensar en la casa hasta que despertó —con los ojos por fin secos, y agotada tras una noche agitada—, y descubrió que el ama de llaves había subido mucho antes y había quitado innumerables fundas protectoras de muebles para revelar un hogar lleno de perros.

Había más canes allí de los que podía imaginar: pinturas, estatuas y tapices de perros por doquier. En los revestimientos de seda había goldens; en los zócalos de madera, adorables pastores alemanes; había animales sentados a cada lado de la puerta de entrada a la casa, y elaborados labradores en los apliques de la pared.

Descendió por las escaleras de forma pausada, mientras asimilaba aquella locura de decoración, y cuando llegó al último escalón, dejó que sus dedos trazaran las intrincadas curvas de la cabeza de un bulldog de caoba en el comienzo de la barandilla. Esa figura era, quizá, la más inquietante de todas, con la boca abierta, los dientes afilados e incluso la amenaza de una lengua.

Con los ojos muy abiertos, trazó un lento círculo sobre sí misma mientras contaba la gran cantidad de sabuesos que había a su alrededor, y decidió que era muy posible que hubiera cometido un error al elegir el 38 de Grosvenor Square para esconderse del duque.

Y luego escuchó su voz, proveniente de la parte posterior de la casa, y estuvo segura de su fallo. Sin embargo, como había decidido ocultarse de Alec Stuart el mayor tiempo posible, se dirigió hacia la salida.

Tendría que buscar cobijo en otra de las propiedades ducales.

—Anoche nos enteramos de que había decidido a ocupar la casa, excelencia —decía el ama de llaves en voz alta—. Así que hemos hecho todo lo posible para prepararnos para ello, aunque, por supuesto, necesitaremos contratar algo más de personal. —La mujer hizo una pausa, pero luego continuó con rapidez—. O, si planea establecer aquí su residencia, podemos convocar al personal de Berkeley Square.

Lily solo disponía de unos segundos para escapar.

—¡Oh! ¡Señorita Hargrove! ¡Buenos días! —la llamó la señora Thurshwill.

Lily se quedó paralizada a medio camino de la puerta.

—¿Ibas a algún sitio, muchacha?

Se sonrojó antes de darse la vuelta, y se vio atrapada por la mirada castaña de Alec, por esos labios perfectos que se curvaban en arrogante diversión.

—Iba a dar un paseo por la plaza —repuso componiendo una brillante sonrisa. Se volvió hacia el ama de llaves—. Buenos días, señora Thrushwill.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—Confío en que la habitación le resultara cómoda.

—Sí, muchas gracias —dijo Lily.

La señora Thrushwill miró al duque.

—Excelencia, le prepararemos otra habitación de inmediato.

«¿Qué? Ni hablar».

—No se queda.

—Oh... —respondió el ama de llaves, abatida—. Pensaba que...

—De hecho, sí que me quedo —intervino el duque—. Gracias.

—Oh... —soltó otra vez la mujer—. Por supuesto. Por supuesto... — Luego hizo una reverencia y se apresuró hacia la puerta, sin duda para contarle a todo el mundo lo amable, educado y guapo que era el duque.

«Es feo».

Los gigantes no eran apuestos. Y menos los gigantes que intentaban arruinarle la vida.

—Tu ojo está cambiando de color —comentó—. Ahora está púrpura... Y amarillo.

—¿De verdad vas a dar un paseo? —preguntó él.

De perdidos al río.

—Disfruto mucho de la naturaleza...

—¿De la naturaleza?

Ella asintió.

—Sí, mucho.

—Grosvenor Square no es la naturaleza.

—Es verde, ¿no? Y hay árboles.

—Está rodeada por todos lados por muros y edificios.

—Si lo piensas bien, toda la naturaleza está rodeada de edificios —señaló ella—. Quizá no estás identificando correctamente los límites.

Él no fue capaz de elaborar una respuesta adecuada, ya que, en ese momento exacto, pareció darse cuenta de que la casa estaba decorada con una especie de gloria canina.

—¿Qué demonios... ? —Su voz se apagó cuando su mirada se posó en el retrato de un galgo colgado en la pared, que resultaba especialmente llamativo. En él, el perro estaba tumbado en una impresionante actitud de reposo, tenía cruzadas las patas largas y delgadas, y la cabeza, afilada y elegante, apoyada en un cojín de satén rojo—. ¿Eso es una corona?

Lily se acercó al cuadro para examinarlo y leyó el título, grabado en relieve en la parte de abajo del marco dorado.

—«La joya de la corona» —leyó en voz alta—. ¿Crees que el perro se llama Joya?

—Creo que ese perro está siendo maltratado de una forma abominable.

Lily se volvió hacia él.

—Quizá a Angus y a Hardy les gusten las coronas.

Él pareció escandalizado ante la mera idea.

—Esta casa es horrible.

—Pues a mí me gusta bastante —comentó ella—. Me parece un hogar. — Y eso era algo valioso, a pesar de los perros.

—Pensaba que no te gustaban los perros.

—Pensaba que a ti sí, excelencia.

Él ignoró la burla.

—No vamos a vivir aquí.

—Estás en lo cierto. No *vamos* a hacer tal cosa. Te he cedido Berkeley Square. Ha sido un placer. Me he dado cuenta de que prefiero las casas con puertas en perfecto estado.

—Has huido.

—No he huido.

—No se te da bien huir, ya que aquí estamos —concluyó él—. Por cierto, Settlesworth te manda saludos.

Ella entrecerró los ojos.

—Settlesworth es un traidor.

—Settlesworth estaba tratando de salvar su trabajo, y por suerte para él, ha podido facilitarme importante información sobre tu ubicación.

—¿Mi ubicación es importante?

Creyó oírlo suspirar antes de responder.

—Claro que sí.

—Ah, por supuesto... —espetó, sin querer creer que él tenía buenas intenciones—. Porque es mejor conocer la ubicación de tus problemas.

—No puedes escaparte de mí —constató él—. Así que, ¿por qué no colaboras conmigo? Podrías rectificar tu situación para que yo pueda regresar a Escocia. Los dos salimos ganando.

—Aunque suene adorable, tu plan implica que me case con un hombre que no conozco.

—Ya te lo he dicho, puedes elegir al hombre que quieras. No tengo intención de interponerme en tu camino.

—Pues me elijo a mí misma —dijo ella—. Prefiero confiar en mí misma que en ti. O que en cualquier otro hombre. Me considero más digna de confianza.

Él suspiró de nuevo, y ella notó su frustración y algo más. Algo que detestaba.

—No te atrevas —le advirtió volviéndose hacia él con furia—. No te atrevas a compadecerme. No quiero que lo hagas.

Él tuvo el detalle de parecer sorprendido.

—No siento lástima por ti.

—Entonces, ¿qué sientes?

Él curvó la boca en lo que ella hubiera considerado una triste sonrisa si hubiera creído por un momento que le importaba.

—Arrepentimiento.

Por haber hecho caso a la carta, sin duda. Por haber venido a ayudarla.

—Excelencia, todos hacemos cosas que lamentamos. —Y ella lo sabía mejor que nadie.

Hubo un largo momento de silencio antes de cambiar de tema.

—¿Quién era el propietario de este horrible lugar?

Ella no vaciló.

—El número trece.

—Ah... El, supuestamente, asesinado por una oveja.

—Ese mismo.

—¿Qué fue lo que le pasó en realidad?

Ella parpadeó.

—Eso es lo que le pasó. Fue asesinado por una oveja.

Alec frunció el ceño.

—Estás de broma.

—No. Se cayó por un acantilado.

—¿El número trece?

—La oveja le empujó. El duque estaba fuera dando su paseo diario. —A continuación, ella hizo chocar sus manos—. Quedó bastante destrozado.

Él crispó los labios.

—No.

—Te juro que es verdad —dijo levantando la mano.

Él miró a su alrededor, estudiando la extraña decoración de la estancia.

—Cualquiera pensaría que los perros le habrían advertido.

Ella se rio sin poder contenerse.

—Dado que los sabuesos sobrevivieron, es posible que el reino animal estuviera confabulado en este asunto.

El duque soltó una carcajada profunda, retumbante, que resultaba más reconfortante de lo que ella quería admitir. Y más tentadora.

Al pensarlo, se puso seria.

—No deberíamos reírnos de su desgracia.

Él contuvo la hilaridad al tiempo que se acercaba.

—Todos tenemos desgracias. Si no podemos reírnos de esto, ¿de qué vamos a reírnos?

Ella lo miró.

—De nuevo, me recuerdas tus propios y terribles sufrimientos, tener que ser rico y poderoso sin medida, y todo porque otros diecisiete pobres hombres fueron alcanzados por la caída de una oveja.

Él continuó avanzando.

—Pensaba que eso solo le había pasado a uno.

—Una oveja con una *vendetta* ducal. Deberías tener cuidado en el desierto.

—¿Te refieres al desierto de Grosvenor Square?

—No está de más ser precavido.

Alec volvió a reírse.

—¿Y lady trece? ¿Qué ha sido de ella?

—El número trece era viudo. Sin hijos. Sin familia.

—Querrás decir sin otra familia que sus perros.

—Me han dicho que a los perros no les importaba la decoración.

Él se rio entre dientes, y ella sintió un calorcito ante aquella respuesta, deleitándose en aquel gruñido de humor que podría no haber percibido si él no estuviera tan cerca. ¿Cuándo se había aproximado tanto? ¿Y por qué olía a algo tan maravillosamente fresco y limpio? ¿Por qué no apestaba como los demás hombres? ¿A perfume y sudor?

Si no tenía cuidado, él empezaría a gustarle.

«Podía comenzar a caerle bien».

—Lillian, ¿por qué has huido de mí? —preguntó él en voz baja, con un tono profundo que hizo que las palabras la atravesaran—. ¿Por qué has huido aquí?

«Porque no tenía otro lugar al que ir».

Bueno, eso no podía decírselo.

—¿Porque estás sola? —añadió él antes de que ella pudiera encontrar una respuesta más apropiada. Sin embargo, guardó silencio ante esa pregunta, sintió frío y luego calor. «Sola». Qué palabra tan horrible. Dio un paso atrás y chocó contra la pared, moviendo la pintura del perro coronado sobre un cojín de seda.

«Un perro más querido que ella».

Él negó con la cabeza y retrocedió.

—Lo siento. No debería haberte preguntado eso. Es solo que... —Se interrumpió y cambió de táctica—. Lo que quería decir es, ¿por qué no has tenido una temporada?

—Nunca la he querido —mintió.

—Todas las mujeres quieren una temporada —aseguró.

Ella lo intentó de nuevo.

—No pertenezco a la nobleza.

—Eres pupila de uno de los ducados más ricos de Inglaterra —le recordó él—. ¿No has podido encontrar patrocinadora?

—Por desgracia, excelencia, el dinero no es suficiente para conseguir patrocinadora a una joven.

Él arqueó una ceja.

—¿Te refieres a una mujer? ¿O a una chica como tú?

Sintió un profundo alivio ante la pregunta, porque la devolvió al sólido terreno del antagonismo.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó entrecerrando los ojos.

—A una chica que posa desnuda.

La ira la inundó. Ira y un dolor que había bloqueado y que se había jurado a sí misma que no volvería a considerar nunca más.

—Cualquier chica —dijo con aspereza—, necesita buenos contactos para tener una temporada.

—Tienes buenos contactos. Yo soy un maldito duque.

—Te has olvidado de mí —le recordó ella finalmente—. No he tenido patrocinadora porque ninguna me quiso. Parece que la sombra de un duque no es suficiente para granjearse la atención de Londres... Por muy impactante que resulte.

—Ahora estoy aquí.

Ella arqueó una ceja.

—Sí, bueno... Pero, sorprendentemente, tu ducado ha perdido algo de... caché.

—¿Por qué, demonios?

Ella hizo un gesto señalando la tela de cuadros que bajaba desde su hombro, por el torso, hasta el lugar donde colgaban los pliegues hasta la altura de las rodillas.

—No puedo imaginarlo...

Él frunció el ceño.

—Tendrás una temporada ahora. Este año.

Ella rio a pesar de la llamarada de pánico que la inundó al escucharlo.

—No la quiero. —Ya habían dado demasiado espectáculo. Los periódicos sensacionalistas ya se habían cebado mucho con ella... Y eso fue antes de que se involucrara con Derek.

—Me temo que eso no importa. Es la única forma en la que podremos casarte.

—Excelencia, no existe ese plural. No vas a conseguir que me case. Ya te lo he dicho, lo único que deseo es mi libertad.

—Si quieres libertad, muchacha, te llegará con el matrimonio... Y nada más.

—¿No podrías imaginar que me caso y ya está? ¿Darme la dote y dejar que asuma la responsabilidad yo misma?

Él sonrió.

—Tienes que casarte con un hombre.

—Me estás pidiendo que cambie un dueño por otro.

Él arqueó una ceja.

—Te estoy ofreciendo que elijas tú misma al hombre que quieras. Cualquiera de Londres.

—Así que tengo que ponerme de rodillas y agradecértelo.

—Agradecer una dote tan exorbitante no estaría fuera de lugar —señaló él. Lily soltó un hondo suspiro de pesar.

—¿Y si no estoy de acuerdo con el matrimonio?

Él abrió la boca como si fuera a decir algo muy serio, pero luego se lo pensó dos veces y la volvió a cerrar. Lo vio respirar hondo y soltar el aire con frustración antes de encontrarse con su mirada.

—¿Quieres los fondos? Pues antes te casas.

—Y será mi marido el que reciba el dinero. Y una esposa deshonrada.

El duque la miró durante un buen rato antes de hablar.

—¿A dónde irías, muchacha?

Ella se encogió de hombros.

—A cualquier sitio lejos de aquí.

—¿Qué quieres del futuro?

Parecía que amor, matrimonio e hijos. Parecía que un idilio silencioso y la felicidad que acompañaba a la satisfacción. A la seguridad. Al profundo sentimiento de que la propia existencia estaba siendo bien protegida.

Ella siempre había querido una cosa: una familia.

«Un hombre de mi categoría no se casa con una mujer de la tuya».

Cerró los ojos al recordar las palabras, dichas por un hombre que una vez había elogiado su belleza con asombro y la había reclamado como su musa.

Ella negó con la cabeza, intentando hacer desaparecer el pensamiento para concentrarse en el momento presente. En la pregunta de Alec.

—El futuro se parece a cualquier lugar que no sea Londres —repuso con cierta irritación en la voz.

Él negó con la cabeza.

—No, ahí es dónde estaría. Te he preguntado qué querías de él.

Al parecer una vida sin vergüenza.

El pensamiento surgió de forma inesperada y dolorosa. Lleno de certeza de que ella misma se había arruinado la vida. Que se había arriesgado por todo

lo que había creído que era el amor.

Entonces lo odió. Odió la forma en la que la había calado ese gran duque, inesperado y poco dispuesto. Pero no pensaba darle esa respuesta. Por mucho que él pensara que ella era su problema y que debía ocuparse personalmente de ello, estaba equivocado. Lily sabía que sus problemas solo la atañían a ella.

Y se las arreglaría sola. Sin él.

—Parece que felicidad.

El duque no la creyó.

«Y no debería creerla».

Lo vio soltar un suspiro de frustración.

—La felicidad no se encuentra tan fácilmente, Lily. No es tan simple como darte dinero y libertad.

Había mucha verdad en sus afirmaciones, y ella lo sabía.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —constató. Y ella esperó a que elaborara sus razones, desesperada por oírlo continuar. Pero estuvieron así un buen rato, mirándose, antes de que él volviera a hablar—. Ya es suficiente. Esta misma noche comienza tu temporada.

—Mi temporada...

—Eversley está organizando un baile. Estás invitada.

Un baile. Notó que se le revolvía el estómago. No podía ocurrírsele nada que deseara menos.

—No, gracias.

—Estás asumiendo, equivocadamente, que tienes otra opción.

Las palabras hicieron surgir la ira.

—¿Sabes que hay otras siete residencias en Londres en las que podría esconderme?

—¿No crees que te encontraría?

—No me encontrarías a tiempo para que comenzara esta noche mi temporada.

Él se inclinó hacia ella y, cuando habló, sus palabras eran roncas y entrecortadas, con mucho acento escocés, y le hicieron sentir un escalofrío en la espalda.

—Te encontraré, muchacha. Siempre.

Abrió los labios al oírlo. Al percibir la promesa que contenía a

determinación de su tono.

Ante la idea de que él consideraba que valdría la pena buscarla.

Cuando Alec se enderezó, el momento desapareció.

—Consigue un vestido, Lillian. Salimos a las nueve y media.

—¿Y si no...? —preguntó con más suavidad de la que pretendía. Luego se aclaró la garganta para adoptar un tono más burlón—. ¿Entonces qué, excelencia?

Él la observó durante un buen rato, con aquellos hermosos ojos castaños que brillaban a pesar de todo. La miró hasta que la hizo sentir incómoda, y se retorció bajo su atención.

—Consigue un vestido —repitió—. No creo que prefieras que tenga que buscártelo yo.

Y salió de la habitación, dejándola sola en mitad de una explosiva decoración canina, pero inundada por la inquietante calidez de sus palabras.

Reprimió aquella sensación.

No iba a sentir calidez por él.

En cambio, buscaría un vestido, y haría que resultara inquietante.

• 7: La adorable Lily empieza la temporada con un estilo especial •

A las nueve y media de esa misma noche, Alec estaba esperando al pie de la escalera de la casa de Grosvenor Square, tratando de evitar la mirada de Joya. El enojado sabueso parecía verlo todo desde su posición y, mientras reposaba en el cojín de seda, se burlaba de él.

Casi tanto como sus propios perros, desde su posición al otro lado del vestíbulo, donde esperaban cual centinelas.

Sin embargo, el abrumador juicio canino parecía completamente razonable, ya que el propio Alec estaba seguro de parecer ridículo.

El sastre al que había recurrido en Savile Row ese mismo día, le había jurado que podía proporcionarle ropa formal que se «acomodaría perfectamente a su elegante y ducal figura», cuando, de hecho, las prendas no se adaptaban a ninguna parte de su cuerpo y su figura parecía cualquier cosa menos elegante. Cuando Alec se lo había dicho, el hombre sonrió y aseguró que tenía que quedar ceñida.

Sin embargo, él no era imbécil. Aquellas prendas le quedaban demasiado apretadas. Siendo sincero, sobre todo los pantalones.

«Eres grande. Un salvaje y enorme escocés».

«No tienes nada normal, bestia».

Odiaba Inglaterra.

Pero el tiempo era esencial y no podía esperar hasta obtener una prenda que le quedara mejor. Esa noche, comenzaría final y felizmente a terminar su estancia en Inglaterra. Le había pedido a West que esparciera el rumor de que Lillian tenía ahora una dote enorme, y sabía a ciencia cierta que los cachorros londinenses se batirían en el ring en el que se iba a convertir esa noche la pista de baile de Eversley House. Después de todo, Lily era una mujer rica y hermosa, y pupila de un duque.

Al amanecer, ya estaría enamorada.

Lo único que tenía que hacer era aparecer. Lanzó un vistazo hacia las escaleras. No, no venía todavía. Miró el enorme reloj que había en un extremo del vestíbulo, donde un péndulo con perros tallados se balanceaba de un lado a otro. Faltaban veinte minutos para las diez. Lily se retrasaba.

Estaba allí, lo sabía. Había contratado a dos muchachos para que vigilaran las salidas de la casa, por lo que si hubiera intentado escapar, ellos la seguirían y él podría encontrarla. Pero su presencia allí no significaba que planeara ir de buena gana al baile. Estaba a punto de subir las escaleras para buscarla cuando ella apareció.

Para ser justos, no fue Alec el primero que la vio. Fue Hardy, el sabueso, quien se acercó inmediatamente al pie de las escaleras contemplándola y, para sorpresa de Alec, ladrando con entusiasmo.

—¿Qué...? —empezó a decir, siguiendo la mirada del perro... Pero el resto de la pregunta quedó interrumpida por su absoluto *shock*.

Por lo que podía ver, se había vestido de perro.

Debería haber imaginado que ella ingeniaría un plan para escapar o evitar ir al baile. Por supuesto, su idea implicaría hacer todo lo posible para contrarrestar sus planes para esa noche. Iba a ser una batalla de voluntades, y el primer disparo de ella era impresionante.

Alec no era un hombre que anduviera pendiente de la moda, pero ese vestido en particular, no pasaría desapercibido. Era una prenda monstruosa en tonos dorados y bronce, con unas faldas que ocupaban toda la escalera y unas mangas que la empequeñecían. Eso solo ya habría alcanzado, pero como si no fuera suficiente, había cosido perlas de los mismos colores en la falda, dispuestas en pequeños grupos simulando la forma canina, y el corpiño — muy ajustado a pesar de que Lily solo había dispuesto de unas horas para ceñirlo a su forma—, estaba cubierto de abalorios dorados, adornados con perros diferentes, desde spaniels y terriers a bulldogs o sabuesos.

Bajó la mirada a su cintura, donde un ancho cinturón dorado acentuaba su esbeltez de forma chillona: un galgo en pleno movimiento, que abarcaba toda la superficie.

Joya, sin duda.

Y todo eso antes de observar su cabeza, una elaborada montaña de rizos castaños sujeta con una serie de alfileres en forma de perro y atravesada por una vara dorada rematada con sabuesos de caza, en mitad de un salto, como si estuvieran a punto de atrapar una liebre, que de alguna forma, Lily había

logrado que colgara en lo alto, como una especie de fuente.

—¡Santo Dios! —exclamó, ya que no había otra respuesta posible a esa estampa.

Ella no vaciló en el descenso, elegante y grácil, con una postura que haría sentir orgullosa a una reina. Casi le hizo creer que no era consciente de que vestía una prenda que podía considerarse una abominación.

Lily era, sin duda, notable.

Se detuvo cuando faltaban tres escalones para pisar el vestíbulo, justo delante de él, con una enorme sonrisa fingida en la cara.

—¿Ocurre algo, excelencia?

—Tantas cosas, Lillian...

Ella esponjó las enormes faldas con gran ceremonia.

—Soy consciente de que este vestido está un poco pasado de moda, y de que lleva sin usarse más de cinco años, pero como insististe tanto en que consiguiera uno...

—Sí, el hecho de que el vestido esté pasado de moda es precisamente el problema... —Clavó la mirada en su bolso, una pequeña cartera con forma de terrier que colgaba de su muñeca—. ¿Es de piel?

Ella lo miró.

—No puede ser de perro.

—No me puedo imaginar que lady Trece fuera el tipo de mujer que usa la piel de su obsesión. —Ella soltó una risita, y él disfrutó del sonido antes de aclararse la garganta—. Bueno... Entonces, tú delante, Lillian.

La vio vacilar.

«La tenía».

—No se te habrá ocurrido que esta pequeñez del vestido me disuadiría de mis planes, ¿verdad?

—Este vestido no es ninguna pequeñez —protestó ella.

—Será un milagro que quepa dentro del carruaje —convino él, alejándose en dirección a la puerta, consciente del hecho de que ella no lo estaba siguiendo. Se dio la vuelta para buscar su mirada gris al otro lado del vestíbulo—. Vamos, Lillian. ¿De verdad has pensado que me rendiría tan fácilmente?

—He pensado que serías lo suficientemente inteligente como para saber que si me ven en público con este vestido, ningún hombre se fijará en mí.

—Pues has pensado mal.

—¿Y tu sentido de la moda?

Él no picó el cebo.

—Tu propia belleza.

Esas palabras la hicieron retroceder.

—Es que... —comenzó a decir ella, aunque luego se calló.

—Es así cómo te llaman, ¿*nae*? ¿La mujer más bella de Londres?

—*Nae*... —Se burló de su fuerte acento escocés—. No mientras llevo esto.

Él deseó que fuera cierto. Que hubiera una manera de mirarla y no ver su belleza. Pero algunas cosas eran verdades empíricas, y la belleza de Lillian Hargrove era una de ellas. Incluso en ese momento, vestida como una payasa canina.

No era que tuviera intención de dejarse seducir por su belleza. Había aprendido la lección sobre mujeres hermosas, y era algo que no tenía intención de olvidar.

Abrió la puerta.

—Al carruaje, señorita Hargrove —la retó—, ¿o eres demasiado cobarde? ¿Prefieres ponerte un vestido menos llamativo?

La vio enderezar los hombros.

—De eso nada. Me siento muy a gusto.

Pasó junto a él con la espalda recta, con la liebre moviéndose libremente encima de su cabeza mientras se subía al carruaje. Alec la siguió, lleno de curiosidad y no poco respeto.

Una vez que se acomodó en el asiento de enfrente de ella, evitando como podía las amplias faldas y girando sus largas piernas en el pequeño espacio libre que quedaba, aquellos pantalones demasiado ajustados amenazaban con cortar el flujo de sangre a las pantorrillas.

—¿Qué tal? —preguntó ella—. ¿Estás cómodo?

—¿Importa? —preguntó, sabiendo que repetir la pregunta que ella le había hecho tantas veces le molestaría.

Le gustaba irritarla, de alguna forma era más fácil ignorarla que si la admiraba.

«No la admiro».

—Supongo que no —repuso ella, sorprendiéndolo—. Pero intentaba mantener una conversación educada.

Él no quería conversar, así que gruñó una respuesta y se puso a observar los edificios por la ventanilla.

Ella no miraba por la ventana, sino a él.

Alec se sentía más constreñido a cada momento que pasaba, hasta que decidió que era mejor tener la sartén por el mango.

—Imagino que desearías haberte cambiado de vestido.

—Tonterías —repuso ella sin vacilar—. Solo me he apiadado de ti, excelencia. Seremos una buena pareja, teniendo en cuenta que la chaqueta no es de tu talla

Se movió al oír que mencionaba su ropa, y el gesto subrayó la verdad de la declaración.

—¿No?

Lily negó con la cabeza al tiempo que se inclinaba hacia delante para coger el borde de la manga y dar un pequeño tirón, como comprobando la resistencia.

—No.

Él reprimió la tentación de moverse al sentir el suave roce de su mano enguantada contra la de él. Por un momento, se entretuvo con la idea de capturar esa mano, de apretarla entre sus dedos. Y luego posó la vista en su propio regazo, y se imaginó que ella presionaba la palma contra la tensa tela de sus muslos.

—Ni tampoco los pantalones —añadió ella antes de que se avergonzara a sí mismo—. Deberías buscar otro sastre. —Lily hizo una pausa, como queriendo dar énfasis a lo que iba a añadir—. Quizá uno inglés.

Él se quedó paralizado, no le gustaba lo que sentía cuando lo tocaba.

«Sí que te gusta».

Antes de que se pudiera decidir, ella retiró la mano y, en un momento de locura, se preguntó si podría convencerla para que volviera a colocarla donde estaba y poder tomar una decisión completamente objetiva del asunto.

Pero en cambio, se aclaró la garganta y se apretó contra el asiento.

—Este traje es de un sastre inglés. Y me dijeron que era muy bueno.

—Pues no lo es. Yo te lo habría hecho mejor.

—Sí, bueno, considerando lo que estás usando, creo que me quedo con el pobre sastre.

Lo miró ofendida.

—Perdón, pero al menos este vestido se me ajusta como un guante —replicó, pasando la mano por la costura lateral, donde el corpiño se ceñía a su torso como una segunda piel. Alec no pudo evitar seguir la trayectoria de la

mano. Hubiera sido una grosería no hacerlo.

«¿Más grosero de lo que te imaginas haciendo con esa costura en particular?».

No tuvo que responder a ese pensamiento; Lily continuó.

—Soy una costurera excelente.

La frase llegó acompañada por el recuerdo de lo que había encontrado en su habitación de Berkeley Square. Del baúl, lleno de vestidos de novia y ropa de bebé. Y aquellas botitas.

Aquellas malditas botitas, todavía podía olerlas.

—Perdona... —se disculpó, cambiando de idea, muy incómodo de repente—. Tus habilidades se ven ensombrecidas por el resto de las cualidades del vestido.

Ella sonrió al oírlo, y sus dientes blancos brillaron en el interior del carruaje, débilmente iluminado, y a él le desagradó el ramalazo de placer que acompañó su respuesta.

—Créeme, excelencia. Este vestido está impecablemente diseñado. Es horrible. Y tú necesitas otro sastre.

El hombre había estado muerto de miedo. Demasiado aterrado por él para decirle que era demasiado grande para la ropa que ya tenía confeccionada. Demasiado aterrado para enviarlo a otro colega.

Después de todo, Alec era un duque. Y no se rechazaba a un duque.

Ni siquiera a uno que resultara ser tan grande y tan desagradable en una Inglaterra fría, bien cuidada y perfecta.

«Qué bestia... Apenas está educado... Es muy bruto...».

La incomodidad que lo atravesó no tenía nada que ver con la ropa y sí con algo que el sastre no podía arreglar.

—No me quedará el tiempo suficiente para necesitar otro. Te prometerás en matrimonio y regresaré a Escocia durante el verano, un lugar donde eso no significa que el aire esté lleno de olor a podrido y a adoquines humeantes. Donde la naturaleza es de verdad...

—Sin muros que dividan todo.

—Al menos no de hierro.

—No te gusta Londres.

—Londres no debería tomárselo como algo personal. No me gusta Inglaterra, en general.

—Ni los ingleses.

—Muchos, no.

—¿Por qué?

«Porque de Inglaterra solo he recibido dolor».

Él no respondió.

—Hay cosas encantadoras —intentó convencerlo ella.

Alec arqueó las cejas.

—Nómbrame tres.

—El té.

—Eso proviene de Oriente, pero ha sido un intento excelente.

Lily suspiró.

—Muy bien, Shakespeare.

—Shakespeare no tiene nada que envidiar a Robbie Burns.

—Estás siendo ridículo —repuso ella.

Él abrió las manos.

—Continúa, entonces. Dame algo mejor que Shakespeare.

—Él es lo mejor —añadió Lily con inteligencia—. Es Shakespeare.

—Parece que no puedes pensar en nada que le haga la competencia.

Ella apartó la mirada, como si no pudiera asimilar que él no podía ver la realidad de su argumento.

—Estupendo. «Mi generosidad es tan ilimitada como el mar, y mi amor igual de profundo; Cuanto más te doy, más tengo, porque los dos son infinitos».

Él arqueó una ceja.

—Es una historia de amor para niños.

Lo miró boquiabierta.

—Estás hablando de *Romeo y Julieta*.

—Cosas sin sentido. Matarse por amor...

—Se considera una de las mejores historias de amor de todos los tiempos.

Él se encogió de hombros.

—A menos que lo pienses bien.

—Supongo que tu Burns es mejor en el tema, ¿no? —se burló.

Alec se inclinó hacia delante en la oscuridad.

—Infinitamente mejor —dijo, permitiendo que su acento se hiciera más intenso—. Si quieres romance, pregunta a un escocés.

Ella también se inclinó hacia delante, lo que hizo que el espacio entre ellos se acortara, y que él fuera muy consciente de aquella locura de vestido

perruno.

—Demuéstramelo —lo retó ella imitando su acento.

Más tarde se preguntó qué hubiera pasado esa noche si el carruaje hubiera tardado más en detenerse. En anunciar su llegada a Eversley House, donde media sociedad esperaba en el exterior.

Se preguntó si se habría dejado llevar por sus instintos. Si habría estrechado a esa audaz, valiente y juguetona Lillian contra su regazo y le habría dado todas las pruebas que pudiera reunir.

Por suerte, nunca lo sabría.

Porque el vehículo se detuvo. Habían llegado.

Y eso le recordó que besar a Lillian Hargrove estaba fuera de discusión.

Ella había juzgado mal las ganas que tenía de casarla. También había calculado mal la profundidad de la vergüenza que la consumiría si se presentaba en público con aquel vestido. De repente, mientras estaba ante los escalones de Eversley House, desde donde las ventanas arrojaban brillante luz dorada y desparramaban el sonido de la fiesta por Park Lane, Lily se vio envuelta en una oleada de terror.

No era una emoción desconocida, teniendo en cuenta su nerviosismo general cuando tenía que enfrentarse a la aristocracia, momentos en los que se sentía fuera de lugar, no lo suficientemente noble para ser bienvenida a sus filas y, de alguna manera, demasiado cercana a ese mundo para ser ignorada. Incluso sin haber tenido su temporada.

Si nunca hubiera conocido a Derek, quizá la hubieran ignorado.

Pero Derek Hawkins insistía en que lo vieran, y en el momento en que se acercó a ella, ocho meses atrás, mientras estaba leyendo a orillas del Serpentine, se vio condenada a que también la vieran. Alejó esos recuerdos y respiró hondo, como si hacer eso la impulsara con coraje hacia delante.

—¿Estás segura de que no te arrepientes de tu elección de vestimenta? —le preguntó Alec secamente al oído.

Ignoró el ramalazo de placer que la atravesó con aquel susurro.

—Lo confieso, excelencia, me sorprende que estés familiarizado con la palabra «vestimenta». ¿Qué ocurre con tu problemática personal con la ropa?

Él se rio entre dientes y la guio hacia delante, con la mano en el brazo, y ella odió y amó al instante, la seguridad que sentía.

—Lillian, en Escocia tenemos libros.

—Eso has dicho. Mejores que los de Shakespeare.

—Sí —murmuró él por lo bajo, mientras se acercaban al lacayo que estaba de guardia junto a la puerta.

—Todavía no lo has demostrado —repuso, asustada de lo que podría ocurrir cuando entrara en la mansión. En ese mundo que la obligaba, incluso cuando estaba desesperada por huir de él.

«Ese mundo del que siempre has deseado formar parte... en lo más profundo de ti».

No. Se negaba a creer tal cosa.

Se puso rígida, y él lo sintió. Estaba segura de que lo sintió, porque siguió hablando como si estuvieran en la sala de Berkeley Square.

—«Verla era amarla... Amarla a ella, y amar para siempre».

Lily se detuvo en el último escalón, sorprendida por los versos, y se giró para mirarlo.

—¿Qué has dicho?

Él continuó.

—«Si no hubiéramos amado nunca tan desinteresadamente, nunca hubiéramos amado a ciegas...» —recitó el duque, y el ronroneo, ronco y provocativo, era solo audible por sus oídos. Le hacía olvidar dónde estaban, lo que hacían y lo que les esperaba dentro—. «Nunca nos hubiéramos conocido, o nunca nos hubiéramos separado...».

Lily sacudió la cabeza para aclararse la mente. Ni siquiera se conocían. Solo se sentía atraída por la poesía. Sin duda Robbie Burns poseía mucho talento.

—«Nunca nos hubieran roto el corazón». —Él casi susurró lo último, con una voz grave, tentadora y maravillosa, y la promesa de un corazón roto la llenó de dolorosa tristeza. De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas, y apartó la mirada de él para clavarla en los que bailaban cerca, un torbellino de mangas abullonadas y sedas vibrantes.

—¿Muchacha? —Notó que él le apretaba el codo con dedos fuertes y acerados, con intención de reconfortarla, pero el gesto le recordó al mismo tiempo que lo agradable era fugaz. Que esa tristeza era la más sincera de las emociones. Tristeza y arrepentimiento.

Por suerte, ya estaban dentro de la casa, y ella pudo alejarse de su contacto. Cedió la capa a un lacayo que apenas pudo ocultar la sorpresa al ver su

horrible vestido. Lily aprovechó ese momento para limpiarse una lágrima rebelde de la mejilla antes de darse la vuelta hacia el duque.

—Quizá ese Burns no sea tan horrible.

Él no respondió, y se limitó a buscar en su rostro una respuesta que ella jamás estaría dispuesta a darle.

—Lily... —dijo, y por un momento, ella se preguntó qué habría dicho si estuvieran a solas. Qué habría podido hacer.

—¡El salvaje *highlander* nos ha honrado con su presencia!

Y luego, el marqués de Eversley se acercó y la salvó, si es que se podía salvar a alguien en esa situación.

—Ni siquiera vivo en las Highlands —murmuró Alec.

El marqués le puso la mano en el hombro.

—La primera regla de Londres, amigo mío, es que a nadie le importa la verdad —explicó—. Tienes una destilería en Escocia, así que eres el salvaje *highlander*, te guste o no. ¡Dios mío, cómo tienes el ojo! —Se giró hacia Lily con una sonrisa, pero arqueó las cejas con sorpresa al ver su ropa. Sin embargo, tenía que descubrirse ante el marqués, pues la ocultó de inmediato y se inclinó sobre su mano—. Señorita Hargrove. En su caso, sin embargo, todo lo que dicen es verdad. Es usted tan encantadora como aseguran los rumores.

—No es necesario que te pongas tan empalagoso —gruñó Alec desde detrás de ella—. Lleva un vestido muy perruno.

—Creo que es perfecto —contrapuso Eversley, sin apartar la mirada de Lily—. De hecho, me encantaría comprar uno similar para mi esposa.

Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. En las páginas de cotilleos, el marqués de Eversley era conocido por el canalla real, y Lily entendió perfectamente por qué. Podía encandilar a cualquier mujer presente. Por supuesto, ahora le habían cambiado el apodo por otro nuevo, el marido enamorado, y era conocido en todo Londres por el amor que profesaba a su marquesa.

—Solo porque no quieres que nadie note que tu esposa es tan guapa como la señorita Hargrove.

Lily intentó ignorar la calificación y la casual referencia a lo que opinaba de ella. Por supuesto, eso era algo que ya había oído antes, que era guapa. Lo había leído también en las páginas de cotilleos. Además, tenía ojos y un espejo. Pero cuando Alec reconocía su belleza, sentía algo diferente.

De alguna forma, era más verdad y menos importante que nunca.

—Harías bien recordando que no quiero que nadie sea consciente de su belleza, duque —gruñó Eversley—. En especial tú.

Alec puso los ojos en blanco y sacó un papel del bolsillo de la chaqueta.

—¿Podemos hacerlo?

—Dios, Warnick, ¿has traído la maldita lista?

Lily frunció el ceño.

—¿Qué lista?

—No es nada —dijo Eversley hablando al mismo tiempo que el duque.

—No hay ninguna lista —afirmó Warnick por su parte.

—Ninguno de los dos sabe mentir. —Dos pares de ojos muy bonitos se clavaron en los de ella, que intentó coger el papel. Alec lo mantuvo fuera de su alcance, lo que hizo que la tela de la chaqueta se ciñera más a su musculoso cuerpo.

—Te estás comportando como un crío —aseguró ella, retirando la mano.

—No es nada. —Él bajó la mano.

—Claro que es algo. Si no, no te pondrías a jugar conmigo en un baile.

La mirada de él se deslizó hacia el sabueso y la liebre que sobresalían en su cabeza.

—Muchacha, no soy el único que está jugando esta noche.

Ella aprovechó el momento de distracción para arrebatarle la lista. Le dio la espalda un instante para mirarla. Había cinco nombres garabateados en ella. Un conde, dos vizcondes, un barón y un duque.

—¿Qué es esto? —preguntó después de darse la vuelta para mirarlo.

Él no respondió, pero sus mejillas parecieron brillar, como si lo hubieran pillado en un acto particularmente malvado. Y quizá era así. Lily volvió a leer la lista, intentando encontrar algo que tuvieran en común todos los nombres.

Todos tenían título. Y extensas tierras. Todos eran hombres decentes, si se hacía caso de las habladurías.

Y pobres como ratones de iglesia.

Se trataba de una lista de potenciales pretendientes. Lily miró a Alec.

—¿Por qué el duque de Chapin tiene una interrogación al lado de su nombre?

Alec miró a Eversley, que de repente encontraba muy interesante la alfombra que pisaban.

—¿Excelencia? —insistió ella sin permitir que la ignoraran. Disfrutó de la forma en la que él apretaba los dientes.

—No estamos seguros de que esté interesado en el matrimonio —confesó él volviendo a mirarla.

Lily entrecerró los ojos.

—Tienes intención de ofrecermé en pública subasta como el ganado en el mercado.

—No seas tan dramática, Lillian. Es así cómo se hace.

Ni siquiera había comenzado a ponerse dramática.

—¿Te refieres a que es así como conseguirás casar a tu escandalosa pupila?

Él la miró fijamente.

—Bueno, no es que me lo hayas puesto fácil. Nombra al hombre que quieres y te lo conseguiré.

—Ya te lo he dicho. No quiero casarme.

—Entonces, debemos recurrir a la lista.

Ella clavó los ojos en el papel.

—Te aseguro que no me pienso casar con el duque de Chapin.

—Tacha al maldito duque de la lista. Reemplázalo por un carnicero, un panadero o un maldito fabricante de velas. Pero te vas a casar aunque me lleve a la muerte.

—Warnick —advirtió Eversley—. Esa lengua...

Ella no vaciló.

—Llevarte a la muerte puede ser el único beneficio de casarme.

Alec se inclinó entonces hacia ella, tan cerca como para que el marqués no los oyera, pero lo suficientemente próximo como para que Lily notara que no tenía los ojos castaños sin más. Estaban salpicados de motitas doradas, verdes y grises. Le parecerían preciosas si no detestara a su dueño, que se consideraba un héroe a pesar de comportarse como una especie de villano.

—Ya que te gusta tanto Shakespeare —dijo él—, a ver qué te parece esto. «Véndete cuando puedas, Lillian Hargrove. No eres para todos los mercados».

Lily lo miró.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo que el tiempo es esencial.

Una oleada de vergüenza la inundó, cálida y desagradable. El corazón

amenazó con salirsele del pecho y, en ese instante, lo odió. Se enderezó, cuadró los hombros y, con el mismo aplomo de una reina, le respondió.

—Excelencia, eres un bastardo.

—Lamentablemente no, querida. Pero ya veo lo mucho que desearías que lo fuera; después de todo, ha sido mi legitimidad lo que nos ha llevado a esta situación.

Ella no respondió, en su lugar, lo empujó y siguió a la multitud hacia el salón de baile. De repente, le importaba muy poco si debía lucir aquel ridículo vestido perruno, estaba demasiado distraída por el resonar de la sangre en sus oídos para escuchar los susurros que la envolvían cuando la sociedad en pleno se daba cuenta de que era ella.

Sin embargo, de alguna forma, escuchó perfectamente la maldición que él susurró mientras ella se alejaba, seguida por la réplica del marqués de Eversley.

—Warnick, eso ha estado fuera de lugar.

Estupendo, que su amigo lo pusiera en su sitio. Se había comportado de una forma abominable.

Ella, por su parte, había tenido suficiente de ese hombre y de su grosería. Podía secarse y morir en la puerta de Eversley House si así lo deseaba. Que lo colgaran, a él, a su ofensiva lista y a su bonita poesía escocesa.

Nunca había estado más contenta de apartarse de alguien.

Entró en el salón de baile de Eversley y, al instante, se sintió atraída por la dorada y brillante luz que arrojaban las velas en toda la sala. Colgaban en lo alto de las lámparas, en los candelabros y apliques que había allí donde mirara. Pero no eran las velas lo que más brillaba, era la gente. Toda la ciudad parecía haber acudido al baile de Eversley con sedas y satenes para que combinaran con ojos y mejillas brillantes, excitados por el movimiento de la temporada.

Ella se detuvo una vez dentro de la estancia, aturdida por el pánico que la paralizaba. ¿Qué pasaría a continuación? Estaba en un baile, vestida de forma inapropiada, enfadada, frustrada, herida y sin ninguna esperanza de encontrar una salida a esa desastrosa situación.

Notaba que toda la sociedad de Londres la miraba, mordaz y maligna. Las charlas se convirtieron en silencio mientras enderezaba los hombros y levantaba la barbilla, deseó poder mantenerse fuerte. Mientras se acercaba al centro de la sala, vio que las miradas se deslizaban sobre su vestido,

incapaces de apartarse. Los peores giraron las cabezas y comenzaron a susurrar.

La vergüenza se hizo más intensa, y respiró hondo. En ese momento estaba allí. En medio de un baile, y no le quedaba más remedio que encontrar su lugar.

Apenas tomó la decisión, alguien se acercó para ayudarla.

Varias personas, en realidad.

• 8: La solitaria Lily es abordada por las peligrosas Talbot; las audaces bellezas se hacen amigas de la pupila de Warnick •

—¡Santo Cielo! Este vestido debería ser quemado en la hoguera inmediatamente.

—¡Shhh! —amonestó otra voz—. A lo mejor a ella le gusta.

—Tonterías. No le puede gustar a nadie. —Lily se volvió para mirar a las cuatro jóvenes que se acercaban. La líder la miró a los ojos sin vacilar—. No te gusta, ¿verdad?

Lily se quedó tan sorprendida por la pregunta directa que respondió sin ningún tipo de duda.

—No.

Cuatro chicas morenas, cada una de ellas muy guapa y perfectamente vestida, le sonrieron al unísono. Siendo sincera, resultaban un grupo muy llamativo, cada una ataviada con un color diferente en seda brillante: amarillo, verde, azul y la líder, de rojo.

—Eso significa que te lo has puesto para conseguir un efecto concreto —dijo esta última.

—Por un hombre, imagino —intervino la de azul mientras estudiaba la línea del corpiño, que Lily había modificado y montado esa misma tarde—. Increíble —susurró la joven antes de inclinarse—. Es por un hombre, ¿verdad?

—¿Por qué iba a ponerse tal cosa por un hombre? —intervino la de verde—. ¿Para ahuyentarlo?

—Para demostrar que no le importa su opinión —adivinó la de amarillo.

—Pues no debería —repuso la de rojo deteniéndose delante de Lily—. Los hombres rara vez entienden sus propias opiniones. Y si eres lo suficientemente valiente como para ponerte esta monstruosidad, eres igual de valiente para saber que sus opiniones, a la larga, importan muy poco.

Lily negó con la cabeza.

—No es por un hombre. Es decir, me da igual lo que piense.

La de amarillo esbozó una sonrisa cómplice, y Lily se dio cuenta de que, en otras circunstancias, pensaría que esa mujer era simple. Sin embargo, eso no era cierto, al menos cuando sonreía.

—Eso significa que, definitivamente, hay un hombre.

—No de la forma en la que lo dices —repuso Lily.

—¿Y cuál es esa? —preguntó la de verde.

—Lo dice en un tono encantador —señaló Lily, que se sentía bastante mareada al hablar con ese grupo—. Como si hubiera algo de emoción además de mi odio hacia él.

—El odio no es lo opuesto al amor, ya lo sabes —apuntó la de amarillo.

—Aggg. —La de rojo se hizo eco de los pensamientos de Lily—. No escuches lo que dice. Todas lamentamos el día en el que Sophie se casó por amor.

«Sophie».

Fue entonces cuando Lily identificó a aquellas cuatro chicas.

—¡Sois las peligrosas Talbot! —soltó antes de llevarse una mano a la boca, como si así pudiera hacer que las palabras volvieran al interior de su garganta.

Las cuatro sonrisas se convirtieron en risas.

—Las mismas —confirmó Sophie.

Sophie era lady Eversley, antes Sophie Talbot y ahora marquesa de Eversley y futura duquesa de Lyne, y se había casado tras un completo escándalo, seis meses atrás. Lo que significaba que... Lily se volvió hacia la de verde, la más menuda de las tres restantes.

—Tú eres lady Seleste, que pronto te convertirás en la condesa de Clare y... —Se volvió hacia la de azul, la más guapa de todas—. Eso te convierte en la señora de Mark Landry. —Era rica como una reina, se había casado con un hombre que según todos los informes era ruidoso, grosero y caería muy mal a la aristocracia si no fuera por las escandalosas sumas de dinero que manejaba.

La señora Landry inclinó la cabeza a un lado.

—Puedes llamarme lady Seline.

Eran cuatro de las cinco hijas del conde de Wight, un minero de carbón con habilidad para encontrar valiosas reservas de combustible, con lo que

había comprado para sí mismo y para sus hijas el título. Reconocidas trepas sociales, las mujeres eran conocidas en las páginas de cotilleos como las peligrosas Talbot. Lily siempre había preferido ese apodo al otro, mucho menos amable, las sucias Talbot, porque el nombre de todas ellas comenzaba por S.

Por supuesto, ahora que había identificado a tres de las cuatro, Lily supo quién era la cuarta. Miró a la alta mujer, hermosa y curvilínea, con aquel vestido rojo ajustado que habría sido completamente escandaloso en cualquier otra persona, salvo en ella, lady Sesily Talbot. Sesily estaba preciosa. Tan hermosa como para recordarle que ella palidecía en comparación con esa mujer.

La mujer que había estado, solo un año antes, vinculada a Derek Hawkins.

De repente, no se sintió consolada por la aparición y la aceptación de ese grupo de jóvenes.

—Nos conoces —comentó lady Sesily—, y el resto de la sala parece conocerte a ti. ¿Quién eres?

—Sesily —la advirtió lady Eversley—. No seas grosera.

Lily no quería decírselo. No quería que les desagradara su pasado con Derek. Había escuchado lo que hacían esas mujeres a aquellas que consideraban competencia. Y prefería formar parte del grupo.

No era que las conociera en persona, pero le gustaban las revistas de cotilleos. Y también agradecía el hecho de que le estuvieran hablando con ella en lugar de cotillear sobre ella en susurros con sus admiradores.

Ni siquiera tenían séquito.

Lady Eversley se volvió hacia ella.

—Aunque, te diré que estás en mi casa, así que será un placer conocerte —dijo con una sonrisa divertida.

—Tienes razón, Sophie. Has sido mucho más recatada que yo.

Seleste se rio.

—Como si alguna de nosotras hubiera sido recatada alguna vez.

Sesily cogió las manos de Lily.

—Está usando un vestido con motivos de perros. Obviamente no le importa demasiado el recato. Y no le queda más remedio que decirnos quién es para que podamos protegerla de los lobos que acechan desde todas partes.

—Se inclinó hacia ella—. Los lobos van detrás de los perros.

—Como si supieras algo sobre la vida salvaje. ¿Cuándo fue la última vez

que saliste de Londres? —le preguntó Seline a su hermana.

Lily pensó que le caían bien, así que había llegado el momento de ponerle fin a todo.

—Soy Lillian Hargrove.

Hubo un momento de silencio después de que lo dijera, y Lily esperó que Sesily le soltara las manos en cualquier momento y la alejara. No esperaba que la otra joven la abrazara con fuerza.

—Llevo mucho tiempo esperando conocerte, adorable Lily.

Se sintió confusa, pero enseguida esa emoción se vio mezclada con sospecha, nervios y desilusión y, en el fondo, un poco de esperanza.

Lillian se sonrojó.

—¿Tenías ganas de conocerme?

Sesily inclinó la cabeza hacia un lado.

—Por supuesto que deseo saberlo todo sobre ti. Todo Londres quiere conocerte. —Se inclinó hacia delante—. Supongo que algunas personas más bíblicamente que otras.

Lily se sonrojó ante sus palabras.

—¡Sesily!

—Es maravillosa. Mírala. Es tan guapa como dicen.

—Quiere decir que quiere conocerte a pesar de Hawkins —señaló Seline, con una franqueza tan notoria como la de su marido, algo de lo que el señor Landry presumía. Se volvió hacia Lily—. A Sesily no le importa Hawkins.

—Solo en la medida en que me importa que reciba su merecida dosis de miseria. Menudo sapo —confirmó Sesily antes de volverse hacia Lily—. Ahora comprendo lo del vestido con adornos de perros. Has estado muy inspirada, en serio. Aunque debes saber que el vestido no impide que tu belleza siga brillando.

La marquesa de Eversley tomó la palabra antes de que Lily pudiera responder.

—No se lo tengas en cuenta a Sesily, Lillian; no puede evitar decir cualquier cosa que se le ocurra.

—Déjalo. Nadie tiene tiempo para andarse con circunspecciones. —Sesily agitó la mano en el aire—. Derek Hawkins posee dos rasgos de carácter inaceptables en un hombre: ser insoportable y un desesperado deseo de ser admirado por todo el mundo. Podría estar dispuesta a pasar por alto uno de ellos, pero no los dos... —Terminó la frase con un sonido muy poco propio

de una dama.

—Y es terrible con el dinero —añadió Selesté.

—El pobre más rico de Gran Bretaña —coincidió Sesily—. Es como si tuviera un agujero en el bolsillo. Las monedas caen al suelo con la misma rapidez que entran. —Miró a Lily—. Es una lástima que posea tanto talento ¿no? Todos nos quedamos cegados por su habilidad.

Lily se quedó tan sorprendida por la franqueza de Sesily Talbot, que tardó un momento en encontrar la respuesta, hasta que lady Eversley, conocida por ser la más tranquila y amable de las hermanas, la encontró por ella.

—Sesily, la has escandalizado. —La marquesa amonestó a su hermana antes de mirar a Lily—. No es necesario que le respondas. Siempre dice las cosas más inapropiadas cuando le da la gana.

—¡No deseaba decir nada inapropiado!

—Para ser justos, Sesily dice cosas inapropiadas aun cuando no desea hacerlo —señaló Seline.

La marquesa se rio y cogió las manos de Lily.

—Me hace muy feliz que hayas elegido unirme a nosotros esta noche. Cuando King me contó que el duque quería que empezaras aquí tu temporada, confieso que me sentí muy intrigada. —Posó la mirada en el sabueso que había más cerca de la cofia—. Y ahora, todavía más, debido a tu particular... estilo.

—Gracias —repuso Lily, todavía abrumada por las hermanas—. Pero no es una temporada. No en realidad.

La marquesa negó con la cabeza.

—Llámame Sophie, por favor... Después de todo, mi esposo y tu duque son demasiado amigos.

Lily miró por encima del hombro de Sophie hacia la puerta del salón de baile, donde Alec y el marqués se habían materializado como si sus palabras los hubieran convocado. Se fijó en el enorme escocés, con la chaqueta y el pantalón mal cortados, pero de alguna forma todavía más imponente que el resto de los hombres de la estancia. Notó que el corazón se le aceleraba, sin duda por su inexcusable comportamiento.

—No es mi duque.

—Ding, dong... —intervino Sesily al lado de su hombro mientras clavaba los ojos en Alec—. Entonces, ¿puede ser mío? Necesita un buen sastre, pero puedo prescindir de ello esta noche.

«No».

Lily no sabía por qué le desagradaba la idea de que esa hermosa y audaz mujer saliera con Alec, pero la cuestión era que no le gustaba. Pero ¿por qué iba a importarle a quién eligiera Alec para ser su duquesa?

No era asunto suyo.

De eso nada.

—Tendría suerte de tenerte como reina en su castillo escocés lleno de corrientes de aire —repuso con evidente aversión.

Sesily arrugó la nariz.

—Me gusta la idea de un ducado y un castillo, pero ¿quién quiere vivir en Escocia? Es un lugar muy aburrido.

—Eso es probablemente lo mejor, Ses —bromeó Seline—. Imagino que King le advertiría sinceramente a su amigo que no se acercara a alguien como tú.

—Tonterías —dijo Sesily—. Soy yo a quien deben advertir que me mantenga alejada de él, después de todo, todo el mundo ha oído hablar de las conquistas del salvaje escocés. —Se inclinó hacia Lily—. Nadie se atreve a llamarlo así a la cara, pero ¿es cierto lo que dicen? ¿Es tan terriblemente *sexy*?

Lily abrió mucho los ojos.

«¿Qué?».

¿Era eso lo que decían sobre él?

Y luego el apodo la atravesó... «El salvaje escocés», detestaba que lo llamaran así. Le abatía la idea de que susurraran a sus espaldas. Le repugnaba que hablaran sobre él, que dijeran lo que fueran.

No era de extrañar que odiara Londres; en ese momento ella también lo odiaba.

No pudo evitar mirarlo, detuvo la vista en su boca perfecta durante un buen rato. La palabra «*sexy*» daba vueltas en su mente antes de que recordara que no le gustaba.

—No lo sé —repuso finalmente.

—Mmmm... Entonces, probablemente no. —Sesily sonrió.

—Dios mío, Sesily, basta ya —dijo Seline.

—¡Es importante tener datos antes de pasar al ataque!

—Aggg... Deberías casarte con él. La sociedad, sin duda, estaría encantada de librarse de ti.

Sesily se volvió hacia Lily con los ojos brillantes.

—No las escuches. La sociedad me adora.

—Ni que tuviera tan buen gusto —bromeó Seleste, y todo el grupo se rio. Lily no pudo evitar que sus propios labios se curvaran también, la energía y el sentimiento que las hermanas Talbot ponían en todo era innegable. Eran la reencarnación de todo lo que Lily había imaginado si tuviera hermanas. Familia. Amigos.

Había amor entre ellas.

Unos celos espontáneos y desagradables la atravesaron, pero intentó ignorarlos. No quería estar celosa. No deseaba envidiar a aquel grupo tan unido.

Pero lo hacía. Con cada célula de su ser.

Y no era solo por su audacia frente al desdén social, como si nunca hubieran sentido vergüenza en sus vidas. Notó una opresión en el pecho al escuchar su risa, la forma en la que se hacían eco con humor, amor, confianza y una profunda lealtad, y quiso ser una de ellas. Con desesperación.

El hecho de que cotillearan de forma pública y descarada no dolía.

—Demasiado tarde, Sesily. Mira quién lo persigue —anunció Seline como si tal cosa, mirando por encima del hombro de Lily.

Se volvió justo para ver como una hermosa mujer se acercaba a Alec y a Eversley. Notó que él se ponía rígido incluso a pesar de la distancia que los separaba. Vio que bajaba la mirada hacia el cuerpo de la mujer cuando ella se aproximó demasiado, considerando dónde estaban, a la vista de la sociedad.

—¿Quién es esa? —soltó la pregunta antes de poder reprimirse.

—Lady Rowley —informó Sesily en tono despectivo—. Está casada con el duque de Rowley, quien es tan guapo como canalla. De hecho ha estado detrás de cada una de nosotras en un momento u otro. En vano, evidentemente, ya que es posible que tenga sífilis.

—¡Sesily! —dijo Sophie.

—¡Oh, por favor! Como si tú no hubieras pensado lo mismo.

—Sin embargo, no se menciona la sífilis en un salón de baile.

Un caballero que pasaba cerca se detuvo para mirarlas con sorpresa, y las hermanas estallaron en risas. Seline hizo un gesto con la mano.

—Nada de lo que preocuparse, señor —dijo la joven antes de volverse hacia sus hermanas—. Ahora el barón de Orwell piensa que tenemos sífilis.

—No, no, lord Orwell —gritó Sesily con fuerza, haciendo que Lily se

sonrojara—. Estábamos hablando de lord Rowley. ¿Usted no tiene nada que añadir sobre su indudable virilidad?

—Le aseguro que no —repuso el hombre alzando la nariz antes de huir despavorido.

Todas rieron, y Lily disfrutó hasta que volvió a fijarse en Alec, que seguía discutiendo con la condesa Rowley. Sesily siguió la dirección de su mirada.

—Bueno, parece que el conde no es el único dispuesto a no respetar sus votos matrimoniales. —Lillian no pudo evitar estar de acuerdo. No se tocaban, pero la condesa no podía mostrarse más insinuante, enseñando casi totalmente sus pechos sin desnudarse delante de la sociedad.

No era que a Lily le importara a qué pechos tenía acceso Alec.

—Lleva años perfeccionar esa sonrisa —se admiró Seline.

Lillian apretó los labios y dejó de mirar a la pareja.

—Ya me imagino.

—¿Crees que se conocen? —preguntó Selesté—. Es decir, dicen que él es un diablo, pero no lo veo con ella

Tampoco Lily, aunque tampoco era que quisiera intentarlo.

—Si no han intimado ya, lo harán pronto —aseguró Sesily.

A Lily no le importaba. De eso nada. Se encogió de hombros y dio la espalda a la escena.

—Que disfrute con él.

—Oh, Warnick puede necesitar un buen sastre, pero es muy hábil con los cortes directos —relató Sesily.

Lily resistió el impulso de darse la vuelta.

—Parece furiosa —comentó Sophie con asombro antes de levantar la voz, llena de júbilo infundado—. ¡Y aquí están los caballeros!

—Esto es un problema —dijo el marqués de Eversley detrás de Lily, y ella no tuvo más remedio que darse la vuelta, a fin de cuentas había que mostrar buenos modales. El marqués parecía relajado y jovial, se trataba por supuesto de un quinto miembro bienvenido al alegre clan de las Talbot. Alec, sin embargo, parecía pálido y rígido.

Sin duda porque estaba viéndose forzado a estar con ella una vez más.

—Miladys, no se os ocurra corromper a la señorita Hargrove —bromeó Eversley—. Recordad que es nueva en los salones de baile de Londres.

—Ni se nos pasaría por la cabeza.

—Al menos en la primera noche.

—Sin embargo, en la próxima ocasión, puede contar con ello —respondió Sesily antes de volverse hacia Alec y enlazar su brazo con el de él. Lily se quedó impresionada por el movimiento, cuando vio que aquella mano ágil hacía un gesto que no dejaba al duque otra opción que aceptar el contacto—. Excelencia —ronroneó mientras se inclinaba para hacerle una reverencia—. Dígame algo...

Alec pareció volver a concentrarse en el momento y en el grupo con el que se encontraba.

—¿Sí?

Sesily lo miró con los ojos entrecerrados e incluso Lily se sintió atraída por ella en ese instante.

—¿Está completamente decidido a pasar el resto de sus días en Escocia?

—Pues sí —repuso él sin dudar.

Sesily retiró la mano al instante.

—¡Qué lástima...! —Se volvió hacia el resto de la habitación—. Tendré que encontrar a otro hombre con el que coquetear.

—Nadie ha dicho que no puedes coquetear con él —señaló Seleste—. Tampoco es que el flirteo conduzca al matrimonio.

—No —suspiró Sesily con aire distraído, examinando a las personas allí reunidas—. Pero sería mucho más divertido si fuera así. Y no pienso terminar en Escocia. Sin ánimo de ofender, excelencia.

—No me ofende —repuso Alec—. ¿Debería disculparme?

—No estaría fuera de lugar —respondió Sesily.

Alec se llevó una mano al pecho.

—Es por supuesto, una desgracia para mí.

Sesily sonrió.

—Apuesto, rico, con título e inteligencia. Una horrible desgracia, sin duda.

Todos se rieron, y Lily no pudo evitar unirse a las carcajadas, ignorando el ramalazo de envidia que la atravesó al ver la facilidad que tenía Sesily para hacer aflorar el buen humor de Alec. Lily quería disfrutar de ese sentido del humor.

Se puso rígida ante la idea. No. No quería.

No quería gustarle.

Quería dejarlo atrás y comenzar una nueva vida. Lejos de él.

La orquesta comenzó a tocar y, como arte de magia, el duque de Clare y Mark Landry aparecieron de la nada para acompañar a sus respectivas parejas

al baile. Eversley se inclinó de forma elaborada hacia su esposa.

—¿Querida? —dijo. Su voz era ronca y baja, pura promesa.

Sophie se sonrojó y aceptó la mano de su marido.

—Ya sabes que, como anfitriona, tendré que bailar con más caballeros.

Eversley frunció el ceño.

—Entonces, quiero dejar claro que no estoy interesado de ninguna manera en que organices más eventos. Puedes bailar con Warnick. Eso es todo.

Sophie se rio y llamó a Alec por encima del hombro mientras su marido la arrastraba hacia la pista.

—Excelencia, lamento que te toque cargar conmigo.

Se quedaron a solas con Sesily, y Lily entonó una oración de agradecimiento a los dioses por ello, ya que no podía soportar estar a solas con Alec. Al menos después de la forma en la que la había traicionado. Deseó que pidiera a la hermana Talbot que bailara con él, pero Sesily tomó el toro por los cuernos. Se dio la vuelta hacia ellos.

—Debéis bailar.

—Es que yo... —Lily comenzó a notar el latido de su corazón, pero Alec la interrumpió.

—No.

Lily ignoró la decepción que le produjo aquella brusca negación. No se sentía decepcionada. No quería tener nada que ver con ese hombre. Y, evidentemente, no quería bailar con él. Tocarlo estaba fuera de discusión.

Al parecer, Sesily tenía otras ideas.

—No es negociable. Es el primer baile de su primera temporada y se ha puesto... Bueno, eso que está usando. Eres el hombre de más alto rango que la conoce. Tienes que bailar con ella.

—Nadie sabe quién soy —protestó él.

Sesily sonrió.

—Excelencia. Eres un duque soltero que posee la fortuna de un rey. Tendrías que ser idiota para pensar que nadie sabe quien eres. Puede que tengas el peor sastre del mundo, pero no tienes un pelo de tonto, ¿verdad?

Lily tenía su propia opinión ante esa pregunta en particular, pero se mantuvo en silencio.

—Soy su tutor. Seguro que no es apropiado.

Sesily arqueó una ceja.

—La mitad de los tutores de Londres acaban casándose con sus pupilas. Es

como una enfermedad.

Lily no pudo seguir callada.

—No este tutor. No en este caso.

Warnick la miró fijamente.

—Te aseguro, Sesily, que eso no va a ocurrir.

Sesily los observó durante un buen rato antes de intervenir.

—Sin duda no. Pero aun así, debéis bailar.

Ante eso, el escocés suspiró y tendió la mano a Lily, convencido de que enfrentarse a la mirada de Sesily Talbot era menos problemático que un par de vueltas por la pista con su pupila.

—Vamos allá.

Ella rechazó su mano.

—No, gracias.

Sesily se volvió hacia ella.

—Al verte no te había tomado por estúpida.

—No soy estúpida. Pero no tengo interés en bailar con él.

Sesily consideró al duque con una mirada larga, de pies a cabeza.

—¿Ha sido rudo contigo? —preguntó.

—No. A menos que tengas en cuenta que me ha obligado a venir aquí esta noche.

—No —repuso Sesily antes de inclinarse para seguir hablando en voz baja—. Adorable Lily, no tienes otra opción. Baila con el duque y deja que Londres te mire con ese vestido de motivos perrunos, antes de que te admiren sin ninguna ropa.

Lily se quedó paralizada.

Sesily arqueó una ceja.

—Ese cuadro está en boca de todo el mundo y tú lo sabes. No ayuda nada que Derek Hawkins esté aquí esta noche. Llegó como la rata inoportuna que es del brazo de una viuda, que ya tiene un pie en la maldita tumba. Sin duda, piensa que le dejará su fortuna si se vuelca con ella. El muy bastardo.

No tenía tiempo para sorprenderse del lenguaje de Sesily, pues el pánico la inundó acompañado de frustración. Miró a Alec con desesperación, pero él había clavado la vista en la pared más alejada de la habitación. Tragó saliva para intentar hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta.

—Me gustaría irme.

—No —dijo Alec, y se dio la vuelta para discutir con él.

Sesily habló primero.

—Escúchame, Lillian Hargrove. Sé mejor que nadie lo que Hawkins puede hacer a una mujer. Si quieres sobrevivir a esto, debes hacer lo posible para convertirlo en el villano. El primer paso para conseguirlo es que Londres te adore. Así que ponte a bailar con tu duque.

«No es mi duque».

Para su sorpresa, fueron las únicas palabras que pudo pensar mientras la recorría un horror conmocionado, tanto que apenas escuchó el suave: «Vamos» de Alec. La estaba mirando cuando ella se volvió hacia él por segunda vez. Tenía la mano tendida y sus profundos ojos castaños le sostenían la vista.

«Apoyándola».

Puso la mano sobre la de él incluso resistiéndose a la idea. Incluso cuando las palabras de Sesily resonaban en su cabeza. Incluso cuando la arrastró a la pista, acercándola a él.

En otro momento, en otro lugar, podría haberse dado cuenta de que Alec Stuart, vigésimo primer y poco dispuesto duque de Warnick, era un buen bailarín. Podría haberse preguntado por qué era el caso, teniendo en cuenta que había renunciado a todo lo relacionado con la sociedad. Pero no lo hizo. Estaba demasiado centrada en otro hombre, uno al que había creído amar.

El que le había mentado.

El que la había tentado con bonitas promesas. El que la había convencido para que confiara en él. Para que posara sin pensar en las repercusiones de su acto. Sin considerar la posibilidad de lo que podía pasar si alguna vez se descubría.

Lo que todo el mundo pensaría de esa mujer.

Mientras Derek no tenía una mancha.

Inmaculado.

Y estaba allí.

Alec la guio a través de los pasos del baile durante largos y silenciosos minutos, mientras ella intentaba aceptar la idea de que había entrado en la guarida del león. Que probablemente lo vería. Y que se había ataviado con un vestido adornado con perros. Miró el cuello de Alec parpadeando, clavó los ojos en la larga columna que se alzaba sobre la corbata. Hasta la nuez, que subía y bajaba cuando él tragaba.

Allí estaba ella, bajo los curiosos ojos de la aristocracia, por su propia

culpa.

Subió la vista hacia la mandíbula cuadrada y los labios carnosos, por la larga nariz hacia sus ojos, que habría esperado que estuviera mirando a cualquier parte menos a ella.

Se equivocaba.

Estaba mirándola directamente, sus ojos castaños habían captado los de ella con facilidad, haciéndola consciente... No, no era consciente de nada.

Estaba furiosa.

—Esto es culpa tuya. —Alec permaneció en silencio, así que ella continuó acusándolo—. Me has puesto en la misma habitación que él. Has dado munición a Londres, a su censura y sus chismes. Estoy aquí por tu culpa. Por tu alocado plan.

—Es la única forma de salvar tu futuro.

—¿Subrayando mi escándalo frente a todos? ¿Haciéndolos hablar?

—Quiero que te cases. La lista está llena de buenos hombres. Eversley me ha dado su palabra.

—Al duque de Chapin lo han plantado en el altar tres veces. Y es un duque. Tiene que tener algo muy malo o sería imposible.

—¿Qué?

—No lo sé, pero si tres solteronas lo han abandonado en un momento tan crítico, supongo que la respuesta es decepcionante.

—Bueno, estoy seguro de que no, pero te he dicho que podías tacharlo de la lista.

—Para empezar, no debería haber estado en la lista.

Él suspiró.

—Entonces, haz tu propia lista.

—¡No quiero una maldita lista! —exclamó, y las palabras le salieron frenéticas y con demasiado volumen, lo que llamó la atención de las parejas cercanas. Así que bajó la voz—. ¿Por qué te preocupas tanto por mí? De todas formas, he caído en desgracia, ¿por qué no dejas que me marche? ¿Por qué me obligas a quedarme para que me emplumen y alquitransen?

Él vaciló, y en ese fugaz silencio, Lily fue consciente de que lo que fuera a decir estaba a punto de cambiarlo todo. Porque vio en sus ojos que sería la verdad.

—Lily, he encontrado tu vestido de novia —confesó Alec finalmente.

Ella se quedó paralizada, sin necesidad de soltar el aire.

—¿Cómo has dicho?

Él le apretó la cintura y la mano.

—No dejes de bailar.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Lo he encontrado —repitió en voz baja, aunque daba igual la suavidad con que lo dijera, a ella le hacía tanto daño como un disparo en el pecho—. Y también toda esa ropita de bebé. Las botitas, con la suela blanda. Tu sueño es ponérselos a tu hijo, Lillian Hargrove. Y esta es la mejor oportunidad para que lo hagas.

Lo miró boquiabierta, presa de la incredulidad. Dio un paso atrás y liberó la mano de la de él.

—¿Cómo te has atrevido a registrar mis cosas?

—Te habías marchado. Tenía que encontrarte —se justificó él, volviéndose a acercar mientras miraba a su alrededor para evitar chocar con otras parejas que bailaban.

Como si a ella le preocupara tal cosa. El duque había registrado sus pertenencias. Había encontrado su vestido de novia, la ropa de bebé. Cosas que había cosido con minucioso cariño para un marido que nunca tendría. Para niños que no engendraría. Para una vida que nunca viviría.

Y él lo había encontrado, sus secretos más privados.

Por extraño que pareciera, no sintió ira, sino vergüenza.

El vestido, la ropa, los pequeños calcetines, las botitas eran sueños de una chica más joven e inocente que ella. Eran las promesas que imaginaba en la oscuridad, mientras yacía debajo de las escaleras de servicio, pensando en un futuro más brillante y más hermoso que el presente.

Un futuro que nunca tendría.

Bonitas mentiras. Ahora lo sabía, y por eso lo había guardado todo en el baúl.

«Donde él lo ha encontrado».

La vergüenza la asaltó, más ardiente que cualquiera que hubiera experimentado antes. Más caliente que la que había sentido cuando supo lo de la pintura. ¿Cómo era posible que me sintiera más humillada por que él hubiera encontrado un sencillo vestido blanco que no iba a ponerse nunca?

—Entonces, has registrado mis cosas como... —vaciló y apartó la vista de él, aterrada de que lo hubiera visto. De lo que podía saber ahora de ella— como el salvaje escocés que eres. No quiero que formes parte de mi vida.

Busca a otra mujer que maltratar. He oído que eres terriblemente bueno en eso. Tu reputación te precede.

Él se puso rígido al oír aquello, y ella tuvo la repentina sensación de que acababa de decir algo muy incorrecto.

Aunque tampoco le importaba.

Y luego, cuando él habló, su tono fue ominosamente ronco, como si las palabras fueran provocadas por la ira.

—Te estás olvidando de ti misma. Como mi pupila, tus cosas son mías.

Lo miró con rapidez a los ojos.

—Eres una bestia...

Él apretó los labios en una línea recta.

—Y tú, la mujer más guapa de Londres —le espetó, como si ser hermosa fuera peor que ser fea—. Hacemos una buena pareja, adorable Lily.

El apodo la espoleó. Se alejó de él y huyó de la habitación.

· 9: ¿Mosquetero o mosqueperro? ·

Nadie en su vida había frustrado tanto a Alec como la señorita Lillian Hargrove.

La miró alejarse con aquel ridículo vestido de tonos dorados, plateados y bronces revoloteando a su alrededor a cada paso que daba, con el perro y la liebre flotando por encima de su cabeza mientras él ardía de rabia, vergüenza o frustración —no lo sabía muy bien—, luchando contra el deseo de dejarla allí, en Eversley House para regresar a Escocia.

Era un deseo casi tan fuerte como el que lo impulsaba a perseguirla.

Maldijo por lo bajo. Sabía que le había hecho daño. No debería haberle contado que había visto el vestido.

Debería haberle dicho que solo quería lo mejor para ella. Que su único deseo era protegerla. Que iba a protegerla, ¡maldición! Que eso era lo único que había querido desde el momento en que recibió aquella maldita carta en Escocia, reclamándolo en Inglaterra. Después de todo, no era un monstruo. Sabía cuál era su deber y pensaba cumplirlo.

Y cuanto más tiempo estaba con ella, más deseaba hacerlo.

Quizá se lo habría dicho si no hubieran estado allí, en un salón de baile abarrotado, siendo el centro de atención de la aristocracia. Si no hubiera sido tan consciente de aquella ropa demasiado pequeña, de su gran tamaño y de su incapacidad para mostrarse gentil o refinado.

O si no le hubiera sorprendido unos momentos antes la llegada de Margaret. Ahora lady Margaret, condesa de Rowley. Todavía más hermosa en la actualidad que veinte años antes, cuando solo era Peg, la hermana mayor de su compañero de colegio y la deseaba más allá de lo razonable.

Cuando la había tenido y creía que sería suya para siempre.

«Cásate conmigo».

Alec maldijo bajo la tenue luz. El recuerdo de aquella noche hacía tanto tiempo estaba marcado por la risa de Peg, como si siguiera poseyéndolo

incluso ahora, cuando estaba casada con un elegante conde británico, justo como siempre había deseado. La forma en la que se había acercado a él, demasiado para ser no ser considerado un gesto impropio, le recordaba lo íntimos que había sido una vez.

Le hacía acordarse de cómo ella se había marchado una vez, dejándole con el corazón roto.

«Todas las mujeres sueñan con hombres como tú, querido. Pero para tenerlos solo una noche, no para toda la vida».

King no le había avisado de que ella estaría allí. Alec supuso que debería haberlo supuesto. Ese baile era uno de los primeros de la temporada y el primero que organizaban los futuros duques de Lyne después del nacimiento de su primer hijo. Incluso aunque King no fuera cuñado de las peligrosas Talbot, todo Londres habría asistido por pura curiosidad.

Pero aun así, debería haberle mencionado que Peg estaría allí.

Alec apartó aquellos recuerdos de un corazón y un espíritu roto, dejando solo el de la justa ira de Lillian.

Tendría que haber sido capaz de manejar esa furia. De mantener el temple.

Y quizá lo hubiera hecho si no hubiera sido por la conmoción que supuso ver a Peg. Recordarla. Después de eso, Lily lo había llamado «salvaje» y «bestia», y había recordado las mismas palabras en otro par de hermosos labios. Otro momento. Otra mujer. Otro encuentro que había terminado quedándose solo, imperfecto como era.

Más tarde, una Lily muy herida había arremetido contra él. «Tu reputación te precede».

«¡Maldita fuera!».

No era una excusa válida para haberse comportado así. Debería haber protegido a Lily, pero por irónico que resultara, eso había sido lo único que parecía incapaz de hacer, a pesar de que era el requisito más importante de un buen tutor.

Quizá tendría más éxito si ella no fuera tan hermosa. Si no pareciera que esos ojos grises lo percibían todo, si ella no estuviera tan dispuesta a decirle cuándo había traspasado los límites. Cuándo se había comportado de forma abominable. Ojalá Lily no fuera tan fuerte e independiente, ojalá no estuviera dispuesta a abrirse paso ella sola.

Si no fuera tan puñeteramente perfecta, quizá él podría ser un hombre mejor cuando estaba en su presencia.

Lily le había llamado bestia, y lo había sido. De alguna forma, ella lo había convertido en una. O, tal vez, ella solo había visto la verdad y por eso lo había dejado allí, en el centro del salón de baile, haciendo que sintiera que lo era.

La orquesta se detuvo, lo mismo que las parejas que lo rodeaban, que hicieron lo posible para no mirarlo, para ignorarlo. Comenzaron a disiparse mientras los músicos se preparaban para la siguiente pieza. Aquellos movimientos lo sacaron del estupor y se alejó con un único objetivo: encontrar una bebida decente.

Después de cruzar el salón de baile, Alec se asomó a una puerta que conducía a un corredor débilmente iluminado que, según recordaba, llevaba a una serie de salitas. Supuso que en alguna de ellas habría una botella de *whisky* que saquear.

Una vez que se hubiera servido un buen trago, buscaría a Lillian, que sin duda estaría escondida en un salón de damas, deseando haberse puesto un vestido más apropiado y, con algo de suerte, arrepintiéndose de haberlo dejado plantado en medio de la pista mientras las demás parejas continuaban bailando a su alrededor.

«Seguramente no lo lamentará en absoluto, ya que era culpa de él que ella hubiera huido».

Se merecía pasar vergüenza.

Y ella se merecía una disculpa.

Ella lo conseguiría. Se la encasquetaría a uno de los hombres de su lista. Buscaría a uno y lo llevaría con ella, para que bailaran el vals y tomaran un refrigerio. Podrían dar una vuelta por la estancia y perderse en ese ridículo cortejo que tanto gustaba a los ingleses.

Bien sabía Dios que él no pasearía con ella para cortejarla.

La llevaría a la oscuridad de la terraza, más allá del salón de baile, en dirección a los jardines donde no se viera más luz que la de las estrellas, y la besaría hasta que ella no deseara otra cosa que casarse con él. Hasta que no recordara ninguna palabra más que sí.

Luego la tendería sobre la tierra fría, la desnudaría y se deleitaría con ella, con solo el cielo como testigo.

Después de eso, la llevaría a Escocia y se casaría con ella inmediatamente.

«Y ella lo lamentaría. Siempre».

Se pasó la mano por la cara ante la idea, la idea de que él la tomara, de que

ensuciara su perfección, haciéndole desear estar en cualquier lugar que no fuera ese.

«¡Dios!».

Tenía que casarla. Aunque eso lo matara, haría lo correcto y la casaría.

Pero antes, necesitaba un trago.

Abrió la primera puerta que encontró y entró en una habitación oscura, así que dejó entreabierta la entrada para permitir que hubiera algo de luz difusa. Entornó los ojos en la oscuridad y distinguió un aparador en el otro extremo de lo que imaginaba que era una especie de estudio, con una jarra que lo invitaba a acercarse.

Se aproximó, agradeciendo el momentáneo alejamiento del ruido del baile, de la aristocracia y de Londres en general. Tanto el marqués como la marquesa de Eversley habían pasado su infancia a pocos kilómetros de la frontera con Escocia, así que Alec confió que en aquella jarra hubiera *whisky*, como debía ser.

Se sirvió dos dedos y apuró un trago, dejándose envolver por el rico sabor familiar. Lo inundó una profunda satisfacción. King era un buen amigo, que tenía en su casa el *whisky* que Alec destilaba y embotellaba en Stuart Land. Tendría que convencer a Lillian en algún momento de la calidad superior de esa bebida, otra cosa más que su Inglaterra no podía reclamar como propia.

Se apoyó contra el aparador y suspiró, disfrutando de las sombras que lo ocultaban de la vista. Era raro que pudiera sentirse invisible en Londres, así que ese momento era cálido y bien recibido, y lo más perfecto a lo que podía aspirar en Inglaterra.

Luego ella entró en la sala, y le recordó lo imperfecta que era Inglaterra en realidad. Cómo lo había destruido a él y cómo amenazaba con destruirla a ella.

Estaría mucho más feliz y segura en Escocia, lejos de ese lugar lleno de ojos críticos y reglas estúpidas. Por un momento, imaginó a Lily en los salvajes campos de su país. Quería mostrarle las orillas del Oban, los acantilados sobre Firth of Forth. Los campos de brezo que se extendían como un fuego púrpura hasta donde alcanzaba la vista.

«Sí, Escocia la satisfaría».

La idea llegó acompañada de un anhelo que lo arrancó de la fantasía y lo devolvió al presente.

Debería haber dicho algo en el momento. Debería haber anunciado su

presencia y podría haberlo hecho si ella no se hubiera acercado de inmediato a la ventana que había en el extremo opuesto del gabinete. No supo si fue la luz de la luna o el resplandor residual del baile hacia los jardines traseros, pero ella quedó envuelta en un halo que la hizo parecer etérea y tan hermosa que contuvo el aliento.

La vio poner la mano contra el cristal y deslizar tres largos y delicados dedos por el vidrio mientras soltaba un largo y profundo suspiro. Uno que llenó la estancia de emoción y frustración. De tristeza y de algo mucho más poderoso: anhelo.

Alec volvió a respirar con fuerza por lo familiar que le resultó aquella emoción.

Porque, en ese instante, también sentía anhelo... por ella.

La idea lo estremeció. Era su tutor. Ella era su pupila.

«Es una mujer adulta. Lo de que sea tu pupila es solo un tecnicismo».

Daba igual. Seguía siendo su pupila. Permanecía bajo su protección. Y podría haber sido un terrible guardián hasta ese momento, podría haber fallado a la hora de proteger su reputación y sus emociones, pero podría salvarla de sí mismo.

Y, además, le daban igual las mujeres hermosas. Eran simples promesas que pronto se convertían en mentiras.

La idea lo hizo volver al presente, e hizo que se moviera para hablar con ella y disculparse para poder comenzar de nuevo. Que la convenciera de que pensaba desempeñar su papel a la perfección, y que la ayudaría a encontrar la vida que deseaba, así como el hombre adecuado para formar una familia amorosa. Un futuro que estaría lleno de felicidad, de un hogar alegre, como ella se merecía. O lo que fuera que Lily deseara.

Pero antes de que pudiera hablar desde su lugar en la oscuridad, la puerta de la habitación se cerró con un suave chasquido, haciendo que ambos se sobresaltaran y dirigieran su atención a la sombría figura que acababa de entrar en la estancia.

—Hola, Lily.

Hawkins.

Alec tuvo el instantáneo deseo de destruir a aquel hombre por arriesgarse a que lo encontraran a solas con Lillian. Por tentar una vez más al destino con un escándalo que incluía una habitación oscura y una joven soltera.

No se le escapaba que él también había estado solo con ella unos

momentos antes, pero se trataba de algo diferente. Sin embargo, no había tiempo para analizar el doble rasero de la situación, ya que Hawkins se aproximaba a Lily con una velocidad que no le gustaba. Se enderezó en la oscuridad, preparado para acercarse y desmembrar a aquel hombre, pero ella tomó la palabra antes de que él se moviera.

—Derek. —En ese momento, Alec odió a Hawkins, mientras su nombre flotaba en la oscuridad, tierno y encantador en la voz de Lily—. ¿Qué haces aquí?

—Esto es Londres en plena temporada. ¿Cómo no iba a estar aquí? —repuso Hawkins—. Siempre estoy en todas partes. —Agitó la mano—. Como el éter.

Alec puso los ojos en blanco.

—Sesily me ha dicho que has venido acompañado de una viuda rica. Por el dinero.

Buena chica. Mostraba tanto desdén como podía.

—Sesily Talbot no es nadie. Una cualquiera, como el resto de su familia.

Aquel hombre era un asno sin paliativos.

—Acabo de conocer a su familia. Y me parecen singulares. Además de maravillosamente sinceros. No como otros.

—No es oro todo lo que reluce, dulce Lily.

—Me parece que Sesily está hecha de algo más duro que el oro. Ha sido juzgada duramente por la sociedad debido, en parte, a su breve noviazgo contigo, y sin embargo, se enfrenta a ello con la cabeza bien alta. Me gustaría ser tan fuerte como ella. —Luego lo acusó—. No permitió que la arruinaras.

—No te he arruinado —aseguró él.

—Claro que sí. Sin que te importara lo más mínimo. —La acusación no contenía ira ni dolor. Solo una fuerte sinceridad que Alec admiró de inmediato y que también aborreció. Debería sentirse herida, y enfadada.

«Con él».

—Pobrecita, mi adorable Lily... —comentó Hawkins, llegando hasta ella y pasándole el dedo por la mejilla. Por una piel que Alec pensaba que debía ser muy suave—. Tú... Tú eres el espejo que refleja mi genio.

Lily cerró los ojos ante el contacto de ese hombre. O quizá por sus palabras. Fuera lo que fuera, Alec odió el anhelo que vio en su rostro, mezclado con dolor. En ese momento, decidió que destruiría a Derek Hawkins. Por tocarla. Por herirla.

Lo destrozaría allí mismo, en esa habitación oscura. Tendría que disculparse, imaginó, con la marquesa de Eversley, y comprarle otra alfombra, pero estaba seguro de que ella comprendería que el mundo estaría mejor sin esa repugnante anguila.

Sin embargo, Lily habló antes de que él pudiera actuar.

—Me prometiste que no le hablarías a nadie sobre esa pintura. Me dijiste que era solo para ti, y para mí.

—Así fue al principio, cariño.

—No me llames así. —Las palabras de Lily fueron punzantes y aceradas.

—¿Por qué? —preguntó Hawkins con una sonrisa—. ¡Oh, Lily! No eras tan mundana. Eras mi musa. Lamento que hayas juzgado mal el papel. Eras un conducto para mi arte. La nave a través de la cual el mundo apreciará mi atemporal influencia. El retrato es la Madonna y el Niño, mi creación para los hombres de los siglos venideros, la gente lo verá y susurrará mi nombre con entrecortado asombro. —Hizo una pausa para lograr más efecto y luego susurró—: Derek Hawkins.

Qué absoluta basura. Si no hubiera detestado ya a ese hombre, lo haría ahora.

—¿Y qué hay de mi nombre? —preguntó Lillian.

—¿Es que no lo ves? No importas tú. Esto es por el arte. Para el resto de los tiempos. Eres un sacrificio a la belleza. A la verdad. A la eternidad. ¿Qué quieres que haga, Lily? ¿Que lo oculte?

—¡Sí!

—¿Con qué propósito?

—Te convertiría en un hombre decente —gritó ella—. ¡Noble! El hombre que yo...

Alec se puso rígido, y escuchó el resto de la oración con la misma claridad que si ella la hubiera dicho.

«El hombre que yo amo».

—Este es el acto más noble que puedo tener, cariño.

Hubo un largo silencio durante el cual Alec sintió casi físicamente la decepción de Lily. Y, cuando por fin habló, apenas tenía un hilo de voz.

—Creía que me amabas.

Alec pensó que el corazón le explotaría en el pecho.

—Quizá lo hiciera a mi manera, cariño. Pero ¿casarme contigo?, imposible. Soy el mejor artista de nuestro tiempo. De todos los tiempos. Y

eres muy hermosa..., pero... como ya te he dicho... tu belleza es un mero recipiente para mi talento. Y, muy pronto, el mundo entero podrá valorarlo en su justa medida.

Él ahuecó la mano sobre la mejilla de Lily.

—Cariño, nunca te presioné. Era feliz de tenerte. Y todavía te tendría, si tú quieres. Por eso te he seguido.

«Menudo bastardo».

Alec se puso rígido cuando Lily miró a Hawkins.

—¿Todavía?

El artista se acercó aún más a ella, y Alec reprimió un rugido de furia ante esa proximidad, hasta que oyó el susurro de aquel pomposo idiota.

—Todavía... Ahora. —No había forma de confundir el tono sexual de su promesa—. Eso te gustaría, ¿verdad?

Eso fue todo. Alec fue a por él.

Solo que Lily llegó primero.

Golpear a un hombre en la nariz era extremadamente satisfactorio, pensó Lily.

Sabía que no debería haberlo hecho. Sabía que eso no resolvería el problema. También sabía que eso solo enfadaría a Derek y que, probablemente, la arruinaría todavía un poco más.

Su vergüenza se haría más grande; vergüenza por sus sentimientos, por su comportamiento y sus consecuencias.

Pero se podía esperar mucho más de una mujer. Y una vez que superara esa humillación —así como todo el dolor, la tristeza y las dudas— sería capaz de ayudarse a sí misma.

—¡Ay! —Derek subió la mano para comprobar el estado de su hermosa nariz recta—. ¡Me has pegado!

—Te lo mereces —dijo ella, sacudiendo la mano para ver si se le pasaba el dolor. Era la primera vez en su vida que golpeaba algo, y dolía... Mucho. Más de lo que hubiera imaginado.

—¡Perra! ¡Te arrepentirás de esto!

—No tanto como te arrepentirás tú de haber usado ese lenguaje con ella —advirtió una voz con mucho acento escocés desde la profunda oscuridad de la estancia.

Lily soltó un chillido de sorpresa mientras se giraba para ver a Alec cruzando la estancia, casi dos metros de músculos furiosos con un único objetivo: terminar el trabajo que ella había comenzado.

El puño del escocés era mucho más grande que el de ella, y provocó un golpe impresionante. Lily supo que no debería haber disfrutado tanto del sonido de la carne impactando contra el hueso, pero reconoció que era muy emocionante.

Lo mismo que el modo en que Hawkins cayó al suelo, como si fuera un saco de patatas.

Y también la forma en que Alec se inclinó para levantarlo con su enorme brazo y golpearlo otra vez. Y una tercera.

Cuando llevó el codo atrás para arrearle un cuarto puñetazo, la chaqueta se rompió por la costura de atrás. Fue el sonido de la tela rasgándose lo que hizo que ella encontrara la voz.

—¡Deténte!

Alec se quedó paralizado, como si lo hubiera retenido con una cuerda, y la miró por encima del hombro.

—¿Lo quieres a él?

Ella negó con la cabeza, confundida tanto por la pregunta como por su acento, más marcado por la furia.

—¿Qué?

—¿Que si lo quieres? —repitió él—. Como marido.

—¿Qué? —Esta vez fue Derek quien farfulló la respuesta.

Alec volvió a concentrarse en su víctima.

—No te he dado permiso para hablar —advirtió antes de mirarla—. Si lo quieres, tuyo es.

Lily lo creyó. No tuvo ninguna duda de que si manifestaba que quería ser la señora de Derek Hawkins, Alec lo haría realidad. Estarían casados antes del amanecer. Tendría al hombre por el que había llorado durante meses. Al que había llorado hasta quedarse dormida durante más veces de las que podía contar.

Alec se lo entregaría.

Y quizá una semana antes, lo hubiera deseado.

Pero en ese momento...

—No —susurró.

—Dilo con más convicción, muchacha.

—No —repitió ella con firmeza—. Excelencia, sin duda tienes muchas ganas de casarme si no te importa unirme a él.

—¡No pienso casarme con ella! —declaró Derek—. ¡No puedes obligarme!

Alec lo miró furioso.

—Una vez más, no me interesa tu opinión.

Los ojos de Lily se encontraron con los de Derek.

—Por si no lo sabes, es el duque de Warnick, y si él quisiera, señor Hawkins, podría hacer que te casaras conmigo —enfaticó su falta de título, sabiendo que se moriría de envidia, antes de volver a concentrarse en Alec—. Pero lo que su excelencia no puede es obligarme a casarme contigo. Ni con otro, ya que estamos.

Lily creyó por un momento que él fruncía los labios al escucharla. Por la forma en la que ella se había defendido, se preguntó si él estaría orgulloso de ella.

Si era sincera, se sentía bastante ufana consigo misma.

—Jamás se me ocurriría forzarte a casarte, Lillian —repuso.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —replicó ella—. Pero sin duda no estoy interesada en la opción presente.

—Doy gracias a Dios por ello —replicó Alec.

—Serías afortunada si fuera así —escupió Derek.

Alec lo miró fijamente.

—Si vuelves a abrir la boca... —Levantó el puño y lo golpeó una vez más—. Y la próxima vez te dejaré sin dientes.

Una emoción la atravesó ante esa respuesta sin vacilación. Y de paso, se sentía protegida. De hecho, la sensación le estaba gustando demasiado.

Si no se andaba con cuidado, Alec sería tan peligroso para ella como lo había sido Derek.

«O más...».

—Ya basta, excelencia —dijo ella—. Ya le has hecho suficiente daño. —Alec se incorporó, obligando a Derek a hacer lo mismo—. Suéltalo —ordenó Lily al ver que seguía sosteniendo a Derek.

Pero al parecer, el duque no estaba dispuesto a hacerlo sin soltar una última advertencia.

—Te dije que te destruiría, ¿verdad? —dijo Alec inclinándose hacia el aterrorizado hombre como si disfrutara del horror que se reflejaba en su cara

de idiota—. Y eso fue antes de que le pusieras la mano encima. De que la insultaras...

Soltándolo, dejó caer a Derek al suelo, que se encogió como un escarabajo al tiempo que se cubría la cara ensangrentada.

—Tengo la nariz rota, ¡y soy actor!

Alec metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo para limpiarse la sangre de los nudillos.

—Como vuelvas a acercarte a ella, haré algo más que romperte la nariz. Conseguiré que te resulte imposible caminar sobre el maldito escenario. No lo dudes, lo haré con gran placer.

—Eso no cambiará nada —argumentó Derek—. En el momento en el que todo el mundo vea mi pintura, sabrán la verdad. —Miró a Lily—. Nadie te tendrá honorablemente, y la única compañía que encontrarás es la de tu salvaje duque y un puñado de hombres que solo te quieren por él.

La vergüenza la atravesó de nuevo. Llena de rabia y airada, desesperada. Y, de alguna manera, al final, lo único que deseaba era que Alec no lo hubiera escuchado.

Deseaba que tuviera un mejor concepto de ella.

Pero no lo tenía, por supuesto. ¿No se lo había dicho él mismo un poco antes cuando entraron en la casa?

«Véndete cuando puedas, Lillian Hargrove».

Al parecer, Alec no veía similitud entre ambas situaciones porque fue detrás de Derek otra vez. Lo levantó por el cuello hasta que los pies del hombre que había amado una vez quedaron colgando sobre el suelo. Lily abrió mucho los ojos al ver que Hawkins agarraba las muñecas de Alec sin ningún efecto.

—Dame una razón decente para no matarte ahora mismo.

Hawkins protestó con un chillido.

—Suéltalo —pidió Lily.

—¿Por qué? —Alec no la miró.

—Porque de todas formas ya estoy arruinada. Tenga o no su asesinato sobre mi conciencia —explicó ella—. Y porque te he pedido que lo hagas.

Él la miró, la luna proyectaba su luz sobre los valles y ángulos de sus hermosos rasgos. Era el hombre más guapo que había visto en su vida, incluso en ese momento, con el abrigo hecho jirones y los ojos llenos de fuego.

En especial en ese instante.

—Porque te he pedido que lo hagas —repitió con la mirada clavada en la de él.

Alec soltó a Derek.

Entonces, el pintor cuadró los hombros y estiró las mangas de la chaqueta, sin darse cuenta de que tenía la cara y la corbata manchadas de sangre. Por culpa de Alec.

Que había defendido el honor de Lily.

Nadie se había preocupado antes por su honor. Y no estaba segura de si le gustaba.

«Sí, le gustaba».

Pero no se recreó en la emoción, se volvió hacia Derek.

—Recuerda esto cuando te levantes por la mañana y puedas ver el sol. Recuerda que te di algo que tú rechazaste.

—Nunca he amenazado tu vida.

Ella respiró hondo.

—Eso es precisamente lo que has hecho.

—Lillian... —intervino Alec, y ella levantó una mano a modo de advertencia. Había notado desaprobación en la forma de decir su nombre y él podía ser su protector, su D'Artagnan, pero no le permitiría manejarla. Pasó junto a él y se volvió a enfrentar a ese hombre que una vez había amado, ese hombre que una vez había creído que le iba a entregar la luna.

—No puedo modificar la opinión de los que me rodean, la que comparte la sociedad. Una opinión que se consolidará cuando muestres el retrato. —Hizo una pausa. Respiró hondo antes de seguir—. No puedo deshacerme de la vergüenza que siento por toda esta debacle. —Luego miró a Alec. Reconocía que él tenía razón. Que su plan era el mejor—. No puedo escapar de ello.

Vio comprensión en sus hermosos ojos castaños, y esperó que fuera seguida por una expresión de triunfo ante la certeza de lo que ella pensaba hacer.

Encontraría un hombre. Y se casaría.

Porque no había otra opción.

—Derek, lárgate.

Pero él quería tener la última palabra.

—Un hombre menos seguro de sí mismo, expondría la pintura esta noche para castigarte. Para darle su merecido a tu salvaje tutor. Pero soy un gran

hombre. Más evolucionado que cualquier otro del mundo. Y así te otorgo mi benevolencia... —Hizo una pausa como solía hacer. Como siempre que posaba para él. Ella solía esperar esas pausas, segura de que auguraban una brillantez total. Pero ahora sabía la verdad: lo único que salía de la boca de Derek Hawkins eran aguas residuales—. Considéralo un regalo, pequeña Lily. Por la... inspiración. —La forma en la que lo dijo, provocó que ella quisiera vomitar de arrepentimiento—. Dentro de una semana, podrías considerar hacer que tu bestia sea menos salvaje.

Alec se estiró, se miró la mano y luego a Derek.

—Lo único que me impide desgarrarte los brazos es la benevolencia que ella muestra por ti, mosquito pomposo. Vete.

Las palabras rezumaban furia, y resultaban lo suficientemente aterradoras para que Hawkins corriera hacia la puerta.

Lily miró la hoja de madera durante un buen rato después de que Derek desapareciera, y cuando por fin habló, fue incapaz de mirar a Alec.

—Dime. Si hubiera pintado a un hombre desnudo, ¿Londres estaría igual de escandalizado? —Al ver que Alec no respondía, se contestó ella misma—. Por supuesto que no.

—Lillian... —susurró él y, por un fugaz momento, se arrepintió de haberle prohibido que usara su diminutivo. Después de todo, si alguien merecía usarlo, ¿no era el hombre que había luchado por ella sin dudar? ¿Sin que ella lo mereciera?

Respiró hondo.

—Mi reputación está arruinada porque soy una mujer y no me pertenezco a mí misma. Soy propiedad del mundo como las demás mujeres. Tanto nuestros cuerpos como nuestras mentes.

—No perteneces a nadie. Esa es la cuestión. Si lo hicieras, esto no sería un escándalo.

Ella arqueó una ceja.

—Te pertenezco a ti, ¿verdad?

—No.

Ella frunció los labios al oírlo.

—Claro que no. Nunca me has querido.

«Nadie me quiere. No le importo a nadie».

Le tocó a él negar con la cabeza.

—No era eso lo que quería decir.

—Pero eso no hace que sea menos cierto.

Él la miró durante un buen rato.

—No importa lo que sea verdad. Solo lo que crees.

Asintió al oír sus palabras en labios de él.

—Entonces estamos de acuerdo. No me interesa echarte la culpa, excelencia. Solo quiero salir de esta habitación y decidir a qué afortunado caballero debo seducir para que me convierta en su esposa.

Él maldijo de nuevo, y ella lo consideró como una señal para marcharse, girando sobre sus talones para dirigirse a la misma puerta por la que Derek había salido unos minutos antes. Una vez allí, se dio la vuelta y se encontró con que Alec todavía seguía inmóvil bajo la luz de la luna, con la chaqueta hecha jirones y los pantalones ceñidos. Apoyado en los delicados muebles de la salita, parecía salido de una novela escandalosa: un delincuente que entraba furtivamente en una casa para saquearla.

Y, de alguna manera, al mismo tiempo, parecía perfecto.

«¿Qué pasaría si él la quisiera?».

Rechazó aquel pensamiento.

—Déjame capitanear esta nave, Alec. Podría lanzarme sobre las rocas y hundirme en las profundidades, pero al menos lo haría yo misma.

Antes de que él pudiera responder, ella se dio la vuelta y abrió la puerta, encontrándose cara a cara con la condesa Rowley, que no parecía sorprendida de descubrirla dentro de una habitación oscura. De hecho, lady Rowley se limitó a esbozar una sonrisa cómplice.

—¿Está Alec ahí dentro, querida? —preguntó inclinándose hacia ella.

Lily se sentía desconcertada por la familiaridad con la que lo trataba.

—¿Alec?

La condesa se aclaró la voz.

—Tu tutor.

Lily soltó una risita sin humor ante aquella descripción y abrió más la puerta, dejando a Alec a la vista.

La mirada de lady Rowley se iluminó con un brillo depredador.

—Lo sabía. Acabo de ver salir a tu antiguo amante por este corredor con aspecto de haber sido atacado por un escocés salvaje. Y supe que se trataba de mi salvaje escocés. —Fue como si esas palabras le quedaran grabadas. Odiaba como sonaban en la bonita voz jadeante de la condesa. Odiaba la posesión que implicaban. Pero sobre todo, odiaba la descripción, tan

despectiva como sexual, como si fuera un oso que debía ser domesticado en lugar de un hombre.

—Alec, mi bestia —ronroneó lady Rowley—. Esperaba encontrarte en algún lugar oscuro, cariño. Y poder reanudar nuestra relación.

No cabían dudas sobre el significado de las palabras de la condesa.

«Son amantes».

Lily ignoró la punzada de decepción que surgió en su interior, diciéndose a sí misma que cualquier decepción era porque había supuesto que tenía mejor gusto.

No tenía nada que ver con la idea de que tuviera una amante, punto.

Lily miró a Alec por encima del hombro, que estaba mirando directamente a lady Rowley, con una intensidad que ella no había experimentado nunca. Y no pudo detener la emoción que la inundó: una profunda sensación de traición.

—Cariño... —suspiró la condesa—. Mírate, con la chaqueta hecha jirones, todavía tan grande, ancho y fuerte como siempre. ¡Dios mío!, te he echado de menos.

Lily cerró la puerta antes de poder escuchar la respuesta. No deseaba oírla. Debía dejar que pasara el resto de la velada con su amante. Dejar que ella atendiera sus nudillos magullados y su ego. Ella quería salir de esa habitación. De esa casa. De ese maldito mundo con esas reglas que significaban cosas diferentes para diferentes personas.

Y ella tenía intención de marcharse de allí, sin él.

Después de todo, no era la primera vez que estaba sola. Lillian Hargrove estaba acostumbrada a la soledad. Y la llegada de un escocés gigantesco no iba a cambiar eso.

Cuando llegó a la entrada del salón de baile, estaba casi sorda por el bullicio de las conversaciones de los presentes. Nadie estaba bailando, a pesar de que la orquesta tocaba una cuadrilla. Londres al completo se juntaba en pequeños grupos en los que la gente inclinaba la cabeza para hablar entre susurros. A pesar de que se trataba de un evento diseñado para subrayar las diferencias sociales entre las personas, los chismes seguían uniéndolas a todas.

Lily no tenía un pelo de tonta. Sabía cuál era el tema de las charlas. Sabía, también, que pronto sería parte de ello.

Incluso antes de que Sesily Talbot se acercara, se retorció las manos.

—¡Santo Dios! —dijo en voz baja—. Cuando os animé a que Warnick y tú convirtierais a Hawkins en el villano, no me refería a que debíais atacarlo hasta la muerte.

—No ha sido eso —se defendió Lily.

—Cruzó el salón con una mejilla hinchada, el labio partido y un ojo que provocaría una mueca de dolor en un guerrero. —Sesily se detuvo—. Y no puedo negar que disfruté de la imagen que presentaba.

Lily no pudo evitar sonreír ante ello.

—Ya me imagino.

—Se merecía eso y más —convino Sesily antes de seguir—. ¿Ha sido tan emocionante como supongo ver cómo Warnick lo vapuleaba? Ese hombre es una bestia.

Lily comenzaba a odiar esa palabra.

—No es una bestia.

—De hecho, no —se corrigió Sesily de inmediato—. Se preocupa mucho por ti, es evidente.

No le gustaba la forma en que la hacía sentir lo que decía Sesily, llena de confusión era algo parecido a una enfermedad.

—¿Todo el mundo ha visto a Derek? —preguntó.

—Ha sido maravilloso —confirmó Sesily feliz.

—Supongo que estoy en el centro de un escándalo.

—Bah... —Sesily hizo un gesto de desdén—. Es el mismo escándalo. No tienes nada que ver con las hermanas Talbot, pero debo reconocer una cosa, sin duda sabes cómo entrar en un baile. —Sesily miró el vestido de Lily—. Por no hablar de ese modelito.

A ella no le pareció divertido. En cambio, lo encontró terriblemente descorazonador. Se arrepintió de haber ido y deseó con desesperación estar en cualquier sitio que no fuera ese.

—No sé lo que estoy haciendo.

—Escúchame —dijo Sesily con convicción, apretándole las manos con fuerza y obligándola a mirarla a los ojos—. No les dejes ganar. Nunca. No hay nada en el mundo que les guste más que destrozar a una mujer por ser valiente. Y no hay nada que les parezca peor que no ser capaces de acabar con ella.

Lily miró a la mujer, una amazona situada en el corazón de Londres. Hermosa con aquel vestido rojo demasiado apretado, una prenda que sin duda

enfadaba a otras mujeres. Era todo lo que Lily no era. Confiada. Segura del lugar que ocupaba. Incluso feliz con ello.

Se preguntó cómo sería sentirse así.

Tal vez fuera toda esa confianza lo que hizo que estuviera tan dispuesta a hablar. Lo suficientemente audaz como para decir algo que probablemente no debería haber dicho.

—Derek me pidió otra vez que fuera su amante.

—Derek es idiota.

Lily se rio, porque era eso o llorar.

—Sí, lo es.

—Un idiota arrogante, pagado de sí mismo y soberbio.

Lily abrió los ojos de par en par ante aquel creativo insulto.

—Parece que un idiota con mucho poder para arruinarme.

Sesily volvió a cogerle las manos, y había consuelo en la calidez y la firmeza de su agarre.

—Sobreviviremos.

—¿En plural? —repuso ella.

—Claro — dijo Sesily, encogiéndose de hombros—. Es lo que hacen las amigas. Ayudarse a sobrevivir.

«Amigas...».

Nunca había tenido una amiga. Pero llevaba años leyendo sobre ello. Negó con la cabeza.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Una sombra pasó por la cara de Sesily, luego desapareció.

—Porque sé lo que se siente cuando todos te detestan. Y los he visto perseguir a otras personas. Las mujeres como nosotras deben permanecer unidas, adorable Lily.

Lily quería hacerle más preguntas, pero no había tiempo para ello, ya que Alec eligió ese momento para reaparecer por el pasillo, con la chaqueta rota, los pantalones reventados y los guantes manchados con la sangre de Derek.

—¡Dios! —exclamó Sesily con la mirada clavada en él—. Pareces un boxeador profesional. —Cogió a Lily por el codo—. Oh, la mitad femenina de la sociedad desearía ser tú esta noche, Lillian Hargrove.

Lily no podía imaginar por qué, ya que Alec parecía querer matar a alguien. O como si ya hubiera asesinado a alguien.

—Nos largamos ya de aquí —gruñó Alec, haciendo caso omiso a Sesily, y

Lily supo que era mejor no discutir con alguien cuyos ojos castaños brillaban de ira mientras apretaba los dientes con firmeza.

Sesily se inclinó para besar a Lily en la mejilla .

—Ten cuidado —aprovechó para susurrar—. Por experiencia, los hombres que tienen ese aspecto están listos para dos cosas: besar o matar. Y yo apostaría por lo último.

**· 10: ¡Sigue siendo un salvaje escocés! El duque pone a
Derek en su lugar ·**

Alec no confiaba en sí mismo si abría la boca.

Y menos en esas circunstancias, cuando estaba enfrentándose a lo peorcito de Londres en el salón de baile de Eversley House, a punto de estallar por las miradas que le lanzaban, mientras guiaba a Lily a través de la estancia escuchando los susurros. «El duque salvaje», «...está cubierto por la sangre de Hawkins...», «...esa joven solo es un problema...», «Pobre Hawkins...».

Sin duda, Alec no confiaba en lo que podía salir de su boca ante la idea de que Hawkins fuera quien mereciera las simpatías de esa chusma.

Como si fuera a Lily a quien debían juzgar.

«Salvaje escocés...».

Giró al llegar al final y su mirada cayó sobre una mujer cercana cuyos ojos le resultaban familiares. Sabía quién era. Apretó los dientes... Las palabras resonaban en su mente, su ropa hecha jirones, el olor dulzón de Peg todavía en ellas... El recuerdo de sus manos deslizándose sobre su pecho, aquel contacto que evocaba odio. No hacia ella, sino hacia innumerables mujeres inglesas que lo consideraban solamente una muesca más en sus lechos matrimoniales: alguien lo bastante bueno para acostarse con él, pero no para nada más.

Una conquista. La gran bestia escocesa.

«Ven a verme, cariño», había susurrado Peg mientras le pasaba los hábiles dedos por el pecho, como si él le perteneciera. Como si fuera un cachorro y ella lo sujetara con una correa. Le había deslizado una tarjeta con su dirección en el bolsillo al tiempo que le hacía recordar el pasado, la forma en la que lo había manipulado con facilidad a pesar de pensar que era poca cosa para ella. Indigno...

¿Cuántas otras habían pensado lo mismo?

¿Con qué frecuencia lo había pensado él?

No pertenecía a allí, ese lugar era para Lillian, hermosa, inglesa y absolutamente perfecta.

Alec no dijo nada cuando Lily y él salieron del salón de baile, pasando ante un sorprendido King, sin ni siquiera detenerse para despedirse. Y tampoco habló cuando abrió la puerta del carruaje y ayudó a Lily a entrar.

Sin embargo, ella sí habló, interrumpiendo sus pensamientos con un pequeño chillido de sorpresa al notar que la subía al carruaje.

—Excelencia, soy perfectamente capaz de subir yo sola los escalones, gracias.

Alec no respondió, sino que se limitó a entrar en el carruaje detrás de ella. Cerró la puerta con un chasquido y golpeó dos veces el techo para que el vehículo se pusiera en movimiento.

No podía responder, se sentía demasiado lleno de frustración, de vergüenza. Vergüenza y una aguda sensación de humillación. Entre el estado de su ropa, la pelea con Hawkins y el encuentro con Peg, ya había tenido suficiente en esa horrible ciudad. Quería destruir aquel lugar por completo, derribarlo ladrillo a ladrillo y regresar al norte, como los escoceses de antaño, que odiaban Inglaterra con cada fibra de su ser.

«La llevaría con él. Un despojo».

Se pasó una mano por la cara, deseando estar en cualquier otro sitio. Nunca en su vida se había sentido más fuera de lugar, como si todo lo que hiciera estuviera mal. Y luego estaba Lily, que parecía detener cada golpe con una destreza más allá de su edad, un constante recordatorio de que él era un completo fracaso a la hora de hacer lo correcto.

Así que Alec no se sintió precisamente emocionado cuando ella tomó de nuevo la palabra, inundando el carruaje de recuerdos.

—Bueno... Imagino que después de esta noche, seremos bien recibidos en las mejores casas de Londres.

Él contuvo la maldición que quería gritar a la noche, prefiriendo mantenerse en silencio.

Ella, sin embargo, no quería quedarse callada.

—¿De verdad piensas que alguien se casará con la musa de Hawkins?

La atravesó con la mirada.

—No te llates así.

—Muy bien... Con la amante de Hawkins.

Aquella palabra lo llevó todavía más al límite.

—¿Lo eras? ¿Su amante?

—¿Importa? —preguntó ella buscando su mirada.

«Importa que no te honró. Que no te merecía».

—Alguien se casará contigo. Haz la lista. Yo lo conseguiré.

—Alec —dijo ella en el mismo tono que una madre usaría con un niño para explicarle que las nubes no se pueden comer—. Hawkins estaba lleno de moretones. Tú estás cubierto de sangre. Si alguien estaba dispuesto a pasar por alto el escándalo inicial, esto solo se lo ha puesto más difícil.

—Esto no evitará que te cases —aseguró él mirando por la ventanilla.

Ella se rio, pero su risa no tenía ni pizca de humor.

—No conozco mucho a la sociedad, Alec, pero te aseguro que sí que lo evitaré.

—Entonces, duplicaré tu dote. La triplicaré.

Ella suspiró su nombre en la oscuridad, y él notó la resignación que impregnaba su voz. Lo detestó.

—Quería casarme —confeso ella. Él se quedó muy quieto, profundamente interesado en la verdad que contenían aquellas palabras—. Quería tener una familia y un futuro. Y sí, también quería amor. Pero si debo conformarme...

—De repente, ella se interrumpió, luego retomó una idea y continuó con más convicción—. Alec, no quiero conformarme con cualquier cosa.

Por fin, algo con lo que no podía estar más de acuerdo.

—No quiero que te conformes. Jamás te lo pediría.

Ella soltó una risita tan llena de incredulidad que a él le costó escucharla.

—Eso es precisamente lo que me estás pidiendo que haga. —Hizo una pausa—. Ocho días no son suficientes para que un hombre de la lista se decida. Ocho días no son suficientes para enamorarse.

—Maldita sea, Lillian, ¿a dónde quieres ir a parar? —Ella lo miró girando de golpe la cabeza, como si él la hubiera herido, y quizá lo hubiera hecho, con su frustración y su ira—. Digamos que te doy el dinero y huyes, ¿a dónde irías?

Ella abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—Desaparecería —dijo finalmente.

«Él no quería que se fuera».

—¿Dónde?

Una pausa.

—¿Qué es Escocia para ti? —preguntó ella.

—Lillian...

Ella negó con la cabeza.

—No. Sinceramente. ¿Por qué la prefieres a otro lugar?

Él se encogió de hombros.

—Es mi hogar.

—¿Y eso qué significa? —insistió Lily.

—Es un sitio... —«Seguro»— cómodo.

—A diferencia de este.

La diferencia entre Escocia, salvaje y acogedora, y Londres, con sus reglas y su decoro, era tan grande que tuvo que reírse.

—Es todo lo que esto no es. Completamente diferente.

La vio asentir.

—Y eso es lo que yo quiero. Tengo que marcharme de aquí. De este mundo. ¿Por qué tú puedes y yo no?

Él quería que disfrutara de esa sensación, ofrecérsela. Quería que conociera la sensación de estar ante un campo de brezo cuando los cielos se abrían y la lluvia borraba todas las preocupaciones.

Pero ni siquiera Escocia podía hacer desaparecer el pasado.

—¿Crees que este mundo no te encontrará? ¿Crees que podrías vivir como si fueras una viuda rica en alguna parte? ¿Ir a París y vivir como una reina, envuelta en sedas? ¿Viajar a Estados Unidos y usar el dinero para construir un imperio? No puedes. Este mundo te perseguirá. Eso es lo que le ocurre a...

Ella esperó.

—¿A quién?

—A los que huyen.

Él había escapado, ¿verdad? Había prometido que nunca dejaría que le recordaran el pasado.

Y... no había más que ver lo que había ocurrido esa noche.

Que observar sus ropas andrajosas, sus manos llenas de sangre.

«Jamás lo superaría».

Pero si le encontraba un marido, Lily podría sobrevivir.

«Ella sobreviviría».

—Quédate, conoce a hombres adecuados. Inténtalo.

Ella alzó las manos en señal de frustración.

—Señor, líbrame de los tutores entrometidos... ¡Muy bien!

Se hizo el silencio, y Alec se sintió agradecido, aunque muy inquieto por ello. Por suerte, no duró mucho.

—Y te advertí que la chaqueta no era de tu talla.

Volvió la vista hacia ella.

—¿Cómo has dicho?

—La chaqueta. La has destrozado. Y también los pantalones. Cuando has entrado en el salón de baile parecía que venías del desierto.

—Como era de esperar del salvaje escocés —convino él.

—No —respondió ella al instante, sorprendiéndolo—. No eres un salvaje. Era mentira. Estaba cubierto de sangre y de ropa hecha jirones. Nunca había parecido más salvaje que en ese momento.

—¿Qué soy entonces?

Ella lo miró.

—¿Estás buscando un cumplido, duque?

—Solo la verdad.

Ella se encogió de hombros con un gesto que a él le gustaba mucho. Aunque no era que le gustara esa mujer. Era demasiado hermosa para no resultar peligrosa.

—Grande.

Bien sabía Dios que era cierto.

—Demasiado grande.

—Para esa chaqueta y esos pantalones, sí —repuso ella—. Pero no demasiado grande.

—El resto de Inglaterra podría no estar de acuerdo.

—Yo no soy el resto de Inglaterra. —Hizo una pausa, como si estuviera considerando su próxima frase antes de seguir—. Me gusta lo grande que eres.

Las palabras le hicieron sentir un ramalazo de emoción. Ella no podía querer que sonara como sonó. Solo había sido un efecto de la oscuridad de la noche, el movimiento del carruaje y el espacio cerrado.

Y tampoco importaba que quisiera que ella lo repitiera una y otra vez. Lillian Hargrove no era para él.

Ojalá su cuerpo le escuchara.

—Te lo aseguro... El resto de Inglaterra no está de acuerdo —dijo él, moviéndose en el asiento, preguntándose cuánto más tardarían en llegar.

Ella sonrió.

—No tu condesa.

«Peg».

—¿Mi condesa? —fingió ignorancia.

—Lady Rowley. Ella no cree que seas demasiado grande.

No, Peg no pensaba eso ahora. Cuando estaba delante de ella era el duque de Warnick, un título superior al que ella misma ostentaba. Pero una vez... En una ocasión Peg lo había valorado mucho, muchísimo menos. Incluso cuando él solo había querido ser suyo.

Alec miró por la ventanilla.

—Es la condesa de lord Rowley, ¿no crees?

—En realidad no —dijo Lily—. He visto la forma en la que te ha tocado. Como si fueras suyo. Y la forma en la que la has mirado... como si... —Su voz se apagó.

Se dijo a sí mismo que no dijera nada. Que no preguntara. Pero en vez de ese silencio que se extendía entre ellos, había algo que él quería entender con desesperación.

—¿Como si...?

Lily negó con la cabeza y miró por la ventana.

—Como si quisieras ser de su propiedad.

Y había querido. Desde el primer momento en que ella le sonrió cuando era un niño y le enseñó lo que era el deseo. Antes de que él supiera lo que ella le haría y lo que él le haría a ella. Habría hecho cualquier cosa que le pidiera. La había seguido a todas partes como un cachorro enamorado.

Hasta que Peg se lo dejó todo claro.

«Mi dulce Alec, las chicas como yo no nos casamos con los chicos como tú».

Pero eso no pensaba decírselo a Lillian Hargrove.

—Peg no es mi condesa.

—Pero tú sí eras de Peg —añadió Lily. Su estúpido vestido la convertía en un perro obsesionado con un hueso.

Alec suspiró antes de mirar un largo rato por la ventanilla del carruaje.

—Hace siglos. Cuando ella era solo la hermana de un compañero de colegio.

—Y tú no eras duque.

Soltó un gruñido de risa al oírla.

—No. Si lo hubiera sido entonces... —Fue su turno de dejar una frase

inconclusa.

—¿Si lo hubieras sido...? —insistió Lily. Él la miró, encontrándose con su mirada fija en la de él. Estaba esperando quieta y con la espalda recta, como si pudiera aguardar el tiempo que hiciera falta una respuesta. No lo entendía.

Él negó con la cabeza.

—¿La querías?

Como a nada con anterioridad. Quería todo lo que ella representaba. Todas las malditas y bonitas promesas que ella no había pronunciado.

Lo había querido todo. Como un idiota.

Lily tardó un buen rato en moverse, y Alec se negó a preguntarle qué estaba pensando.

—Ya ves, Lillian, yo también sé lo que es no conseguir la pareja que quieres —dijo en su lugar.

Ella asintió.

—Eso parece.

Se hizo el silencio entre ellos, y Alec se volvió más y más consciente de Lily en la oscuridad, de las largas piernas que quedaban ocultas por las faldas de seda, de las elegantes manos, envueltas en felpa, que ella entrelazaba en el regazo.

Esas manos comenzaron a consumirlo. Se las miró, deseando que no estuvieran cubiertas por unos guantes. Deseó poder verlas desnudas. Deseó poder tocarlas.

Que lo tocaran.

Se puso rígido al pensar eso. Ella no podía tocarlo.

Y él no podía tocarla a ella.

Miró de nuevo por la ventanilla. ¿De verdad estaba tan lejos esa maldita Dog House? De lo que no quedaba duda era de que no estaba cerca.

—Yo creía que él me amaba —confesó ella en voz baja.

La afirmación lo deshizo, lo llenó de celos y de furia, de un gran deseo de detener el carruaje, encontrar a Hawkins y terminar lo que había comenzado antes. Flexionó la mano derecha, recibiendo con agrado el hormigueo en los nudillos que le recordaba que le había hecho daño, aunque no fuera el suficiente.

—¿Lo amabas?

Lamentó las palabras en el momento en el que salieron de su boca. No quería saber la respuesta.

Pero ella respondió, lentamente, destruyéndolo con cada palabra.

—Mi madre falleció cuando yo era niña. Mi padre no volvió a casarse y, cuando murió, me fui a vivir con el duque. Fue muy amable. Me instaló, me dio una habitación y una asignación más que generosa. —Ella vaciló, como si buscara las palabras correctas—. Se tomó grandes molestias para ser un buen tutor. Tenía intención de que disfrutara de una temporada, ¿sabes?, antes de morir. Pero no podía sustituir a una familia.

—¿Y el personal? —indagó, recordando lo poco que sabían los criados de ella.

Lily sonrió, una mueca triste y leve bajo la luz de la luna.

—No saben cómo interactuar conmigo. No soy carne ni pescado. No pertenezco a la nobleza, pero tampoco soy una sirvienta. No soy de la familia ni una invitada. Intocable. Doblemente intocable de alguna manera. —Hizo una pausa, y se rodeó con los brazos, como si quisiera reprimir un escalofrío. Luego miró hacia otro lado—. He pasado meses sin que me tocara otra persona que no fuera la doncella cuando me ayudaba a abotonar un vestido, o una mano enguantada que apretaba la mía para ayudarme a subir a un carruaje.

Él volvió a mirarle las manos y odió los guantes de nuevo.

—Tu habitación. Debajo de las escaleras.

Ella se encogió de hombros otra vez.

—Era agradable escuchar a la gente. Oírlos subir y bajar las escaleras. Al menos me recordaba que había otras personas en el mundo. Al menos estaba cerca de ellos físicamente. Incluso aunque no formaran parte de mi vida.

»Los oía reír... Las chicas se reían en la escalera por tonterías que yo nunca sabía. Y habría dado cualquier cosa por intercambiarme por una de ellas. Por estar con ellas en lugar de ocupar el sitio donde estaba, entre dos mundos.

—Lily... —Alec notaba un dolor en el pecho provocado por el deseo de borrar todo ese tiempo que había pasado sola.

No volvería a estar sola. Él se aseguraría de eso.

—A veces me preguntaba si me volvería a tocar otra persona. Si alguna vez me amarían. —Lo miró con la verdad brillando en los ojos—. Me hizo sentir amada.

Esas palabras lo destrozaron y, a la vez, hicieron que quisiera acercarla y alejarla. Y luego quiso aplastar a Hawkins por haberse aprovechado de Lily.

—¿Y tú? ¿Lo amabas?

Ella apartó de nuevo la mirada.

—¿Quién puede saberlo?

Alec odió esa frase. Porque no negaba sus sentimientos. Podría pedírselo. Quería poner esas palabras en su boca. Una negación categórica.

—Pues no se lo merecía —se limitó a decir.

Ella curvó un lado de sus adorables labios.

—Tienes una opinión terriblemente alta de mí, excelencia. El resto del mundo diría que soy yo quien no lo merecía.

—El resto del mundo puede irse a la mierda.

La vio levantar la mano hacia el cristal de la ventanilla, y deslizar un dedo por las gotas de condensación.

—Sin embargo, así es —dijo con suavidad, perdida en los recuerdos.

—¿Por qué? —Alec no pudo reprimir la pregunta.

—Una tentadora promesa. A veces... —Se preguntó si ella terminaría la frase, y Lily guardó silencio el tiempo suficiente para que pensara que no lo haría—. A veces, esperas durante tanto tiempo que todo parece amor —confesó luego.

Alec sintió que, de repente, tenía el pecho constreñido. ¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

Se inclinó hacia delante, cerrando la distancia entre ellos.

—No quiero hacerte daño —susurró.

—Ya lo sé.

—No debería haber venido. —En Londres nunca pasaba nada bueno. En especial cuando en él estaba esa hermosa mujer que atraía al caos.

—Es muy noble que hayas venido. Por mí.

Quizá fue la forma en la que lo dijo, que sonó como algo casi mágico, como si hubiera estado desnuda bajo las estrellas como una diosa pagana y lo hubiera conjurado a su lado. Quizá fue la oscuridad, el baño que daba la plateada luz de la luna sobre su piel de plata lo que le hizo tenderle la mano, aunque supo que no debería hacerlo. Sabía que era un error del calibre más alto posible.

Lily le ofreció su mano sin dudar, y él se la giró, con la palma hacia arriba, revelando cuatro pequeños botones en el interior de la muñeca. Muy despacio, desabrochó el guante y tiró de los dedos para quitárselo y dejar al descubierto la piel lisa y desnuda.

Al principio, solo la miró, sintiéndose como si estuviera al borde de un precipicio y mirara a un profundo abismo del que no iba a regresar. Notaba el aliento de Lily, que se movía con un ritmo rápido, de *staccato*, o quizá fuera el suyo, embargado por el deseo de tocarla.

«A veces me preguntaba si me volvería a tocar otra persona».

El recuerdo de su susurro lo envolvió con su eco silencioso mientras se llevaba su mano a la boca, tiró de los dedos del guante con los dientes y se lo quitó con eficacia antes de tirarlo a un lado y... antes de que pudiera arrepentirse, deslizó su palma desnuda sobre la de ella.

Contuvo el aliento al tocarla, al deslizar los dedos entre los de ella, por la forma en la que capturó su pequeña mano con la de él, mucho más grande.

Su piel era tan suave como la seda. Como el sonido del pequeño suspiro que soltó. Alec no levantó la vista hacia el sonido. Se negó a hacerlo, porque sabía que si alzaba los ojos, no sería capaz de reprimir lo que haría después.

En vez de eso, le acarició la mano, tocándole la palma con la de él, recorriendo con los dedos los valles y depresiones, hasta que solo sus dedos se tocaron. Entonces, los entrelazó con los suyos.

—Palma con palma... —susurró ella en un tono levemente burlón, en referencia a su anterior discusión sobre *Romeo y Julieta*.

Alec sabía que debía soltarla. Y tenía intención de hacerlo.

—Es la única parte de la obra que vale algo —musitó, aunque no era eso lo que quería decir.

Tampoco tenía intención de mirarla, de encontrarla demasiado cerca y todavía infernalmente lejana. Se obligó a moverse. A incorporarse. Debía soltarla.

Pero entonces ella habló.

—Deja que los labios hagan lo mismo que las manos... —recitó.

—¡Maldito Shakespeare! —dijo él apretando sus dedos y atrayéndola hacia su cuerpo. Movié su otra mano, todavía enguantada, y se la pasó por la mandíbula, curvando las largas falanges por su cuello hasta hundirlos en su cabello para hacer caer las horquillas mientras posaba los labios sobre los de ella y la besaba como si estuviera muriendo de hambre y ella fuera un banquete.

Lily sabía a pecado y a sexo, y a... No sabía cómo era posible, pero sabía a Escocia, salvaje, libre y acogedora.

Se detuvo y se alejó lo suficiente como para poner algo de espacio entre

ellos. Cerró los ojos; debía detenerse. Ese no era el plan. No era posible.

«Lillian sabía a hogar».

Solo un beso más. Una caricia rápida. Solo lo suficiente como para marearse hasta que pudiera volver a respirar de nuevo.

—¿Alec? —susurró ella, y oír su nombre en interrogante, sin atisbo de protesta, fue su perdición. No había confusión... La voz de Lily temblaba de deseo.

Y él lo sabía porque también lo sentía.

Alec gimió y la atrajo todavía más cerca, soltándole la mano desnuda para cogerla a través del carruaje y ponérsela en el regazo, donde podría saborearla a placer. La rodeó con un brazo, para protegerla en caso de que cogieran algún bache y rebotaran, y volvió a concentrarse en sus labios. Los frotó suavemente, jugueteando con la lengua hasta que ella jadeó por las sensaciones. Él aprovechó al máximo y saboreó su sedoso calor, que transmitía una larga y lujuriosa promesa.

Lily gimió, de forma inesperada e incontrolable, y él se puso duro como el acero debajo de ella. Deseó oír ese sonido una y otra vez, percibir esa prueba de su placer. De su pasión.

Le deslizó los dedos en el pelo y lo abrazó con más fuerza, buscando su lengua con la de ella para responder al beso con una vehemencia que amenazó con envolverlos en llamas, junto con el carruaje.

Alec gruñó de placer antes de encerrar el rostro de Lily entre las manos para mantenerla quieta mientras la besaba, robándole los suspiros como un ladrón.

Y es que era un ladrón, que tomaba todo sin dudar.

O quizá era ella la ladrona.

Y se robaban juntos.

Enredados.

Y saqueándose el uno al otro.

Nunca en su vida había experimentado nada tan glorioso. Lily deslizó las manos dentro de su destrozada chaqueta mientras se movía contra él, que le levantó las faldas para mover los dedos por esos muslos cubiertos de seda. La levantó de nuevo y la colocó a horcajadas, en una postura escandalosa y secreta, que era todo lo que siempre había deseado.

El carruaje rebotó y ella se aferró a él, jadeando contra sus labios.

—Alec —susurró—. Por favor. —No, no lo susurró, lo suplicó. Y cómo

iba a negarse, en especial cuando estaba sentada en su regazo. Sobre él.

Alec estaba tan duro que los pantalones le resultaban brutalmente incómodos.

Gimió su nombre mientras seguía saqueando sus labios, acercándola otra vez hasta que sintió su calor a través de sus pantalones y los calzones de ella, y Lily deslizó una de las manos por su pecho y sus hombros hasta hundirlas en sus cabellos. Le tiró de ellos para acercarlo más cuando sus lenguas se encontraron una y otra vez, haciendo que se sintiera todavía más dolorido.

Ella le agarró el brazo con la mano libre para movérselo hacia su corpiño, y deslizarlo hasta el punto donde la seda se unía con la hermosa y prístina piel.

—Tócame —suspiró Lily—. Por favor.

Tenía que parar. Tenían que parar. Separó los labios de los de ella, casi sin aliento.

—Lily... No debemos.

Ella abrió los ojos, el deseo que brillaba en ellos lo hacía todo mucho más complicado. Notaba su corazón acelerado en el pecho, donde Lillian le había puesto la mano, donde lo quemaba con su belleza.

—Por favor, Alec... —repitió ella con suavidad—. Por favor, deséame.

Sonaba como si fuera una elección. Como si no estuviera dolorido por cada centímetro de ella. Como si no quisiera reclamarla de la forma más primitiva posible, como si no quisiera borrar el recuerdo de cada hombre que ella hubiera deseado.

Como si fuera digno de ella.

Tragó saliva para buscar fuerzas en su interior, y podría haberlas encontrado. Las habría hallado si ella no hubiera tomado el asunto en sus manos. Si ella no le hubiera cogido los dedos y los hubiera movido hasta su pecho, haciendo que ahuecara la mano sobre uno de sus redondos senos.

—Por favor, Alec.

Él resistió el impulso de mover la mano, aterrorizado por la idea de que, si lo hacía, ella podría continuar con aquella alocada tentación. Aterrorizado al pensar de que si lo hacía, ella no pudiera detenerse.

Así que renunció a su calidez y albergó su rostro entre las manos. La atrajo hacia él, lo más cerca posible sin apoderarse de sus labios, y la miró fijamente a los ojos. La tenue luz de los faroles que había al otro lado de las ventanillas proyectaban profundas sombras en su hermoso rostro.

—Dime cómo... —pronunció.

Pero lo que realmente quería decir era «úsame».

Ella abrió mucho los ojos al oírlas, y por un momento, él pensó que la sorpresa la paralizaría. Sin embargo, mientras seguía observándola, la sorpresa se convirtió en deseo y, como un regalo de Dios, Lily hizo lo que le había pedido.

Lo que le había dicho.

El tiempo se detuvo en aquel pequeño espacio mientras lo guiaba con la mano y lo apretaba contra ella.

—Tócame aquí —dijo.

Y lo hizo, notando como se erizaba bajo su palma, incluso a través de las capas de ropa. Ella suspiró de frustración antes de impulsarse hacia su cuerpo, ansiosa por más, igual que él. Así que se compadeció de ella.

—¿Piensas volver a ponerte este vestido?

—¿Qué? —dijo ella sin entender su propósito.

—El vestido. ¿Lo quieres conservar?

Lily negó con la cabeza.

—Es horrible.

—Entonces, hagamos lo correcto —gruñó él, agarró el borde del escote con sus enormes manos y, sin vacilación, tiró y rasgó el corpiño en dos, dejándola al descubierto para sus dedos ansiosos y su mirada.

—Es que... —Ella jadeó de sorpresa.

No había tiempo para discutir.

—Dime dónde, Lily.

Y ella lo hizo. Le puso la mano en el pecho, y ambos gruñeron por el muto placer que sintieron ante aquel contacto. Luego, Alec apretó la punta enhiesta, usando dos dedos para tentarla hasta que ya no pudo negarse nada a sí mismo, y rodeó con los labios la punta del seno gemelo. Ella gritó al sentirlo y hundió los dedos en su pelo mientras él succionaba el pezón con suavidad, con ternura. Pero ella necesitaba más y lo acercó a su tórax, rogándole en silencio.

Cuando él se lo ofreció, deleitándose en las sensaciones y el sabor de ella, seguro de que si existía un paraíso era ese momento, revivido una y otra vez, Lily se movió apretándose contra él, acunando con su glorioso calor su dura y gruesa erección hasta que necesitó desesperadamente la liberación. Gruñó ante aquella sensación, desesperado por aliviarse, aunque no estaba dispuesto

a hacerlo, porque no era capaz de confiar en que se detendría si fuera necesario.

Entonces, ella se movió contra él, emitiendo aquellos ruiditos gloriosos, suspiros de placer y gruñidos de deseo mientras él la lamía con la lengua y los labios, y le hacía promesas a su cuerpo que nunca podría cumplir.

No la poseería.

No la ensuciaría.

Lily se merecía algo mejor que él.

Alzó la cabeza y la miró, tenía los ojos cerrados con una clara expresión de frustración mientras se mecía contra él, desesperada por alcanzar algo que no podía encontrar. Desesperada por algo que él podría darle con facilidad.

Por algo que quería darle.

Entonces, Alec deslizó una mano debajo de las faldas, y cuando le rozó el interior de la rodilla con los dedos, ella abrió los ojos. La vio separar los labios, pero negó con la cabeza, impidiendo que dijera nada.

—¿Aquí? —bromeó, acariciándole la rodilla.

Ella sacudió la cabeza.

—No.

Alec movió la mano por los calzones, odiando aquella tela y cómo impedía el contacto pleno. Pero se merecía ese sufrimiento. Por lo que estaba haciendo, por no ser lo suficientemente bueno para ella. Se lo merecía, igual que ella se merecía el placer que podía darle. En ese momento. Solo una vez. Sin que él alcanzara el suyo.

—¿Aquí? —preguntó de nuevo, cuando tenía la mano más arriba, cerca del pliegue que marcaba el comienzo de su lugar más secreto, donde quería llegar más de lo que quería respirar.

Ella negó con la cabeza otra vez, pero ahora, en vez de una palabra, soltó un pequeño grito.

—¡No!

Entonces, encontró la abertura en los calzones e introdujo profundamente los dedos, encontrando los suaves rizos que acarició mientras ella jadeaba con deseo. Alec imaginó de qué color serían: de un profundo y hermoso tono castaño.

—¿Entonces aquí?

Ella ya no quería jugar, y vio la irritación en sus ojos cuando se encontraron con los de él. Lo que Lily dijo a continuación, lo sorprendió

muchísimo.

—¿Debo enseñártelo?

«Es puñeteramente gloriosa».

—Por favor —repuso él al instante.

Y entonces, su mano cubrió la de él y se la presionó más profundamente, más allá de los rizos, en la sedosa suavidad femenina, cálida y muy húmeda. Alec soltó un juramento en gaélico.

Lily jadeó una sola palabra mientras tomaba lo que quería, mirándolo sin disculpas.

—Ahí...

Él la besó, sin control, un beso largo y exuberante, mientras indagaba con los dedos, acariciándola y buscando sus secretos hasta que se quedaron sin aliento. Soltando sus labios, miró sus ojos cerrados; ella se mecía contra él, con su mano sobre la suya, enseñándole la forma en la que lo deseaba.

Él se detuvo. Y ella abrió los ojos al instante. Furiosa.

No pudo reprimir el ramalazo de diversión que lo atravesó como una oleada de dolorido deseo.

—Mírame —le dijo.

Ella frunció el ceño, confusa.

—Te daré todo lo que quieras, *mo chridhe*. Todo lo que necesitas — prometió en un tono oscuro, ronco y lleno de acento por el esfuerzo de mantener el control con ella—. Te enseñaré el cielo. Pero solo si me dejas ver cómo lo encuentras. Ese es mi precio.

Las palabras flotaron entre ellos, llenas de pecado y de sexo, y por un momento fugaz, él lamentó la última, como si le debiera algo.

Ella nunca le debería nada. A partir de ese momento, Lily solo tenía que llamarlo y él acudiría.

Nunca había conocido a una mujer tan peligrosa.

Pero ya estaba destrozado por ella, por su suave piel, sus hermosos suspiros y aquella magnífica mirada mientras él jugueteaba con ella, mientras probaba sus curvas y pliegues, y el oscuro canal donde quería estar más allá de la razón. Los ojos de Lily estaban clavados en los de él mientras se mecía contra él, suplicándole más; quedando reducidos a rendijas cuando la premió con medidos y juguetones golpes, y luego se abrieron como platos cuando él encontró el lugar que la llevaría a un maravilloso placer.

Alec observó aquellos ojos, grises como el Mar del Norte, clavados en él

cuando ella comenzó a jadear y le agarró la muñeca, dándole pruebas de su deseo. Él le sostuvo la mirada hasta que Lily gritó su nombre y su mirada se hizo borrosa. Gritó una y otra vez, haciéndolo suyo. Apoderándose de él en la oscuridad.

Mostrándole el sol.

Cuando ella abrió de nuevo los ojos, buscó los de él de inmediato. Entonces, enredó los dedos en su cabeza, apretó los labios contra los de él y deslizó la lengua en su boca para darle un beso que lo despojó y destruyó por completo, haciéndolo alcanzar un placer duro, caliente y casi insoportable contra ella.

Apartó los labios jadeando, todavía duro y grueso como si no se hubiera corrido. Y quiso desnudarla, rasgarle los calzones y hacerla suya. Allí y ahora.

«Siempre».

Entonces, ella deslizó las manos debajo de las faldas, y él se preguntó si habría hablado en voz alta. Le tocó la tela del pantalón, rozando la bragueta y provocándole tanto placer que le llevó un momento encontrar la fuerza necesaria para detenerla.

—Oh, Dios mío... —susurró ella, sacándolo de su estupor.

Y aborreció la reverencia que contenía su voz.

«Las mujeres sueñan con hombres como tú, cariño».

«Pero por una noche. No para toda la vida».

—No. —Apartó los labios al instante, alejándose como si estuviera marcándolo con un hierro al rojo vivo.

Ella lo miró llena de confusión.

—Pero...

—No. —La levantó del regazo y la puso de nuevo en el asiento. Lo hizo con tanta rapidez que a ella le llevó varios segundos entender lo que había sucedido.

Los dos respiraban con pesadez, y Alec no pudo apartar la mirada de ella durante un buen rato. Tenía el corpiño hecho jirones, las piernas retorcidas, debilitadas por el placer que había encontrado entre sus brazos. Sabía que ella se sentía débil porque también él se sentía así. Y dolorido.

Ella estaba muy cerca. Podría poseerla.

Lily se lo permitiría.

Así que se apretó contra el asiento, dispuesto a reprimirse. A mirar por la

ventanilla, a mirar al suelo... a dónde fuera menos a ella. Pero no pudo, porque Lillian Hargrove era la cosa más hermosa que hubiera visto en su vida.

Y luego cometió un error: llevarse a los labios la mano con intención de borrar la sensación de haber estado allí, pero se olvidó de que su aroma sería como una promesa. Y el deseo fue más de lo que puso soportar. Probó sus dedos, chupándolos mientras se deleitaba en su sabor.

Vio fuego en los ojos de Lily mientras lo miraba, y supo la verdad. Podía poseerla. Se lo permitiría.

«Dios, la deseaba...».

Incluso en ese instante, con las horquillas desparramadas y los largos mechones caoba cayendo alrededor de su rostro, con el perro y la liebre, que a primera hora de la noche oscilaban en lo alto de la cabeza ahora caídos hacia la oreja izquierda.

Parecía como si hubiera sido violada.

«Por el salvaje escocés».

Esa mujer quería casarse, tener hijos, amor, y esas no eran cosas que él pudiera ofrecerle. No era nada que ella quisiera de él. Era demasiado grande, demasiado escocés, demasiado bruto.

«No para casarse».

Él no era el hombre que ella merecía.

«¿Qué había hecho?».

Tenía que alejarse de ella.

Golpeó el techo del carruaje para que se detuviera de inmediato.

La confusión se apoderó de los hermosos ojos grises de Lily mientras él comenzaba a quitarse la chaqueta jaspeada. Ella la iba a necesitar para cubrir su propio corpiño roto.

—¿Qué haces? —Lily miró por la ventanilla—. ¿Dónde estamos?

—No importa —dijo lanzando la chaqueta al asiento opuesto y abriendo la puerta antes de que el carruaje se detuviera.

—Alec —lo llamó. Y le dolió oír el nombre en sus labios.

Él saltó al suelo y se volvió hacia ella.

—No me has preguntado el título de Burns.

Ella movió la cabeza como para aclarársela, como si no entendiera ese brusco cambio de tema.

—Me da igual la poesía.

Lily estaba frustrada.

Igual que él.

—Nos besamos y luego nos separamos. —Antes de que ella pudiera decir algo, continuó hablando él—. Lo siento, Lily. Lamento todo esto.

Y cerró la puerta del carruaje.

• 11: ¡Mujeres! ¡Encontronazo con una mujer bien vestida! •

A la mañana siguiente, Lily no llevaba un vestido con adornos de perros.

Aunque había varios vestidos para elegir en aquella casa tan canina, descubrió que no necesitaba ninguna causa adicional para sentir vergüenza ese día. Por el contrario, estaba usando uno que le parecía muy favorecedor: una prenda de seda verde pensada para usarse cuando recibía visitas, pero eso era algo que escaseaba en el número 45 de Berkeley Square, por eso rara vez lo había utilizado.

Cuando huyó a su nuevo hogar, al que cariñosamente denominaba Dog House, había llevado consigo esa prenda con un toque de fantasía. Y en ese momento, agradecía sobremanera haberse acordado de aquel vestido tan bonito.

Después de todo, no todos los días la besaba a una un hombre apuesto en un carruaje. Bueno, había hecho algo más que besarla. Mucho más.

Le ardieron las mejillas. No era como si quisiera que ocurriera de nuevo. «Mentirosa».

Eso era cierto. Sencillamente había sentido que era apropiado vestirse bien después de un buen beso. Después de todo, ella se lo había devuelto.

Mucho más que devuelto.

Y de alguna forma, a pesar de haber sido besada antes, a pesar de haber besado a otro, besar a Alec Stuart, duque de Warnick, había sido una experiencia que no había experimentado nunca.

Así que, al día siguiente, se había puesto un vestido bonito, deseando que le diera el coraje necesario para enfrentarse a él por la mañana. Lily entró en la sala de desayunos de Dog House y se llenó un plato. Se le aceleró el corazón al notar que la mesa estaba preparada para dos, lo que significaba que Alec todavía no había pasado por allí.

Usó unas pinzas con forma de perro salchicha para coger una y ponerla

sobre una tostada, en el plato, antes de dirigirse al extremo de la mesa y sentarse, haciendo todo lo posible para acomodarse con la elegancia casual y la falta de esfuerzo que una mujer debería mostrar al encontrarse con un caballero con el que había compartido un interludio como el de la noche anterior.

Un interludio que ella no deseaba repetir.

¡Santo Dios! Había sido increíble... y luego, él huyó. Clavó la mirada en el plato. Alec había huido como un cobarde, después de que lo tocara, y descubriera que estaba tan desesperado como ella.

«Lo siento, Lily. Lamento todo esto».

Qué faena... Como si ella no hubiera participado activamente en el evento. Como si no lo hubiera deseado.

Lo había querido. Solo que no deseaba repetirlo.

De eso nada.

«Mentirosa».

Apretó los labios hasta formar una línea con aquel persistente y repetitivo pensamiento. Mientras hablaba de deseo, él también la había anhelado, o al menos así lo había parecido cuando maldecía a Shakespeare y la estrechaba en el carruaje para hacerla arder y mostrarle un placer que nunca había soñado encontrar. Y también la hizo desear suplicarle que no se detuviera nunca.

Maldecir a Shakespeare parecía innecesario. Y bastante maravilloso, la verdad.

Por suerte, no había necesitado rogar, porque se habría sentido más avergonzada de lo que ya estaba si le hubiera suplicado que no se detuviera y él no solo lo hubiera hecho, sino además hubiera huido.

Escocés cobarde.

Menudo desastre más embarazoso.

Por eso, había elegido ese vestido.

No importaba. Tenía más cosas en las que pensar. Cosas que no tenían nada que ver con un formido y guapo escocés. Cosas que eran mucho más relevantes para su situación actual. Para su futuro.

Cosas como maridos.

Angus y Hardy subrayaron la idea al abrir la puerta de par en par con sus cuerpos peludos, haciendo que a Lily se le acelerara el corazón. Porque dondequiera que estuvieran esos perros, su amo no estaba muy lejos.

Angus se acercó de inmediato a investigar el contenido del aparador mientras que Hardy fue hasta ella para saludarla, inclinándose sobre sus patas delanteras antes de sonreírle. Ella extendió la mano y pasó los dedos entre el enredado pelaje del enorme can, tomándose un momento para rascarle detrás de la oreja. El animal inclinó la cabeza a un lado con la lengua colgando fuera de su boca mientras suspiraba con adoración.

Lily no pudo reprimir la sonrisa.

Esa bestia tan grande no era más que un gatito. Un gentil gigante.

—Hardy, como no tengas cuidado, te convertirás en un mimado.

El murmullo llegó desde la puerta, en tono seco, haciendo que se le desbocara el corazón. Levantó la vista y se encontró con Alec, que se dirigía al aparador, con la cabeza gacha y la falda ondulando sobre sus rodillas. Si no hubiera hablado, Lily habría pensado que quizá no la había visto.

Sin embargo, el hecho de que no la mirara hizo que le resultara más fácil estudiarlo, y eso fue precisamente lo que hizo, fijándose en el tartán con más detenimiento que la última vez, cuando se había sentido demasiado avergonzada para echar un buena mirada.

Para ser algo tan tonto, el *plaid* resultaba muy favorecedor. Aunque Lily pensó sinceramente que era posible que a Alec le quedara bien hasta un saco de patatas.

Aquel hombre tenía unas piernas impresionantes.

No era que hubiera pensado mucho, a lo largo de su vida, en las piernas masculinas. Hasta que conoció a Alec. Ahora, cada vez que lo veía con el *kilt*, pensaba demasiado en las piernas de los hombres.

Y eso era muy inapropiado.

Lily tragó saliva, notando la boca seca, pero hizo todo lo posible para fingir que era una mañana perfectamente normal. Como si él no la hubiera convertido en un charco de deseo con la mente en blanco la noche anterior.

«No pienses en un charco de deseo».

—Es un buen perro. Merece mimos.

Alec gruñó y usó un tenedor para llenar el plato con jamón y tomates asados. Ella esperó a que dijera algo más, sin éxito.

Mientras esperaba, jugó con la comida en el plato con el tenedor, fingiendo que estaba profundamente concentrada en los bocados que allí había hasta que él terminó de servirse y se acercó a la mesa, tomando asiento enfrente de ella.

Tan lejos como era posible.

Por supuesto, era el asiento que le habían preparado, pero aun así... podría haberse acercado.

Apareció un lacayo de la nada —al parecer, Dog House era atendida con rapidez y eficacia— y llenó la taza de Alec con té humeante.

—Gracias —dijo, y el pobre sirviente no supo cómo reaccionar.

Lily quería decirle al hombre de la librea que debería agradecer que el duque le hablara, ya que, al parecer, ella no era apta para recibir sus palabras. Ni siquiera después de la noche anterior.

Ni siquiera después de que la privara del sentido en un carruaje.

Eso no era bueno. No iba a poder evitar pensar en eso. De hecho, cada vez que lo miraba, podía sentir su mano en la de ella, sus brazos levantándola como si no pesara nada antes de estrecharla. Su lengua. Sus dedos. Sus labios sobre los de ella..

De repente, la habitación era un lugar incómodo y caliente.

Alec, por su parte, parecía totalmente cómodo, casualmente sentado en la silla de madera maciza que había en la cabecera de la mesa, con aspecto de ser el señor de la casa a pesar de comer en platos decorados con escenas de la caza del zorro, y usando cubiertos de plata grabados con imágenes caninas. De hecho, comía como un hombre hambriento; estaba claro que su apetito no se veía afectado por su presencia.

Lily, por otro lado, se sentía como si pudiera oír sus propios pensamientos en el pesado silencio que cayó sobre la habitación.

Sintiendo su disgusto, Hardy suspiró y apoyó la cabeza en su regazo mientras la miraba con ojos tristes, como si quisiera recordarle que estaba allí y que quería ayudarla. Ella le dio un trozo de salchicha.

Angus lo vio desde el lugar que ocupaba a la derecha de su amo y se acercó de inmediato por el lado opuesto, relamiéndose. Le dio también un pedazo de carne.

—Ahora no te dejarán en paz nunca. —Lily alzó la vista y vio que Alec seguía fascinado por su comida, sin mirarla.

Ella descubrió que sí estaba irritada.

—Al menos los perros saben que estoy aquí.

Él se detuvo con la mano a medio camino de la boca, y Lily se sintió muy orgullosa de sí misma por haber hablado. Alec la miró, con unos ojos castaños tan brillantes como el *whisky*.

—¿Qué significa eso?

—Solo que el amo de los perros parece incapaz de mostrar la suficiente educación como para dar los buenos días.

Él bajó el tenedor y se volvió hacia el trío de sirvientes que intentaban pasar desapercibidos al fondo de la estancia.

—Dejadnos.

Ellos no dudaron, cerraron la puerta con un silencioso chasquido que resonó en la habitación, haciendo que a Lily se le subiera el corazón a la garganta.

¿Volvería a besarla? ¿Haría algo más?

Era muy temprano para eso, ¿no?

Lo imaginó cruzando la habitación para levantarla de la silla, ponerle sus grandes y hermosas manos en la cara y apoderarse de sus labios, mostrándole una vez más lo que le había enseñado anoche: que hacer el amor podía ser salvaje, liberador, alocado y delicioso.

No es que ella quisiera que lo hiciera. De hecho, no quería.

Él la observó durante un buen rato en silencio.

—Buenos días, Lillian —dijo finalmente. No había nada burlón ni condescendiente en su voz. Solo un simple saludo civilizado.

Salvo que aquello hizo que Lily se sintiera completamente incivilizada. Y muy altiva.

—Muy bien. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—No. Me disculpo. De nuevo.

De nuevo.

«Lo siento, Lily. Lamento todo esto».

—¿Por qué?

Él parpadeó.

—Por... —se interrumpió.

—¿Por no haber dado los buenos días?

—Entre otras cosas.

Entonces, ella apuñaló un tomate con el tenedor, disfrutando de cómo salía el jugo por el costado. Resultaba espeluznante y macabro, si uno se paraba a pensar en ello, pero Lily se sentía cada vez más proclive a lo espantoso y lo macabro.

—¿Qué otras cosas? —No debería preguntar. Lo sabía. Pero aun así no pudo reprimirse.

—En parte, por mi papel en esta desastrosa escena —dijo él sin dudar.

—¿Y qué papel es ese? —Ella se sentía muy orgullosa de sí misma por ser capaz de mantener la calma.

Él la miró; ella supo que él sabía lo que estaba haciendo, pero para su sorpresa, no retrocedió.

—El que ha hecho más grande el escándalo.

—El escándalo ocurrió mucho antes de que tú intervinieras. Derek y yo no manteníamos precisamente en secreto nuestra amistad. Y a eso añádate tú y los apodosos que me dieron las páginas de cotilleos...

—¿Que me añada a qué?

Ella movió la mano.

—Era la adorable Lily cuando estaba con Derek, pero cuando me veían sola en Hyde Park, Oxford Street o cualquier otro lugar, me convertía en la solitaria Lily...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—La desconsolada pupila.

—Yo no sabía que... —dijo él con un ronco murmullo y los ojos brillantes por la ira.

—Que existía, lo sé. Sinceramente, no me preocuparía mucho por eso.

—Bueno, pues sí me preocupa —refunfuñó él—. Me preocupa lo que ha hecho Hawkins. Lo que yo hice anoche. Lo que tú has hecho.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón?

Él no vio lo cerca que estaba del desastre, y se limitó a explicar sus palabras como si ella fuera una cría.

—Me importa que no tuvieras una madre o una chaperona, o lo que sea que requiera una mujer de tu edad, Lillian, pero incluso tú sabías que si pasabas más tiempo a solas con Hawkins, tu reputación sufriría por ello.

Lo miró durante un buen rato.

—Entonces, es por mi culpa.

Él vaciló.

—Por supuesto que no.

Pero ella solo se fijó en la vacilación.

—Es difícil. No me forzaron. No me drogaron. Posé para el desnudo. Para un hombre que pensaba que amaba. Para un hombre que pensaba que me amaba. —Cuando las palabras comenzaron a fluir, también lo hizo su enfado

—. Fue por él. Solo. No por ti. Ni por ellos. Ni por los tiempos venideros. Lo hice, Alec. Así que la culpa es mía.

—No —ladró él—. Es culpa de Hawkins, maldita sea. Si no se hubiera aprovechado de ti, si yo no hubiera...

Ella levantó una mano para evitar que siguiera hablando.

—Así que estamos llegando a eso. Ya entiendo. Soy a la vez lo suficientemente responsable para que se espere que prediga mi caída y tan insuficiente como para ser víctima. —Hizo una pausa—. ¿Puedo suponer que ya te has convencido a ti mismo de que anoche fui tu víctima?

Había pocas cosas más satisfactorias que ver al duque de Warnick, de casi dos metros y un peso en concordancia, ruborizarse. Pero así era, sus mejillas se tiñeron de color ante la casual referencia en la mesa del desayuno del interludio de la noche anterior. Estaba claramente disgustado por el giro que había dado la conversación.

Pero Lily descubrió que a ella no le importaba.

—No es necesario avergonzarse, excelencia. Y no hay nada de lo que disculparse.

—Claro que hay que pedir perdón —repuso él en tono fuerte y urgente, con el acento más marcado por la frustración. Miró hacia la puerta, como para asegurarse de que estaban solos antes de bajar la voz. El acento disminuyó—. No debería haberlo hecho. Nada de lo que ocurrió.

Las palabras fueron como agujones, la convicción que contenían, como si se hubiera despertado esta mañana para descubrir que había hecho algo aborrecible, y dolieron. Mucho.

Lily lo odió. Se enderezó e interpretó como mejor podía a una auténtica dama británica, fingiendo una aristocrática indiferencia.

—Qué dramático, excelencia —mintió entre dientes—. Apenas vale la pena mencionarlo.

Él se quedó paralizado.

—¿Qué quieres decir con que apenas vale la pena mencionarlo?

Por supuesto que valía la pena mencionarlo. Recordarlo una y otra vez para siempre. Si tuviera talento, hubiera plasmado toda la escena en papel para poder volver a leerla todas las noches durante el resto de su vida.

Cuando estaba con Derek, nunca había sentido que a él le importara demasiado que ella estuviera allí. Siempre se había sentido como si tuviera que llamar su atención para que la viera. Pero Alec... Alec la había hecho

sentir como si fuera el sol, cálido y brillante, en el centro del universo. Su universo.

Al menos, se había sentido así hasta que él se disculpó por hacerla sentir de esa manera.

Así que le mostró los dientes.

—No es como si no tuviera experiencia.

Él se puso de pie tan rápido que la silla se inclinó hacia atrás y se estrelló contra el suelo, haciendo que los perros se sobresaltaran. Sin embargo, él no pareció darse cuenta.

—Cualquier otro tutor arrastraría al altar al hombre que te proporcionó esa maldita experiencia.

Bueno, si estaba tan enfadado como ella...

—Excelencia... ¿eres virgen?

Si él hubiera abierto más los ojos, se le habrían caído rodando de las cuencas.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Ella resistió el impulso de gritar de alegría al poner a ese enorme y arrogante hombre de rodillas.

—Es solo que sigues soltero, así que me pregunto cómo es que nadie arrastró al maldito altar a la mujer que te la proporcionó a ti.

Lo vio entrecerrar los ojos hasta que se convirtieron en rendijas.

—No me gusta que maldigas.

—Ah... Otra regla que es diferente entre hombres y mujeres. No importa —agregó ella, llevando la taza de té a los labios—. Da igual, rechazo cortésmente tu oferta de matrimonio.

Él parpadeó.

—¿Mi qué?

—Bueno, como anoche incrementaste mi experiencia, según tus criterios, eso debería concluir en una boda, ¿no?

Él permaneció quieto un buen rato, mirándola como si ella fuera un animal enjaulado de un espectáculo itinerante.

—Lily, solo trato de hacerlo lo mejor posible. Todo lo que he hecho, todo, ha sido para protegerte. Y soy consciente de que lo estoy haciendo terriblemente mal. Lo que ocurrió anoche, en el carruaje, no debería haber sucedido. —Hizo una pausa—. Soy tu tutor, por el amor de Dios.

Ella no respondió. ¿Qué podía decir? Lamentaba que la hubiera hecho

sentir más viva, más querida, más deseada, que cualquier otra cosa en su vida. Y, desgraciadamente, el arrepentimiento de Alec engendraba el de ella.

No era como si esperara que él entrara en la sala para desayunar y le propusiera matrimonio, después de todo, tampoco habían completado el acto.

Pero tampoco había esperado que doliera tanto.

Se alejó de él y se dirigió a las ventanas que se alineaban en el otro extremo de la estancia. Respiró hondo, tratando de ignorar la familiar punzada de dolor que había sentido tantas veces. La que venía cuando era pasada por alto, ignorada.

Estaba comportándose como una tonta. Odiaba ser tonta. Y, de alguna manera, eso era lo que parecía en ese momento.

Hardy debió sentir su frustración, porque se acercó y apretó su enorme y cálido cuerpo contra su muslo. La presencia del gran perro la hacía sentir más tranquila y, de inmediato, le puso una mano en la cabeza y le acarició las suaves orejas mientras seguía mirando por la ventana los jardines de Dog House.

—Ahí fuera hay un arbusto con forma de caniche —comentó después de un buen rato.

—No esperaba menos —repuso Alec, aunque su voz no contenía ni pizca de diversión.

—No ha sido culpa mía —añadió ella en voz baja.

—Claro que no. —Y, por un momento, ella creyó que lo decía en serio.

—Tampoco ha sido culpa de Derek. No de verdad.

—En eso no estamos de acuerdo.

Ella negó con la cabeza, sin retroceder.

—Las reglas son muy diferentes para hombres y mujeres. ¿Por qué debería importarle a nadie con quién estoy? No debería ser asunto de ellos, solo cosa mía. Algo privado.

Hubo un largo silencio mientras él consideraba sus palabras, y cuando respondió estaba todavía más cerca que antes, casi encima de su hombro.

—Las cosas no funcionan así.

No era justo. Y llevaba tanto tiempo sola, que encontrar compañía, fuera del tipo que fuera, la hacía sentir esperanza. Ni siquiera había considerado su reputación cuando había estado con Derek. En ese momento estaba demasiado desesperada y solo quería disfrutar de un poco de compañía.

Igual que no había considerado su reputación la noche anterior en el

carruaje, con Alec. Pero entonces no se había sentido desesperada por disfrutar de compañía.

Había sido por él.

—Es como deberían ser las cosas —comentó mirando al perro. Aquellos ojos castaños y conmovedores parecían entender exactamente cómo se sentía.

—Deberían ser así, sí —convino él.

«No debería haberlo hecho. Nada de lo que ocurrió».

«Debería» era una palabra horrible.

Lily enderezó los hombros y se volvió hacia él, con la firme decisión de ignorar su hermoso rostro anguloso y sus ojos castaños, que brillaban con el mismo color del *whisky*. No iba a fijarse en nada de eso. Ni en sus hombros anchos o la forma desordenada en la que le caía el cabello sobre la frente. Ni tampoco en sus labios.

No, por supuesto que no se fijaría en sus labios. Le habían hecho demasiado daño.

La recorrió una oleada de tristeza y frustración, un emoción que podría llegar a avergonzarla si lo permitía. Pero no lo haría. No pasaría por eso otra vez, y menos por otro hombre. Uno que, de repente, le parecía mucho más importante que el primero.

Reprimió esos sentimientos para dejar sitio a una sola cosa.

Determinación.

No iba a avergonzarse en ese momento. Se alejaría del duque de Warnick y a la tentación que suponía. Si él quería que la cortejaran, la cortejarían. Quedaban siete días para que se descubriera la pintura, y era imposible que estuviera enamorada para entonces.

No podría.

Negó con la cabeza, se resignó a seguir el plan e hizo su apuesta.

—El conde de Stanhope —anunció, seleccionando el primer nombre que aparecía en aquella estúpida lista—. Esa es mi elección.

Era notable lo rápido que podía uno conseguir lo que deseaba y entonces cuestionarse por qué demonios lo había deseado.

Cuando Alec había entrado en la sala del desayuno, temía enfrentarse a Lily, seguro de que ella planeaba acusarlo del peor de los pecados, para a continuación insistir en que la enviara lejos de Londres o en que se casara

con ella.

Sinceramente, no estaba seguro de poder haber hecho lo primero. Al menos después de haberla tenido entre los brazos la noche anterior, bella, perfecta y tentadora.

Y, sin duda, no pensaba casarse con ella. Se merecía un hombre mucho mejor que él, que era bueno para dar placer sexual y poco más. Mejor que una bestia que, hasta que heredó el título, apenas merecía una segunda mirada de las hermosas rosas inglesas. Alguien que, ciertamente, no valía la pena para una segunda noche.

Alguien demasiado basto. Demasiado poco refinado.

Lily valía mucho más que él. Ya lo había demostrado la noche anterior, y eso le había hecho estar más resuelto en llevar adelante su plan. La casaría. Y cuando lo hubiera hecho, regresaría a Escocia, y jamás volvería a Londres.

Había entrado en la sala dispuesto a dejar las reglas muy claras. Sin embargo, no había esperado que estuviera tan guapa, vestida con la seda más verde que jamás hubiera visto, acariciando la enorme cabeza de Hardy como si lo hubiera criado desde cachorro.

No debería importarle que le gustaran sus perros.

Porque no importaba.

Lo único realmente importante era casar a esa chica.

Y por eso debería haberse sentido aliviado cuando ella se mostró de acuerdo y le dio un nombre. Pero no era eso lo que le inundó al oírlo, sino algo mucho más peligroso. Algo que, si no supiera que no podía ser, pensaría que eran celos.

Sin embargo, cuando le respondió, Alec fingió sentirse impasible ante aquel anuncio.

—¿Stanhope? ¿Lo conoces?

—Todas las mujeres solteras de Londres lo conocen.

No le gustó la forma en la que lo dijo, como si ese hombre fuera una especie de premio.

—Yo no lo conocía.

Ella esbozó una sonrisa.

—Tú no lees *Perlas y pellizas*.

Alec estaba orgulloso incluso de saber que se trataba de una revista femenina.

—Como soy un hombre, no, no lo hago.

—Es uno de los Lores de la Tierra —explicó Lily, como si eso significara algo.

Alec no pudo ocultar su ignorancia.

—¿Qué demonios significa eso?

Ella suspiró, y cuando respondió, parecía como si estuviera irritada por su impactante falta de conocimientos.

—Lord Stanhope ha encabezado la lista de Lores de la Tierra de Londres durante todo el tiempo que llevo leyendo las páginas de cotilleos.

—Dejemos para dentro de un rato por qué pierdes el tiempo leyendo las páginas de cotilleos —dijo Alec—, y empecemos por qué Stanhope está en cabeza de... —hizo una mueca ante la idea de decir aquella idiotez— la lista de los Lores de la Tierra.

Ella enumeró con los dedos las cualidades de Stanhope.

—Es guapo, encantador, tiene título y no está casado.

Alec supuso que a las mujeres les gustaban esas cosas.

—¿No es rico?

Lily arqueó una de sus cejas perfectas.

—Como bien sabes, ahí es dónde entro yo. ¿No es esa la clave para poder casarme?

Las palabras le molestaron.

—Espero que no solo quiera riqueza —replicó antes de poder contenerse. Ella no era tonta... y preguntaría...

—¿Qué más puede querer?

Probablemente no debería de haber respondido. Pero verla allí, con Hardy a sus pies, mirándola con adoración, hizo que se lo dijera.

—Está tu belleza.

Ella arqueó las cejas en una silenciosa pregunta.

Era la verdad. Lily era la mujer más guapa que había visto en su vida, con aquel pelo caoba y los ojos grises, la cara perfecta en forma de corazón y un cuerpo que no podría haberse desarrollado mejor.

Un cuerpo en el que había intentado desesperadamente no fijarse hasta la noche anterior, cuando se apretó contra el suyo y no le quedó más remedio que percibirlo. Y de memorizarlo.

Lillian Hargrove era magnífica.

«Y no era para él».

—Una belleza mancillada en el mejor de los casos, ahora que todo el

mundo conoce la pintura.

—Eso es basura —dijo, y notó la garganta muy seca. Tosiendo, se sirvió más té y bebió un largo sorbo—. Además, la pintura no cambia el hecho de que eres perfecta.

—De alguna manera, excelencia, cuando lo dices, no parece un cumplido —repuso ella.

—Porque no lo es. —Sabía que estaba gruñendo, pero no podía evitarlo. Levantó la silla que había mandado antes al suelo.

«Cuando ella había hecho referencia a la experiencia que tenía».

Mientras colocaba el mueble, se vio inundado con imágenes de cómo había obtenido, precisamente, esa experiencia. Las visiones fueron seguidas de inmediato, por las vivencias que él podía darle.

Y eso era peligroso.

—La belleza siempre viene acompañada de problemas —agregó como recordatorio para sí mismo más que para ella.

Lillian Hargrove era problemas con «P» mayúscula. Los peores que se pudieran encontrar. Era de esas mujeres que hacía que los hombres hicieran tonterías, como besarlas hasta perder el sentido en un carruaje, hasta que ambos quedaban debilitados por el placer.

Ignoró la idea y se concentró en beber el té. No volvería a sentirse débil de placer otra vez. No con ella. Jamás.

Se merecía un hombre mucho mejor que un escocés que se golpeaba la cabeza contra el marco de la puerta y que destrozaba la ropa mientras andaba a golpes. Se merecía un hombre menos rudo. Uno refinado como un príncipe.

Alguien opuesto a él.

Supuso que uno de los Lores de la Tierra —significara lo que significara— era precisamente un hombre así. Y si Stanhope accedía, debería sentirse feliz. De hecho, un lord de la Tierra era justo lo que Lily necesitaba. Alguien que fuera considerado un buen partido para el matrimonio, eclipsaría cualquier cosa. Incluso esa pintura.

«Ojalá hubiera algo que pudiera eclipsar a Lily desnuda...».

Lo que Alec dudaba. Por su belleza.

—Quizá el aire escocés te ha fundido el cerebro, excelencia. La mayoría de la gente diría que la belleza es una bendición.

—Yo no. Lo sé muy bien. Ninguna belleza como la tuya es una bendición. Ella abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

—Creo que nunca en mi vida me había sentido tan insultada por un cumplido.

Bueno. Si se consideraba insultada, se mantendría alejada de él.

—No te preocupes, muchacha. Vamos a rentabilizar tus bazas para casarte.

—Mis bazas...

—Exactamente.

—Que son: belleza... —Ella se acercó a él. Alec se movió de forma que la mesa del desayuno quedó entre ellos mientras sentía su irritación y recordaba su gancho de derecha de la noche anterior— y una dote.

—Correcto. —Al menos, ella lo entendía.

—¿Y mi cerebro?

Alec se quedó quieto, y supo al instante que esa pregunta era peligrosa.

—Tienes un buen cerebro.

—No me vengas con cumplidos elaborados.

Él suspiró y miró al techo, exasperado.

—La cuestión es que tu cerebro es innecesario.

Ella parpadeó.

Al parecer, la respuesta no era correcta.

—Bueno, está claro que creo que tu cerebro es esencial para que el plan funcione.

—Oh, bien... Excelente —dijo ella. Alec no se perdió el sarcasmo con el que lo dijo—. Dado que eres escocés...

—Veo que te estás dando cuenta...

Su mirada lo hizo callar.

—... quizá deberías sentarme en las escaleras de entrada de nueve a tres para que todos los interesados echen un vistazo a la mercancía.

La había enfadado. Lo que estaba bien. Una Lily enfadada no querría que la besara. Se esmeraría en mantenerla irritada.

—Si bien en teoría no me opongo a esa idea, soy consciente de que puede no ser apropiada.

—¿Puede no serlo?

—No, no lo es. Definitivamente. —Negó con la cabeza—. Voy a enviarle un mensaje a Stanhope, mañana te reunirás con él.

La vio abrir los ojos de par en par.

—¿Mañana?

—No podemos perder el tiempo. Solo tienes siete días para pescarlo.

«Siete días para resistirme a ti». Alec apretó los dientes ante la idea.

—¿Y si está ocupado?

—No lo estará.

Ella arqueó una ceja castaña.

—Puede que no te guste el título de duque, pero dominas la arrogancia y el aire de superioridad que lo acompañan.

—Has elegido a un maldito hombre y yo me encargo de traerlo, ¿no es así?

—dijo él elevando la voz.

El silencio se extendió entre ellos hasta que Alec se sintió una bestia por haberle gritado. Abrió la boca para añadir algo más, para pedir disculpas.

Ella lo detuvo.

—Claro, por supuesto, tráelo.

—Lily... —dijo, sintiendo de repente que aquello estaba yéndosele de las manos.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te he dicho sobre llamarme Lily?

Él no podía usar ese nombre. Ella se lo había dejado claro.

—Lillian... —intentó de nuevo—. Ayer por la noche, lo que ocurrió, fue...

—Esa mujer lo convertía en un estúpido, un loco, ¿cómo era posible? Cogió aire—. Vamos a atribuirlo a mi brutalidad.

—Deja de decir eso. No eres una bestia.

—Destrocé la chaqueta. —«Y también tu corpiño».

No, no iba a pensar en el corpiño.

—Solo necesitas un sastre mejor.

Esa mujer era demasiado frustrante.

—Eso no me hace menos salvaje.

Lily estaba tan callada que él pensó que llegaría a no responder. En cambio, soltó lo peor que podía imaginar.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

Se movió de nuevo alrededor de la mesa y él también, manteniendo la distancia.

—Llamarte así a ti mismo. Bestia. Salvaje.

«El salvaje escocés».

Vaciló.

—Tú también me has llamado así, ¿no es cierto?

—Cuando estaba enfadada. Tú lo dices de verdad.

«Porque es algo intrínseco a mí. Nunca seré lo suficientemente bueno para ti».

—¿Y cómo me llaman en tus revistas para mujeres?

—Todo tipo de cosas: El duque salvaje, el diablo de las Highlands.

—Yo no soy un escocés de las Highlands. No lo soy.

—Perdone usted, excelencia —dijo ella con todo su sarcasmo—, pero a nadie parece importarle la verdad.

Cierto, lo sabía y lo agradecía. No deseaba discutir sobre la verdad.

—De todas formas —aseguró—, no volverá a ocurrir. —Quizá si lo juraba, dejaría de desearlo.

Ella asintió moviendo la cabeza después de un buen rato.

—Creo que voy a necesitar una acompañante —se limitó a decir.

—No. Una chaperona solo será un impedimento.

—Esa es la función de las chaperonas. Ser un incordio e impedir que sus protegidas tengan libertad.

—No tenemos tiempo para andarnos con correcciones.

Hardy ladró; los perros estaban empezando a pensar que dar vueltas alrededor de la mesa del desayuno era un juego.

Lily ignoró a los animales.

—Entonces, ¿para qué preocuparse por una chaperona? No soy precisamente una dama de acrisoladas virtudes.

Porque era el sueño de cualquier hombre. Y una acompañante era esencial. No solo una anciana temblorosa con mala vista y peor oído. Necesitaba un acompañante que entendiera la naturaleza crítica, pero al mismo tiempo consciente de la situación y que, en caso de ser necesario, dejara al hombre inconsciente si era demasiado atrevido.

No había muchas chaperonas que supieran boxear en Londres, imaginó Alec.

Pero había una solución ideal. Una que había ideado en la oscuridad de la noche, mientras se obligaba a pensar en ella como en una pupila y no como una mujer. De hecho, estaba bastante orgulloso del éxito alcanzado.

—No me preocupa ese tema.

Lily se detuvo y lo miró con absoluta incredulidad.

—¿No?

—En lo más mínimo. —Él se balanceó sobre los talones y cruzó los brazos

sobre el pecho—. Tengo al acompañante ideal.

Aquella ceja castaña se volvió a alzar, amenazando con perderse en el pelo.

—¿A quién te refieres?

Él sonrió... La tenía.

—Yo.

Ella se rio, un sonido ligero, encantador, puramente tentador...

—¿En serio?

—En serio.

La vio fruncir el ceño, y él resistió el impulso de alisarle las arrugas que aparecieron en su entrecejo.

—No eres es acompañante típico.

—Tontería. Soy el mejor posible. —Hizo una pausa para enumerar las razones con los dedos—. Tengo mucho interés en que encuentres un marido satisfactorio, así podré marcharme de Londres y no volver nunca.

—Algo que podrías hacer en este momento si me dieras los fondos para que desapareciera.

Él ignoró la declaración y continuó.

—Estoy predispuesto a detestar a todos los ingleses, así que estaré más en guardia que una vieja solterona.

Ella arqueó una ceja.

—Eres viejo y soltero también, excelencia. Tendría más cuidado al pensar en llamar a alguien vieja solterona.

Ignoró la burla.

—Y, como hombre, soy más que capaz de predecir situaciones comprometidas.

Lily frunció los labios y guardó silencio durante un largo minuto, el tiempo suficiente para que Alec llegara a la conclusión de que la había convencido con su argumento, sobre todo cuando asintió.

—Parece como si lo tuvieras todo perfectamente planeado.

—Y lo tengo.

Se había levantado temprano para hacerlo, se había prometido a sí mismo que casaría a Lily lo antes posible. Tenía intención de firmar los documentos de la dote en el mismo momento en que ella seleccionara un pretendiente y regresar a Escocia.

Y olvidarse de ella.

—Solo hay un problema con tu plan.

—¿Cual? —El plan era perfecto. Lo había considerado desde todos los ángulos.

—Tiene que ver precisamente con las situaciones comprometidas.

No le gustó cómo sonaba esa frase en sus labios. O, tal vez, le gustaba demasiado.

«Eso es irrelevante».

El plan no tenía ningún problema.

—Pues ya ves, excelencia, desde que tú has llegado a Londres, me he encontrado precisamente en una situación comprometida. —Se puso derecha y lo paralizó con una fría mirada gris—. Anoche. Contigo.

Parecía que sí había un problema con el plan.

• 12: La pérdida del duque es la ganancia de un conde

•

Cuando salió de Dog House la tarde siguiente, vestida para dar un paseo por Hyde Park con un caballero que no conocía, Lily esperaba un vehículo sencillo. Negro. Posiblemente blasonado con algún tipo de escudo canino, teniendo en cuenta su residencia actual. Sin embargo, lo que encontró fue un carruaje totalmente diferente a cualquiera que ella hubiera visto antes.

No era el elegante coche de dos asientos en el que los jóvenes solían pasearse con orgullo por todo Londres. Pero tampoco era el elaborado cabriolé dorado en el que las mujeres pasaban las tardes en Hyde Park.

No había nada parecido, y no solo porque Angus y Hardy estaban sentados en el centro del asiento como perfectos guardianes caninos. Se trataba de un enorme carruaje con grandes ruedas negras que llegaban casi a la altura de su hombro. Todo el vehículo brillaba bajo la luz del sol, incluso las ruedas, que parecían haber evitado de alguna forma el polvo de las adoquinadas calles de la ciudad.

Como si el propio carruaje y los perros no fueran suficientes, los caballos también eran notables. Tan negros que brillaban con un tono casi azulado bajo el sol, perfectamente iguales, de la misma altura y la misma complexión. La hicieron contener el aliento.

Y todo eso antes de que apareciera el conductor, que se aproximaba por un costado del coche, alto, ancho y vestido con *kilt*, y que parecía a la vez muy rico y muy salvaje, con aquellas piernas bronceadas, los hombros anchos, los ojos que no perdían detalle y esos labios...

No, «sin labios».

No era día para pensar en labios.

Y menos si eran los labios del duque de Warnick.

Alzó la barbilla en dirección al carruaje mientras bajaba los escalones de Dog House.

—Es precioso...

Él sonrió antes de volverse para mirar el vehículo.

—¿Verdad?

Ella no pudo reprimir la sonrisa que brotó, al tiempo que asentía moviendo la cabeza.

—Nunca había visto nada parecido.

—Eso es porque no hay nada igual —comentó él—. Está hecho a medida.

Lily frunció el ceño.

—¿Tienes un cabriolé personalizado? ¿Para qué? ¿Pasas mucho tiempo recorriendo los campos escoceses, ansioso de que te vean?

Él se rio ante la pregunta y el sonido fue tan cálido como un día veraniego en pleno invierno.

—Está construido para competir. Está perfectamente equilibrado, es muy ligero y rápido como una bala. Puede considerarse virtualmente invencible.

La asaltó una imagen de ese carruaje con él a las riendas volcando en una carretera a alta velocidad, poniéndose en peligro, pero ignoró aquella devastación. A fin de cuentas, no era asunto suyo preocuparse por él.

—¿Lo has diseñado tú?

—De hecho, lo ha diseñado Eversley.

Ella lo miró confusa.

—Entonces, pertenece al marqués.

—*Nae*. Me lo ha cambiado.

—¿Por qué? —No podía imaginar que hubiera un elemento comparable a aquel vehículo.

—Por una silla de montar usada.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó ella con la boca abierta.

Él sonrió mientras se balanceaba sobre los talones.

—Porque el muy idiota se ha enamorado.

—No lo entiendo. —Ella sacudió la cabeza.

—Ni yo..., pero no iba a rechazar la oferta. —Le tendió la mano—. ¿Nos vamos?

Ella no vaciló y permitió que la ayudara a acomodarse en el asiento, que estaba más alto que cualquier otro en el que se hubiera sentado nunca, junto a Hardy. El animal, apoyó la cabeza en su regazo de inmediato para que se la acariciara. Algo que ella tuvo mucho placer en hacer.

Alec se sentó al lado de Angus.

—Vas a arruinar a mi perro con salchichas y mimos.

—Tonterías —repuso ella—. Ni que le pusiera coronas llenas de piedras preciosas.

Él esbozó una rápida sonrisa ante la broma, pero fue tan fugaz que ella no la habría visto si no lo hubiera estado mirando. Pero la vio. Alec tenía una sonrisa preciosa. Tampoco era que ella se hubiera dado cuenta por alguna razón específica, era un hecho constatable, y punto. Como que el cielo era azul o los perros tenían cola.

Abandonó aquel pensamiento sombrío cuando el vehículo comenzó a desplegarse lentamente, notando que la cabina apenas se movía con el impulso de las ruedas.

Era un cabriolé impresionante.

—Me encantaría tener uno.

—Te lo compraré, como regalo de bodas.

Siempre con la mente puesta en sus objetivos: casarla. Transferir el problema a otra persona.

—Si es un regalo de bodas, no será mío. Preferiría que fuera un...

Alec la miró.

—¿Un qué?

Ella sacudió la cabeza.

—Iba a decir que preferiría que fuera un regalo de cumpleaños.

—¿El dinero no será regalo suficiente? —repuso él con sequedad.

—Mi dinero ya es mío. Sin embargo, siempre me ha hecho ilusión tener un regalo.

—¿Te ha hecho ilusión? —La estudió—. ¿Nunca te han hecho un regalo de cumpleaños?

Lily apartó la mirada, poco dispuesta a responder con aquellos ojos clavados en ella. Ese hombre veía demasiado.

—Cuando era niña sí. Baratijas... Pero después de que mi padre... —Vaciló y luego negó con la cabeza—. Supongo que los regalos son cosas de niños. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste uno?

—En mi último cumpleaños.

Ella parpadeó.

—Catherine me regaló un gatito. Se le ocurrió que me merecía algo tan arrogante como yo.

Lily se rio.

—¿Y?

—Le puso al maldito bicho el nombre de Aristófanes. Claro que es arrogante.

—Y lo adoras...

—Lo tolero —la corrigió, pero ella notó que curvaba los labios en una pequeña sonrisa llena de cariño—. Me llena la almohada de pelos y maúlla en los momentos más inoportunos.

—¿Inoportunos?

—Cuando estoy en la cama.

Lily se sonrojó, imaginando a qué momentos se refería.

—Estoy segura de que es desagradable para quien comparte la cama contigo.

Él no vaciló.

—No puedes decir que has vivido hasta que te despiertan estas dos bestias persiguiendo a un gato por las paredes.

Lily soltó una risita al tiempo que acariciaba la adorable y suave cabeza de Hardy.

—Tonterías, estoy segura de que se comportan como príncipes.

Sin mirarla, Alec se inclinó para gruñir a los perros. Luego puso la mano sobre la de ella, encima de la cabeza de Hardy, haciéndola estremecerse consciente del gesto, que hizo que su corazón se le detuviera un segundo antes de volver a acelerarse.

—Perdón —dijo él.

Pasearon en silencio durante un buen rato, mientras Lily deseaba que la tocara de nuevo. Finalmente, él se aclaró la garganta.

—Deberíamos hablar sobre los objetivos de esta tarde.

Lo miró.

—¿Los objetivos?

—En efecto.

Esperó a que continuara.

—¿La meta no es conseguir que me comprometa para casarme antes de que se desvele la pintura? —dijo ella al ver que él no añadía nada más.

—Lo es.

Lily apartó la mirada, ignorando la punzada de disgusto que surgió ante sus palabras. No quería que la presionara para casarse. Su sueño no había sido nunca ese. Ella había soñado con pasión, amor, y algo mucho más poderoso

que un paseo por el parque. Ojos que se encontraban en un salón abarrotado..., aunque se conformaría con una mirada a través de una habitación vacía. Ojos que se buscan, punto.

En cambio, estaba a punto de ser exhibida como ganado.

Y todo con la esperanza de que pudieran engañar a un hombre para que la eligiera antes de que todo el mundo la viera desnuda.

Era muy humillante.

—Es importante que sigas unas pautas —comentó él.

Ella se giró para mirarlo.

—¿Que siga unas pautas?

Alec asintió con la cabeza mientras el carruaje aceleraba por la amplia avenida hacia Hyde Park.

—Tengo algunas sugerencias.

—¿Sobre cómo tengo que comportarme?

—Sí.

Eso no podía estar pasando.

—Esas sugerencias, ¿son como acompañante?

—Como hombre.

No, hasta ese momento la cuestión no había sido humillante en absoluto. Ahora sí lo era. Quizá ese inusual carruaje podría volcar. Quizá su inusual velocidad la haría caer al Támesis y se hundiría en el lodo.

Ojalá estuvieran más cerca del río..., pero ni siquiera en eso tenía suerte.

—Continúa.

—A los hombres les gusta hablar de sí mismos —explicó Alec.

—¿Acaso crees que no lo sé?

—Supongo que sí, al menos teniendo en cuenta tu amistad con Hawkins —repuso él, y sus palabras se perdieron en el viento.

—Jamás hemos sido amigos —espetó ella.

—No puedo decir que eso me sorprenda —admitió él—. Es difícil imaginar a alguien queriendo ser su amigo.

Lily había deseado mucho más que una amistad de Derek Hawkins, pero era un dato irrelevante.

—Tú no lo serías nunca.

—Tienes toda la razón. No querría. No quiero que ese hombre respire el mismo aire que yo nunca más.

—Me refería a que no te gusta hablar de ti mismo.

Salvo para llamarse bestia y salvaje. ¿Qué le habría pasado para creer eso? ¿Para pensar en sí mismo como un monstruo? Si ella pensaba en él, su mente solo se recreaba en su elegancia y gloria. En los músculos y tendones, en los rasgos que eran la envidia de todos los demás hombres, o eso imaginaba. Por no hablar de sus besos...

«No».

Detuvo esos caprichosos pensamientos, eran peligrosos.

—Soy escocés —respondió él, como si ese hecho lo explicara todo.

—¿Escocés? —repitió ella.

—Somos menos arrogantes y presumidos que los ingleses.

—Los ingleses, que son peores en todo que los escoceses.

Él se encogió de hombros.

—Eso no es arrogancia. Es un hecho. La cuestión es que debes hacerle preguntas. Sobre sí mismo. Y que él se ría de ti.

Ella parpadeó.

—¿Que se ría de mí? Muy romántico...

Él sonrió antes de continuar.

—Pregúntale sobre esas cosas que le gustan a los ingleses. Caballos, sombreros, paraguas...

Lily arqueó una ceja.

—¿Paraguas?

—Los ingleses con título parecen sumamente preocupados por el clima.

—¿En Escocia no llueve?

—Claro que llueve, muchacha. Pero somos hombres hechos y derechos y no nos quejamos por un poco de agua.

—¡Oh, no, por supuesto! Imagino que incluso es algo que os divierte —aseguró ella con ironía—. ¿Acaso hay algún olor mejor que el que despiden un *plaid* mojado?

Él arqueó una ceja.

—Segunda sugerencia. Debes esforzarte para mostrarte de acuerdo en todo.

—¿Contigo? —replicó ella.

—De hecho, eso sería útil a largo plazo, pero me refería a Stanhope. A los hombres les gustan las mujeres agradables.

—Dóciles...

—Exacto. —Alec parecía feliz de que lo hubiera comprendido a la

primera.

—Bueno, yo he posado para un desnudo legendario. Si eso no es ser dócil, no sé lo que es...

Él la miró.

—No menciones el retrato.

—Estás aturrullando mi pequeño cerebro femenino con tantas reglas, excelencia.

—¿Quieres casarte o no? —suspiró él.

—¡Oh, claro! —repuso ella—. Sueño con un marido que se burle de mí.

—Estás siendo deliberadamente obtusa —dijo él con otro suspiro.

—¿Estás seguro de que es deliberadamente? Después de todo, me has aconsejado que deje el cerebro en casa, ¿verdad?

—Eso nos lleva a una última sugerencia.

—¿Hacer todo lo posible por parecer retrasada? —Él apretó los labios, estaba pasándose bien—. Debe ser maravilloso encontrar divertida esta conversación, excelencia. Continúa, cuéntame tu última sugerencia.

—Muéstrale tus mejores atributos.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Qué demonios significa eso?

—Dado que es uno de los Lores de la Tierra, es posible que tengas mucha competencia.

Estaban llegando a Hyde Park, Rotten Row se extendía ante ellos. El carruaje frenó hasta detenerse, y un hombre elegante los miró desde varios metros de distancia. Su sonrisa era tan cálida que Lily pensó que si ese era Frederick, lord Stanhope, se ajustaba a la perfección a lo que *Perlas y pellizas* decían de él: alto, rubio y guapo, con una enorme sonrisa y mirada amable.

—Bien, sin duda es uno de los Lores de la Tierra —aceptó.

Ojalá pudiera sentir alguna emoción al verlo, si así fuera, la tarde comenzaría de una forma gloriosa. Pero, en cambio, estaba recibiendo lecciones de cortejo de un escocés sobre sus mejores cualidades.

No era un buen augurio para las horas siguientes.

—Si te gustan así...

Lily se volvió hacia Alec.

—¿Guapo, con título y soltero? Tienes razón, son preferencias muy extrañas.

Alec gruñó y ella tomó aquel irritado sonido como una señal de que había

ganado aquella batalla. Cuando lord Stanhope se acercó, ella se giró hacia el escocés, notando que todavía sostenía las riendas con sus enormes manos enguantadas.

—¿Puedo suponer que me vas a ofrecer una lista sobre cuáles son los mejores atributos que tengo?

—No —repuso él.

Ella no pudo ocultar la sorpresa.

—¿No?

Él negó con la cabeza.

—Compórtate como quieras. —Se bajó del carruaje, y ella lo miró mientras rodeaba el vehículo para ayudarla a ella.

Cuando él la cogió por la cintura con las manos, el contacto la hizo estremecer. Y se sintió todavía más inquieta cuando él dijo algo en voz baja, algo que solo ella pudo oír.

—Tus atributos son los mejores.

A Alec no le gustó nada el conde de Stanhope.

Era obvio por qué las mujeres se morían por él a pesar de ser pobre. Lily había enumerado varias veces todas sus cualidades positivas a lo largo del día, ¿no era cierto? Guapo, con título y soltero.

También resultaba encantador. Eso quedó claro en el momento en el que aquel dandi se acercó con el bastón plateado en una mano, los pantalones y la chaqueta perfectamente hechos a medida, sin arrugas, y se inclinó sobre la mano de Lily.

—Señorita Hargrove —dijo con la perfecta inflexión de un internado inglés—, muchas gracias por reunirse conmigo.

«Demasiado encantador».

Y luego aquel bastardo la besó.

De acuerdo, el conde besó sus nudillos enguantados, y Alec podría haber encontrado que aquel saludo era perfectamente razonable, aunque algo ridículo, cuando uno conocía a la mujer con la que podría casarse algún día. Lo podría haber tolerado, por supuesto, si no hubiera estado tan ocupado queriendo arrancar la cabeza de aquel hombre demasiado apuesto por haber osado poner los labios en un lugar que no le pertenecía.

En cambio, se ocupó de los caballos, ignorando el rubor que cubrió las

mejillas de Lily y haciendo todo lo posible para olvidar la sensación que le había recorrido cuando la dejó en el suelo unos segundos antes.

—Es un enorme placer, lord Stanhope —repuso ella. Su voz sonó educada y encantadora a su vez—. Dejemos las circunstancias poco convencionales a un lado.

Alec miró a Stanhope, que la miraba fijamente a los ojos... Maleducado bastardo.

—¿Poco convencionales? —preguntó el conde.

—Nunca nos habíamos visto —dijo Lily.

—La vi en el baile de Eversley, pero no tuve oportunidad de pedir que me presentaran antes de que se marchara —replicó Stanhope acercándose más a ella. Demasiado—. La sociedad se sentirá terriblemente escandalizada.

Alec casi gimió. Lily no podía pensar que ese tipo era divertido. Era... inglés.

—No lo vi —repuso ella.

—Bueno, era más fácil verla a usted entre la multitud.

Ella se rio.

—Vestida como estaba, le creo.

El conde se unió a ella con una risa brillante y retumbante, y Alec quiso golpear algo.

—¿Estaba vestida de forma extraña? No me di cuenta.

Lily sonrió de oreja a oreja, haciendo que a Alec se le acelerara el corazón en el pecho.

—Milord, es un perfecto mentiroso.

Esto era un error.

A Lily le gustaba aquel aristócrata idiota. Y a él le gustaba ella, pensó fijándose en la forma en la que Stanhope sostenía la mano femenina, como si fuera suya.

Eso no le gustaba nada.

Lily no tenía dueño. Ella era su propia dueña. ¡Maldición!

—Stanhope, mantén las distancias —gruñó.

En el momento en el que dijo eso, Angus y Hardy se bajaron del cabriolé para inspeccionar al conde. El lechuguino soltó la mano de Lily para inclinarse y saludar a los perros.

—¡Qué magníficos sabuesos! —dijo mientras Angus le lamía—. Qué buen perrito...

Primero Hardy se enamoraba de Lily, y ahora a Angus le gustaba ese pavo real. Inglaterra estaba echando a perder a sus perros. Quizá esa fuera la razón más urgente para que casara a Lily y regresara a Escocia.

Pero no lo haría con ese maldito hombre, sin duda.

—Angus, basta —ordenó desde donde estaba, atendiendo a los caballos.

Angus se detuvo con un gemido de protesta y el conde se incorporó. Alec notó que daba una última caricia entre las orejas del perro antes de estirarse en toda su altura. Supuso que aquel hombre no era del todo malo.

—Warnick —lo saludó Stanhope con una sonrisa amistosa—. Resulta raro verte en Londres, y mucho más aquí. A la hora del paseo. —Deslizó la mirada por el *kilt* con diversión—. Ya veo que te has vestido para la ocasión.

Alec arqueó una ceja negra.

—Llevo chaqueta, ¿no?

Lily sonrió por encima del hombro de Stanhope, y Alec ignoró el placer que le recorrió al hacerla sonreír. De hecho, se había puesto una chaqueta como detalle a esa presentación en Rotten Row, pero había conservado el *plaid*. Por principios, para recordarse a sí mismo que no pertenecía a allí.

«Donde sí pertenecía ella».

Sin embargo, Lily hacía un buen trabajo recordandoselo.

—Puedes sacar al escocés de Escocia, pero...

—..., pero no Escocia del escocés, ya veo —completó Stanhope con una sonrisa idiota.

Ya estaban terminando aquella frase ridícula el uno por el otro.

Alec se alejó con un gruñido.

—No será la chaqueta lo que atraerá la atención de las damas —añadió el conde que parecía no saber estar callado.

—Eres tú quién debería preocuparse por atraer a las damas —lanzó Alec por encima del hombro—. Para eso estás aquí.

Entre ellos cayó un incómodo silencio, y el único sonido fue el susurro del viento entre las ramas de los árboles y las conversaciones que había más allá, lo suficientemente lejos para parecer un zumbido.

O quizá aquel ronco zumbido estaba dentro de su cabeza.

No debería haber dicho eso. No debería haber recordado que toda esa farsa estaba pensada para unir a Stanhope y a Lily, para que se cortejaran...

«Algo que había propiciado él mismo».

Se volvió y vio que Lily tenía las mejillas rojas, que había clavado la

mirada en el suelo, entre el borde de sus faldas y los pies del conde. Alec quiso acercarse a ella y disculparse por su grosería. Por todo. Parecía que eso era lo único que hacía últimamente: pedir perdón a Lily. Por ser un bruto.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de disculparse, ya que Stanhope se adelantó para rescatarla con una velocidad impresionante, y le ofreció el brazo como si Alec no hubiera dicho nada.

—Me sentiría sumamente afortunado si pasara conmigo, señorita Hargrove.

Lily levantó la vista y sonrió al conde.

—Estaré encantada.

El corazón de Alec se aceleró con irritación y frustración, además de algo que no estaba interesado en investigar. Así que concentró su atención en Angus y Hardy, que ahora estaban sentados junto a él, en el suelo, mirándolo con su superior juicio canino.

Los contempló con el ceño fruncido.

Stanhope miró al cabriolé vacío.

—¿No hay una acompañante que se una a nosotros?

Alec cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, lo hay.

Stanhope miró a Lily.

Ella puso la mano en el brazo que le ofrecía el conde y dio la espalda a Alec.

—Mi acompañante, lo mismo que mi situación, es poco convencional.

Stanhope se tomó la situación con calma, con la mirada clavada en los perros.

—Un *ménage* impresionante —agregó el conde inclinándose hacia ella—. No tema, se me dan muy bien los animales —le susurró al oído.

Una broma que lo incluía a él. Muy gracioso. Aquel idiota merecía que le cortara la cabeza.

Ella se rio.

—Espero que sí, milord.

¿Lily estaba coqueteando con él? ¿Eso era un flirteo?

Daba igual, a él no le importaba.

Comenzaron a recorrer el polvoriento Rotten Row, algo que Alec asumía que Lily y el resto de Londres consideraba «naturaleza». Por supuesto, no se parecía en nada. Estaba lleno de gente, grupos de mujeres con hermosos

vestidos flanqueadas a ambos lados por personas que se desplazaban más rápido: parejas en cabriolés y hombres a caballo. Definitivamente era el paseo de moda; parecía que apenas había espacio suficiente para pasear por aquel sendero, que uno solo tenía que dejarse llevar por la corriente humana.

Sabía que las chaperonas debían mantener una distancia adecuada con respecto a una pareja en situaciones como esa, pero si lo hacía, podía perderlos de vista. Stanhope podría cansarse de hablar de sí mismo y alguien podía tener la oportunidad de secuestrar a Lily. O, lo que era peor, podía secuestrarla el propio Stanhope.

Podría pasarle cualquier cosa.

Así que era mejor que él estuviera cerca. Angus y Hardy parecían plenamente de acuerdo, ya que se habían adelantado para flanquear a la pareja.

—¿Siempre hay tanta gente? —preguntó Lily al conde. Su voz envolvió a Alec, que se mordió la lengua para no responder.

—Por lo general, no —repuso Stanhope—. Supongo que este día es tan popular por dos razones; puede ser por el magnífico clima... —Entonces, el conde se detuvo y sonrió hasta que Lily levantó la vista—, o todo el mundo sabía que estarías aquí.

Lily era demasiado inteligente para enamorarse de alguien que hacía esos halagos.

No podía ver su rostro, pues quedaba oculto por el borde del sombrero rosado, pero sí vio un destello de dientes blancos antes de que agachara la cabeza y mirara hacia otro lado.

A ella le había gustado.

«¡Santo Dios!».

—No avergüences a la chica, Stanhope.

Lily levantó la cabeza bruscamente y lo miró por encima del hombro con los ojos muy abiertos, sin duda sorprendida por su proximidad. Estaba sonrojada, sus mejillas estaban tan encendidas como si hubiera estado toda la tarde al sol, en lugar de un cuarto de hora.

Arqueó las cejas, esperando que ella dijera algo.

—Es usted un adulator muy experto —comentó volviéndose hacia el conde.

Alec resopló. Por supuesto que era experto en adulación. Era un británico encantador. Entrenado para encantar y seducir a las mujeres.

Stanhope puso una mano enguantada sobre la que ella apoyaba en su brazo.

—Lo hago lo mejor que puedo, por supuesto, pero es fácil con alguien tan encantador como usted.

El bufido se convirtió en un gruñido.

—Dígame, milord, ¿suele pasear por aquí a menudo?

—Sí. Me gusta bastante. —La miró con brillantes ojos castaños—. En especial cuando es en tan buena compañía.

Alec volvió a resoplar, y Lily lo miró por encima del hombro antes de aumentar el ritmo, sin duda con intención de alejarse de él.

—Me imagino que tiene mucha demanda como acompañante —añadió ella después de un rato.

Pequeña coqueta. Estaba flirteando.

—No tanto como quiero que piense, me temo —repuso el conde—. Desafortunadamente, con los años no soy tan interesante.

Ella negó con una sonrisa.

—Milord, su humildad es innecesaria. Estoy segura de que las damas de Londres siguen agradeciendo que siga siendo elegible.

Él sonrió.

—¿Y usted, señorita Hargrove? ¿También lo agradece?

Ella no lo hace, quiso rugir Alec. No había nada en aquel inglés digno de gratitud. Ni, por supuesto, nada por lo que sentirse atraída.

Sin duda, nada con lo que le interesaría casarse.

—Agradezco su compañía —aseguró ella, y Alec contuvo el aliento al escuchar las palabras que le recordaban la conversación que habían tenido en el carruaje dos noches antes.

«A veces me preguntaba si me volvería a tocar otra persona».

Nunca en su vida había querido tocar a alguien como en aquel momento, en el que Lily le había confesado sus temores, sus dudas y las razones por las que había recurrido a Hawkins. Y luego la había besado, la había adorado hasta que no pudo pensar en nada más que en por qué no debía tocarla. En por qué se merecía un hombre mejor que él.

Un buen hombre. Un tipo con gracia y elegancia, no una bestia con su tamaño y su pasado. Sino alguien mucho más adecuado para ella que él.

Alguien como el maldito conde Stanhope.

Asumiendo que el maldito conde Stanhope fuera muy adecuado para ella.

No sabían siquiera si era adecuado para cualquiera. Después de todo, tenía treinta y siete años y no se había casado. Si eso no era un problema, Alec no sabía lo que era.

El camino tenía una pequeña curva, y el sol de la tarde cayó sobre Lily y Stanhope.

—Stanhope, ¿por qué no te has casado todavía?

Lily jadeó y giró en redondo hacia él.

—¡No puedes preguntar eso!

—¿Por qué?

Ella abrió y cerró la boca como si fuera un pez.

—¡Porque no se hace!

—¿Cómo puedes saber lo que se puede hacer y lo que no? Nunca has tenido una temporada.

Ella miró al cielo, exasperada.

—Porque todo el mundo sabe que no se puede hacer. —Se volvió hacia el conde—. Perdone, milord, mi chaperón... —Miró por encima del hombro antes de decir el final de la frase—. Es escocés.

Stanhope miró a Lily y luego a él, arqueando una de sus cejas color arena como si quisiera hacerle miles de preguntas, pero se contuvo. Por fin, acabó riéndose.

—No es necesario que se disculpe. El duque solo ha hecho la pregunta que se hace la mitad de Londres y nadie tiene coraje para pronunciar en voz alta. Imagino que me quedaré soltero por la misma razón que otros tantos. —Hizo una pausa—. No soy el mejor partido —agregó finalmente.

—O sea, que eres un maldito sinvergüenza —refunfuñó Alec por lo bajo, y Lily se detuvo en seco. Soltó el brazo del conde y le sonrió con los dientes apretados.

—¿Nos disculpa, milord?

Stanhope arqueó las cejas.

—Por supuesto.

—¿Que disculpe a quién? —preguntó Alec.

—A nosotros —dijo Lily—. A ti y a mí.

—¿A mí? —se extrañó él, llevándose una mano al pecho. ¿Qué demonios había hecho?

Ella lo miró furiosa.

—A ti, sí.

Dicho eso, dio la espalda a ambos hombres y se abrió paso entre la multitud hasta el borde del camino.

Miró a Stanhope, que le sonrió como si no tuviera nada mejor que hacer esa tarde. Alec siguió a Lily resistiendo el impulso de clavar el puño en la cara del conde.

La alcanzó mientras ella atravesaba corriendo un espacio entre los caballos que trotaban por el Row y llegaron a la hierba verde que lo bordeaba. Ignoró la forma en la que su corazón se aceleró cuando ella se volvió hacia él, con los ojos grises brillantes de ira. Estaban lo suficientemente cerca como para tocarla, y descubrió que era eso lo que quería hacer.

Y resultaba muy desagradable.

Dio un paso atrás.

—¿A qué estás jugando? —preguntó ella.

—No sé a qué te refieres.

—¿Acaso crees que no estamos oyendo tus gruñidos y refunfuños? ¿Tus inapropiadas preguntas?

Él extendió las manos

—Solo hago mi trabajo.

—¿Y tú trabajo en qué consiste exactamente? ¿En insultar como un crío?

—Señaló a los perros que se habían unido a ellos—. Hardy tiene mejores modales que tú.

Miró al perro, al que le colgaba la lengua y de ella una baba de varios centímetros, que brillaba bajo el sol, como si este quisiera demostrar que Lily tenía razón. Pensó que compararlo con el sabueso era bastante injusto.

—Mi trabajo como acompañante. Lo hago con la máxima sinceridad.

Ella hizo una mueca burlona.

—Si el objetivo es casarme, excelencia, la sinceridad es lo último que necesitamos.

La vio mirar por encima de su hombro, y siguió el rumbo de su vista para encontrar a Stanhope, que seguía en el centro del Row charlando con una pareja que estaba sentada en un cabriolé, riéndose y divirtiéndose.

Parecía el candidato perfecto para el matrimonio.

—Eres —continuó ella—, sin duda, el peor acompañante en la larga y venerable historia de las chaperonas. Las solteras del mundo están retorciendo sus cofias de encaje.

Sabía que ella tenía razón, pero no pensaba admitirlo.

—Claro, supongo que eres una experta en el comportamiento que deben observar las chaperonas.

—Sé que se supone que no tienen que acosar —espetó ella.

—No estoy acosándolo.

—Mides casi dos metros. Estás acosándolo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Aumentar la altura de tu pretendiente como si fuera un hada?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Es más alto que la mayoría de los hombres de Londres!

—No tanto como yo. —Alec no pudo reprimir la sonrisa.

—Bueno, por supuesto que no. Eres casi un árbol con piernas. —Suspiró—. No te acerques tanto. Síguenos a una distancia prudencial.

—¿Y si él se comporta de forma inapropiada?

Ella abrió los brazos.

—Nos rodean más de diez mil personas. ¿Crees que va a hacer algo inapropiado? Estás loco. Además, pensaba que el objetivo era comprometerme.

—No exageres, no hay tantas personas. Y ese es el objetivo, sí.

—Bueno, entonces, preocúpate de tus cosas, y selecciona a una de todas esas mujeres que no pueden apartar la vista de tus escandalosas piernas.

Eso lo sorprendió.

—¿Perdón?

Lily soltó un suspiro de exasperación, se puso las manos en las caderas y bajó la vista.

—Todos te miran las piernas. Algo que solo puedo suponer que te gusta, o estarías usando alguna vestimenta respetable.

Él se giró para mirar alrededor, notando al instante que varias mujeres tenían clavados los ojos en sus piernas.

—Mi ropa es perfectamente respetable.

—En Escocia —repuso ella—. En Inglaterra no enseñamos las rodillas.

—Esto es ridículo.

Ella movió las manos para agarrarse las faldas.

—Oh... —Hizo ademán de levantarlas—. Entonces, ¿debería enseñar las mías?

Él arqueó las cejas.

—No lo harás...

—¿Por qué? Sin duda son uno de mis mejores atributos. El resto de Londres las verá muy pronto, y estoy segura de que lord Stanhope las disfrutará.

Alec no tenía dudas al respecto. De hecho, aquella discusión sobre rodillas hacía que quisiera levantarle él mismo las faldas e inspeccionárselas.

Mataría a Stanhope en el acto si viera las piernas de Lily.

Desechó la idea.

—Lillian, ¿qué quieres que haga?

—Que uses pantalones.

—¿Por qué? —Alec sonrió, saludando a un cercano grupo de mujeres que trataba de disimular que lo estaba mirando. Las vio sonrojarse antes de alejarse riéndose, y Lily gimió disgustada. Él arqueó una ceja—. ¿Estás celosa, muchacha?

Le dio la impresión de que ella quería hacerle daño.

—¿Por qué iba a estarlo? Si te fueras con una de esas mujeres que te comen con los ojos, serías un problema menos para mí. —Saludó con la mano a las masas—. Tienes a todo Londres a tu disposición, excelencia. Elige...

«Te elijo a ti».

No, no lo hacía.

Bajó la mirada hacia ella.

—Lillian, eres tú la que tiene que elegir.

—Sería mucho más fácil si no tuviera cierta sombra escocesa. —Hizo una pausa—. Vuelvo con Stanhope —agregó finalmente.

Cada parte de él se resistió a esa idea.

—De acuerdo.

—No quiero que me sigas.

—Tengo mejores cosas que hacer que seguirte.

Ella asintió.

—Excelente. Entonces, adiós.

Él asintió también, más irritado cada segundo que pasaba.

—Adiós.

Y ella se dio la vuelta, haciendo ondular el precioso vestido de muselina rosada, y el juego de luces sobre la falda le hizo pensar en todas las cosas bonitas y rosadas que cubría. Tobillos, pantorrillas, muslos y...

«Rodillas».

Soltó un juramento en gaélico y alejó la mirada deliberadamente de ella mientras se acercaba al Row. Resistiendo el impulso de mirarla. De seguirla. De protegerla.

Funcionó, hasta que escuchó un fuerte «¡Eh!», que venía del lugar donde ella se encontraba.

Se giró a tiempo de ver un enorme caballo, guiado por un joven jinete. Alguien que, obviamente, había perdido el control de la nerviosa bestia, y ahora se dirigía hacia una aterrorizada Lily.

Alec se puso inmediatamente en movimiento.

• 13: La ausencia hace que el escocés se encariñe •

Era el hombre más desquiciante de la cristiandad.

En un momento le hacía el amor, al siguiente le recomendaba llamar la atención sobre sus mejores atributos para atraer a otro hombre, y al tercero, hacia todo lo posible para ahuyentar a ese otro hombre, que, todo hay que decirlo, parecía perfectamente decente. Un excelente partido, debía agregar.

¿Quería casarla o no?

¿Y qué era lo que ella quería?

Levantó la mirada hacia la multitud de personas que había en el sendero, y sus ojos se encontraron con los de lord Stanhope, que estaba a media docena de metros. En teoría, era perfecto. Tenía un título, era encantador, guapo y educado, y, todavía mejor, parecía disfrutar de su compañía.

Sería un buen marido.

Ojalá pudiera sentirse entusiasmada por la idea.

Y estaba segura de que podría llegar a emocionarle, si no fuera por el horrible duque de Warnick, que estaba consiguiendo que no pudiera pensar en otro hombre que no fuera él. Llegados a ese punto tampoco era que estuviera teniendo pensamientos muy halagadores sobre él. Por el contrario, lo que pasaba por su mente era, de hecho, cualquier cosa menos halagadora.

Como para demostrárselo a sí misma, comenzó a enumerar esas ideas mentalmente.

Para empezar, era demasiado grande. Los hombres modernos no tenían ninguna razón para alcanzar el tamaño de los cazadores prehistóricos.

En segundo lugar, por lo que ella podía decir, no poseía ni un solo par de pantalones que le quedara bien. ¿Qué clase de hombre no tenía al menos un par de ellos?

Para seguir, parecía que solo podía socializar con perros. Debía reconocer que eran animales encantadores, pero no obstante, seguían siendo canes. Todavía no le había escuchado mantener una conversación con un humano

que no terminara con él airado o derramando sangre.

«Salvo contigo».

Con ella, a veces las conversaciones terminaban en gloriosos paseos en carruajes, envueltos en un notable placer.

Negó con la cabeza, pasando por encima de la hierba hasta el Row.

«Solo eran pensamientos desagradables».

Cuarto...

—¡Eh! —El grito fue fuerte y un tanto aterrorizado desde algún punto a su derecha, y cuando se volvió para mirar, solo pudo ver un caballo castaño que galopaba desbocado hacia ella. Se quedó paralizada, de repente, horriblemente incapaz de moverse. Cerró los ojos, esperando ser pisoteada en cualquier momento.

Y luego algo cayó sobre ella, algo que la derribó y la dejó sin aire antes de ponerse a maldecir en gaélico entre un coro de gritos femeninos y masculinos, y varios ladridos emocionados.

No, espera...

No había sido pisoteada.

Abrió los ojos y encontró a Alec inclinado sobre ella, recorriéndole el rostro con la mirada mientras intentaba coger aire.

—Lillian... —dijo, y ella notó el alivio en su tono—. Respira.

Lo intentó, pero falló. Negó con la cabeza.

—Lillian...

¡No podía respirar!

—Lillian... —Él la sentó.

No podía respirar. ¡No podía respirar!

—Lily... —Lo miró y se encontró con su firme mirada castaña a solo unos centímetros de ella—. Volverás a respirar. Te he dejado los pulmones sin aire, pero volverás a cogerlo. —Él le deslizó las manos por los brazos y retrocedió mientras ella abría la boca para coger oxígeno... sin conseguirlo—. Mantén la calma. —Alec le encerró el rostro entre sus cálidas manos, acunándoselo como si fuera de cristal, mientras le acariciaba las mejillas con los dedos—. Escúchame... —Ella asintió—. Ahora... respira.

El aire llegó como por arte de magia.

Tragó saliva y él asintió, guiándola como si fuera algo que hacía por primera vez.

—Muy bien, muchacha. Vuelve a hacerlo. —Las lágrimas llegaron de

forma espontánea con una oleada de alivio. Alec la estrechó con fuerza contra él, y ella se aferró a las solapas de su chaqueta mientras hablaba—. Otra vez, respira, *mo chridhe*.

Durante un buen rato, fue como si estuvieran solos, sentados en la tierra de Rotten Row, y la totalidad de Londres desapareció. Ella se agarró a él respirando con grandes jadeos, notando el aroma a lino recién lavado y a tabaco, olores que le ofrecían fuerza y tranquilidad. Y luego Londres regresó con una cacofonía de ruidos. Cuando levantó la vista, se encontró un muro de gente mirándolos, observándola mientras recuperaba el aliento. Aquel mar de ojos curiosos hizo que se sonrojara avergonzada y que soltara la chaqueta de Alec.

—Estoy... —Tomó aire—. Estoy... —No sabía lo que se decía en una situación como esa, así que se decidió por saludar—. Hola.

Nadie se movió.

Nadie hasta que lord Stanhope se abrió paso entre la multitud y se agachó a su lado.

—¿Señorita Hargrove? ¿Está bien?

Ella negó con la cabeza.

—Solo ha sufrido mi orgullo.

Él sonrió y le quitó una hoja del cabello antes de inclinarse para recoger el sombrero sucio del polvo.

—Tonterías. Podría haberle pasado a cualquiera. El caballo estaba desbocado.

—¡Lily! —Miró hacia el lugar del que provenía el grito y vio a varias mujeres protestando mientras Sesily, Seline y Seleste Talbot se abrían paso entre la multitud—. ¡Dios santo, Lily! —Sin vacilar, las tres formaron charcos de seda a su alrededor para protegerla por todos lados—. ¡Podrías haber muerto!

Sesily era muy dramática.

—Por suerte, no he muerto —dijo ella—. Tuve la fortuna de que el duque apareciera justo en el momento preciso. —Se volvió en busca de la mirada de Alec, como si secretamente quisiera asegurarse de su presencia.

Salvo que él no estaba allí.

Levantó la vista en dirección al Row, buscando el familiar tartán rojo. Su reconfortante altura. Sus manos fuertes, su firme mandíbula escocesa.

Pero no estaba a la vista. De hecho, la única evidencia de que había pasado

por allí eran Angus y Hardy, que se habían sentado como centinelas justo detrás de ella. Como si su amo los hubiera dejado a propósito.

A la izquierda. Junto a ella.

«Tengo mejores cosas que hacer que seguirte».

Se le encogió el pecho ante ese recuerdo, y luchó por recuperar de nuevo aliento.

—Se ha ido —dijo con suavidad.

—Se ha alejado como un murciélago en el infierno —describió Sesily, provocando una risita en la multitud. Se volvió hacia allí—. ¡Oh, por favor! ¿Ni siquiera se puede pronunciar la palabra infierno en público? Es solo un lugar, ¿no es cierto? Se me permite decir Hyde Park o Knightsbridge...

—Cockington —intervino Seline, arrancando una oleada de gritos ofendidos de la multitud.

Lily tosió para disimular la risa.

Lord Stanhope se agachó para ayudarla a ponerse en pie y, cuando habló, lo hizo en tono de diversión.

—Bueno, eso dispersará a la multitud más rápido que cualquier otra cosa.

Lily sonrió.

—¿Existe incluso ese lugar?

—Está en Devonshire —dijo él con una sonrisa.

—Bueno, entonces —dijo ella con naturalidad—, tiene razón.

—Parece que tener cerca a las hermanas Talbot es muy útil para redirigir la atención.

—Será mejor que lo recuerde, lord Stanhope —intervino Sesily—, ya que no nos gustaría si no se mantiene en su lugar.

—Burburburujas de brujas...—anunció Seleste.

Lily y Stanhope se miraron.

—Es abracadabra, pata de cabra... — la corrigió Seline.

—¿Es así? —preguntó Seleste mirando a Lily.

Ella asintió.

Seleste cambió la vista hacia Stanhope.

—Bueno, no tiene sentido, a fin de cuentas se trata de un caldero ¿no? Con brujas.

Stanhope asintió.

—En efecto.

—¿No debería burbujear?

—Imagino que sí —dijo Lily.

Seline puso los ojos en blanco.

—Esto no es relevante.

—Solo preguntaba... —dijo Seleste.

Stanhope parecía contener la risa.

—De cualquier forma, milady, no soñaría con enfrentarme a usted.

—Ahh... Entonces, objetivo alcanzado.

Lily se rio, y el sonido se transformó de inmediato en una tos.

—Por el amor de Dios, Seleste. Lily ha estado a punto de morir —intervino Sesily—. Deja de hacerla reír.

Stanhope le ofreció el brazo.

—Mi carruaje no está demasiado lejos, señorita Hargrove. Será un placer acompañarla a casa. —Miró a las otras jóvenes—. Quizá las damas quieran unirse a nosotros...

Ninguna de las tres vaciló.

—Excelente —dijo él, girándose hacia Lily—. Permita que la acompañe a la hierba e iré a buscarlo.

Lily dejó que la guiara fuera del camino de tierra. Hardy y Angus la siguieron en silencio, sin perderla de vista, como si sintieran las innumerables emociones que la habían atravesado esa tarde. Una vez sobre el césped, acarició las grandes y hermosas cabezas de los perros.

—Milord, me siento mejor ahora... —comenzó a decir levantando la voz para que la oyeran todos los allí reunidos.

Y al menos se sentía mejor la parte de ella que no se preguntaba dónde se había metido Alec.

Le costaba creer que la hubiera dejado allí sola. Sí, siempre ocurría después de que discutieran y se reconciliaran —era lo mejor, ¿no?—, y casi estaban mejor separados que juntos cuando se trataba de un posible noviazgo.

Pero casi la habían atropellado. Podía haber resultado herida de gravedad.

«Él había estado allí para salvarla».

Y luego la había dejado sola. Con Stanhope. Que no se había marchado, como debería hacer cualquier hombre decente. Y también ella misma.

Señaló un montículo en el césped, donde había un tocón de árbol.

—¿Quizá podríamos sentarnos un rato —se volvió para mirar a sus acompañantes— y hablar?

Unos instantes después, estaba acomodada en el tocón, y el cálido sol de

mayo caía sobre ella mientras todos los demás la rodeaban, como protegiéndola. Hardy se adelantó y apoyó la cabeza en su regazo, mientras que Angus se tendía a sus pies.

Al darse cuenta de lo extraña que era la situación, Lily se sintió un poco culpable por obligar al conde a unirse a ellas, y le ofreció una salida.

—Milord, ha sido muy amable, pero no me gustaría aprovecharme de su bondad. Estoy segura de que mis amigas están dispuestas a acompañarme a casa.

Él sonrió.

—Tonterías. Este es, sin duda, el día más emocionante que he tenido en meses, y podría continuar siéndolo. No se hace una idea de lo aburridas que pueden llegar a ser las sesiones parlamentarias.

—Esperad un momento... —intervino Seleste.

—¿Está...? —agregó Seline.

—¿... cortejándola? —terminó Sesily.

Lily se sonrojó mientras Stanhope sonreía.

—De hecho, la señorita Hargrove y yo nos conocimos hace apenas una hora. Estábamos dando un paseo por el Row.

—¡Oh! —dijeron las tres hermanas al unísono antes de compartir una mirada que indicaba su comprensión colectiva de que pasear por Hyde Park era algo que precedía a otras cosas más importantes.

—Bueno, no nos gustaría interrumpir —dijo Seleste.

Sus hermanas ya estaban moviéndose.

—¡No! —añadió Seline—. Suena muy importante.

Era sorprendente que la presencia de esas tres jóvenes consiguiera de alguna manera que una se sintiera muy complacida y terriblemente avergonzada.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo Warnick aquí? —intervino Sesily, clavando en ella sus ojos azules, que parecían ver mucho más de lo que a Lily le gustaría.

«Ser un héroe».

Lily ignoró la idea.

—Pensó que sería un buen chaperón.

—Pues ha hecho un trabajo horrible —soltó Seline—. ¡Te ha dejado abandonada en una cuneta!

«La había dejado sola».

—No era precisamente una cuneta —señaló el conde, mirándola muy serio.

—Podría haberlo sido —dijo ella.

—No importa —intervino Sesily.—. Nosotras haremos de carabinas.

«¡Oh, Dios!».

—Sois muy amables, pero...

—Es una idea excelente, ¿no creéis?

Miró a Stanhope, que parecía tomarse las circunstancias con calma, pero a Lily se le ocurrió que si le hubieran pedido que se imaginara un primer encuentro con un soltero elegible más desastroso que ese, no hubiera podido hacerlo.

La única forma de empeorarlo todavía más sería que ella estuviera interesada en casarse con él. Que no lo estaba. No era que no le pareciera un buen hombre..., en todos los sentidos. De hecho, la hacía sentir bien.

¿No debería ser el objetivo el placer? ¿No debería un matrimonio basarse en la bondad y el buen humor? Y si el marido era guapo, tanto mejor, ¿verdad? Salvo que parecía que una debería encontrar tentadora la belleza de su marido. Tenía que encontrarlo deseable. Que debería tener problemas para ignorar su mandíbula cuadrada, su pelo rebelde y sus rodillas musculosas.

No unas rodillas, en concreto.

Sino las rodillas, por general.

No le importaban ningún par de rodillas en particular.

Ni siquiera las del hombre que acababa de dejarla sola ante los aristocráticos lobos en Rotten Row. ¡Sola!

Sin embargo, la soledad no era algo desconocido para Lily. Se sentía más cómoda a solas que la mayoría de la gente. Lo suficientemente cómoda como para reconocer la verdad sobre una situación que no necesitaba prolongar más de lo necesario. Volvió de nuevo la atención al conde mientras acariciaba las orejas de Hardy con una mano.

—Milord —dijo, decidiendo que era mejor hablar de lo que, sin duda, ambos sentían—, no necesita fingir que esta tarde ha sido un éxito. Aprecio su caballerosidad, pero no deseo retenerle aquí cuando estoy segura de que tiene otras muchas actividades con las que se entretendría mejor.

Todo el grupo guardó silencio ante su sinceridad.

—Cree que no somos adecuados —dijo finalmente lord Stanhope, asintiendo con la cabeza.

—Creo que necesita una mujer menos problemática que yo.

Él sonrió.

—Creo que alguien problemático podría ser precisamente lo que requiero.

Ella negó con la cabeza.

—No mi tipo de problemas.

—No creo que seas tan problemática como piensas —aventuró él después de mirarla durante un buen rato.

Ella se rio, aunque no le hacía ni pizca de gracia aquella situación.

—Por el contrario, milord. Lo soy todavía más de lo que pienso.

Aquellas palabras la hicieron sentir liberada de alguna manera, quizá porque la pintura se descubriría muy pronto y la escandalosa realidad la terminaría arruinando por completo. Había algo poderoso y tranquilizador en aceptar la verdad. Si iba a ser exhibida, ¿por qué no hablar sobre ello? Era su verdad, ¿no? Podía compartirla.

Lo miró fijamente a los ojos.

—El cuadro —le aclaró.

Sus acompañantes se quedaron inmóviles como piedras, y el único sonido que siguió a su confesión fue el alboroto de la fila, a unos veinte metros. Se le ocurrió que el silencio podía ser peor que los susurros. El silencio era muy solitario.

No deseaba estar sola durante más tiempo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se obligó a respirar hondo, negándose a que cayeran.

No iba a llorar.

Nunca lo haría delante de la gente. No quería que viera cuánto le dolía la soledad. Le daba miedo.

Justo cuando estaba a punto de levantarse, el conde se agachó como si quisiera acariciar a Angus, pero ella tuvo la súbita impresión de que había asumido esa posición para poder mirarla a los ojos.

—Sabes que no es asunto suyo, ¿verdad? No debería importarle a la sociedad.

Ella se rio de aquellas palabras sinceras, pero completamente irrelevantes.

—Milord, no creo que la sociedad esté de acuerdo con usted. De hecho, creo que, por el contrario, dirán que es asunto suyo. Muy suyo, considerando lo ocurrido esta tarde.

Él curvó la comisura de la boca en una leve sonrisa de complicidad.

—Señorita Hargrove, rondo los cuarenta años, y estoy buscando una

esposa con dinero. Sé lo que es cometer errores.

Y ella lo creía, pero aun así...

—Es más fácil vivir con los suyos, lord Stanhope. —Hizo hincapié en el título para demostrar lo que quería decir.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—Quizá para la sociedad. Pero no puedo tener doble rasero, para usted y para mí.

Ella lo observó durante un buen rato.

—Milord, no debería cortejarme.

—¿Y si es lo que deseo? —insistió él, arqueando una ceja, lo que hizo que una de las hermanas Talbot jadeara sorprendida.

Lily negó con la cabeza.

—Londres está a rebosar de gráciles e inmaculadas herederas. Es demasiado bueno para conformarse con un escándalo tan grande.

Él tardó un buen rato en hablar.

—¿Demasiado bueno, o demasiado inglés?

—¡Ya lo he dicho yo! —exclamó Sesily, volviéndose hacia sus hermanas con una sonrisa triunfante antes de mirar al conde de nuevo—. ¡Usted también se ha dado cuenta!

Lord Stanhope se levantó y le brindó a Sesily una amplia sonrisa.

—Para no verlo hay que estar ciego.

Lily notó que la atravesaba un hilo de inquietud y detuvo la mano cuando estaba a punto de acariciar la enorme cabeza gris de Hardy para mirarlos a ambos.

—No sé a qué se refieren.

—¿Se ha fijado en la expresión de su rostro cuando la salvó? —intervino Selesté con un suspiro—. No sé si había visto antes alguna expresión tan llena de emoción.

Seline sonrió.

—De hecho, me distraje tanto que me he olvidado por completo de ver lo que lleva debajo de la falda.

Sesily miró a su hermana.

—¡Oh, cojones! Yo también. —Lord Stanhope tosió—. Perdona, milord. Ya sabe, curiosidad y todo eso.

Stanhope arqueó las cejas.

—Por supuesto.

Lily se sentía atrapada en la historia de la evidente preocupación de Alec.

—Qué absurdo... —comentó frunciendo el ceño—. Me ha abandonado con ustedes. —Hizo una pausa—. Sin ofender...

—No es ofensa —dijeron los cuatro al unísono.

«Respira, *mo chridhe*». Era posible que no entendiera el significado de las palabras, pero había notado la preocupación que contenían, incluso la promesa. Él estaba con ella. La protegería y cuidaría. No estaba sola.

Y luego se había marchado.

—Tampoco es que me importe que me haya abandonado —añadió, queriendo subrayar ese punto.

—Claro que no —convino Stanhope, y ella tuvo la clara impresión de que, aunque lo había dicho por pura caballerosidad, no se lo creía.

Sesily, por su parte, era mucho menos delicada, y la miró con incredulidad.

—Por favor... Cuando Warnick desapareció, parecías tan triste como un niño sin caramelos.

Lily se puso en pie al escucharla, irracionalmente irritada.

—Tonterías —dijo de nuevo—. A él le importó un comino. Solo quiere casarme para poder regresar a su vida en Escocia. Ni siquiera le importa con quién me case. —Se volvió hacia el conde—. Sin ánimo de ofender, milord.

Stanhope sonrió.

—No me ofende.

Lily asintió.

—Solo he aceptado este plan tan estúpido por culpa de la maldita pintura. Cuando sea exhibida, mi ruina será absoluta, y Alec no quiere darme fondos para que me marche porque está convencido de que debo casarme. De que deseo casarme.

—¿Y tú? —preguntó Sesily—. ¿Quieres casarte?

«Sí, pero con otro» .

—No. No así. —Miró al conde—. De nuevo, milord, sin ofender.

Stanhope sonrió, parecía estar disfrutando mucho.

—De nuevo, no me ofende.

Los hechos de la tarde, al parecer, la habían desbloqueado, y no podía dejar de manifestar sus pensamientos en voz alta.

—La cuestión es que no quiero pescar a un buen hombre para un matrimonio que acabará siendo desgraciado ni... —Hizo una pausa—. Ni...

Se detuvo con la cabeza dando vueltas.

—¿Ni...? —la presionó Sesily.
La solución iluminó su mente.
Miró a Sesily y luego a Stanhope.
—Debo marcharme.

Aquella noche, Lily no asistió a la cena en Dog House.

Alec llegó a tiempo y ocupó el lugar en la cabecera. Se puso a esperar, y los minutos se convirtieron en media hora. A medida que pasaba el tiempo, se preparó para la confrontación que, seguramente, iba a producirse en cualquier momento: Lily le iba a pedir explicaciones de por qué la había abandonado en el centro de Hyde Park después de haberla salvado del atropello, ante la vista de todo Londres. Qué había estado pensando cuando desapareció...

Lo cierto era que no había otra cosa en su cabeza que perseguir al imbécil que había entrado en Hyde Park a lomos de un caballo que no podía controlar. Cuando estuvo seguro de que Lily estaba viva, que respiraba y se pondría bien, se dirigió al caballo más cercano, bajó de malos modos a un pomposo aristócrata de su grupa y, sin decir una palabra, siguió al corcel fugitivo. Al barón que le había puesto tan furioso.

Alcanzarlo no le había hecho sentir mejor, dado que la situación le había subido el corazón a la garganta. Cuando había visto a aquel caballo casi encima de ella, corrió a toda velocidad, desesperado por alcanzarla y aterrado por no llegar a tiempo. Y luego la había tenido entre sus brazos, y no había importado dónde estaban o quién les estuviera mirando; lo único que podía pensar era que ella estaba a salvo.

Había aborrecido el pánico que vio en sus ojos cuando ella luchaba por recuperar el aliento. Había querido ahuyentarlo, y luego infligir un grave daño al responsable de lo ocurrido.

Había llegado junto al jinete, un joven que apenas acababa de salir del colegio, y que tenía tanto miedo como inexperiencia, incluso antes de que él lo asustara todavía más. Cuando regresó en busca de Lily, ella se había marchado. Había vuelto a casa con las hermanas Talbot, algo de lo que le informaron en cuanto atravesó Dog House. La habían llevado a ella y a los dos perros.

Angus había estado allí para recibirlo, pero Hardy, aquel traidor de cuatro patas, se había enclaustrado con Lily.

Alec había asumido que sus desaparecidos compañeros de casa aparecerían a la hora de la cena, pero cuando treinta minutos se convirtieron en cuarenta y cinco, y estos en una hora, se dio cuenta de que, una vez más, Lillian Hargrove lo había dejado plantado para que comiera solo.

Si deseaba hablar con ella, iba a tener que ir a buscarla.

Además de para recuperar su errante sabueso.

Al salir del comedor con Angus pisándole los talones, estuvo a punto de atropellar a la anciana y cotilla ama de llaves.

—¡Excelencia! —anunció la mujer, como si no hubiera estado perdiendo el tiempo en el pasillo, sin duda preguntándose qué estaría haciendo solo en el comedor.

Alec no estaba de humor para bromas.

—¿Dónde está?

La señora Thrushwill abrió los ojos de par en par.

—¿Excelencia?

Él miró al techo pidiendo paciencia

—La señorita Lillian, ¿dónde está?

—Pidió la cena en una bandeja a primera hora. Creo que está enferma.

¿Estaría herida?

Era posible que hubiera resultado más dañada de lo que pensaba. Podría haberse roto una costilla. O quizá se había golpeado la cabeza cuando la tiró al suelo. Dio una zancada hacia el ama de llaves, hasta que estuvo lo suficientemente cerca para cernirse sobre ella.

—¿Ha llamado a un médico?

La mujer negó con la cabeza.

—No, milord.

«¡Maldición!».

Empezó a avanzar hacia la habitación de Lily.

—Vaya en busca de un puñetero médico.

Se dirigió hacia el piso superior, donde estaban los dormitorios, pasando de largo los más grandes para dirigirse a los que estaban destinados al uso de huéspedes, mucho más pequeños. Abrió varias puertas antes de que Hardy apareciera por una esquina y lo llamara con un pequeño ladrido.

—¿Dónde está? —le preguntó mirándolo.

Como si le hubiera entendido, el animal se movió y desapareció por donde había venido. Cuando Alec lo siguió, lo encontró en posición de firmes

delante de una puerta de caoba, moviendo la cola y suspirando con urgencia.

—¡Buen chico! —Le hizo una caricia distraída—. Me ocuparé de ti más tarde. Después de que discutamos sobre lo chaquetero que eres.

Pero antes... Puso la mano en la manilla y abrió la puerta.

Dentro, la habitación estaba completamente oscura.

—¿Lily? —la llamó, acercándose a la cama con rapidez, con el corazón acelerado. Era temprano y ya se había dormido, quizá estaba herida.

O algo peor.

—¿Lily? —repitió nuevamente su nombre en la oscuridad, lleno de preocupación.

No hubo respuesta. Ni captó movimiento alguno en la cama.

Buscó un pedernal en la mesa y encendió la vela que había allí. Dejó caer la cajita cuando se iluminó la llama y se volvió hacia la cama.

Lily no estaba allí.

Ni tampoco las mantas.

Fue entonces cuando vio que la ventana estaba abierta y que una cuerda hecha con sábanas corría desde la pata de roble de la cama hacia el alféizar.

Se había escapado.

En medio de la noche.

Sí, por supuesto, había logrado descender los tres pisos sin matarse en el proceso. Corrió hacia la ventana y se asomó al oscuro jardín que había más allá, mirando al suelo con el temor de ver su cuerpo destrozado allí debajo.

Lo único que encontró fue una cuerda colgando, formada por sábanas blancas, que se mecía con el viento.

Maldiciendo, inspeccionó el resto del jardín, esperando descubrir que estaba practicando algún tipo de maniobra militar en vez de estar escapando de Dog House en la oscuridad de la noche. Dios sabía dónde, con Dios sabía quién...

Aquella idea lo dejó paralizado.

¿Habría disfrutado tanto de la compañía de Stanhope que había decidido irse con él?

¿Era posible que se hubieran fugado?

Eso era absurdo, por supuesto. Él quería casarla, no le negaría su consentimiento. Pero aun así no podía evitar evocar la imagen de todo lo que ella podía hacer con aquel aristócrata perfecto una vez que estuvieran a solas.

Como a Stanhope se le ocurriera besarla, Alec le dejaría sin dientes.

Y entonces, fue cuando la vio.

La espalda de Lily, apenas perceptible en la oscuridad, mientras ella escalaba el muro del jardín como si llevara toda la vida subiendo por las piedras.

Con ropa masculina.

—¿A dónde irá? —preguntó en voz alta, en medio de la oscuridad, al silencio y a los perros.

Ninguno de los tres respondió, ni siquiera cuando comprobó la resistencia de la improvisada cuerda y la siguió sin dudar.

Bajó por aquella liana sorprendentemente útil y atravesó el jardín. En menos de tres minutos había traspasado el muro, con la rapidez suficiente para no perderla de vista. Ella llevaba el pelo recogido bajo una gorra masculina y pantalones, que revelaban mucho más de lo que deberían.

Estuvo a punto de atraparla al meterse por un callejón, pero cuando salió por el otro lado, se la encontró cerrando la puerta de un carruaje a apenas unos metros. Se le había escapado por unos segundos.

Se dio la vuelta en busca de un transporte, y finalmente subió al pescante del conductor del primer carruaje que pasaba.

—¡Eh! No me importa quien sea, señor. Bájese del vehículo.

Alec lo ignoró.

—Siga a ese coche.

El conductor no se anduvo con tonterías, gracias a Dios.

—Seguirlo, le costará el doble —dijo el hombre, agitando las riendas sin dudar.

—Le pagaré el triple, pero siempre que no lo pierda de vista.

No pensaba dejar que se esfumara. La mantendría a salvo aun a costa de su vida.

El conductor aceleró con renovado vigor, siguiendo la estela del carruaje en el que iba Lily a través de Mayfair, desde el sur al este, cada vez por calles más estrechas.

«¿A dónde demonios se dirige?».

Stanhope tenía un título venerado, con una antigua casa adosada en Mayfair. Además era un caballero. Resultaba imposible que hubiera citado a Lily en esa dirección.

Quizá no iba sola en el vehículo.

Tal vez él estaba dentro con ella, haciendo Dios sabía qué.

Y Alec sabía lo que era estar con esa mujer. Recordaba su sabor. Se acordaba de cada momento que había pasado con Lily en su propio carruaje, solo dos noches antes.

Si Stanhope estaba haciendo algo así, lo mataría.

Gruñó en voz alta ante la idea, consciente de que no tenía derecho a pensar tal cosa.

Aquel carruaje iba demasiado despacio.

—Dame las riendas.

El conductor le lanzó una mirada de horror.

—Ni hablar, señor.

—Le pagaré cinco veces más.

—No pienso permitir que conduzca usted, milord.

—Cincuenta libras —ofreció. El hombre aflojó las riendas y los caballos bajaron la velocidad. ¡Qué locura!—. Le daré cincuenta libras si me deja conducir a mí.

Era suficiente para comprar otro coche. Uno mejor que ese.

—Pero ¿a quién estamos siguiendo? —preguntó el conductor en estado de *shock*.

Alec agarró las riendas y aceleró con un poderoso grito. Los caballos parecieron comprender que los guiaba un hombre poderoso al que impulsaba un deseo desesperado.

Mientras atravesaron las calles, las ruedas traquetearon sobre los adoquines, el viento frío le impactaba en la cara, aliviando la frustración que le acechaba desde que había llegado a Londres. Quería participar en una carrera. Quería su carruaje, los caballos y los salvajes caminos de Escocia en la oscuridad de la noche, aquella acción tan liberadora como aterradora en la que tanto disfrutaba.

En cambio, solo tenía las curvas cerradas de Londres, donde perseguía a la mujer que deseaba más que a nada para mantenerla a salvo.

Detestaba Londres.

—¿A quién seguimos? —gritó el cochero por encima del estrépito de las ruedas, que se agarraba al pescante con expresión de pánico.

Alec agitó las riendas de nuevo.

—A nadie importante.

—Perdón, milord... —insistió el hombre con una sonrisa—. Pero si va a darme cincuenta libras, debe ser alguien importante.

Alec lo ignoró. Claro que Lily era importante.

Poco a poco, estaba convirtiéndose en todo.

El carruaje cruzó hacia el Soho, donde había tiendas llenas de luces y calles con prostitutas que ejercían su oficio, además de *pubs* y clubes de juego que tentaban a los transeúntes.

—¿A dónde demonios iré? —musitó mientras templaba a los caballos, cada vez más frustrado.

—Si quiere mi opinión, señor, a Covent Garden.

Y, de repente, supo lo que ella estaba haciendo.

No iba a reunirse con Stanhope, sino con Hawkins.

«Derek me hizo sentir amada».

Recordó lo que ella le había contado, la forma en la que aquel pomposo asno la había manipulado con bonitas promesas, y se estremeció. La rabia llegó seguida de miedo, y un segundo recuerdo, posiblemente peor que el primero: Hawkins ofreciéndose para convertirla en su amante. De él mismo inclinado sobre aquel idiota en aquella habitación oscura de Eversley House mientras Lily lo miraba con los ojos muy abiertos. Cuando él le preguntó a ella si lo quería.

«No».

Era lo que ella había dicho, pero Alec no la había creído. Había notado la duda, la incertidumbre. Y le había preguntado si estaba segura.

La presionó.

Y ella respondió lo mismo, pero quizá no era cierto. Quizá deseaba a aquel gusano. ¿Por qué si no...?

—Milord, se han detenido.

Tiró de las riendas y clavó los ojos en el otro carruaje, varios metros por delante, frente a una fila de casas escondidas detrás de Bow Street. La puerta se abrió y Lily bajó con su ridículo atuendo: pantalones y una camisa que se ondulaba, claramente robada del guardarropa de un hombre mucho más grande, con la gorra calada hasta las cejas y el pelo recogido debajo.

Ella le lanzó una moneda al conductor, y este la recogió antes de alejarse en busca de otro cliente. Lily no le había pedido que la esperara, lo que significaba que estaba planeando quedarse un buen rato.

¿Es que pensaba que no la echaría de menos en casa?

«En casa...».

El concepto lo perturbó, ni que aquella maldita Dog House fuera su hogar.

Él solo se sentía en casa cuando estaba en Escocia, pero de alguna forma, quería que Lily sintiera que estaba en casa. Quería que se sintiera segura allí, que creyera que le esperaba algo bueno.

Algo muchísimo mejor que lo que fuera que hubiera dentro del edificio que estaba merodeando.

Le pasó al conductor una exorbitante cantidad de monedas.

—El resto se lo daré a la vuelta. Espéreme.

El hombre no vaciló, se apoyó en el respaldo y bajó el ala de la gorra sobre los ojos.

—Sí, milord.

Alec se confundió con las sombras en cuestión de segundos, y se acercó a ella. Sin embargo, Lily se detuvo frente a la puerta y sacó algo del bolsillo. ¿Una llave? Lillian Hargrove tenía una llave de ese lugar silencioso y oscuro, situado lo suficientemente cerca del teatro Hawkins para que Alec estuviera seguro de lo que encontraría dentro. De quién la esperaba allí.

Ella atravesó el umbral y cerró la puerta. Alec oyó el clic de la cerradura mientras se acercaba y maldijo en la oscuridad.

Iba a tener que entrar.

• 14: Una imagen vale más que mil pupilas •

Como hombre con una poderosa autoestima y una minúscula cantidad de auténtico valor, Derek Hawkins pasaba la mayor parte del tiempo a la vista de la sociedad, tratando de convencer a la aristocracia de que lo primero era algo con fundamento y lo segundo una parodia.

En consecuencia, jamás estaba en casa por las noches.

Sin duda, esa en particular, él debía estar en un club, en una cena o haciendo gala de su escandalosa pomposidad con las mujeres que le sonreían, cada una más desesperada que la anterior por ganarse la atención del gran Derek Hawkins, aunque solo fuera por un momento.

No era que Lily no entendiera esa ansiedad.

Después de todo, había disfrutado del resplandor de Derek el tiempo suficiente como para que su reputación estuviera seriamente arruinada.

No le quedaba ninguna duda de que si él no estuviera tan obsesionado por la percepción que el mundo tenía de él y su genialidad, no la hubiera arruinado de esa manera. Estaba segura de que no habría hecho desfilar a la mujer que aparecía en su ya famosa pintura frente a la sociedad. Sin dudar.

Sin su consentimiento.

Pero nadie había sido tan importante para Derek como para inspirarlo a actuar de forma honorable. Ahora lo sabía. E incluso lo agradecía, ya que gracias a eso había descubierto que no tenía impedimento para entrar en su casa sin haber sido invitada, cuando él no estaba allí.

Si él no quisiera que estuviera allí, debería haberle pedido que le devolviera la llave, ¿no?

Cerró la puerta a su espalda con cuidado y se dio la vuelta, dispuesta a subir las escaleras que le llevarían a su destino lo más rápidamente posible, ansiosa por evitar al ama de llaves, que además era la cocinera, y al mayordomo, que también hacía las veces de ayuda de cámara.

Sin embargo, no había esperado encontrar la casa tan oscura, inquietante y

silenciosa. Esperaba que a su paso hubiera velas encendidas, alguna tenue luz que le revelara el camino, pero no había nada. Así que cuando encontró una vela en la mesa junto a la puerta, se apresuró a encenderla.

Una vez hecho eso, debería haberse dirigido inmediatamente hacia su destino, pero había algo en aquel lugar sin luces ni sonidos que le hacía sentir curiosidad. Se metió en la habitación que, cuando había interpretado el papel de musa de Derek, estaba abarrotada de elaborados muebles dorados.

Ahora estaba vacía.

Ese descubrimiento la llevó al interior de las entrañas de la casa, hacia la cocina, donde siempre había fuego encendido. Los dos viejos sirvientes rara vez se alejaban del calor de esa estancia. Esa noche, sin embargo, no se encontraban por ningún lado. El hogar estaba oscuro. Y había un montón de platos sucios junto al enorme fregadero.

Aquello era inesperado.

Allí estaba viviendo alguien solo.

Al volver al frente de la casa, echó un vistazo a otras habitaciones, descubriendo que todas estaban vacías. Alguna silla suelta, pero no un lugar para recibir visitas. Subió las escaleras con el corazón en la garganta, ¿era posible que Derek ya no viviera allí? La idea la impulsó hacia delante, con nerviosa rapidez.

«¿Y si no estaba allí?».

Abrió la puerta del dormitorio principal, agradeciendo de inmediato que la inundara el dulce aroma del perfume favorito de Derek. Él vivía en ese lugar. Lo que significaba que el cuadro también estaba allí. Cruzó la estancia hasta poner la mano en la puerta que colindaba con el espacio que Derek consideraba más precioso. La habitación que él llamaba «El santuario de su genialidad». Probó a girar el pomo, pero estaba bloqueado.

Por supuesto.

Puso la vela en la mesa baja que había entre la cama y la puerta del estudio, y abrió un cajón para coger la llave. Sabía que siempre la guardaba en ese lugar. Había llegado demasiado lejos para que no estuviera allí.

Fue entonces cuando oyó aquel sonido, suave y casi silencioso desde más allá de la habitación. Había alguien...

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Lily giró hacia un lado y otro buscando desesperadamente una salida. Estaba en el tercer piso de la casa, por lo que escaparse por la ventana no era una opción. En el otro

extremo de la habitación había un armario enorme, lo suficientemente grande para dos personas, pero estaba demasiado cerca de la puerta para considerarlo un buen escondite.

Oyó de nuevo el ruido y clavó los ojos en la puerta, convencida de que había oído cómo giraba la manilla.

«Ha llegado Derek».

Se metió debajo de la cama en cuestión de segundos, mientras agradecía para sus adentros llevar ropa masculina. Jamás habría podido deslizarse allí con faldas y crinolina.

Contuvo el aliento cuando se abrió la puerta y cerró los ojos con fuerza, conteniendo la respiración para concentrar toda su energía en no mover ni un pelo, en no volver la cabeza, en no huir.

La puerta se cerró. Él estaba en la habitación con ella.

Solo entonces se dio cuenta de que había dejado la vela encendida. Él sabría que allí había estado alguien. Que ese alguien seguía en el lugar.

«Esto ha sido un terrible error».

Los pasos se acercaron, silenciosos y firmes, mientras avanzaban por la habitación.

La puerta del armario se abrió y se cerró.

Intentó tomar aliento sin gemir.

Quien fuera, anduvo lentamente hasta los pies de la cama. Unas botas negras aparecieron ante su vista mientras él se acercaba a la mesa donde ardía la vela. La luz cambió y, aunque no podía ver, supuso que alguien la había cogido.

La cama se movió sobre ella. Agrandó los ojos cuando las botas se movieron y apareció una pierna desnuda ante su vista.

Seguida por la rodilla y el borde de un tartán.

Y la vela, sostenida por una mano enorme y bronceada.

Por fin, apareció la cara de Alec.

Chilló de sorpresa, el corazón se le aceleró todavía más al ver que era Alec que cuando suponía que sería Derek.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tienes dos opciones —dijo él en voz baja, retumbante y cargada de acento—. Puedes salir de ahí o puedo sacarte yo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ahora sí que quieres mi compañía?

—¿Qué significa eso? —Tenía los rasgos a la altura de los de ella.

«Me dejaste allí —quiso decir—, sola, necesítandote».

—No puedo salir hasta que te muevas, excelencia —dijo en cambio. Él arqueó una ceja, pero se apartó, y ella se movió, poniéndose en pie—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Asegurarme de que no te atrapan ni te matan.

—¿Que me maten...? —se burló—. Nadie va a matarme.

—Podrías haberte caído por la ventana. ¿Cómo se te ocurrió hacer una cuerda con las sábanas?

—Me enseñó Sesily.

Él miró al techo.

—Claro que sí. La escandalosa líder de las escandalosas Talbot.

—Es mi amiga —le dijo ella—. Y no me he caído. Como ves, estoy vivita y coleando.

—Para mi sorpresa, sí —repuso él—. Hiciste un truco y *voilà*, estás aquí, vestida de... —Hizo una pausa con los ojos brillantes de furia— de lo que quiera que sea eso.

Ella bajó la vista hacia los pantalones flojos, la camisa y la chaqueta demasiado grandes.

—¡Es ropa de hombre!

—¡Vas ridícula! Nadie en su sano juicio pensaría que eres un hombre. En el mejor de los casos, un pilluelo disfrazado.

—Pues el conductor no pareció darse cuenta.

—El conductor no se dio cuenta de que lo estaban siguiendo, lo que no habla demasiado bien de su capacidad de observación.

Ella frunció el ceño.

—No puedes andar por ahí siguiendo a una mujer donde quiera que vaya, ¿sabes? Casi me matas del susto.

—¡Has entrado en casa de un hombre y te has metido debajo de su cama! —argumentó él—. ¿Y si te hubiera encontrado él en vez de yo?

—¡No ha sido él! —susurró ella, irritada—. ¡Has sido tú! ¡Y no deberías estar aquí!

—Oh, y tú sí, claro, porque perteneces a aquí, ¿verdad?

—¡Más que tú!

—Lo habías olvidado —entendió él—, pero ¡tienes una maldita llave! Supongo que este es el dormitorio de Hawkings, ¿no?

—No es que sea de tu incumbencia —repuso ella—, pero nunca me pidió que se la devolviera.

—No había ninguna razón para que la usaras —espetó—. ¿Estás esperándolo? ¿Has planeado tentarlo para que vuelva contigo?

Ese hombre era horrible.

Lily entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo has adivinado? —repuso ella, incapaz de reprimir el sarcasmo—. Este es mi equipo de seducción especial: ropa de hombre que me queda grande y esconderme debajo de la cama para seducir a hombres a los que les da igual mi reputación.

Él arqueó las cejas.

—Por mucho que lo intente, no soy capaz de entender la mente femenina.

Lily le arrebató la vela de la mano.

—Lárgate. No eres bienvenido aquí.

—¿Y tú sí?

—Tengo algo que hacer. No tardaré.

Hizo una pausa, mirándola durante un buen rato antes de entrecerrar los ojos con intensidad.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—¿Importa?

—Importa si todavía lo amas.

Aquella frase la dejó sin palabras.

—¿Si lo amo?

Le parecía imposible imaginar tal cosa en ese momento, dos meses después de que todo hubiera ocurrido. El cuadro. La exhibición...

«Alec».

No era que Alec hubiera impactado en su corazón. En absoluto.

«Mentirosa».

Se aclaró la garganta ante la idea.

—¿Por qué no dices lo que estás pensando, excelencia?

Alec frunció el ceño ante el énfasis que ella ponía en el título.

—¿Lo amas todavía?

—No —repuso ella, incapaz de no estremecerse al oír el tono de su voz—. Por supuesto que no. No es como yo pensaba que era. Ahora sé que es muy distinto. Especialmente ahora que sé que... —«...que sé que no puedo compararlo contigo».

Alec mantuvo el ceño fruncido.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Ella suspiró mientras miraba la puerta del estudio de Derek.

—Ya que quieres saberlo, estoy aquí para tomar las riendas de la situación.

—¿Y eso qué significa?

—Solo que estoy cansada de esperar que un milagro me salve. He tenido guardianes y pretendientes, y también hombres que me han hecho promesas bonitas. Y estoy cansada de creérmelas. Ha llegado el momento de que me haga mi propia promesa. A mí misma.

Él no se movió.

—¿Qué promesa es esa?

—La promesa de salvarme. —Señaló la puerta—. Ese es el estudio de Derek. Es ahí donde hace dos meses pintó el retrato.

Alec contuvo la respiración.

—¿Y?

—Y, como soy el tema de la pintura en cuestión, tengo intención de llevarme lo que es mío.

Hubo un largo silencio cuando dijo aquellas palabras, y luego él asintió con firmeza.

—Pues hagámoslo.

Ella negó con la cabeza.

—Acabo de decirte que no necesito un héroe. Esta vez me salvaré yo misma.

Se volvió hacia la puerta del estudio.

—Te he oído. Pero estoy aquí y la puerta está cerrada.

—Estaba a punto de encontrar la llave cuando me has asustado y tuve que esconderme —le espetó.

Él la miró.

—Ya que estamos, esconderte debajo de la cama es lo peor que podías hacer. ¿Y si se hubiera acostado? Te habrías quedado atrapada ahí toda la noche.

Lily arqueó una ceja.

—Solo estás rabioso porque tú no habrías cabido debajo de la cama.

Él sonrió ante el velado insulto, y Lily odió la calidez que la invadió al saber que lo había hecho reír.

No le importaba que se divirtiera con ella.

De todas formas, la había rechazado. En ese momento y con un firme tirón, Alec arrancó la puerta de cuajo, como si la cerradura estuviera hecha de papel y pegamento, y la calidez fue reemplazada por conmoción mientras miraba la puerta desgajada.

—Dime, excelencia, ¿en Escocia las casas tienen puertas?

Él no vaciló.

—Raramente.

Lily no debería encontrarlo divertido.

—Ahora Derek sabrá que estuvimos aquí.

—¿Y no crees que se habría dado cuenta al ver que el cuadro no está? —dijo Alec como si tal cosa.

Y ella pensó que, probablemente, debería ser así de sencillo. Estaba dispuesta a entrar en la habitación y llevarse la pintura, y Derek se daría cuenta al regresar de que alguien lo había hecho. Pero por alguna razón, aquella madera astillada, la prueba fehaciente de que Alec estaba allí, la impactó. El duque la había seguido desde casa, todo el camino y hasta el interior, para garantizar su seguridad, y una vez escuchó los planes que ella tenía, no la había obligado a abandonarlos. No, se había ofrecido para ayudarla. A su manera.

Esa puerta era la última barrera para alcanzar el éxito.

A pesar de ser un hombre enorme, autoritario y muy difícil, también se las arreglaba para resultar muy amable.

Lo miró mientras ponía la puerta a un lado, cogía la vela de la mesilla y la alzaba en la oscuridad.

En ese momento, la vela se convirtió en un luminoso recordatorio de lo que iban a encontrar en el interior.

—¡Espera! —gimió Lily mientras pasaba junto a él en la oscuridad, y lo empujaba de regreso al dormitorio, interponiéndose entre la luz y las pinturas que había al otro lado—. No. —Le tendió la mano—. Dámela.

Fue evidente que Alec pensó que estaba enfadada.

—No tenemos tiempo para esto, Lillian.

Lily negó con la cabeza.

—No vas a entrar ahí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que lo veas.

—¿Que vea qué? —Ella le lanzó una mirada intencionada—. Ah...

—Precisamente... Ah...

—No voy a mirarlo —aseguró él mientras avanzaba para regresar al estudio.

—En eso tienes razón —repuso ella, obligándose a quedarse quieta para no dejarle pasar—. No lo mirarás, porque no vas a tener ocasión.

Él levantó la vista al techo.

—Lillian, no tenemos tiempo para esto.

Ella señaló la vela.

—Entonces, pásamela.

—Ten —dijo él renunciando a la luz—. ¿Puedes coger ese maldito cuadro para que podamos irnos?

—Antes de nada, prométeme que no lo mirarás.

—Estás siendo ridícula.

—Quizá sí, pero es mi pudor lo que requiere protección.

—¡He estado tratando de protegerte desde el principio! —argumentó él.

—Y puedes asegurarte de que lo harás prometiéndome que apartarás la vista de todo lo que pueda resultar escandaloso.

—Lillian, es un cuadro, su razón de ser es que lo vean.

La tristeza llegó acompañada de frustración y de aquella oleada de vergüenza que tanto detestaba. Él no se equivocaba. ¿Cómo había esperado ella que no lo vería nadie? Pero de alguna forma, pensar que podía ser él quien lo contemplara..., lo cambiaba todo.

—No pensé que lo vería nadie.

Él se mantuvo en silencio durante un buen rato, haciendo que ella deseara que hubiera más luz para poder verle los ojos cuando por fin accedió.

—De acuerdo.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—El resto...

Alec suspiró.

—Prometo no mirar.

—Date la vuelta.

—Lillian...

Pero ella se mantuvo firme.

—¿No quieres ser mi protector? Pues protégeme... Mira hacia la puerta.

Vaciló solo un breve instante antes de soltar un largo suspiro de

exasperación y apartarse de ella.

—Saca de ahí dentro esa maldita cosa de una vez.

—Excelente —asintió Lily, volviéndose hacia el estudio para finalizar su misión.

Solo había un problema, y se dio cuenta cuando levantó la vela y dirigió toda su atención a la habitación que tan bien conocía.

Ese cuarto también estaba vacío.

Todo lo que solía haber había desaparecido.

Todo. Los cuadros que estaban apoyados en las paredes. La *chaise* en la que ella había posado durante días, el caballete en el que Derek había trabajado con frenesí mientras el sol inundaba la habitación, haciendo que el polvo flotara en el aire, entre ellos. Todo había desaparecido.

Supuso que no debería sorprenderse. Después de todo, cualquier cosa que tuviera que ver con Derek Hawkins era fugaz, como si solo existiera cuando estaba en presencia de otras personas.

Quizá eso también era verdad en el caso de la pintura.

Tal vez solo existiera cuando la viera todo Londres.

Soltó una risa aguda y asustada que hizo que Alec se diera la vuelta.

—¿Qué ocurre? —Fue entonces cuando él se fijo en el estudio—. ¿Dónde está todo?

—Ha desaparecido —repuso moviendo la cabeza.

—¿A dónde se lo han llevado?

Lily se volvió hacia él.

—No lo sé. Estaba aquí. —Señaló la pared por la que entraba la brillante luz del sur durante todo el día—. El cuadro estaba ahí.

Alec frunció el ceño.

—¿Posaste en esta estancia?

Ella ignoró la pregunta, repitiendo las que él había formulado antes.

—¿Dónde está todo? —Soltó una risita, pero el sonido era agudo, inquietante y aterrador—. ¿A dónde se lo han llevado?

Alec se acercó a ella.

—Lily... —la llamó en voz baja—. Lo encontraremos. Tiene que haberlo escondido en algún sitio.

—Podría estar en cientos de lugares —repuso—. Miles. —La frustración se hizo más grande y le constriñó el pecho—. Esto no es una fortaleza escocesa, Alec. Estamos en Londres. —Hizo una pausa mientras lo miraba—.

¿Crees en el destino?

—No.

Lily sonrió con tristeza.

—Yo sí. Esta era la única oportunidad que tenía para salvarme. Sin embargo, quizá mi desgracia está predestinada.

—No lo está.

No respondió, se volvió hacia la habitación de nuevo.

—Quería encontrarlo aquí —susurró a las paredes vacías.

Por primera vez en tres semanas, aunque solo fuera por un día, había mantenido la esperanza de que su vida volvería a ser suya. De que podría sobrevivir.

Lo miró.

—Te pedí que me dejaras huir. Que pusiera fin a todo esto a mi manera. Y luego me diste esperanzas y pensé que esta era la respuesta.

—Y lo es —aseguró con una expresión de algo que parecía orgullo—. Eres una chica lista. Lo es. Lo encontraremos. Se encuentre donde se encuentre. Huir no es la respuesta, pero esto sí.

Y, Dios la salvara, casi le creyó. Casi aceptó aquella segura certeza, como si todo lo que tuviera que hacer fuera querer que fuera así.

Casi le creyó.

—Pensaba que estaría aquí.

—Y si fuera mío, aquí estaría. —La respuesta llegó sin vacilación.

Ella levantó los ojos para buscar los de él, color *whisky* bajo la dorada luz de las velas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Alec apartó la vista, como si lo hubiera pillado confesando algo que no debería haber dicho.

—Solo que no me alejaría de él.

—Te refieres a si fuera tu mejor baza para dejar un legado...

—No —la corrigió en voz baja—, no es eso lo que quiero decir.

Lily contuvo el aliento por la forma en la que aquellas palabras espesaron el aire a su alrededor.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

Ahora estaba muy cerca, tanto como para poder tocarlo, y la consumió el agudo recuerdo de lo ocurrido dos noches atrás, en el carruaje. Cuando lo tocó. Cuando él la tocó a ella.

No debería hacerlo.

Allí.

Jamás.

Y aun así, levantó una mano temblorosa y se la puso en el pecho, notando el corazón que latía con rápida intensidad bajo la franja de tartán que le cruzaba el hombro. El tiempo se detuvo. Los dos miraron ese punto, donde su pálida mano descansaba contra el intenso tono rojo del *plaid*.

Alec era muy fuerte.

Muy cálido.

Lily levantó la mirada y encontró sus ojos fijos en los de ella, esperando. Tranquilo, fuerte y paciente, como si ese fuera su único propósito. Esperar por ella. Estar con ella.

«Ser para ella».

Separó los labios ante la idea, y él se fijó en el movimiento mientras la oscuridad y el silencio los envolvía.

Entonces, Lily levantó la barbilla, ofreciéndose. Él bajó la cabeza y cerró la distancia entre ellos.

«Sí, por favor».

Daría cualquier cosa por besarlo.

Cerró los ojos.

—Lily... —susurró Alec, y el nombre fue un beso de aliento contra sus labios, algo que la llenó de devastación y deseo.

«Sí».

Y luego la liberó, al tiempo que se aclaraba la garganta.

—Deberíamos marcharnos antes de que él regrese.

Así, todo terminó sin más, mientras la habitación daba vueltas con la misma velocidad que él.

Lily llevó los dedos a los labios, deseando poder hacer desaparecer el dolor que sentía en ellos, el deseo. Alec quería besarla. Lo había percibido.

«¿Por qué no lo había hecho?».

¿Era por Derek? ¿Por su pasado? ¿Se acordaba demasiado de lo que ella había hecho allí?

¿De en qué se había convertido ella en ese lugar?

Con aquella idea llegó un arrepentimiento intenso y doloroso, y Lily se puso rígida. Lo odió. Odió todo lo ocurrido. Cada minuto que la había llevado a ese momento, a la habitación donde se había desnudado para un

hombre mientras deseaba a otro.

Sin más opción, siguió a Alec hasta el dormitorio, intentando permanecer tan impasible como él.

—¿Y si ese idiota se ha marchado? ¿Y si se ha llevado el cuadro?

Alec abrió de golpe las puertas del enorme armario que había en la esquina, dejando a la vista un mar de ropa de seda, satén, lana y lino de todos los colores imaginables.

—Creo que no se ha ido.

Lily negó con la cabeza mientras se acercaba.

—Derek jamás dejaría su ropa.

—Es un pavo real —añadió Alec, mirándola—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —confirmó ella, pasando la mano por un chaleco color turquesa con brocado en hilo dorado—. Pero algunos pavos reales pueden llegar a ser muy convincentes.

Ella oyó un ruido procedente del pecho de Alec, que fue seguido de un gruñido.

—Que sea convincente no quiere decir que valga la pena.

—Los escoceses son los únicos que valen la pena, supongo —bromeó mientras detenía los dedos sobre la brillante tela azul. Más tarde, se preguntaría por qué demonios había pensado que esas palabras eran apropiadas. ¿De dónde demonios habían salido?

Pero en ese momento, en la oscuridad, mientras su pasado y su futuro colisionaban en medio de la decepción, la frustración y la fatalidad, no le importó.

La miró, y el silencio de la casa resultaba tan abrumador como una cacofonía. Lily notó su nerviosismo.

—Sin duda valen más la pena que él.

Y también eran más convincentes.

Cerró la puerta del armario y se volvió hacia él, obligándolo a dar un paso atrás mientras clavaba los ojos en los suyos, más arriba que los ella.

—¿Por qué me dejaste?

Lo vio fruncir el ceño.

—Estoy aquí.

«También me has dejado».

Lily negó con la cabeza.

—Esta tarde... Con Stanhope.

—Me dijiste que te dejara.

¿Ella? Supuso que sí. Pero luego negó moviendo la cabeza.

—Pero no me dejaste. Me salvaste la vida, ¿recuerdas? Fue luego cuando me dejaste.

Él guardó silencio durante un buen rato, y ella habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando.

—Estabas bien —explicó finalmente—. Y Stanhope te acompañaba.

Era lo que había esperado obtener: una respuesta rápida y superficial. Pero no era verdad y lo sabía. Sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué me dejaste?

—Porque... —Se calló, y el silencio se extendió entre ellos durante una eternidad antes de que continuara—. Porque te mereces a alguien como él.

—No quiero a alguien como él —aclaró ella.

—¿Por qué? Stanhope es un maldito príncipe al lado de los demás hombres.

—Es muy amable —reconoció Lily.

—¿Y eso es un problema? —farfulló Alec—. Amable, guapo, encantador y con título, la Santa Trinidad de las cualidades.

—Has dicho cuatro —corrigió ella sonriendo.

Alec la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te pasa, Lily? Podrías pescarlo. Sabe lo del cuadro y no le importa. De hecho, parecía disfrutar mucho de tu compañía.

Era cierto, Lily sabía que debería querer a Frederick, lord Stanhope. Debería arrodillarse y dar gracias a Dios de que él estuviera dispuesto a aceptarla. Pero... no lo hacía.

Estaba demasiado ocupada deseando a otro. Imposible, sí, pero así era.

No era que fuera a decírselo.

—Nos conocemos desde hace dos horas. no es suficiente tiempo.

—Cualquier hombre en su sano juicio te desearía después de dos minutos.

Lily parpadeó, y él apretó los labios.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Debemos marcharnos.

—Soy un escándalo con patas.

—Eres el mejor de los escándalos —refunfuñó él mientras se acercaba a la puerta de la habitación.

Al menos eso creía que había dicho.

—No te he oído bien.

—Que eres el peor de los escándalos —dijo él más fuerte.

Pero no era eso lo que había dicho. Lily no pudo reprimir la sonrisa.

—¿Eso qué significa?

—Que eres el tipo de escándalo que un hombre quiere reclamar para sí mismo.

Lo miró boquiabierto. Nunca en su vida había escuchado algo tan romántico. Y, sin duda, no lo esperaba oír de boca de ese enorme y malhumorado escocés.

—Eso ha sido muy amable —comentó.

—No ha sido nada amable —corrigió él.

—Sin embargo, lo ha sido —lo contradujo—. Derek no me quería. Y eso fue antes de que me convirtiera en un escándalo.

—Pero Hawkins es idiota —le recordó él con un fuerte sonido. Alec se había detenido ante la puerta cerrada del dormitorio, con los dedos apoyados en la madera de caoba.

Lily se quedó absorta con esa mano. Por sus crestas y valles. Por la cicatriz que bajaba desde el primer nudillo, blanca en contraste con la piel bronceada.

—¿Qué te pasó en la mano?

Alec no se movió.

—Se encontró con el extremo cortante de una botella rota.

—¿Cómo?

—Mi padre era un borracho, y cuando se enfadaba...

Lily hizo una mueca. Quería acercarse a él, pero no lo hizo.

—Lo siento.

Ni siquiera entonces la miró.

—No lo hagas. Me largué el día después de que me lo hiciera.

—Siento que no hubiera nadie allí para cuidarte.

Flexionó los dedos contra la madera, y esa fue la única indicación de que la había escuchado.

—Deberíamos irnos.

—¿Crees que alguien me deseará? —le preguntó a la mano, sabiendo que no debería. Consciente de que esa frase revelaba demasiado lo que ella deseaba.

Lo vio apretar la frente contra la puerta antes de gruñir por lo bajo en gaélico, aunque luego cambió al inglés.

—Sí, Lillian. Creo que alguien te deseará.

—¿Y tú...? —Se interrumpió. No podía preguntarle eso. Daba igual cuánto le gustara la idea.

—No me preguntes tal cosa... —susurró él. E hizo que las palabras le dolieran.

Él no podía desearla. Ella no le gustaba. Sin duda nunca daba pruebas de ello. Parecía que para Alec solo era un problema.

¿Y si no era así? No podía soportar no saberlo.

—¿Y tú? ¿Me deseas?

Esta vez, Alec no juró en gaélico, lo hizo en inglés con colorida precisión.

—No respondas —dijo ella de inmediato, temiendo que lo hiciera y desesperada por saber.

Él no levantó la cabeza del lugar donde la tenía apoyada.

—Estoy aquí para protegerte. Tengo que hacerlo. —Lo dijo como una letanía, como si estuviera convenciéndose a sí mismo. A Dios. No a ella—. Estoy aquí para protegerte —repitió.

—No respondas —volvió a decir ella, ignorando la punzada de deseo que la recorrió. Lo que ocurría era que en ese momento, había deseado que lo hiciera, con desesperación.

Porque si Alec la deseaba, la quería, podría tener una oportunidad de alcanzar la vida que había soñado. Con un hombre mucho más noble de lo que había imaginado nunca.

«Estoy aquí para protegerte».

Y tal vez fuera porque había pasado la mayor parte de su vida sola, pero la idea de que la protegiera, de estar con alguien que deseaba su seguridad como ella la de él, era lo más tentador que había experimentado jamás.

Pero después de todo, él la había dejado. Y la arrastraba, como si no fueran nada el uno para el otro.

Y quizá no lo fueran.

Nunca se le había dado muy bien comprender lo que pensaban los demás. Qué significaba ella para ellos y ellos para ella.

Asintió moviendo la cabeza, deseando dejar atrás esa conversación.

—Entiendo. La respuesta es no. No debería habértelo preguntado.

Hubo un largo momento en el que pensó que él se daría la vuelta para mirarla.

«Dime que me deseas —suplicó para sus adentros—. Dímelo... Dime que

nosotros... Que podría existir algo».

No lo hizo. Dejó escapar un largo suspiro entrecortado y la mano se cerró hasta convertirse en un puño, que él apretó contra la puerta hasta que los nudillos se pusieron blancos y los brazos mostraron los tensos tendones.

—No —dijo él cuando habló—. No deberías haberlo hecho.

Alec abrió la puerta con una fuerza que la habría arrancado de las bisagras si estuviera bloqueada, como la del estudio.

Y desapareció en la oscuridad.

• 15: El duque salvaje abandona a la desolada pupila •

Alec pensó que merecía una medalla.

Por decir que no, por no volver con ella para abrazarla y hacerle el amor hasta que le dejaran de temblar las manos de deseo. Por no llevarla a la ruina a fondo, allí en la oscuridad, en el suelo de la desnuda habitación de Derek Hawkins.

«¿Me deseas?».

Como las Highlands a la niebla.

Pero prefería condenarse a tomar lo que quería, no podía destruir la posibilidad de que ella obtuviera lo que se merecía. Vivir con un hombre que era digno de ella. Lo había pensado antes de que Lily le contara sus planes de descubrir la pintura, pero cuando se comprometió a ayudarla a encontrar el retrato y destruirlo antes de que saliera a la luz, su convicción se hizo más profunda.

Encontraría esa maldita cosa.

Y la protegería, ¡maldición!

«Estoy para protegerte».

Había reunido fuerzas para dejarla, para no volverse hacia ella. Había escuchado en su aliento la verdad, la certeza de que ella cedería a él. Que ansiaba hacerlo. Que lo deseaba de nuevo. Que ella quería más.

«Más».

Hasta ese momento había pensado que sabía lo que era el deseo. Qué significaba echar de menos algo. Y luego había conocido a Lillian Hargrove, y se había dado cuenta de la verdad, de que todo lo que siempre había anhelado no era nada comparado con ella. Que no había nada que no daría, nada que no haría por volver a probar su sabor.

Pero sabía que no era digno de ella.

Y que mientras ella estaba en esa casa vacía, en esa habitación, donde una vez había posado desnuda para otro hombre, él había estado dispuesto a

pagar. A hacer lo que fuera... Pero se había resistido.

Para protegerla... Para que tuviera la oportunidad de vivir la vida que deseaba.

Porque ahora ella tenía la posibilidad de conseguir algo más que un matrimonio de conveniencia. Si podía encontrar la pintura, si pudieran robarla, aunque siguiera arruinada a los ojos de Londres, podría evitar la ruina ante los ojos del mundo.

Chica lista.

Debería habersele ocurrido a él mismo. Y quizá hubiera sido así si no hubiera estado tan cegado por su belleza. Por su fuerza. Por toda ella. Había estado demasiado ocupado protegiéndola. De Londres, de su futuro y de su pasado.

«De ti mismo».

Sí, se merecía una maldita medalla.

Cuando se marcharon, había comenzado a llover en serio, y él había continuado haciendo lo mejor para ella, metiéndola en el carruaje de alquiler y subiéndose al pescante junto al conductor, por su seguridad.

«O por la de él».

No estaba seguro de lo que podría hacer si estaba dentro del vehículo con ella. A su lado. Compartiendo el espacio y respirando el mismo aire. Oliendo su aroma, que combinaba de alguna forma el del brezo y las Highlands.

La lluvia le salpicó la cara mientras el carruaje se deslizaba por las calles para devolverles a la seguridad de Grosvenor Square, donde yacerían en camas distintas, separadas por paredes adornadas con perros, fingiendo dormir aunque estuviera ansioso por ir junto a ella. De desnudarla y adorarla con sus manos, labios y lengua...

La idea le hizo gruñir bajo la fría lluvia de mayo, recordando su sabor. Recordando los picos y valles de su cuerpo e imaginando cómo sería sentir sus lugares más secretos contra la lengua.

—¿Algún problema, milord?

Claro que había uno.

Deseaba a Lily con una furiosa intensidad. Y ella no le pertenecía.

—Detenga aquí el carruaje —dijo mientras hurgaba en el bolsillo para pagar al conductor—. ¿Dónde estamos?

—En Hanover Square.

—El resto del camino lo haré andando.

—Milord, está lloviendo...

Como si no se hubiera dado cuenta.

—Por favor, lleva al pasajero a Grosvenor Square.

Rozó con los dedos el pedazo de papel que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, y lo sacó, junto con la billetera. Lo miró bajo la luz que emitía el farol. «Condesa Rowley». Era una tarjeta de visita de Peg. El ayuda de cámara debía haberla sacado del bolsillo de la chaqueta destrozada y metido en esta.

Pagó al conductor la exorbitante suma convenida y se bajó del carruaje mientras el hombre lo obsequiaba con elogios. En ese momento se abrió la puerta desde el interior del vehículo.

«Ojalá no me vea», deseó. No sabía si podría resistirse a ella de nuevo. Y, al mismo tiempo pensó: «Quiero verla».

—¿Alec? —Su nombre en los labios de Lily fue un regalo bajo la lluvia.

—Cierra la puerta —ordenó, negándose a mirarla. No confiaba en sí mismo si la veía.

Una pausa.

—Está lloviendo —dijo ella—. Deberías subir aquí dentro.

Con ella. Muy cerca. Tocándola. No pudo reprimir el bufido de frustración que surgió ante esas palabras. No podía viajar en la cabina. No debía estar cerca de ella. Su tarea era solo una: protegerla. Y él era lo más peligroso del mundo para ella en ese momento.

—El carruaje te llevará a casa.

—¿Y tú? ¿Quién te llevará a casa? —La suavidad de su voz amenazó con acabar con él. Que insinuara la idea de que compartían un hogar... y conocer la imposibilidad de que existiera tal cosa.

—Iré andando.

—Alec... —lo llamó, paralizándolo—. Por favor.

Al oír eso, lo mismo que había susurrado cuando estaba entre sus brazos, la que prometía tanto y pedía más de lo que él era capaz de darle, comenzaron a temblarle las manos otra vez, igual que cuando estaban en casa de Hawkins. Cerró los puños para alejar su deseo.

¿Alguna vez dejaría de desearla?

—Cierra la puerta, Lily. —No tuvo más remedio que acatar la orden cuando él miró al conductor—. Adelante.

El carruaje se puso en movimiento al instante.

Alec se pasó la mano por la cara; odiaba Londres. Ojalá estuviera en cualquier otro lugar.

«Inglaterra será tu ruina».

Bajó la mano y miró la tarjeta. Había una dirección debajo del nombre. «Hanover Square».

«Ven a verme», había susurrado Peg cuando le metió la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta.

Hacía solo un rato que Lily le había preguntado si creía en el destino, y él había respondido con sinceridad. El destino no lo había llevado allí, a Hanover Square, el mismo lugar donde se encontraba la casa de Peg, sino un ayuda de cámara demasiado eficiente y una pupila muy frustrante. Y, mientras observaba cómo desaparecía el carruaje en la oscuridad, y el sonido de los cascos de los caballos y el estrépito de las ruedas quedaba apagado por la lluvia, no fue el destino lo que le condujo a la puerta del número 12 de Hanover Square.

«Ven a verme».

Era su propia vergüenza.

No esperó demasiado tiempo hasta que una doncella llegó al vestíbulo para escoltarlo a las profundidades de la casa por una escalera trasera. Identificó la habitación antes de que se abriera la puerta.

Era el dormitorio de Peg.

Y ella estaba allí dentro, de pie junto a la chimenea, con el cabello rubio dorado brillando bajo la luz, tan dorado como el camisón de seda que llevaba, escotado y ceñido a sus curvas, que él había conocido tiempo atrás, pensando que sería el primero y el último que lo haría. Pensando que, una vez que las adorara, ella desearía que las adorara para siempre.

—Sabía que vendrías —susurró al verlo, en voz baja y secreta, como si la doncella no estuviera allí. Y luego, la joven desapareció por el pasillo y cerró la puerta con un suave chasquido.

—Yo no —dijo él.

Ella sonrió con aquella sonrisa que dos décadas antes prometía algo que nunca cumpliría.

—Has subestimado el poder de mi atractivo. Y llevas el *kilt*, estás maravilloso. —La vio acercarse a la cama y recostarse contra las almohadas, donde se acomodó de forma tan casual que solo podía tenerla ensayada.

Y eso fue suficiente. Después de todo, la había visto en esa posición. En un

lugar diferente, en un mundo distinto, cuando él era joven e inmaduro, cuando estaba desesperado por su belleza. Por su perfección.

Aquella ocasión había terminado de forma distinta a como acabaría esta noche.

Porque entonces él había estado aún más desesperado por lo que ella representaba. Por un futuro que nunca tendría. Por ser aceptado en su mundo. En Inglaterra.

Ahora no quería ninguna de esas cosas. En el presente solo deseaba a Lily.

Y estaba allí para recordarse a sí mismo que ella no era para él. Que cada vez que la tocaba, la ensuciaba con su pasado. Y con su vergüenza.

—No estoy aquí por ti —repuso con frialdad.

Ella arqueó una elegante ceja rubia.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

La vio suspirar e inclinarse hacia atrás, paralizada por la declaración.

—Cariño, entonces estás haciéndome perder el tiempo. ¿Por qué has venido?

¿Por qué lo había hecho? ¿Qué quería en ese momento? ¿Cuánto le había dado Peg de lo que necesitaba?

Ella no esperó su respuesta, sino que siguió hablando.

—Si no estás aquí para jugar conmigo, deberías regresar a casa con tu pequeño escándalo.

—¿Qué significa eso? —preguntó, concentrándose en ella.

—Solo que en el baile de Eversley dejaste muy claro que estabas dispuesto a hacer cualquier cosa por esa chica. Incluso una escena. Y sé que aprendiste una gran lección sobre escenas hace años. —Hizo una pausa, y luego continuó—. Lo confieso, si hubiera sabido entonces que Alec Stuart, sin título ni dinero, iba a convertirse en un duque con la fortuna de un rey, habría considerado muy en serio tu tierna oferta.

Todos lo habrían hecho. Y él habría vivido una vida diferente. Una que no incluiría una larga lista de mujeres que lo consideraban digno para jugar pero no para casarse.

Peg esbozó una sonrisa fea y fría. Se le ocurrió que ella debía creerse hermosa, igual que él la había considerado antes. Sin embargo, ahora sabía cómo podía ser la belleza. Cómo podía ser, fuerte y orgullosa, con firmeza y unos ojos del color del mar de Escocia.

—¿Te consolaría saber que tu propuesta es la más bonita que he recibido?
—preguntó ella, tomando de nuevo la palabra—. Todavía la recuerdo. «Haré lo correcto por ti. Seremos felices durante el resto de nuestra vida». —La vio estremecer—. Eras joven, inmaduro e ignorabas por completo como eran las mujeres y el mundo.

Por un segundo, volvió a tener quince años, cuando era un chico idiota.

—Hace años que aprendí lo necesario sobre mujeres. —Estaban las que se merecía y las que no. Y por supuesto, la que deseaba más que a nada entraba en la segunda categoría.

Peg ratificó la idea.

—Y las mujeres aprendimos nuestras lecciones sobre ti. ¿No es así?

Era por esto. La razón por la que estaba allí. El recordatorio de su pasado. De la vida que nunca podría tener. Y aun así, se resistió.

—No sabes nada sobre mí.

Peg curvó la comisura de la boca con ironía cómplice.

—Apuesto a que sé más que ella. —Una pausa—. ¿O ya ha montado al salvaje escocés?

Él entrecerró los ojos antes de poder reprimirse, incapaz de negar la vergüenza y la furia que lo atravesaban. Incapaz de ocultar la verdad a Peg.

Peg hizo un mohín perfecto.

—Oh, cariño, sigues siendo tan dulce como siempre. Te preocupas por esa chica.

—No —aseguró.

«Mentiroso».

Su exclamación en respuesta fue seguida de un movimiento cuando ella se levantó de la cama, hacia él, con la seda dorada deslizándose sobre su piel.

—Te olvidas, Alec Stuart, de que soy la primera mujer que amaste.

—Nunca te amé —dijo, negándose a moverse cuando ella se acercó, negándose a estremecerse cuando le puso la fría mano en la cara, borrando el persistente recuerdo de Lily.

Supuso que se lo merecía.

—Eso no es lo que decías entonces —repuso ella en voz baja—. Alec, el dulce escocés, grande como una casa, como nada que hayas visto nunca. Como nada que hayas sentido nunca. —Se apretó contra él y Alec tuvo que contenerse para no apartarla. Deseaba recibir esa lección. Necesitaba recordar quién había sido. Lo que había sido. Ella bajó la voz todavía más hasta que se

convirtió en un susurro, y deslizó la mano por debajo del borde del *kilt* para rozarle el muslo con las puntas de los dedos. Se estremeció—. Deja que esa chica lo tenga, cariño. Déjala sentirlo. No serás el primero, pero ella tampoco será tuya. Piénsalo... Eres muy adecuado.

Quería rugir de furia por la forma en que lo dijo, como si conociera a Lily.

—Y cuando ella haya tenido suficiente de ti —agregó ella—, regresa conmigo. Me encantaría tenerte otra vez.

—Nunca.

Peg se acercó más.

—¿Ni siquiera si te recuerdo mis grandes dotes?

—Es extraño que lo describas así, ya que no tengo ningún interés en un bis.

Peg hizo volar la mano con irritada fuerza, y el chasquido sonó como una alarma en la silenciosa habitación. Él subió el brazo para calmar el dolor, en lugar de deleitarse con la sensación. En el mensaje. En el recordatorio.

—No te crezcas, Alec Stuart. Puede que ahora seas el duque salvaje —dijo ella—, pero hubo un momento en que exististe debido a mi benevolencia. No te gustaría que el mundo supiera la verdad.

—No me importa lo que sepa el mundo —replicó—. Y recuerda esto, lady Rowley, tus secretos también son míos. Asegúrate de decírselo a tus amigas. A ninguna mujer le gusta que se hable de sus intimidades.

Ella frunció el ceño.

—Eres una mierda.

La tenía pillada.

—En algún momento, nuestro pasado tenía que resultar una bendición, ¿no?

Hubo un largo silencio.

—Conozcas o no mis secretos, no querrás que tu adorable Lily sepa la verdad sobre ti. Así que si fuera tú, tendría cuidado con lo que dices.

Peg se equivocaba. Agradecería que Lily supiera la verdad. Sería más fácil desearla, porque entonces sería imposible tenerla.

Sin embargo, no debería haber ido allí. Cuando estaba fuera de la casa, se había preguntado por qué estaba llamando a la puerta de Peg, por qué había permitido que su tarjeta lo llevara hasta allí. Ahora sabía la verdad.

Quería verla. Quería que verla le recordara lo que no podía negar.

La prueba de que la perfección de Lily no era para él.

Dejó aquella dirección con dos decisiones: primera, Lily hallaría la felicidad al lado del mejor hombre que pudiera encontrar; y segunda, ese hombre no sería él.

A pesar de haber mirado dentro de la caja de las cintas en el interior de la *boutique* que *madame* Hebert tenía en Bond Street durante el último cuarto de hora, Lily no podría haber elegido ni un solo color. Se sentía demasiado consumida por la advertencia que se había repetido una y otra vez durante los casi tres días transcurridos desde la última vez que había visto a Alec.

No debería haberle preguntado si la deseaba.

No debería haberse traicionado a sí misma permitiendo que aflorara aquel pensamiento insidioso que había echado raíces en su mente, producto de las acciones protectoras y los besos provocativos de Alec, consecuencia de un atisbo de esperanza al que no debería haber dado espacio en su mente. Ni en su corazón.

Y aun así, como una imbécil, le había preguntado.

«¿Me deseas?».

Le ardieron las mejillas al recordarlo. ¿Cómo podía imaginar que le provocaría algo más que vergüenza? Lo había visto luchar contra sí mismo para darle la respuesta, como si no quisiera lastimarla. Para decirle la verdad.

Y a pesar de eso, se la había dicho. Porque era más noble que otros hombres. Mejor y más noble. Le había dicho que no. Mejor, más noble, y no estaba destinado a ella. Ni siquiera aunque lo deseara desesperadamente.

Y luego, como si decirle la verdad no hubiera sido suficiente, había desaparecido.

Tres noches antes había estado esperando su regreso, y al final se había quedado dormida en la salita de visitas de Dog House, sin querer perderse su llegada. Pero no había vuelto. Ni al día siguiente, ni al siguiente.

Incluso se había llevado a los perros, lo que debía significar que no tenía intención de volver, por mucho que ella lo deseara.

Por eso, esa mañana, había tomado las riendas de la situación y había pedido refuerzos.

—¿No te alegras de que hayamos decidido ejercer de chaperonas? — Levantó la mirada de las cintas y se encontró con lady Sesily, que sonreía de oreja a oreja—. Con todo nuestro arduo trabajo y dedicación, se nos podría

considerar una especie de hadas madrinas.

En la esquina, Seleste y Seline se entretenían con una colección de horquillas y accesorios que algunos definirían de rigor y otros de capricho. Las vio reírse de algo, y se preguntó cómo sería tener tan poco de lo que preocuparse. Estaban casadas, o casi, con hombres que según los rumores las adoraban. Y entonces vivirían plenamente, sin soledad. Siendo siempre parte de un «nosotros».

Lily sintió una aguda punzada de celos mientras las miraba, imaginando solamente lo diferente que podría haber sido su vida si su padre no hubiera muerto. Lo mismo que un duque tras otro, cayendo como una fila de soldados de juguete, todos seguidos. Quizá entonces no hubiera estado sola en San Miguel. Quizá no habría conocido a Derek y no habría posado para el cuadro.

«Ni tampoco hubieras conocido a Alec».

Cogió aire bruscamente ante la idea, pero la rechazó al instante. No quería imaginar tal cosa. Ni siquiera aunque la hubiera echado. Ni siquiera aunque no volviera a verlo.

—Querida Lily —la llamó Sesily, interrumpiendo, por suerte, sus pensamientos—. ¿Te gustaría decirnos por qué estamos aquí?

Lo he encontrado.

Mañana asistimos a la actuación de Hawkins. Con Stanhope.

Necesitarás un vestido. Que no tenga perros.

La nota había llegado junto con las instrucciones para ir a una *boutique* en Bond Street esa mañana, sin firmar. No era necesaria ninguna firma. Y aún así ella deseaba algún tipo de reconocimiento personal. ¿Cuál habría elegido él? ¿Alec? ¿Sus iniciales? ¿Su título?

No, nunca firmaría como duque.

Aggg... Estaba irritada consigo misma. Él había invitado a otro hombre a unirse a ellos. Si eso no era suficiente para que ella tuviera que forzar la sonrisa, no sabía qué lo era. Miró a Sesily con lo que esperaba fuera una sonrisa brillante.

—Necesito un vestido.

Sesily arqueó una ceja.

—¿Y eso qué tiene que ver con que parezcas un chico al que han apartado de su cachorro favorito?

Lily negó con la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Bueno, como somos amigas, seré paciente y esperaré a que me lo digas.

«Amigas». Una palabra inesperada que Sesily había usado con ligereza, como si la amistad fuera algo natural y sincero para ella. Como si la apreciara.

El dolor que sentía en el pecho, se volvió más insistente.

—Queridas... —*Madame* Hebert, que se creía la mejor modista de Londres y que según las páginas de cotilleos había sido rescatada de la corte de Josefina en el momento más álgido de la revolución, atravesó unas cortinas cercanas—. Es un placer volver a ver a mis hermanas favoritas. —Miró a Lily—. ¡No! ¡Las hermanas no vienen solas! Son tres y una cara nueva. —Se acercó y cogió la barbilla de Lily con una mano para girársela de izquierda a derecha—. Es posible que sea la mujer más bella que ha pisado la *boutique*.

No era un cumplido, sino un hecho. Lily parpadeó.

—¿Gracias?

—Es la señorita Lillian Hargrove —presentó Sesily—. La pupila del duque de Warnick.

La O perfecta que formaron sus labios fue la única indicación de que la francesa había escuchado sus palabras.

—Puede llamarme Lily —intervino ella.

La mujer asintió.

—Estás aquí por Warnick.

«Si desea pensarlo así...».

Alejó aquel pensamiento.

—No.

—Por otro —intervino Selesté con jovialidad—. El conde Stanhope.

Salvo que no era cierto. No era verdad.

Madame Hebert no apartó de ella la mirada.

—He oído que llevabas un vestido adornado con motivos perrunos en el baile de Eversley.

—¿En serio?

—¿Es cierto? —preguntó la francesa entrecerrando los ojos.

—Solo trataba de demostrar algo —reconoció Lily, que de repente se sentía más avergonzada que la noche del baile.

—¿A Stanhope?

Lily se enderezó.

—A Warnick.

Hubo un largo silencio mientras la modista valoraba esas palabras.

—*Oui*, te haré un vestido —dijo luego.

—¡Oh, maravilloso! —Las tres hermanas aplaudieron con entusiasmo—. Obviamente va a necesitar todo un ajuar.

—No todo —corrigió Lily—. Solo un vestido para...

Madame Hebert ya se había puesto en movimiento, apartando las cortinas para que Lily la siguiera. Y lo hizo, cuando las hermanas Talbot casi la llevaron en volandas.

—Hebert no viste a cualquiera —susurró Seline—. Es muy particular.

—Pues lo mas lógico es que si fuera tan particular, quisiera evitar el escándalo —susurró ella—. ¿Acaso crees que no sabe nada de mí? —Entraron en la sala de costura, donde estaban los probadores y varias modistas cosiendo junto a las ventanas dispuestas a lo largo de la pared. Había también una mujer en una plataforma elevada, de espaldas a la puerta, con una joven a sus pies marcando el dobladillo de una exuberante seda color amatista.

—Nunca evito el escándalo —repuso Hebert como si hubiera formado parte de la conversación todo el rato—. Los escándalos son lo que la gente mira. Y me gusta que vean mi ropa. —Se giró hacia Lily, indicándole que se acercara a una plataforma cercana—. Te habría evitado antes de que te convirtieras en un escándalo, adorable Lily. Cuando eras la solitaria Lily.

—Adoro a Hebert. —Sesily se sentó en un diván cercano y miró a la modista—. Necesitará todo un ajuar —repitió.

La francesa inclinó la cabeza a un lado, estudiando a Lily durante un buen rato.

—*Oui*.

—No —intervino Lily—. Solo necesito un vestido para ir al teatro.

—Valerie... —Hebert ya estaba alejándose para llamar a un par de mujeres más jóvenes—. Trae el muestrario azul. —Luego se volvió hacia Lily—. Tengo un par de creaciones adecuadas que solo requerirán un par de retoques mínimos para mañana por la noche. Pero, como le he dicho a tu duque, el resto del ajuar requerirá más tiempo.

—Él no es mi... —comenzó a negar antes de asimilar toda la frase de la

francesa—. ¿Ajuar?

—Es una de mis palabras favoritas. —Seline suspiró desde el lugar que ocupaba junto a sus hermanas en un sofá cercano—. La mejor parte del matrimonio.

—Bueno, la segunda mejor parte —corrigió Seleste secamente, haciendo que sus hermanas se rieran.

—Lily tendrá que aprender sobre esa parte —intervino Seline—. Y con Stanhope, nada menos. ¡Qué delicia!

—Es muy guapo —convino Seleste.

Sesily, sin embargo, permaneció callada mientras miraba a Lily, con unos ojos que parecían saber demasiado.

—No voy a casarme con el conde de Stanhope —dijo Lily, volviéndose hacia la modista, que estaba ocupada revisando algunos vestidos con Valerie y, finalmente, se acercó con un impresionante vestido azulado. Cuando lo levantó para que lo vieran, Lily casi jadeó por la intensidad del color—. Es precioso —dijo, incapaz de no alargar la mano.

Madame Hebert asintió.

—*Oui*. Y te quedará perfecto. —Se lo entregó y le señaló un probador. Lily obedeció, y cuando regresó, unos minutos después, notó que, para su sorpresa, la prenda era realmente perfecta para ella.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Seleste.

—Eso es todo —se limitó a decir Seline.

Sesily esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Él no sabrá de dónde le llegó el golpe...

Por un momento, aquella frase evocó una imagen de Alec con los ojos entrecerrados y las manos extendidas hacia ella, igual que en el carruaje de regreso a casa desde el baile de Eversley. ¿Qué haría ella para atraer de nuevo su atención? ¿Para provocar sus caricias? ¿Sus besos?

Usaría ese vestido todos los días durante el resto de los tiempos.

Y luego recordó que no lo llevaría para Alec, sino para otro hombre. Uno al que debía pescar... en tres días.

La modista le indicó una plataforma vacía con su bastón de mando y, al instante, se puso a ladrar órdenes en francés, fijándose con increíble velocidad un alfiletero en la muñeca como si hubiera nacido con él. Lily no sabía suficiente francés para saber sobre qué estaban discutiendo, por lo que hizo todo lo posible para permanecer quieta mientras se movían, dejando

libertad solo a sus ojos para que vagaran desde las hermanas Talbot, en un sofá cercano, a los demás ocupantes de la trastienda: costureras, una mujer en la esquina que parecía estar cuadrando las cuentas, y otra cliente que, al parecer, estaba acabando las pruebas y, en ese momento salía de un probador.

Lily abrió mucho los ojos.

La mirada de la condesa Rowley cayó en el vestido azul y se movió hacia abajo, observando el corte, la caída de la tela, el dobladillo, antes de volver a subir para buscar los ojos de Lily, que percibió en los suyos un inquietante destello de conocimiento.

—Él lo adorará —dijo con la calma de una reina.

La estancia quedó en silencio ante aquella declaración, y el único movimiento fue el sutil enderezamiento de las hermanas en el diván.

Lily no dijo nada. Le daba miedo hacerlo.

Pero la condesa no pensaba igual.

—Siempre le ha gustado el azul.

—Gracias —repuso Lily sin picar el anzuelo, devolviendo con deliberación la misma evaluación a la condesa—. A mí también me gusta el azul.

Ella arqueó una ceja rubia.

—Vino a verme hace tres noches, ¿lo sabía?

—¿Quién es esta...? —comenzó Selesté.

—¿Ha estado con ella? —intervino Seline.

Sesily levantó una mano, impidiéndoles seguir hablando incluso mientras se ponía en pie, como si estuviera dispuesta a salvar a Lily de esa escena.

Como si alguien pudiera salvarla.

Tres noches antes, le había preguntado a Alec si la deseaba. Y él le había dicho que no.

—No la creo —repuso.

Pero era mentira. Lo creía. Tres noches antes él se había ido con esa mujer, esa dama fría, impasible e insensible. Todo lo opuesto a ella. Era alguien completamente aristocrático y lleno de perfección. Alguien de su pasado.

Y ella había regresado a casa, y lo había esperado.

Pero él no había llegado.

La condesa supo que ella mentía. Sonrió y se acercó... Se comportó como si estuviera hecha para ese lugar, para ese momento. Actuando como el tipo de mujer que cualquier hombre desearía. Por encima de cualquier escándalo.

«Por encima de cualquier vergüenza».

Lily sintió que la atravesaba una corriente de celos mientras la condesa se acercaba con una sonrisita de complicidad en los labios.

—Vino a verme porque quería recordar por qué no eres para él.

Las palabras dolieron como un golpe, duras y llenas de maldad.

Pero se negó a demostrarlo.

Se enderezó, deseando parecer fuerte.

—Si fue a usted, Peg, le aseguro que entonces no soy para él.

—Bien dicho... —Creyó escuchar a una de las hermanas Talbot.

La sorpresa luchó contra la ira en la expresión de la condesa, luego desapareció, cubierta por una fría máscara.

—Pobre adorable Lily. ¿No te das cuenta? Alec no está hecho para toda la vida, sino que se usa para una noche.

Incluso sin comprenderlas del todo, aquellas palabras fueron un castigo y Lily hizo lo que pudo por ignorarlas, dirigiéndose a la modista.

—¿Ha terminado, *madame*?

—No del todo —respondió la francesa desde el lugar donde marcaba el dobladillo del vestido—. Pero la condesa sí. —No dio posibilidad de responder a lady Rowley, la modista chasqueó los dedos y un tropel de jóvenes se apresuró a conducirla a la sala principal.

Seline y Seleste soltaron el aire a la vez desde el sofá mientras Sesily se adelantaba.

—Esa mujer es como las termitas. —Se acercó más—. La has manejado con soltura. Me ha impresionado especialmente que usaras su nombre de pila.

Era el que había usado Alec.

Con el que él la había llamado durante solo Dios sabía cuánto tiempo.

«Alec se fue con ella cuando te dejó sola».

—Es que... —se interrumpió, incapaz de encontrar las palabras. Bajó la vista a las manos y descubrió que le estaban temblando. Miró a Sesily—. No sé qué hacer.

Sesily la miró a los ojos mientras le cogía las manos, se las apretó con fuerza, aquietándoselas.

—Vas a mantenerte fuerte. Y nunca, nunca, vas a dejar que nadie te vea temblar.

—Exacto. —Seleste se unió a ellas, lo mismo que Seline—. Ni él.

Lily negó con la cabeza.

—No sé a quién os referís.

Sesily sonrió al oírla.

—Claro que no. Pero si lo hicieras... —Hizo una pausa—. Si supieras a quién nos referimos, es decir, si lo sabes... ¿puedo suponer que lo elegirías por encima del otro?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y miró al techo, deseando que se alejaran. Dispuesta a huir de allí. Cuando *madame* Hebert se levantó del lugar que ocupaba a sus pies. Para cruzar la estancia hasta un armario lleno de telas, Lily se recordó a sí misma que Alec no era una opción. Nunca lo había sido. Y unas noches antes lo había dejado más claro que nunca.

—Él no me quiere —confesó mirando a su amiga.

—Tonterías —dijo Sesily.

Lily negó con la cabeza.

—Es cierto. Me ha dejado sola en casa. Hace tres días que no lo veo. Al parecer, me dejó para ir a buscar consuelo en brazos de... —Se interrumpió y agitó un brazo en dirección a la sala principal de la *boutique*—. Sí... Sí, por supuesto que lo elijo —agregó después de un buen rato en tono bajo y triste.

Era la primera vez que lo admitía en voz alta, y resultaba aterrador y desgarrador a la vez. Lo quería a él. Más de lo que nunca había deseado algo.

—Pero él no me quiere.

—Oh, Lily... —dijo Sesily subiéndose a la plataforma para envolverla entre sus brazos. Lily siempre había oído que los abrazos de los amigos hacían que una se sintiera mejor, pero no fue así. Este la hizo sentir peor. Hizo que quisiera apoyarse en la otra mujer, llorar y quejarse para dejar salir toda su tristeza, toda su falta de esperanza y ponerla a los pies de Sesily.

Pero de alguna forma, en ese deseo, descubrió la verdad.

Que también sentía que no estaba sola.

—Tenemos una hermana más, ¿lo sabías? —preguntó Sesily, y Lily tardó un momento en poder seguir el cambio de tema—. Seraphina.

Lily asintió.

—La duquesa de Haven. —La quinta de las sucias Talbot, la que había sido acusada de pescar a un duque para casarse y que había desaparecido de Londres hacía unos meses.

—Sera no pudo ganar a su duque —comentó Sesily mientras una sombra cruzaba su cara—. No al final.

A veces el amor era imposible. Y Lily lo entendía.

Salvo que no parecía poder entender lo que querían las hermanas Talbot, que la miraban con mucha determinación.

—Pero tú conseguirás a tu duque. Nosotras te ayudaremos.

No era posible, por supuesto, pero le parecía una fantasía maravillosa.

Lily se deshizo del abrazo, y cuando se secó las lágrimas, descubrió que Selesty y Seline se habían unido a ellas. Que no estaba sola. Que no eran dos, sino cuatro.

«Cinco».

Detrás de las hermanas Talbot estaba la modista francesa, la modista más venerada de Londres, sosteniendo un trozo de tela mientras la miraba con sabia astucia.

—Si lo eliges... —Abrió los brazos revelando la tela—, si lo encuentras... Te pondrás esto.

Lily abrió los ojos de par en par mientras aceptaba la ofrenda, y el movimiento se vio salpicado por las exclamaciones de excitación de sus amigas.

—Lo quiero —admitió de nuevo, sosteniendo la tela entre las manos. Era su verdad única e innegable.

—Entonces, es tuyo —respondió Sesily con renovada determinación—. Siendo sinceras, si con eso no lo consigues, es que no se puede llegar a él.

• 16: Tartán, ¿un tejido tentador o una horrible tendencia? •

Alec no creía que fuera posible, pero la casa de Kensington, una vez propiedad del viejo duque número nueve y su esposa, era todavía peor que Dog House.

Al parecer, lady Nueve había sido coleccionista... de todo.

En los tres días que llevaba alojado en la abandonada casa de Regent Street (Settlesworth había mencionado algo sobre un accidente en North Country que había implicado trágicamente a los duques Nueve), Alec se había visto abrumado por mesas llenas de animales en miniatura, estantes cargados de figuras de porcelana y gabinetes con puertas de vidrio llenos de juegos de té. Se le ocurrió que cuando esa casa estuvo en su esplendor, probablemente necesitó varias criadas con el propósito de desempolvar la alocada colección de objetos inútiles.

También se le ocurrió, mientras ocupaba el lugar en mitad de la noche y era saludado por Angus, que movía el rabo de una forma tan frenética que hacía caer una mesita llena de campanillas de porcelana, que debería haber elegido una casa diferente. Este no era lugar para bestias, ya fueran de cuatro o dos patas.

Se inclinó para saludar al perro de forma apropiada.

—Buenas noches, amigo. —Angus le pidió que le rascara y suspiró de placer cuando lo hizo—. Al menos nos tenemos el uno al otro. —Levantó la vista, examinando el vestíbulo—. ¿Dónde se ha metido Hardy?

No le sorprendía demasiado que el segundo perro no estuviera; Hardy se había pasado los últimos tres días suspirando y vagando por la casa sin rumbo, como si ansiara a un amor perdido.

Como si a ella no le hubiera bastado con grabarse a fuego en cada parte de él durante la semana que hacía que la conocía, también había arruinado a sus perros.

Había sido lo más difícil que había hecho nunca, regresar a Dog House esa noche resignado a encontrar un nuevo hogar, un sitio donde no amenazara el futuro de Lily. Desde donde protegerla en la distancia.

Cuando él entró, ella estaba dormida en la sala de visitas, con los perros junto al fuego.

Si no fuera por el persistente aroma del perfume de Peg en su *plaid*, quizá no podría haber sido capaz de alejarse, pero lo hizo. Y ahora tenía un perro triste para demostrarlo.

Se levantó con un suspiro y subió por la escalera central hasta el dormitorio que le habían preparado, con Angus pisándole los talones en la oscuridad. Hardy sobreviviría. Reanudaría su vida ordinaria y recuperaría el carácter de siempre cuando regresaran a Escocia.

Alec esperaba conseguir lo mismo.

Cada vez faltaba menos y Escocia era como una promesa. Un lugar donde no recordaría a Lily ni su belleza ni su sonrisa ni su fuerza ni todas las formas en las que la deseaba...

«La amo».

Movió la cabeza ante aquel pensamiento insidioso e inquebrantable. No la amaba. No la amaría.

«No podía amarla».

Solo tenía que mantenerse alejado de ella durante tres días más.

«Tres simples días».

Venía de estar con West y King, pensando cuál era la ubicación más probable del cuadro antes de la exposición. Planeando cuáles serían sus movimientos la noche siguiente, cuando Hawkins subiría al escenario y Alec buscaría en las salas traseras del teatro.

Y mientras él hacía eso, mientras la protegía, Lily estaría en un palco, sobre el escenario, enamorándose de Stanhope.

Apretó los dientes ante la idea.

Era lo mejor para ella. La forma en la que lo superaría todo: los chismes, los rumores, la verdad. Era evidente que el conde estaba interesado en ella, que estaba dispuesto a pasar por alto su pasado. Sin duda, el dinero ayudaba. Pero también parecía un hombre decente.

Lo que Lily se merecía. Un hombre que algún día pudiera ser digno de su amor.

No como él.

Soltó el aire con fuerza, bajando por el pasillo hasta lo que amablemente llamaba la habitación principal, e hizo caso omiso de los estantes llenos de figuras y otra basura inútil, muerto de sueño. Ojalá esa noche no se viera consumido por ataques de autodesprecio y por el deseo casi insoportable de levantarse e ir a por Lily. Quería tomarla entre sus brazos y hacerle el amor hasta que el pasado se desvaneciera y solo existiera el presente.

«En que ella fuera todo lo que había».

Negó con la cabeza, buscando sus habitaciones desesperado por alejarla de sus pensamientos, incluso aunque sabía que no sería capaz de hacerlo. A pesar de que sabía que entraría en la habitación y se desnudaría e iría a la cama, con su recuerdo en las manos, la boca y la mente.

Apretó la frente contra la enorme puerta de caoba, inundado por la vergüenza y el deseo, desesperado por darse la vuelta e ir a Grosvenor Square para tomarla. Para hacerla suya. Para deleitarse en ella y a la mierda las consecuencias.

Intentó que su respiración se tranquilizara y que le dejaran de temblar las manos.

«Tres días. Podía mantenerse alejado de ella tres días».

Abrió la puerta, temiendo la desordenada decoración de la habitación y la pequeña cama de finas patas y delicado dosel. En el interior, la luz de las velas se derramaba por el suelo, cálida y dorada. Hardy levantó la cabeza del lugar que ocupaba a los pies de la cama y golpeó con la cola la colcha.

Pero Alec no miraba al perro.

Miraba a Lily, que estaba profundamente dormida en el centro de la cama, iluminada por la dorada luz de la vela.

Sin otra cosa encima que su *plaid*.

Un hombre mejor se marcharía. Cerraría la puerta y buscaría otra cama. Otra casa. Otro país.

Un hombre mejor tendría el control para protegerla de sí mismo, que era el mayor peligro al que se enfrentaría jamás. El hombre que la reclamaría, la tomaría... a pesar de ser desesperada y totalmente indigno de ella.

«Pero no era ese hombre mejor».

Apretó el picaporte de la puerta con la mano. Lo había intentado. Había querido serlo. Pero allí y ahora, dando prueba de su absoluta imperfección, ya no tenía fuerza para ello.

Sufría por ella. La deseaba. La quería.

Solo existía ella.

Y en ese momento, todo lo que era, todo lo que sería, era de ella. Y esta noche, quizá podría engañarse a sí mismo y creer que era de él.

Miró a Hardy y señaló el pasillo.

—Fuera...

El perro obedeció la orden al instante.

Alec cerró la puerta y fue hacia ella. Se detuvo junto a la cama, mirándola mientras dormía, con el cabello formando un charco de fuego castaño contra el lino blanco. La cama no era tan pequeña como pensaba, era del tamaño perfecto para ella, una reina de las hadas en su refugio. La vio moverse, y su hombro desnudo asomó por debajo del tartán rojo, rosado y perfecto, llamándolo. Y no pudo evitarlo..., gimió.

Ella abrió los ojos ante el sonido y, de inmediato, buscó los de él, como si el universo los hubiera unido con un hilo invisible. Ella no se comportó como era de esperar al encontrar un hombre de su tamaño junto a la cama, sino que sonrió, suave y somnolienta, y Alec se excitó con perverso placer.

—Estás en casa.

«Te está esperando».

—¿Cómo me has encontrado?

La sonrisa se hizo más grande.

—No eres el único con acceso a Settlesworth, excelencia. —Ella desvió la vista a la mesa, a varios metros de distancia y la clavó en el juego de té con forma de animales—. Sin embargo, no había pensado que esto sería tan... estético.

Podría haberse reído si no la hubiera deseado tanto. Si no estuviera tan ansioso por su presencia.

—¿Qué haces aquí, Lily?

La vio parpadear, y se odió por la vacilación que vio brillar en sus ojos.

—Es que... —Ella se interrumpió, respiró hondo y buscó su mirada con renovada firmeza—. He venido a por ti.

Alec notó que se le debilitaban las rodillas, pero resistió el impulso de acercarse a ella. De tocarla. De ceder a su deseo. De alguna forma....

—Mi madre era inglesa —se limitó a decir.

Hubo una pausa.

—También la mía —repuso ella.

Ignoró la respuesta, se rindió con humor a sus ojos brillantes, deseándola

más que nunca, como siempre que amenazaba con reírse. Cuando lo tentaba más de lo que había soñado posible.

—Era muy guapa. Mi padre estaba loco por ella... supuestamente.

—¿Supuestamente?

—Cuando yo nací, a ninguno de ellos le importaba el otro. Vivían en Escocia, en las Highlands, y él trabajaba en la destilería de la familia. Ella pensaba que era rico, y lo era, pero el negocio, las propiedades que lo acompañaban, no eran administradas por otros. Siempre había sido dirigido por miembros de la familia Stuart, durante generaciones. Mi padre era un hombre que cosechaba trigo, esquilaba ovejas y reparaba tejados. Y ella lo detestaba.

Lily se sentó mientras él hablaba, el tartán de los Stuart enmarcó sus rizos castaños rojizos alrededor de sus hombros, y él tuvo que resistir el impulso de acercarse. Concentrado en la historia, que una vez había sido de advertencia y ahora era profética.

—Como decía mi padre, no estaba hecha para Escocia. Era demasiado perfecta. Esbelta como un junco pero indestructible. No soportaba el frío, la humedad, la naturaleza. Así que nos mudamos al sur, cerca de la frontera, a otra finca propiedad de la familia. Y mi padre pensó que la proximidad de Inglaterra la satisfaría. Que ese movimiento le devolvería a la chica que había amado una vez.

—No es así como funcionan las cosas. —La miró mientras apretaba la tela de cuadros contra el pecho, atrayéndolo con pequeños destellos de sombras.

—Una vez me dijiste que el amor es una poderosa promesa. Y así es. Mi padre lo aprendió de primera mano. Como yo.

Ella abrió los ojos como platos, y él odió la tristeza que leyó en ellos.

—¿Qué pasó?

—Ella nos dejó.

Lily separó los labios con un leve suspiro silencioso.

—¿Cuándo?

Quería tocarla más de lo que quería respirar, pero antes debía contarle esa historia profética.

—Pero antes de irse de verdad, ya nos había abandonado, mucho antes. No puedo recordar un momento en el que ella fuera feliz.

Lily no apartó la mirada.

—¿Ni siquiera contigo?

—En especial no lo fue conmigo. Yo era muy escocés. Demasiado grande. Demasiado fuerte. Cuando me veía llegar de los campos, sacudía la cabeza con decepción mientras murmuraba: «Nada en ti encaja».

Ella frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? ¿Dónde tenías que encajar?

—Aquí —susurró la palabra con la dureza que provocaban los recuerdos—. ¿Sabes la tarde en el parque, cuando me dijiste que no habías recibido un regalo de cumpleaños desde que eras niña? —Ella asintió en silencio—. Creo que tuviste más suerte que yo. Dudo que mi madre supiera nunca cuándo era mi cumpleaños.

Qué ridiculez recordar eso. Era un hombre adulto, de treinta y cuatro años, y pensaba en los cumpleaños de la infancia como si importaran. Se aclaró la garganta mientras trataba de calmarse.

—Al final, ella huyó. Llevaba meses enferma, consumida, y estaba convencida de que era por culpa de Escocia. Que era lo que estaba matándola. —Apartó la vista—. A menudo me pregunto si pensaba que era yo.

—No lo hacía —dijo Lily, y él no pudo evitar mirarla. Buscar sus ojos grises y beber la certeza que transmitían—. No fue por ti.

Y por un fugaz momento se preguntó qué habría sido de él si hubiera tenido entonces a Lily, cuando todo su mundo se derrumbó a su alrededor.

Ella podría haberlo salvado. Podría haberlo amado.

Podría haberle dado un montón de niñas preciosas, pelirrojas y perfectas que habrían llevado la ropita que ella había cosido y remendado con su corazón.

En cambio...

—Murió dos semanas después de regresar a Inglaterra.

Lily ahogó su nombre y trató de abrazarlo, pero él se alejó de su alcance, sin confiar en lo que podría hacer si lo tocaba.

—No fue culpa tuya.

—Lo sé —dijo—. Pero tampoco la salvé.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes salvar a todo el mundo.

—Cuando tuve edad suficiente, yo también huí. A Inglaterra. Al colegio. Mi padre... —se interrumpió.

—¿Qué pasó con él? —lo presionó ella. Alec se miró la mano, donde

aquella cicatriz le recordaba a su padre todos los días.

Y luego la miró a ella. Más guapa de lo que debería ser ninguna mujer.

—Cuando estaba en el colegio, nos hicieron aprender los mitos. —Ella frunció el ceño, confusa, pero él no le dio tiempo a responder—. Estábamos obligados a traducirlos al griego, y todos los niños de la clase odiaban ese trabajo. King hizo todo lo que pudo para escaquearse. De hecho, me pagó para que hiciera su parte en más de una ocasión.

Ella sonrió, girándose hacia un lado, lo que hizo que el *plaid* se deslizara contra su piel en un susurro de la lana.

—¿No intentaste escaquearte de los estudios?

—No podía permitirme el lujo.

Lily asintió.

—Todavía no eras duque.

«El salvaje escocés».

Él negó con la cabeza mientras observaba cómo la tela se pegaba a la curva de la cadera de Lily, a la redondez de su pecho.

—¿Conoces a Selene?

Ella sonrió con dulzura.

—Era la diosa de la luna.

Alec asintió.

—También era la hermana del sol y el amanecer, hija de titanes y más bella de lo que podían describir las palabras. Era una chica escandalosa, voluble e inquietante. Podía mover las mareas e iluminar el cielo, o dar pie a hazañas nefastas para el mundo si así lo deseaba. El sol aparecía todos los días, igual que atardecía, pero la luna era como la alegría, buscada e inconstante. Era la reina de la noche.

Lily lo miraba con absoluta atención, y a él le hormiguearon los dedos por tocarla, pero aun así, se mantuvo alejado de ella.

—Una noche, mientras se movía por el cielo, su luz tocó a un pastor dormido.

—Endimión —susurró Lily con arrobo.

Él asintió.

—Él era la cosa más hermosa que había visto en su vida: pacífico y bueno, y todo lo que ella siempre había deseado. Selene se enamoró de inmediato, a pesar de que era plenamente consciente de que no podían ser pareja. Ella no podía estar con él todos los días. Ni todo el día. Su tiempo con él era

limitado. Efímero.

Entonces, Lily se sentó agarrando la tela, cubriendo con ella todas las partes hermosas y secretas de su cuerpo, todas las partes que él quería ver.

—Alec... —dijo como si así pudiera detener el mito, el curso de la historia.

—Él se despertó cuando ella estaba parada sobre él y, al presenciar su insoportable belleza, también se enamoró al instante. Pero no podría soportar estar sin ella, ni siquiera por un día. Ni siquiera por un momento. Ni un respiro. Y entonces le suplicó a los dioses que le concedieran un sueño eterno, para que nunca supiera lo que era vivir sin su compañía. —Alec alzó una mano, finalmente, y levantó un largo rizo castaño rojizo del lugar que cubría en el hombro, y miró cómo se deslizaba entre sus dedos, tentándolo con su sedosa promesa y haciendo que quisiera que le apresara las muñecas con él y permanecer prisionero de ella para siempre.

»Él tomaría incluso la parte más pequeña de ella si eso significaba tener algo suyo —continuó.

Ella separó los labios con un leve jadeo, y Alec ansió besarla.

—¿Y qué pasó?

—Zeus le concedió su deseo. Endimión durmió para siempre, sin edad ni muerte. Y ella se acercaba por la noche y lo cuidaba con su belleza.

—No —dijo ella, con los ojos grises muy brillantes—. ¿Nunca estuvieron juntos?

Alec llevó la mano a su mejilla y capturó con el pulgar la única lágrima que surgió antes de que manchara su piel perfecta.

—Estuvieron juntos durante toda la eternidad —repuso, con las palabras roncadas y llenas de añoranza—. Él soñó siempre... con sostener la luna entre sus brazos.

El silencio se alargó entre ellos mientras se miraban, Alec deseando aprender la lección que trababa de darle. El amor no siempre suponía felicidad. A menudo era tristeza.

Y luego ella levantó la mano hacia él, ahuecándola sobre su mejilla.

—Alec, yo no deseo sostener la luna entre mis brazos —susurró, con ojos firmes e inquebrantables—. Deseo abrazarte.

Entonces, Lily dejó caer el *plaid* y este resbaló por sus caderas, quedando desnuda, perfecta bajo la dorada luz de las velas. Alec siguió el viaje de la tela con la vista, y cayó de rodillas en el borde de la cama, incapaz de

contener el deseo. Incluyó la cabeza y susurró su nombre contra su sien.

Ella lo tocó, deslizándose gloriosamente los dedos por su cabello.

—Alec —susurró—. Por favor. Por favor, elígeme.

Como si pudiera elegir otra cosa.

Alzó la cabeza y alargó la mano hacia ella para coger la suya con firmeza.

—Estate segura, Lily —susurró—. Asegúrate de que me quieres. Soy basto y poco refinado, nunca seré digno de ti. Pero no tengo fuerzas para rechazarte.

Ella abrió mucho los ojos, por un momento, antes de hablar. Su voz fue clara y cálida como el sol.

—No soy una niña. Me conozco y sé las consecuencias de mis pensamientos. De mis acciones. Me conozco. Sé lo que está por venir. Lo deseo, Alec. —Si las palabras no lo hubieran convencido, el movimiento de ella lo habría hecho... La forma en la que se inclinó hacia él, con sus labios a un aliento de los de él.

—Te elijo.

Y era de ella. Por una noche. Por toda la eternidad.

• 17: ¡El duque salvaje, víctima del deseo! •

La besó como si fuera aire.

Como si ella fuera lo que siempre había deseado. Como si fuera tentación y pecado, y no pudiera evitarlo.

Y Lily se dejó llevar también, le pasó las manos por el pelo, por los hombros y por los musculosos brazos, ansiando que estuviera más cerca. Por que estuviera en la cama con ella. Se echó hacia atrás para decírselo, para suplicarle que se acercara, pero descubrió que él ya la estaba mirando, que tenía los ojos castaños casi negros por el deseo, que sus labios estaban húmedos por el beso que ella le había devuelto tan felizmente.

—Alec... —susurró.

—Lo que quieras —repuso él—. Soy todo tuyo.

«Mío».

¿Cuánto tiempo llevaba deseando eso? ¿Durante cuánto tiempo lo había ansiado? ¿Cuántas noches había permanecido despierta pidiendo que la encontrara alguien así, alguien fuerte, amable y heroico sin medida? ¿Deseando que ese alguien la reclamara?

¿Que la amara?

Cerró los ojos ante la idea, sabiendo que había pedido demasiado. Él no podía amarla. Pero esa noche, mientras estuviera allí, con ella, podría amarlo. Y podría ser suficiente.

—¿Eres mío? —musitó ella.

Alec la observó con atención, deteniendo la mirada sobre su rostro como si estuviera tratando de memorizarla, y ella hizo lo mismo, asimilando su fuerte e insoportable belleza mientras deseaba que las palabras fueran ciertas. Para siempre.

—Tuyo... —repuso él con un susurro.

Él hacía que sonara sucio, y lo deseó todavía más.

—Pero soy yo la que está envuelta en tus colores —argumentó ella,

moviendo la cabeza.

La mirada de Alec se deslizó más abajo, sobre sus pechos desnudos, hacia la tela que se le amontonaba en la cintura, y alargó la mano para pasar los dedos por allí antes de mirarla con el ceño fruncido.

—Este no es mi *plaid*, es el tartán de los Stuart, pero la tela es demasiado suave.

Ella asintió.

—Es de cachemira. La modista me lo regaló antes de marcharme esta mañana... —Hizo una pausa, sin querer pensar en la modista. En la razón por la que ella había estado allí, para encargarse un vestido para ir al teatro. Para conseguir un ajuar...

Pero no quería pensar en la otra mujer que había estado allí. En la amante de Alec.

Sin embargo, Alec tampoco la dejaba pensar en esas cosas. La capturó con sus hermosos ojos castaños.

—Sabías que no podría resistirme a esto.

Ella sonrió.

—Esperaba que fuera así.

Él le besó el hombro.

—Esto —susurró contra su piel—. Esto es lo que vi cuando entré en la habitación. Tu hombro desnudo y perfecto bajo mi *plaid*. Y tú... —Bajó los labios por la clavícula, por la ladera del pecho—. Tú eres tan hermosa como para ser la reina de Escocia.

Él capturó la punta del pecho con la boca, y jugó con él hasta que ella empezó a suplicar todo lo que él podía darle, para que la mordisqueara y lamiera, incluso aunque sabía que debería resistirse. Pero con Alec, nada le producía vergüenza. Nada estaba mal, al contrario, era como si este momento fuera su objetivo. Como si él fuera su destino. Gritó por la sensación y él la soltó, aunque siguió rozando ligeramente la tensa carne con sus dientes, lo que le hacía jadear su nombre, suplicando más.

Alec levantó la cabeza.

—¿Es así como te gusta, *mo chridhe*?

Ella le acarició los hombros, antes de deslizarse las manos para ahuecarlas sobre su rostro e inclinarlo hacia ella para besarlo.

—Me gusta como tú quieras —susurró contra sus labios.

Él tomó el control de la caricia, deslizando la lengua profundamente en el

interior de su boca y reclamándola así para sí mismo. Marcándola. Asegurándose de que nunca sería capaz de besar a alguien sin pensar en él. Desde ahora. Desde esa noche.

La besó con profundas caricias que atormentaban su mente con un tierno y pecaminoso placer, hasta que casi no se dio cuenta de que le había retirado el tartán del regazo. Luego, deslizó los dedos, ahondando con largos y prolongados trazados, y ella lo supo. Claramente.

Lily se retorció bajo su contacto, suspirando de placer contra sus labios.

—Sabes a menta —dijo él después de lamerle los labios—. ¿Cómo es posible?

—Sesily —suspiró desesperada por poder pensar mientras los dedos de Alec jugaban con ella, tentándola, haciéndole promesas de lo que estaba por venir.

—¿Otro truco Talbot? —preguntó él con humor mientras arqueaba una ceja.

—Quería que te gustara mi sabor —se justificó Lily con las mejillas rojas.

Él le sostuvo la mirada durante un buen rato mientras hundía los dedos profundamente en su interior, y ella jadeó repetidamente antes de que los retirara para llevarlos a la boca, como había hecho en el carruaje unos días antes. Lily se ruborizó todavía más al ver cómo se los chupaba para saborear sus secretos, en una imagen que la llenaba de deseo.

—Tu sabor es maravilloso. No necesitas menta. —Él se inclinó de nuevo para lamerle la mandíbula hasta la oreja—. Quiero devorarte.

Ante aquellas palabras, Lily notó que le llameaban las mejillas, y pensó que moriría de vergüenza cuando él reanudó el movimiento anterior con los dedos, hundiéndolos, girándolos y retirándolos de nuevo para pintarle de forma perezosa la punta de un pecho, con círculos lentos y húmedos.

—¿Quieres que te devore, muchacha?

Antes de que ella pudiera responder, él se movió de nuevo, y se deslizó por su cuerpo para lamerla y chuparla hasta que suspiró de placer, hasta que lo abrazó, ansiando más. Él repitió la acción en el otro pecho, lo que la hizo sentir inundada de deseo, anhelando algo que no sabía definir.

Lily le levantó la cara hacia la de ella.

—Alec —susurró mientras se retorció en la cama—. Por favor, ven a mí.

Él negó con la cabeza.

—Amor, todavía no he terminado de probarte.

«Amor».

Aquella palabra de cariño fue suficiente para hacer que se retorciera de nuevo, incluso más cuando él tiró de sus piernas hasta el borde de la cama. Ella cerró los ojos y separó los muslos.

—Recuéstate —pidió él. Era una orden ronca, intensa y escandalosa.

—¿No irás a...? —preguntó ella parpadeando.

—...probarte —dijo él mientras le pasaba las manos por las piernas, por la suave piel del interior de los muslos, haciendo que el corazón se le acelerara mientras Alec seguía moviendo los dedos, hasta que fueron una pícaro promesa en la unión de sus muslos. Entonces, la miró durante un buen rato, hasta que ella cerró los ojos por el calor que le hacían sentir los de él.

—Eres perfecta aquí también —dijo por fin Alec al tiempo que besaba la suave piel del muslo—. No es que me sorprenda. Resbaladiza, húmeda y desesperada por mí, ¿verdad?

—No lo sé —respondió ella, con un repentino temor por lo que estaba a punto de hacerle, por lo que estaba a punto de sentir.

—Lo eres —gruñó Alec—. Eres lo más perfecto que he tocado jamás. —Depositó un beso en la suave piel de su muslo—. Me abrumas con tu cuerpo.

Incapaz de seguir estando quieta, ella se arqueó hacia él, ansiando su contacto.

—Es tuyo —susurró—. Toda yo. Soy tuya por completo.

Él volvió a gruñir al oírla, y se dio la vuelta para pellizcarle el interior de la rodilla antes de levantarle la pierna y ponerla, para su sorpresa, sobre el hombro.

—No es así, amor. No soy yo quien te posee, sino tú a mí. —Le dio un beso en los rizos que ocultaban la parte más secreta de su cuerpo—. Tus labios saben a Escocia —susurró contra su centro—. Pero aquí, sabes a gloria.

Y entonces empezó a besar aquel lugar privado y maravilloso, y ella jadeaba por la conmoción y el placer. Se recostó como él le pedía mientras la lamía, chupaba y se deleitaba con su sabor. Lily suspiró su nombre al tiempo que llevaba las manos a su cabeza y enredaba los dedos en su cabello.

—Alec —susurró—. Soy toda tuya. Siempre.

Las palabras parecieron hacerle perder el control, volverlo salvaje y desesperado, perverso y maravilloso; el gruñido se hizo profundo, vibrando contra su núcleo con intensidad y haciendo que ella se pusiera frenética. Igual

que los dedos que apretaba contra los oscuros rizos de Alec mientras no dudaba en arquearse, en moverse contra él.

Alec deslizó las manos por debajo de ella para levantarla y sostenerla mientras se daba un banquete. Lily comenzó a gritar de placer y él siguió lamiéndola, encontrando todos sus secretos y dándole lo que siempre había deseado.

—Soy tuya —susurró una y otra vez, hasta que finalmente la condujo más arriba, y ella gritó de forma salvaje.

Él alzó la cabeza ante ese sonido y la dejó a punto de alcanzar algo glorioso. Le besó el interior del muslo trazando pequeños círculos hasta que ella lo miró. Sus ojos se encontraron.

—Te has detenido.

Él no se movió durante un buen rato, y luego se inclinó hacia delante para soplar sobre los rizos oscuros. Ella se retorció, llamándolo.

—¿Cómo puedo demostrártelo? —preguntó él despacio, con la mirada clavada en el corazón del cuerpo femenino.

—¿Demostrarme qué?

—Que soy yo el que soy tuyo.

Lily no tenía tiempo para eso.

—Alec, por favor...

Él volvió a lamer su núcleo, de una forma larga, exuberante y salvaje, y ella gritó antes de esbozar una amplia y hermosa sonrisa.

—Soy quien soy tuyo, *mo chridhe*. ¿Qué debo hacer para demostrártelo?
—Se rio, una risa ronca y profunda contra ella—. Así... Cuéntame ese pensamiento que ha hecho que tu cuerpo se ruborice bajo la luz de las velas.

—Ya lo sabes —suspiró con casi un gemido.

—Sí, lo hago —confirmó él como si dispusieran de todo el tiempo del mundo—. Pero deseo que me des la orden, amor. Quiero que seas mi diosa y yo tu sirviente. Deseo que estés orgullosa de tu belleza, deseo honrar tu perfección con cada parte de mí.

Sus palabras la encendieron más.

No importaba que fueran una locura.

Lo miró, desesperada por su boca una vez más.

—Entonces, hazlo.

Él arqueó una ceja de forma interrogativa.

—Dilo... —la lamió de nuevo y ella se tensó como un arco—. Hónrame,

Alec.

Incluso su voz le daba placer.

—Hónrame, Alec.

—Adórame, Alec

—Adórame, Alec —repitió ella cerrando los ojos.

—Bésame, Alec.

—Bésame, Alec.

Y lo hizo, volviéndola loca... Haciéndole el amor con movimientos lentos, medidos, mientras la elevaba con las manos como si estuviera dándose un festín. Ella también arqueó las caderas hacia él, repitiendo una y otra vez aquella letanía, hasta que llegó a un precipicio de nuevo y esta vez no se detuvo, ni siquiera cuando ella cayó por el borde. Continuó con sus manos, su boca y su lengua, lo único tangible en aquel alboroto de placer.

Y cuando se aferró a él y gritó las órdenes que él le había dado, agregó una más.

—Ámame, Alec.

«Ámame».

Y lo hizo. Ella supo que en ese momento, incluso aunque nunca volviera a ocurrir, él la amaba.

Cuando el placer se aminoró, lo abrazó y lo atrajo hacia ella, todavía más ansiosa de él, necesítándolo más que nunca. Él subió por su cuerpo, por la cama, demasiado pequeña para él, pero de las dimensiones perfectas para lo que quería que hiciera, pues le permitía estar todo lo cerca que quería para tocarla, para empujarla hacia atrás y tumbarse sobre ella, dibujándole un camino de besos desde la mandíbula hasta la oreja.

Lily buscó el borde del tartán con la mano hasta encontrar una piel caliente y fibrosa debajo de la lana. Le acarició el largo muslo cada vez más arriba, y solo encontró piel, desnuda y tibia. No logró ocultar la sorpresa.

—No llevas nada debajo.

Él levantó la cabeza buscando su mirada.

—*Nae*.

—Sesily se lo preguntaba...

Alec le dio un beso profundo.

—Sesily puede buscarse su propio escocés para descubrirlo, a mí ya me han reclamado.

«Era suyo».

Las palabras le dieron alas y rastreó la piel desnuda hasta la pelvis, donde él estaba duro, caliente y...

—Lily —siseó él con placer ante su contacto.

—Eres magnífico —susurró.

—Soy demasiado grande. Una bestia.

Lily lo acarició tomándose su tiempo.

—Eres un hombre perfecto.

Él cerró los ojos y apoyó la frente en la suya.

—Gracias.

Notó algo en su voz, un dolor que no le gustó. Una vacilación que no esperaba. Se quedó quieta.

—¿Alec?

Él negó con la cabeza.

—No pares, por Dios. Lily, no te detengas.

Y no lo hizo, lo acarició una y otra vez, deleitándose en su tamaño y su fuerza.

—Me gustaría hablar sobre una cosita.

—Que menciones una «cosita» resulta un poco inquietante cuando haces eso, muchacha —siseó él con una risa.

Lily siguió acariciándolo hasta que él gimió de placer, un sonido que también a ella la hizo disfrutar.

—Me gusta hacer esto —susurró ella.

—Te aseguro que no te gusta ni la mitad que a mí. —Alec se quedó quieto y luego la besó, lo que le dejó la mente en blanco—. ¿De qué quieres hablar?

A Lily le costó recordar.

—Estás vestido...

Sus ojos se encontraron.

—¿Y?

Y era su turno para besarlo, acariciarlo, dejarlo sin aliento...

—Quiero... desnudarte... —susurró finalmente.

—Creo que no deberías... —protestó Alec, cerrando los ojos.

—¿No eres mío? ¿De verdad?

—Siempre —repuso al tiempo que abría los ojos de golpe.

La palabra la envalentonó. La iluminó.

—Entonces, demuéstramelo, Alec. Hónrame, alábame, bésame... —hizo una pausa, pero él no.

—Ámame —susurró.

—Ya lo hago. —Y Lily no mentía.

Lo vio cerrar los ojos otra vez con expresión de dolor, como si su declaración hubiera sido una maldición en lugar de un regalo, y sintió dudas.

—Lo siento — susurró consiguiendo que volviera a mirarla a pesar de su propio miedo—. No puedo ocultar la verdad. Te amo.

Él no respondió, solo se movió para darle exactamente lo que ella quería. Se levantó, se quitó la ropa revelando su magnificencia, la dura extensión de su pecho, los apretados y ondulantes músculos del estómago, que terminaban en un notable oblicuo sobre sus caderas y descendían hacia la parte de Alec que parecía sufrir por ella tanto como ella por él.

Luego regresó a la cama, que crujió bajo su peso mientras lo abrazaba, separando las piernas mientras él se movía entre ellas para tenderse sobre su cuerpo, aunque sostuvo su peso con los brazos, protegiéndola de su tamaño.

—Nunca te disculpes por eso. Lo atesoraré siempre. Incluso cuando descubras lo indigno que soy de ello.

Lily frunció el ceño, pero no pudo pedirle que se lo explicara, porque él la estaba besando, acariciando, guiándola, protegiéndola. Se deslizó dentro de ella con un movimiento perfecto y glorioso que la hizo suspirar y jadear, y aferrarse a él mientras se movía con un ritmo perfecto. Alec parecía observar sus respuestas para encontrar los lugares en los que más lo deseaba y darle lo que ella quería y, finalmente, una vez que encontró su ritmo contra ella, presionando, girando y llevándola más alto, Lily comenzó a gemir su nombre mientras se sujetaba a él, rogándole con palabras que no debería haber usado.

«Más fuerte. Más rápido. Más adentro».

Y él se lo dio sin vacilar. Ni un poco.

—Abre los ojos, Lily —susurró después de acercar los labios a su oreja, que acarició con la lengua para hacerla enloquecer de deseo. Cuando le obedeció, él estaba mirándola con una expresión de placer—. No dejes de mirarme, amor.

—Nunca —susurró—. Jamás dejaré de hacerlo.

—Te necesito —repuso él—. Necesito esto. No sé cómo viviré sin ello.

—Nunca tendrás que hacerlo —susurró ella—. Te amo.

La besó de nuevo, y ella se dio cuenta de que él le había robado algo más que el corazón. Más que la respiración. Se había llevado su vergüenza.

Ella era suya. Y en esa certeza, se encontró a sí misma. Encontró su fuerza.

Y fue glorioso.

Se precipitaron hacia el placer juntos, con rapidez, intensidad y, finalmente, cuando lo alcanzaron, fue como si el cielo se abriera y se derramara sobre ellos, inundándolos de éxtasis mientras gritaban el nombre del otro, mientras el suelo se abría.

No. No era el suelo.

Era la cama.

Una de las finas patas se había derrumbado bajo el peso de los dos, bajo la fuerza de su placer, y el colchón se inclinó, haciendo que resbalaran. Ella soltó un gritito cuando Alec giró sobre sí mismo para soportar el peso de la caída, abrazándola con un profundo gruñido mientras aterrizaban con fuerza contra el suelo.

Lily intentaba hacer balance de la situación: en un instante, disfrutaba en la cama de la experiencia más magnífica de su vida, y al siguiente, estaba tendida sobre el pecho de Alec en el suelo de la habitación.

Justo cuando logró asimilar lo ocurrido, sonó un crack, y Alec soltó una maldición. Él volvió a girar sobre sí mismo para ponerla en el suelo y la cubrió con su cuerpo mientras el dosel caía encima de ellos con fuerza. Un gran trozo de madera lo golpeó en los hombros y una mesita cercana, por lo que una taza de té de porcelana decorada como una ardilla se estrelló contra el suelo.

Para su sorpresa, solo entonces ladraron los perros.

Lily empezó a reírse. Nunca en su vida había sido tan feliz como en medio de ese desastre, en un dormitorio donde, finalmente, se había sentido completa. Desnuda y aterida, en el suelo..., envuelta en el abrazo protector del hombre que amaba. Sin sentir ni pizca de vergüenza. Sin sentirse utilizada.

Sin sentirse, por primera vez, no del todo sola.

El alivio, la alegría y la emoción alimentaron su risa durante muchos minutos, hasta que Alec se apartó de ella, enderezó el dosel del lugar donde había caído y se sentó. Solo entonces se dio cuenta de que ella era la única que encontraba divertido al asunto. Alec, en cambio, tenía una expresión pétrea en la cara.

Dejó de reírse y se sentó, al momento.

—¿Alec?

—Esto ha sido un error.

Un frío temor la atravesó, pero hizo todo lo posible por ignorarlo. Por pretender que era otra cosa.

—Bueno, no hubiera ocurrido si tuviéramos muebles más resistentes. Y si vamos a ser tan apasionados...

—No me refiero a la cama.

No fingió malinterpretarlo.

—No ha sido un error —aseguró al tiempo que negaba con la cabeza.

No podía haberlo sido. Nada que pareciera tan perfecto, tan correcto, podía ser un error.

Alec no era un error.

«Pero quizá tú...», le susurraron las dudas al oído mientras él se alejaba, mostrándole su ancha y musculosa espalda.

—Te aseguro que sí —dijo él sin mirarla.

Alec se puso en pie, magnífico y musculoso como un dios griego, y ella recordó la historia que él le había contado. Comprendió de pronto por qué Endimión había elegido un interminable sueño de amor ante la posibilidad de perderla por un momento. Si ella tuviera elección, también dormiría para siempre, si así podía ser suyo.

—Vamos a tener que casarnos —dijo él.

Las palabras fueron dichas con tanta suavidad que casi no las escuchó. O, mejor dicho, no creyó que él las hubiera dicho. Jamás había oído nada que quisiera escuchar más. Y, sin embargo, la destruyeron; la única emoción que mostraban —intenso y evidente arrepentimiento— era innegable.

«Voy a tener que hacerlo», como si fuera un esfuerzo. Como si no lo hubiera deseado nunca. Por supuesto que él no quería.

Ella era un escándalo público, y él, un duque.

Lily recogió el *plaid* que había estado usando de debajo del dosel caído. Se envolvió en él como si así pudiera protegerse de la verdad.

Lo oyó maldecir por lo bajo mientras deslizaba la mirada por el tartán y la cama, destruida por su amor.

—¿Qué he hecho? —susurró él.

Ella se mantuvo erguida ante aquellas humillantes y dolorosas palabras, negándose a permitir que la afectaran.

—No es necesario que te cases conmigo —dijo con toda la calma que pudo reunir. Con frialdad. Intentando mostrar fortaleza incluso sintiéndose debilitada por lo que escuchaba.

Él arqueó las cejas mientras las sombras marcaban los ángulos de su rostro, y por primera vez desde que había roto la puerta, Lily atisbó en él aquella bestia salvaje y frustrada. Alec respondió como si ella no hubiera hablado.

—Nos casaremos. Es la única opción.

Ella había imaginado ese momento en su sueños. Alec proponiéndole matrimonio. Pero en sus fantasías, él se lo pedía con pasión. Con amor. Nunca por deber. Y, sin duda, sin arrepentimiento.

Casarse con Alec Stuart, duque de Warnick, podría haber sido el mayor deseo de Lily..., pero no quería conseguirlo así.

Ella le había entregado todo lo que tenía: su amor. Y no era suficiente para él. Así que le daría la única otra cosa que podía regalarle.

Su libertad.

—Olvidas, excelencia, que no puedes obligarme a casarme.

Él abrió los ojos mucho al recordar la cláusula más importante del acuerdo de tutela.

—Lily... —empezó a decir en tono de advertencia.

Ella se volvió hacia la puerta, sin poder mirarlo más tiempo a los ojos.

—No me pienso casar con un hombre que se avergüence de mí. Puede que no me merezca nada más, pero me debo eso a mí misma.

Lily no esperaba que él le respondiera. Y menos que lo hiciera con tanto enfado.

—¡Maldita sea, Lily! —tronó con una voz profunda, ronca y cargada de acento escocés. Ella se dio la vuelta, y se topó con los músculos de su ancho pecho desnudo, contraídos por una furia apenas contenida—. ¿De verdad piensas que me avergüenzo de ti? ¿Que lo lamentaría?

—Sí —repuso ella, con cierta confusión—. Por supuesto que sí. ¿Casarte con la adorable Lily? ¿Con la musa arruinada? ¿Existe una opción peor para un duque?

Alec se acercó a ella, que pensó que la abrazaría antes de detenerse y cruzar los brazos sobre su magnífico torso.

—Lily. —Ya no parecía enfadado, ahora solo agotado, resignado—. Te lo juro. No me avergonzaría ni por un momento de casarme contigo. Tú, por otro lado... llegarás a lamentar cada minuto que hemos compartido.

«Imposible».

—Jamás me arrepentiría de eso. —Se quedó quieta—. Alec, te lo he dicho, te amo.

Él se alejó en busca de su chaqueta.

—Venga, te llevaré a casa.

«Esta es mi casa. Donde sea que tú estés, es mi hogar».

Se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas, y se reprimió para no decirlo en voz alta.

—¿Por qué? —se limitó a volcar todo en esa pregunta.

Por un instante, pensó que él respondería, que hablaría, que sus ojos eran lo único que podía mirar en la habitación. Deseó que le contestara. Que le mostrara los demonios que lo atenazaban. Pero cuando habló, no fue una respuesta lo que salió de sus labios, sino una declaración.

—Yo no. Otro. Alguien más digno. —Y luego siguió—. Encontraremos ese cuadro y serás libre.

• 18: Algo realmente malo: el salvaje escocés espía al estilo escocés •

«Inglaterra será tu ruina».

Cuando era niño, Alec había escuchado esas palabras docenas de veces. Cientos. Cada vez que le había rogado a su padre que lo enviara a Inglaterra. Para seguir a su madre, para protegerla. Para ayudarla a encontrar el lugar que amaba, un mundo que le había prometido algo más de lo que las tierras de la frontera escocesa le habían dado.

«Inglaterra será tu ruina —le había dicho el viejo—, igual que lo fue la mía».

Y ahora era cierto.

Como su padre, amaba a una inglesa y no era digno de ella. A diferencia de su padre, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salvarla de un futuro lleno de desilusiones.

«Te amo».

Nunca debería haber hecho que lo dijera. No debería haberse permitido disfrutarlo.

Pero incluso ahora esas palabras se arremolinaban en su interior, provocando dolor. Eso haría que todo fuera mucho más difícil, saber que ella se quedaría con él si se lo pidiera. Que se rebajaría para estar a su lado.

Pero tenía una forma de protegerla de esa vida. Una última oportunidad de que tuviera la vida que había soñado. Y por eso estaba solo en el palco más grande del Hawkins Theatre, el que pertenecía a Duncan West y a su señora, el magnate de la prensa y su legendaria esposa aristocrática, esperando que comenzara el espectáculo. Llevaba puestos unos pantalones y una chaqueta a medida, sin embargo se sentía como si hubieran estado estrangulándole poco a poco durante toda la noche.

—Estás aterrador —comentó King mientras atravesaba la cortina y entraba en el palco con su encantadora esposa del brazo.

Alec se inclinó sobre la mano de la marquesa antes de incorporarse.

—*Milady*, siempre me sorprende la paciencia y tolerancia que tienes con este marido tan carente de tacto.

Sophie se rio de sus palabras.

—Alec, como puedes imaginar, supone un gran esfuerzo. —Hizo una pausa—. Si te vale de algo, no creo que estés aterrador. Por el contrario, te encuentro bastante apuesto.

—Aunque no tan elegante como yo, ¿verdad? —intervino el marqués.

Ella puso los ojos en blanco mientras King la apretaba contra su costado, haciendo que se ruborizara cuando le dio un beso en la sien.

—El pobre marqués de Eversley, que una vez fue calumniado por todos los que lo rodeaban.

El beso de King se desplazó con adoración al hombro desnudo en una demostración de afecto que, sin duda, escandalizaría a las damas que espiaban a todos los presentes a través de sus prismáticos de teatro.

—Me siento muy dolido, cariño. Esta noche vas a tener que hacer algo para que me sienta mejor. —Alec intentó no percibir la brusca inspiración de la marquesa ante la caricia antes de que King se volviera hacia él—. Todo un golpe de efecto, Warnick. Veo que has visitado a mi sastre.

—En efecto —confirmó Alec alejándose de la pareja para inspeccionar la sala de butacas.

—¿Solo para el teatro? —preguntó King con inocencia, lo que hizo que Alec supiera que el peligro de avecinaba—. ¿O quizá has encargado algo más completo?

—King... —le advirtió su esposa por lo bajo.

—Es una pregunta razonable. Uno ha oído cosas sobre pupilas hermosas y tutores taciturnos.

Alec lo miró.

—¿Por qué debería arreglarme para ella?

—¿Por qué? —repitió King, y Alec resistió el impulso de borrar la expresión petulante de la cara de su amigo.

—El objetivo es casarla con otra persona.

Aunque ya no era cierto del todo. No quería que ella se casara, quería que fuera libre. Deseaba que se extendieran ante ella un mundo de opciones. Darle el futuro que ella ansiaba, fuera el que fuera.

«Te amo».

Fuera el que fuera, lejos de él.

—Entiendo el objetivo marcado —comentó King—, sencillamente no entiendo cómo se ha producido inicialmente.

Alec buscó los ojos de su amigo.

—¿Qué significa eso?

—Solo que no entiendo por qué quieres que la corteje otro, cuando hay una posibilidad tan buena de...

—King... —volvió a intervenir la marquesa.

Él se volvió hacia su esposa.

—Míralo. No había visto a Alec Stuart con ropa inglesa apropiada desde que íbamos al colegio. Es obvio para quién está vistiéndose así. Entonces, ¿por qué no se casa con ella y...? —Se interrumpió. Alec apretó los dientes.

«No. No puede ser».

King le lanzó entonces una mirada llena de comprensión.

—¿No piensas casarte con ella?

—No.

La compasión sustituyó a la comprensión, y Alec quiso saltar del palco para no sufrir el interrogatorio de King. Lo que le diría en voz baja, algo que nadie más que ellos dos comprendería.

—Alec...—dijo King—, hace mucho tiempo que salimos del colegio.

—Lo sé —repuso bruscamente.

—¿De verdad? —King hizo una pausa—. Eres un hombre diferente. Un hombre, punto. Ella te tendría a ti. Sería tuya por completo. Sería afortunada de...

Alec no se movió, pero interrumpió aquellas palabras con una mirada.

—No lo digas. Ni siquiera sugieras que ella sería afortunada en tal situación.

King abrió los ojos de par en par y elevó la voz.

—Eres duque. Y ella es un escándalo, la hija de un...

Alec entrecerró los ojos.

—Como vuelvas a decir que es un escándalo...

Su amigo era lo suficientemente inteligente como para permanecer en silencio.

—Ni siquiera puede considerárseme un duque de verdad. Era el decimoséptimo en la línea sucesoria. Una maldita farsa. Estoy tan por debajo de ella, que puede considerarse obsceno. —Apartó la vista—. Da igual. Su

futuro no está conmigo.

Tenía la oportunidad de quitarle cualquier mancha. De que sobreviviera sin él. Como quisiera; de forma que no se arrepintiera luego. No tenía la intención de permitirle que lo hiciera.

Quería que ella acabara con un hombre mejor de lo que él pudiera ser nunca.

Sabía que en la mayoría de las circunstancias, el acto más noble sería casarse con ella. Pero en su caso, la nobleza era conseguir que Lily fuera feliz y tuviera una buena dote para casarse con un hombre mejor. Uno que no tuviera vergüenzas que esconder.

La noche anterior había sido un error desastroso.

Le atormentaba la culpa por no haber sido capaz de resistirse a ella. Por arruinarla de nuevo, con su cuerpo y su pasado... Y su deseo.

Culpa, aunque no arrepentimiento.

Jamás se arrepentiría de tocarla.

Y ese sería su castigo.

Una imagen de Lily, apenas vestida, rodeada de la prueba de su tosquedad, asaltó su mente. La cama rota, el dosel caído, las figuras de porcelana destrozadas en el suelo, y ella. Una diosa entre ruinas.

Arruinada por él.

Por sus caricias.

Y en aquella aguda conciencia, no había podido evitar decirle la verdad.

«Lo lamentarás».

Pero Lily no se arrepentiría de lo que él haría por ella. De eso estaba convencido. Así que allí estaba, esa noche, con un traje muy incómodo, esperando que llegara al teatro el resto de Londres para poder cometer un crimen.

Y darle a la mujer que amaba la vida que se merecía.

En ese momento se movió la cortina y entró West, con su esposa del brazo. Parecían pertenecer a la realeza. Y pertenecían a esa nueva era, donde los periódicos podían elevar o destruir, y el suelo se tambaleaba bajo los pies de la aristocracia. En cuestión de años, las mujeres sobrevivirían a escándalos como el de Lily siempre y cuando los periódicos estuvieran de su parte. El mundo vería entonces solo la realidad: que era gloriosa y digna de toda adoración.

Sin embargo, por el momento no era así.

Ahora, requería a West por algo más que por el periódico.

Buscó la mirada del otro hombre, que lo saludó con un gesto de cabeza desde el otro lado del palco para prescindir de cualquier formalidad cuando llegara hasta él, con su esposa del brazo. La presencia de la dama hizo que Alec no pudiera hacer lo mismo. Se inclinó, saludándola con el título al que tenía derecho a pesar de haberse casado con un plebeyo.

—Lady Georgiana.

Ella sonrió, curvando los labios de oreja a oreja.

—Excelencia... —dijo ella, poniendo la mano en la de él para hacerle una reverencia que avergonzaría a una duquesa—. No uso el título. Soy la señora West. —Se volvió hacia su marido—. Y me enorgullece que sea así.

El amor era innegable en su voz, y, por primera vez en mucho tiempo, Alec vio reflejada esa emoción en las parejas que lo rodeaban. Hombres y mujeres que lo habían encontrado a pesar de lo efímero y esquivo que a él le había parecido siempre.

«Quizá eso fuera una bendición para Lily. Le ofrecería el amor que una vez había soñado».

La idea le dolió, incluso mientras se obligaba a completarla. Tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta y miró a West.

—Dime que tienes algo.

El periodista metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un papel.

—Que tengas que decir eso es un insulto del más alto calibre. Debería retarte a duelo.

—Elegiría espada, y no disfrutarías del resultado —dijo Alec, cogiendo el documento.

—Dios... —se quejó West—, los escoceses sois, de verdad, un pueblo prehistórico.

—Me gusta eso de las espadas —intervino la señora West secamente—. Me encantaría verte con una, querido esposo.

Él se volvió hacia ella.

—Siempre se puede arreglar —repuso West con voz ronca y ominosa.

Alec puso los ojos en blanco y abrió el documento sin importarle que lo observara el resto de Londres. Miró el plano durante un buen rato, grabándolo en su memoria antes de guardárselo en el bolsillo.

—No voy a preguntarte cómo lo has conseguido. Pero te lo agradezco mucho.

La mirada de West cayó sobre su mujer.

—Tengo unos contactos excelentes. Se extienden más allá de mi alcance. —Luego se volvió hacia Alec—. Y debes saber otra cosa. Hawkins ha sido expulsado de su casa en Covent Garden. Si debemos creer los rumores, duerme aquí.

Alec asintió con la cabeza.

—Dado el estado de su casa, no me sorprende.

West arqueó una de sus cejas doradas.

—¿Y cómo sabes en qué estado está?

—¿Te creerías que yo también tengo contactos increíbles?

—No. —Hizo una pausa—. Pero si esos contactos valen la pena, te dirían que te ofrezcas a comprar la pintura mañana si no puedes robarla esta noche.

Alarmado por la franqueza de las palabras del periodista, Alec miró a la mujer de West, que pertenecía al comité de selección de la Royal Academy.

—En lo que a mí respecta —dijo la mujer, inclinando la cabeza a un lado—, usted representa aquí el papel de Robin Hood, excelencia. Si me hubiera salido con la mía, ese cuadro habría quedado vedado en el momento en el que la señorita Hargrove fue objeto de burlas.

Alec se inclinó ante ella.

—Milady... —Se volvió hacia West—. Gracias.

Con su apoyo, estaba preparado para hacer todo lo posible para dar con el cuadro. Ahora, lo único que quedaba era que Hawkins subiera al escenario, para poder destruirlo y darle un futuro a Lily.

Como si la hubiera invocado con esa idea, ella entró en el palco del brazo de lord Stanhope, que la había recogido en Berkeley Square, donde Alec la había llevado la noche anterior, después de haber destruido su cordura y la casa de los duques Nueve.

Lily le había suplicado que la dejara quedarse, y él la había rechazado, rezando para que su enfado consumiera la otra emoción, mucho más peligrosa, la que lo tentaba por completo.

Siendo sincero, se sentía muy orgulloso de sí mismo, por haber planeado esa escena en particular. Quizá como echarla había sido lo más difícil que había hecho nunca.

Lady Sesily Talbot los seguía, una acompañante perfecta teniendo en cuenta que su hermana y su cuñado estaban a escasos metros de distancia. Si estaba dispuesto a olvidar que Sesily había enseñado a Lily a escapar del

tercer piso de una casa, y también a preguntarse qué llevaba un escocés debajo de la falda.

Y no era que él no hubiera disfrutado inmensamente del descubrimiento.

Se aclaró la garganta, cambiando el peso de pie y anhelando poder disfrutar en ese momento de los pliegues ocultos del *kilt*.

No. Sesily era la mejor opción disponible, dado que las chaperonas a las que podía recurrir eran poco fiables, y había aprendido la lección en Hyde Park.

Lily se rio con el conde cuando entraron, y aunque estaba oscuro, Alec se sintió atraído al instante por el sonido de su risa, por sus ojos brillantes, por la gran sonrisa que le ofrecía al caballero. Un recuerdo de la noche anterior brilló en su mente, un agudo recuerdo de lo que había sido tenerla entre sus brazos mientras ella se reía sin vacilar, libre y sincera, como respirar.

Alec cerró los puños, ansioso por clavarlos en la nariz del conde.

Y luego ella lo miró, y se quedó paralizado. Lily dejó de reírse al instante, incapaz de mantener las emociones a raya. Alec las identificó con rapidez: decepción, traición, rabia y, por encima de todo eso, vergüenza.

¿De qué demonios se avergonzaba ella?

No podía preguntárselo, a pesar de sentir un gran deseo de hacerlo.

Stanhope la soltó para saludar al resto de los ocupantes del palco, y lady Sesily puso una mano en el hombro de Lily, llamando su atención. La vio inclinarse hacia su pupila y susurrarle algo al oído. Lily se enderezó al oírla, y pareció tranquilizarse. Alec tomó nota mental para destruir a cualquier hombre que desacreditara a Sesily Talbot en su presencia, porque era una amiga maravillosa para Lily.

Porque él era demasiado débil para serlo.

La marquesa de Eversley y la señora West se alejaron de sus maridos para saludar a Lily, y Alec se sintió lleno de gratitud. Dos damas de la aristocracia que prestaban su apoyo combinado a la reputación de Lily. Con ese poder de su lado, su pupila sobreviviría a los chismes que se producirían después de que él encontrara la pintura y la destruyera.

Las damas se movieron para despejar el camino y le indicaron a Lily que debía tomar asiento en la fila de delante del palco, ante la vista de todo Londres, audaz y orgullosa, sin temor de que la vieran en el Hawkins Theatre. Fue entonces cuando la vio por primera vez de pies a cabeza. Que vio su vestido.

Y el aire desapareció de repente de la habitación.

Era el vestido azul más deslumbrante que hubiera visto en su vida, de seda, perfecto para ella, con un escote bajo que le daba ganas de vendar los ojos a todos los hombres presentes, y cubrir de besos salvajes la extensión de piel que quedaba a la vista. Pero no fue el vestido lo que lo dejó noqueado. Fue la banda que llevaba atada con firmeza alrededor de la cintura, y que caía al suelo como una ancha franja roja.

Era su tartán. De nuevo.

No debería extrañarle, después de todo, ¿no la había visto envuelta en sus colores la noche anterior, desnuda en su cama? ¿No era esa la peor de todas las posibilidades? ¿La que tenía más probabilidades de destruir su paciencia y de quebrar sus nobles intenciones?

¿Cómo era posible que esto fuera todavía peor?

La noche anterior había parecido un regalo. Esta era una declaración de guerra. Como una invasión, un reclamo. Como si estuviera frente a todo Londres y reclamara a Escocia por su cuenta.

Reivindicándolo a él por su propia cuenta.

Esperaba ser capaz de resistirse.

Mientras se acercaba, Alec retrocedió, hasta que se topó con la barandilla del palco.

—Ten cuidado, excelencia —le dijo ella en voz baja e inexpresiva—, o te caerás sobre el patio de butacas.

La perspectiva no era desagradable cuando se enfrentaba a la alternativa: luchar contra ella, que parecía una reina.

—Llevas mi tartán.

Lily arqueó una ceja.

—¿Es tuyo? No me había dado cuenta.

«Tonterías...».

Quiso abrazarla y besarla hasta que perdiera el sentido por mentir. Pero se limitó a cerrar los ojos.

—¿A qué estás jugando, Lily? —susurró.

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—A lo que tú insistes en jugar —repuso, imitando su tono—. A ninguno de los dos se nos da bien la verdad, ¿no crees?

—No, a ninguno —respondió él con ironía.

Ella asintió, apretando los labios en una fina línea.

—¿Y el artículo que buscas?

—Me han dicho que está aquí.

—¿Y qué voy a hacer mientras juegas a ser un héroe de capa y espada?

Quiso que fuera verdad, pero el papel no era para él.

—No soy un héroe —dijo—. Solo tu protector.

—Ah, sí... Mi héroe es otro.

«No, nunca».

Los lacayos que empezaron a apagar las luces del teatro, marcando el comienzo de la actuación, le salvaron de responder. Stanhope se acercó y cogió a Lily por el codo, lo que hizo que Alec quisiera cometer un asesinato.

—¿Nos sentamos, señorita Hargrove?

Si un duque mataba a un conde, ¿entraba en juego la jerarquía de la aristocracia? ¿Importaba? Newgate parecía un sacrificio razonable por haber destruido a un hombre que había osado tocar a Lily mientras ella llevaba el tartán de los Stuart.

Por suerte para Stanhope, Sesily se acercó a Alec.

—Excelencia, parece que queda emparejado conmigo, ya que estamos rodeados por tortolitos.

—Es un placer, *milady* —repuso él cuando encontró la voz.

Ella arqueó una ceja.

—Es evidente.

Se sentaron, y Sesily se inclinó hacia él.

—Los lobos la miran, duque. Le sugiero que se abstenga de hacerlo más difícil de lo que ya es.

—No sé a qué se refiere.

—Creo que lo sabe perfectamente. El público no mira el escenario, sino a ella.

No miró a lady Sesily, pues estaba demasiado centrado observando la parte posterior de la cabeza de Lily, los rizos de su cabello, la línea de su cuello. Respiró hondo, con intención de calmar sus airadas emociones, pero solo capturó su esencia: Escocia y su locura.

Miró al otro lado del teatro, desesperado por ver algo distinto a Lily, y descubrió que todo el mundo los miraba: los pequeños prismáticos de ópera que había en cada palco estaban clavados en ellos. En la adorable Lily, que una vez había sido la musa de Derek Hawkins, y ahora era la amante deshonrada, rodeada de caballeros de brillante armadura que no serían

suficientes si Alec no tenía éxito en su misión.

—Él conoce su papel —comentó Sesily en voz baja, haciendo que Alec volviera a centrar su atención en el conde, sentado frente a él. Cuando el palco se oscureció y se abrió el telón, Stanhope se inclinó para susurrar algo al oído de Lily, haciéndola reír.

Ejerciendo el papel de salvador frente al jurado y el juez.

—No puedo... —Las palabras surgieron inesperadas e inoportunas, y él las detuvo antes de que lo traicionaran del todo.

Desafortunadamente, Sesily Talbot lo veía todo.

—Entonces, no debería estar aquí —susurró la joven—. Si no puede ser el hombre que ella necesita, lo más justo sería que se retirara del juego.

Alec apretó las manos contra los muslos.

—Está sobrepasándose, lady Sesily.

—Ni que fuera la primera vez —repuso ella—. Pero ¿qué clase de amiga sería si no le dijera lo cobarde que es?

Si fuera un hombre, la retaría.

Pero era una mujer. Así que se vio obligado a reconocer que ella tenía razón.

Abajo, Hawkins subió al escenario, y el teatro se llenó de aplausos. El muy bastardo dejó que lo agasajaran antes de decir el primer diálogo.

—Día de sangre, pero más hermoso de cuantos he visto... —recitó a Macbeth.

Y Alec salió del palco precipitadamente.

La había dejado sola otra vez.

Miró sin ver el escenario, mientras el hombre del que una vez se había creído enamorada agasajaba a Londres con una magnífica actuación. No era que ella lo notara. Estaba demasiado ocupada enfadándose.

¿Cómo se atrevía Alec a dejarla de nuevo? ¿Cómo se atrevía a hacerla sentir como la noche anterior? ¿Cuando la hizo confesar su amor, haciendo que lo amara todavía más, para convocarla allí esa noche, del brazo de otro?

¿Y luego dejarla?

«Te amo». ¿Cuántas veces se lo había dicho? ¿Cuántas le había exigido que lo dijera él?

Y luego había dicho aquellas palabras, llenas de pesar y vergüenza,

palabras que habían resonado a través de su cuerpo desde que la había depositado en los escalones de la casa de Berkeley Square como un paquete indeseado.

«Encontraré la pintura y serás libre».

Y esa misma noche, se la había encasquetado a otro hombre. Infinitamente mejor, infinitamente más amable, ya que estaba sentado a su lado delante de todo Londres. Frente a quien había provocado su ruina.

Y, de alguna manera, infinitamente insuficiente.

«¿Por qué Alec no la quería para él?».

Le había hecho unas bonitas promesas la noche anterior, la había dejado sin aliento con sus poderosas palabras, prometiéndole deseo y desesperación. Haciéndole el amor como si ella fuera la única mujer del mundo y él el único hombre. Y luego la había rechazado. Lo había lamentado...

«¿Por qué?».

Y, lo que era peor, ¿por qué ella lo deseaba igual?

El amor era algo odioso y horrible, de alguna forma era peor en la oscuridad de ese maldito teatro, ese lugar que no le había traído más que vergüenza, aunque la sobrellevaría con gusto si pudiera tener a Alec.

Pero no era así. Incluso cuando él le dijo que eligiera, le había negado la única opción que deseaba.

Así que tomaría lo que él le ofrecía: libertad.

Se puso en pie, girando hacia el fondo del palco. Sesily la miró a los ojos, entendiéndola, y arqueó una ceja. Lily no se detuvo, se abrió paso por el palco a ciegas, sin importarle quién la veía. No le importaba que nadie supiera a dónde iba.

Solo quería encontrarle y decirle exactamente por qué lo odiaba. Empujó los cortinajes y salió al iluminado pasillo vacío, pues, sin duda, todos estaban observando a Derek, tan odioso como convincente, a partes iguales.

Pero no había señales de Alec, lo que significaba que se dirigía a las entrañas del teatro, en busca del cuadro. El corazón se le aceleró solo de pensar en que él lo viera. De alguna forma, la idea de que lo encontrara, lo tocara y lo reclamara, era peor que pensar que todo Londres lo podía ver.

Se dirigió hacia la escalera de atrás, la que se curvaba hacia el ala del escenario, decidida a estar presente cuando encontrara la pintura. Para reclamarlo antes que él.

—Señorita Hargrove... —Las palabras la detuvieron y se volvió hacia

Stanhope, que estaba en la entrada del palco de West.

—Milord... —empezó sin saber qué decir.

Él encontró las palabras por ella.

—Cuídese —dijo acercándose.

Sesily también salió al pasillo y se detuvo cuando Stanhope la miró por encima del hombro.

—No se preocupe, milord. En esta escena, no soy más que la chaperona inadecuada. Imagíneme con gafas y sordera.

Lily no pudo evitar sonreír a su amiga.

Stanhope se acercó de nuevo, con una sonrisa casi cegadora.

—Tiene suerte de tener tales amigas, señorita Hargrove.

—Lo sé, milord —vaciló antes de seguir hablando—. Para mí es una experiencia nueva. Como lo es tener a un amable caballero de mi lado.

—Creo que no me encontraría tan amable si me conociera mejor.

Se preguntó qué significaría eso en labios de ese hombre que parecía tan perfecto.

—Se equivoca —aseguró ella—. Olvida que he conocido a muchos hombres poco amables. Usted no es uno de ellos. Apuesto que es de los buenos.

—Perseguir herederas no es la más honorable de las actividades.

—Espero que persiga a otras más dignas de usted en el futuro, *milord*.

Él se encogió de hombros, haciendo que le cayera un mechón de pelo en la frente, lo que hizo que pareciera todavía más encantador.

—Sería terriblemente aburrido, ¿no cree? Al parecer disfruto interpretando el papel del otro caballero.

—No debería ser el otro, ¿sabe? Debería ser el único.

—¿Y usted me quiere a mí, señorita Hargrove? ¿Como caballero?

Sería afortunada si fuera así, pero sin embargo...

—No, milord. No le ataré a mi escándalo.

—¿Y si yo quisiera? ¿Y si no me importara?

Ella sonrió.

—Entonces, sin duda, no se lo merecería.

—No tiene que ver con su escándalo, ¿verdad? Sino con el otro caballero.

Se le llenaron los ojos de lágrimas ante su amabilidad.

—Así es, me temo que he elegido mal.

Él arqueó una ceja.

—¿Sabe? Creo que está equivocada. Creo que ha elegido al mejor de todos.

Ella también lo pensaba. Pero por alguna razón, él no la quería.

«Te arrepentirás. Lo lamentarás».

Era el mejor de todos. Ojalá él se diera cuenta también.

—Gracias, milord. —Y se alejó, bajando las escaleras corriendo hacia el escándalo. Y hacia el hombre que reclamaría si él se lo permitiera.

• 19: El arte de Warnick •

No estaba allí.

Alec estaba de pie en el centro de las oficinas de Derek Hawkins, girando sobre sí mismo lentamente, lleno de furia y frustración.

El cuadro no estaba allí.

Aunque sí estaba el resto del estudio de Covent Garden, alineado contra las paredes. Seis lienzos increíbles, una colección de obras de arte que harían chillar de entusiasmo a los expertos del Museo Británico. Parecía que, además de un capullo, Hawkins era, de hecho, un genio con talento. Lo que significaba que el retrato de Lily sería tan bueno como decían.

Supuestamente.

Pero no estaba allí.

¿Y ahora qué? ¿Cómo la iba a salvar?

No quedaba tiempo. Apenas tenían dos días para encontrar el cuadro. Dos días después se descubriría ante todo el mundo, y a Lily no le quedaría más remedio que casarse con él. Y no estaba allí, ¡maldita sea!

Se resistió al impulso de bajar la vela hasta el lienzo más cercano y prenderle fuego al teatro. Hawkins se lo merecía, por amenazarla, por usarla.

Soltó una larga maldición en la oscuridad.

—¿Qué significa eso? —dijeron desde el umbral.

No había oído que se abriera la puerta. Se giró para mirar a Lily. La vela que llevaba en la mano bañaba su rostro de una reluciente luz dorada cuando entró y cerró a su espalda.

—Deberías estar arriba... —razonó él.

Ella se acercó, haciendo que retrocediera hasta que rozó con los pantalones un bodegón de peras y no le quedó más remedio que detenerse. Lily, sin embargo, no frenó su avance.

«¿Por qué no se paraba?».

—Arriba —dijo ella—, con Stanhope.

—Sí.

—En vez de aquí abajo, contigo.

—Sí. —¿Es que ella no lo veía?

—Mientras tú lo arriesgas todo para salvarme.

¿Por qué no lo entendía? Él renunciaría a todo lo que tenía, a todo lo que era, si así la mantenía a salvo.

—Sí.

Un largo silencio se extendió entre ellos mientras los gritos que llegaban amortiguados desde el escenario hacían que la habitación pareciera todavía más pequeña. Más íntima. Alec quiso escalar las paredes para escapar de ella. Para huir.

Y de alguna forma, Lily se mantenía perfectamente calmada.

—No está aquí, ¿verdad?

Alec suspiró.

—*Nae*.

—Lo he supuesto al oírte maldecir. —¿Como conseguía ella estar tan calmada?—. Así que mi caída está cada vez más próxima. —La vio sonreír mientras señalaba el escenario, más allá de la puerta—. Como ocurre en Birnam Wood.

—¿Qué te he dicho sobre Shakespeare? —argumentó él.

Lily sonrió.

—Lo último que oí fue que lo estabas maldiciendo.

—Como escocés, estoy en mi derecho. —Trató de no mirarla. Ahora estaba muy cerca de él, lo suficiente para olerla. Para tocarla. Para desearla. Y estaban solos.

—¿Alec? —Su nombre susurrado por ella sonaba a pecado.

Tragó saliva.

—¿Qué?

—¿Qué significa la maldición que has dicho?

Él negó con la cabeza.

—Es intraducible.

Ella esperó un buen rato antes de levantar la vista hacia él, con los ojos plateados bajo la luz de las velas.

—¿Qué significa *mo chridle*?

Volvió a negar con la cabeza.

—Eso también es intraducible.

La vio curvar levemente los labios en una sonrisa de complicidad.

—¿Es mejor o peor que la maldición?

Lily estaba matándolo. Y él trataba de ser noble, de protegerla y...

—¿Por qué no me quieres, Alec?

La quería con cada fibra de su ser. ¿Es que no se daba cuenta?

—Lily, ahora no es el momento —dijo cerrando los ojos.

—¿Qué mejor momento que este? —preguntó ella—. ¿Qué mejor instante que ahora, en vísperas de mi destrucción?

—Todavía nos queda mañana para encontrarlo...

—No daremos con él. Nunca ha sido nuestro destino.

—Deja de referirte a esa maldita obra de teatro como si fuera relevante. Al final mueren todos.

—No todos. De las cenizas descende un linaje de reyes... —hizo una pausa antes de seguir en voz baja— escoceses.

—¡Maldición! En Escocia no hay reyes.

—¿No los hay?

Él se pasó una mano por el pelo. La frustración se había apoderado de él y le había prendido llamas.

—Vámonos, Lily. Nos queda un día más, y encontraré ese maldito cuadro aunque tenga que recorrer todo Londres. Vete con Stanhope. Y encuentra la felicidad con él.

—No lo haré.

—Eso no lo sabes. —Él se volvió hacia la puerta—. No eres consciente de lo que dices.

Tenían que marcharse de allí antes de que los atraparan. Y tenía que aspirar aire; ella lo había vaciado de la habitación con su belleza, como si fuera un hada. Por eso pensaba en la locura de los escoceses como si fuera el maldito rey del más allá.

Ya había llegado a la puerta cuando ella habló.

—Sé que eres un cobarde.

Se dio la vuelta al oírla y la encontró inmóvil en el centro de la habitación, rodeada del trabajo del hombre que la había llevado a la ruina. Sincera, fuerte y orgullosa como Boadicea. Y luciendo sus colores como una pancarta.

Lily era perfecta.

Él se volvió otra vez sin decir nada, y ella lanzó su siguiente dardo.

—Sé que tiemblo de amor por ti.

Él dejó caer la cabeza y apretó la frente contra la puerta.

El escenario quedó en silencio en el teatro, como si todo Londres se hubiera callado para que la pudiera oír mejor.

—Y sé que anoche, tú también temblabas —susurró Lily, anhelante.

Esas palabras fueron su perdición. Se movió antes de poder pensarlo dos veces, y la rodeó con sus brazos. Lily también lo estrechó mientras sus labios caían sobre los de ella, y suspiró contra su boca como si fuera el mejor regalo que hubiera recibido nunca. La besó, deleitándose en la sensación de sus labios contra los de él, en la forma en la que su cuerpo se amoldó contra el suyo, como si hubiera estado esperando ese momento —por él— toda la vida.

Y Alec también la había estado esperando.

La levantó para llevarla hasta el escritorio en el otro extremo de la habitación, donde la dejó para encerrar su rostro entre las manos y capturar sus labios para poder saborearla una y otra vez, memorizando la dulzura de su boca y cada pequeño gemido que ella emitió cuando deslizó la lengua sobre sus labios, robando su suavidad, saqueándola como un mendigo un banquete.

La besó hasta que los dos jadearon, hasta que él retiró los labios y las manos de ella para sostenerlas con las palmas hacia abajo.

—Todavía tiemblo, Lily.

Ella las miró parpadeando, y sus ojos se oscurecieron al notar el temblor. Tomó una y la llevó a sus labios para besar cada dedo antes de darle la vuelta y depositar un cálido y húmedo beso en el centro de la palma.

Cuando notó que ella deslizaba la lengua trazando un círculo, marcándolo, él gruñó y la abrazó de nuevo para lamerle la boca con profunda lentitud hasta que Lily se retorció contra él, suspirando por más. Fue él quien interrumpió el beso, quien arrastró los labios por su mejilla hasta el lóbulo de su oreja.

—Siempre temblaré por ti —susurró—. Nunca llegará el momento en que deje de desearte. En el que no te quiera con cada fibra de mi ser.

—Entonces, tómame. Reclámame. Soy tuya. —Las palabras lo atravesaron hasta casi ensordecerlo de deseo.

Pero no la merecía.

Dio un paso atrás y la soltó.

—Yo no soy el héroe de la obra, Lily. Debes elegir a un hombre mejor. Uno más digno de ti. Ese es el objetivo de todo esto.

Un instante, y luego se enderezó como una reina vengativa y lo empujó lejos de ella, con la fuerza suficiente para desequilibrarlo.

—Te elijo a ti, idiota.

Bueno, si ella estaba enfadada, no iba a quedarse atrás.

—Yo no soy una opción —repuso.

—Pues ayer te ofreciste a casarte conmigo —argumentó ella.

Y lo había hecho. Lo volvería a hacer. Ojalá...

—Yo no soy suficiente.

Eso la hizo gritar llena de ira y frustración.

—Alec, eres duque. Y yo soy la hija huérfana de un administrador de tierras cuya reputación ha sido arruinada delante de todo Londres.

—Todavía no es así. Aún no.

—Tú no estabas allí. Te lo aseguro, mi reputación está por los suelos.

—No hasta que vean la pintura. Y nadie la verá. Lo impediré.

Ella negó con la cabeza y abrió los brazos, señalando lo que los rodeaba.

—¡No puedes detenerlo! Va a ganar esta batalla. Ya la ganó en el momento en el que se acercó a mí en Hyde Park y me convenció de que sus atenciones estaban impulsadas por el amor. —Lily soltó una risa carente de humor—. Por irónico que resulte, ahora estoy atrapada en una red similar.

Él se quedó paralizado.

—No es lo mismo.

Lo miró.

—Tienes razón. No es lo mismo. Derek no me hizo sentirme avergonzada de mí misma.

«¿Qué demonios...?».

—Todo esto, cada detalle, ha sido para evitarte la vergüenza. Para evitar que te arrepientas.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me arrepiento?

Él perdió los estribos.

—¡Maldición, Lily! ¿No puedes sencillamente confiar en que yo lo sé? ¿Que el héroe de esta historia no soy yo? ¿Acaso crees que no deseo casarme contigo, protegerte y amarte como te mereces? ¿Crees que no deseo borrar mi pasado y este ducado mío para poder arrodillarme ante ti y rogarte que estés conmigo? ¿Para poder convertirte en mi duquesa? ¿Piensas que no deseo esos niños? ¿Los que pensabas vestir con la ropita bordada y calzar con esas tontas botitas?

Ella tenía los ojos muy abiertos y no le importó. Aun así, él seguía enfadado.

—¿Crees que no deseo llevarte a nuestro lecho matrimonial y hacerte el amor hasta que no tiemble? ¿Hasta que solo nos movamos por el placer de hacerlo? ¿Crees que no te amo? ¿Es que no puedes entenderlo? Te amo más allá de la razón. Creo que es posible que te ame desde el momento en el que me cerraste esa maldita puerta de Berkeley Square en las narices. Pero no soy el hombre que te mereces.

Alec se detuvo, con la respiración acelerada por la ira, aborreciéndose a sí mismo por todo lo que era, y se obligó a mirarla. Notó lágrimas en sus ojos, y se odió por lo que estaba haciendo.

—No soy ese hombre. No soy para toda la vida, solo para la noche que tuvimos. —Se pasó las manos por el pelo—. Debemos irnos antes de que nos encuentren.

Ella no se movió de su lugar.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué? —La miró.

—Que no eres para toda la vida, sino para una noche.

Las palabras fueron un golpe perverso, inesperadamente cruel al venir de sus labios. Asintió, recuperándose de la puñalada. Al menos ella lo entendía. Quizá ahora lo dejaría en paz.

«Nunca volvería a encontrar la paz».

—Debemos salir de aquí —dijo, queriendo tirar de la corbata y apretársela alrededor del cuello.

Sin embargo, Lily no había terminado.

—¿Qué fue lo que te hizo ella?

La miró paralizado.

—¿Quién?

—La condesa Rowley.

Lo inundaron los recuerdos del pasado. «¿Cómo lo había sabido?». Daba igual. Debería habérselo dicho antes. La verdad la alejaría con toda certeza.

Y ese era el objetivo, ¿no era cierto?

«No».

Sí. Era el objetivo.

Se volvió hacia la puerta.

—Debemos marcharnos.

—Alec.

—Aquí no, Lily. No en este momento, mientras Londres al completo esté al otro lado de esta puerta. —Y la abrió, sin dudar.

Y resultó que no era Londres al completo lo que estaba al otro lado.

Solo una persona.

Derek Hawkins vestido con sus ropas renacentistas, y la espada en la mano. Lo vio levantarla y colocársela en el pecho, justo encima del corazón.

—No conozco las leyes de Escocia, duque, pero en Inglaterra, existe el derecho de matar a los intrusos.

Por supuesto, tenía que aparecer Derek para ensuciarlo todo un poco más.

En aquel momento concreto, Lily daría todo lo que tenía para hacerlo desaparecer del umbral, haciendo una montaña de un grano de arena y amenazando con matarlos, a menos que ella hubiera entendido mal. ¡Dios la librara de los hombres con inclinación al drama! Miró el reloj que había en el escritorio.

Eran las nueve y media y la obra estaba en el intermedio. Lily pensó que ojalá Sesily fuera tan buena chaperona como ella un escándalo, porque Alec y ella necesitarían una buena excusa para justificar su ausencia, ya que todo el teatro se iba a dar cuenta de que habían desaparecido.

Algo mejor que: «Oh, probablemente habrán irrumpido en las oficinas de Hawkins para robar el desnudo de Lily y tener un encuentro amoroso sobre el escritorio».

En este caso en particular, la verdad no era una excusa apropiada.

En especial ahora, ya que parecía que estaban siendo atacados.

Sin duda, no deberían estar allí, en ese santuario de las entrañas del teatro. Pero tampoco debería estar Derek. Lily se acercó a él, negándose a amilanarse ante ese hombre que la había usado a su antojo. Para sus sorpresa, porque solo dos semanas antes se habría acobardado. Dos semanas antes, era una mujer diferente.

Dos semanas antes, no conocía a Alec.

Alec, su enorme escocés, cuyos anchos hombros y su altura superior empujaban a Derek, e impedían que lo viera a medida que avanzaba. Ya había tenido suficiente de Derek Hawkins.

—Derek, ¿no deberías estar sobre el escenario?

Fue entonces cuando vio la larga y peligrosa espada, con la punta apuntando al corazón de Alec. Aunque el duque parecía más tranquilo de lo que estaría cualquier hombre en aquella posición.

Lily se quedó congelada, el terror se apoderó de ella.

—¿Qué crees que haces, loco?

Derek no la miró.

—Protejo lo que es mío. Mi teatro, mi arte. Y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ello. —Hizo una larga pausa para mirar las manos vacías de Alec—. Es muy inteligente por su parte no haberse llevado nada.

Cuando Alec habló, lo hizo con total y absoluto desdén.

—¿Crees que quiero alguno de tus cuadros? ¿Con qué finalidad? ¿Adornar mis paredes con tus juegos de críos?

Esas preguntas estaban cargadas de insultos, y Lily lo miró boquiabierta. ¿Cómo un hombre con una espada apoyada en el pecho podía burlarse del que la sostenía?

—Creo que al menos quiere uno de ellos, duque salvaje —se burló Derek.

—En eso tienes razón, pero no con intención de contemplarlo.

—Supongo que cree que habiendo disfrutado de la realidad, no lo necesita —se rio el actor.

Lily jadeó ante la insinuación, pero Alec no se movió salvo para levantar la mano y agarrar la hoja de la espada con su enorme puño. Ella posó la mirada en sus dedos, esperando que comenzaran a sangrarle por el corte de la cuchilla. Se le revolvió el estómago ante la idea de que él se hiciera daño por ella.

—Deja que nos vayamos, Derek. Debes regresar al escenario y no hemos cogido nada.

Derek arqueó una ceja.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

Ella lo miró con los brazos abiertos.

—¿Crees acaso que escondo el lienzo debajo de las faldas?

Alec no permitió que Derek respondiera.

—Vamos a hacerlo, ¿verdad, Hawkins? Tienes que regresar al escenario... Y yo prefiero estar en cualquier otro lugar que viéndote actuar.

Derek frunció el ceño.

—Ya no es bienvenido aquí.

La respuesta de Alec fue seca como la arena.

—Cómo me duele eso. De verdad. —Si no hubiera una espada entre ellos, Lily se habría reído. En cambio contuvo la respiración hasta que Alec siguió hablando—. ¿Cuánto?

Derek no se inmutó.

—¿Cuánto qué?

—Lo has perdido casi todo. La casa de Covent Garden, el estudio. Tienes los cuadros alineados contra estas paredes porque, sin duda, no tienes otro lugar en el que guardarlos. Por lo que me han dicho, el teatro tampoco está libre de deudas, y no dejas de perder dinero en las mesas de juego. Así que vuelvo a preguntártelo, y no me vas a insultar fingiendo no entenderme, ¿cuánto cuesta ese maldito cuadro?

Derek negó con la cabeza.

—No tiene precio.

—No te creo.

—Créame. Es la obra de arte más grandiosa desde la creación del hombre. —Movi6 la mirada hacia ella—. ¿Es que no la ve, Warnick? Sin duda, aprecia su belleza. Imagina cómo puede llegar a verse cuando es interpretada por un genio.

Lily solo podía ver un lateral de la cara de Alec, y eso era suficiente para apreciar que tensaba el músculo de la mandíbula, lleno de ira y frustración.

—Ponle un precio.

Derek negó con la cabeza.

—No tiene precio. Mi versión de Lily no está a la venta. —Parpadeó mirándola—. Ya ves, cielo... Quizá al final, yo sea el héroe de la obra después de todo. Tu duque no tiene problema para venderte al mejor postor...

—Se interrumpió como un niño maleducado—. Oh, espera... No, no está vendiéndote. Te regala, con una fortuna como cebo.

Alec apretó la mano alrededor de la espada hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y Lily esperó que no se estuviera cortando los dedos.

—Derek, creo que deberías reconsiderarlo —dijo sin apartar la vista de la mano de Alec.

—¿Por ti?

—¿Serviría de algo que te lo pidiera?

—No. Ese cuadro hará que venda todos los demás. Esa pintura me convertirá en un artista universal.

—¿Y el hecho de que el tema de la pintura soy yo? ¿De que jamás he

querido que se vea?

Él le lanzó una mirada llena de lástima.

—Entonces, cariño, no deberías haber posado. Me deleitaré en la riqueza que obtenga con ella como si la hubiera obtenido de ti. Como si hubieras trabajado tendida de espaldas para conseguirla.

Lily contuvo el aliento ante aquellas groseras palabras, mientras Alec se movía, rápido como un gato, haciendo girar la espada en el aire por arte de magia, y agarrándola al instante. Cogió a Derek por las solapas del traje de época y prácticamente lo empujó hacia la pared del otro lado del pasillo, y le puso la punta de la espada en la mejilla.

—Para ser tan famoso en el escenario, resulta difícil creer que quieres tentar al destino con tanta arrogancia con ese traje en particular. Harías bien en recordar lo que ocurre en Macbeth.

Los ojos de Derek se encontraron con los de Lily por encima del hombro de Alec, y vio en ellos la esperanza de que ella lo rescataría. Que recrearía la última vez que ocurrió algo parecido. Cuando Alec amenazó a Derek.

Pero no volvería a hacer tal cosa.

Derek debió leerlo en sus ojos, porque clavó la vista en Alec.

—Interpreto a un salvaje escocés, cuya esposa es una puta. Y casualmente encuentro a una pareja similar merodeando en mis aposentos.

Alec apretó la espada más profundamente en la mejilla.

—¿Cómo la has llamado? —preguntó en un tono tan suave como aterrador.

Derek entrecerró los ojos.

—Ya lo has escuchado. Y recuerda, estoy cualificado para decirlo. —Hizo una pausa—. A fin de cuentas, estuve allí antes que tú.

Lily palideció ante esas palabras, por el mordaz insulto. Se sintió avergonzada y deseó hacerle daño a ese hombre por todo lo que le había hecho. Por todo lo que le había dicho alguna vez. Por lo que le estaba contando a Alec, recordándole su pasado, los actos que había realizado y que no podía borrar.

—Hoy, como un tonto, me has dado el arma con la que juegas pavoneándote en el escenario. Un arma con la que he entrenado durante décadas —dijo Alec.

Apretó la espada con más fuerza, y Derek contuvo el aliento bruscamente.

—¿Qué crees que dirían tus admiradores si te encontraran aquí, en este

oscuro pasillo, destripado por la espada de Macbeth? ¿No crees que pensarán que lo has invocado a este lugar? ¿Cómo lo llamarán? ¿La maldición escocesa? —Derek cerró los ojos cuando Alec se inclinó sobre él—. Soy tu maldición escocesa, pavo real. Soy más aterrador que cualquier historia de fantasmas que puedas imaginar. Pero da gracias, no tengo intención de matarte.

»Ya te prometí una vez que te destruiré —continuó Alec en voz muy baja que, de alguna forma, resonaba en las paredes—. Y no lo olvides nunca, te arruinaré igual que tú la has arruinado a ella. Y cuando estés viejo y reseco, y nadie en el mundo recuerde tu nombre, temblarás al pensar en mí.

Derek contuvo la respiración y luego soltó un leve grito de dolor, y Lily supo al escucharlo que lo había marcado con la espada antes de que Alec la arrojara por el oscuro pasillo.

—Recógela, perro. Es tu señal.

Y Derek lo hizo, corrió detrás de la espada y la recogió sin mirar atrás.

Lily observó a Alec durante un buen rato, tomaba y soltaba aliento en oleadas de furia, mientras cerraba los puños y el músculo de su mandíbula se marcaba más. Parecía como si estuviera a punto de perder el control, como si en cualquier momento pudiera lanzarse por el pasillo hacia el escenario para terminar lo que había comenzado.

Deseó acercarse a él y lo hizo, hasta detenerse a su lado. Puso la mano sobre su musculoso brazo y sintió cómo ondulaba la piel bajo su contacto.

—No es necesario que me defiendas.

Alec la miró.

—¿Qué?

—De Derek. No se equivoca.

—¿Qué? —Lo vio fruncir el ceño y, por un momento, se preguntó si sería posible que estuviera hablando en un idioma que él no entendía.

—Fue un error mío, ¿no? Posé para la pintura. Confié en él. Yo... —vaciló —pensé que...

Alec se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. La sostuvo con una firmeza con la que más tarde soñaría. Anhelaría.

—Escúchame, Lillian Hargrove. No has hecho nada malo. No ha sido un error. Lo amabas.

—Sin embargo, ahora sé que no lo hacía. —Soltó una risita sardónica—. Supongo que debería agradecer saberlo.

—¿El qué? —preguntó él.

—¿Qué? —dijo ella frunciendo el ceño.

—¿Qué sabes ahora?

Lily sonrió antes de decir la verdad.

—Ahora sé lo que es el amor. Qué se siente. Y lo que haría por él.

Alec cerró los ojos al oírla y giró la cabeza.

—Debemos regresar arriba. Tengo un trabajo que hacer. Solo nos queda un día para encontrar el cuadro.

Lo soltó cuando pronunció esas palabras, cuando notó la esperanza que contenían, su significado. Todavía esperaba encontrarlo. Eliminarlo de la exposición. Liberarla.

Era irónico que fuera así, que una vez le hubiera suplicado que le diera esa libertad. Que le hubiera pedido dinero. Para ser independiente. Le había suplicado que la dejara y regresara a Escocia, que le permitiera tomar sus propias decisiones. Crear su propio camino. Enfrentarse a su destino.

Y ahora, cuando se lo ofrecía, solo deseaba sentirse atrapada. Por él.

«Te amo más allá de la razón».

—Alec... —No sabía qué iba a decir a continuación, cómo lo retendría. Como lo convencería.

Por lo tanto, no pudo hacer ninguna de las dos cosas, ya que él la estaba ignorando, y se movía hacia las escaleras, que subió de dos en dos. Ella tuvo que apresurarse para seguir el paso de sus largas zancadas. Era alta, pero él era hercúleo, y cuando llegaron al pasillo que lindaba con los palcos, Alec le llevaba algunos metros de ventaja. Él pasó por delante del palco de West incluso aunque Sesily asomó la cabeza para reunirse con Lily.

—Tienes algo en el vestido. —Los ojos de su amiga se abrieron de par en par—. ¡Santo Dios! ¿Es sangre?

Lily bajó la mirada, observando la marca que había en el hombro del hermoso vestido azul, donde Alec la había sujetado con firmeza y le había dicho que el error no era de ella.

Mientras sangraba por ella.

—¿Es de Hawkins? —preguntó Sesily—. Está en el escenario, pero tiene una herida en la mejilla que no sé si es necesaria en esta obra. Sin embargo, para ser sinceras, no he prestado mucha atención. Confieso que me gusta ser una bruja de vez en cuando, pero no tanto como me gusta la idea de que Alec le haya hecho una herida a Hawkins en la mejilla.

—Esta sangre no es de Hawkins, es de Alec.

—¡Santo Dios! —susurró Sesily.

—No deberías maldecir tanto, ¿sabes?

Sesily la miró.

—No irás a decirme que no soy una dama, ¿verdad?

Lily negó con la cabeza.

—No soy precisamente un dechado de respetabilidad.

—Excelente. Entonces no me digas que no maldiga. A veces, las palabras son sencillamente adecuadas.

Ella asintió.

—¡Mierda! —dijo en voz baja después de un largo silencio.

Sesily clavó los ojos al instante en los de ella, y Lily vio en ellos una especie de compasión.

—¿Qué ha ocurrido?

Y allí, en el pasillo del Hawkins Theatre, el único lugar de Londres donde debía mantenerse estoica, Lily comenzó a llorar. No podía más. El cuadro debía hacerse público, y no había forma de evitarlo. Aun así, no era esa la causa de su tristeza.

—Dice que me ama más allá de la razón.

Sesily asintió.

—No suena mal.

—Pero a pesar de eso, me rechaza. Afirma que no es digno de mí por alguna razón ridícula.

—¿Qué razón?

—No lo sé. Quizá si me la dijera... —Se le escapó una lágrima—. No quiere decírmela.

—Entonces debes obligarlo —razonó Sesily.

—¿Te parece el tipo de hombre al que se puede obligar a algo?

—Parece la clase de hombre que se arrojaría al Támesis si se lo pidieras —replicó Sesily sin vacilar.

—Le he pedido que me quiera —dijo con nuevas lágrimas—. Y se ha negado.

—Porque todos los hombres son imbéciles que merecen que les cuelguen de los pulgares en St. James Park para que les ataquen las abejas.

Lily parpadeó.

—Qué creativa...

Sesily sonrió.

—De vez en cuando me sorprendo a mí misma.

Se rieron hasta que se movieron las cortinas y la señora West asomó la cabeza desde el interior.

—Ah... Veo que ya ha regresado la señorita Hargrove. —La mujer miró a ambos lados del pasillo y luego salió del palco—. ¿Y su duque?

—No es mi duque —repuso Lily con firmeza.

—Nunca lo son, querida, hasta que lo son —repuso con sequedad la esposa del periodista—. ¿Significa eso que no has tenido éxito en la búsqueda? —añadió finalmente.

—¿De Alec? —preguntó Lily.

Ella arqueó una ceja dorada.

—Me refiero al cuadro.

Lily se sonrojó, horrorizada.

—Por supuesto, sí, el cuadro. No. No lo hemos encontrado.

La mujer vaciló antes de hablar.

—Para empezar, llámame Georgiana. Señora West parece el nombre de una gobernanta taciturna de una escuela de North Country. Para seguir, siento que el duque sea idiota. Pero según mi experiencia, todos los hombres lo son hasta que encuentran la razón. Y los mejores lo hacen. —Hizo una pausa—. Y para terminar —continuó—, te alegrará saber que está programado que cuelguen el cuadro mañana por la tarde, cuando cierren la exposición. Permanecerá cubierto hasta que lo descubran al día siguiente.

Lily no entendió el significado de la información, y permaneció en silencio hasta que la hermosa mujer sonrió.

—Tengo la certeza de que habrá una ventana abierta en la parte trasera del pasillo mañana por la noche. A las doce y media.

Lily parpadeó.

—¿Vas a...?

Georgiana asintió con la firmeza de una reina.

—Si me hubiera salido con la mía, ese patán habría sido eliminado de la exhibición en el momento en que quedó claro que se había aprovechado de ti. No me importa lo hermoso que sea ese cuadro, él es un bastardo.

La sorpresa no dejó que Lily encontrara las palabras.

Sesily no tuvo ese problema.

—Bueno, ¿no te parece maravilloso?

—Lo que me parece es que no me gusta que los hombres se aprovechen de las mujeres —añadió Georgiana, en tono aburrido—. Así que, querida, espero que aproveches la ocasión. Ahora, creo que volveré a ver la obra, porque supongo, por la herida en la cara de Hawkins y la sangre en tu vestido, que esta podría ser la última vez que veo a ese patán en concreto encima de las tablas.

Regresó al palco.

—Georgiana...

La otra mujer se volvió.

—¿Cómo puedo estar segura de que...?

Georgiana volvió a esbozar la sonrisa de complicidad.

—Mi marido no es el único con buenos contactos. —Bajó la voz, por lo que solo la pudo oír Lily—. Las mujeres de hombres notables deben permanecer unidas. Espero que lo recuerdes cuando seas duquesa.

Luego se fue, y sus palabras quedaron flotando en el pasillo como una promesa.

Lily respiró hondo, incapaz de apartar la vista de las cortinas, que seguían ondulando después de la entrada de la mujer. Tantos años sin amigas, ¿cuántas veces las había anhelado? Y ahora, llegaban en tropel. Ellas la hacían sentirse completa.

No totalmente completa.

Jamás se sentiría así sin Alec.

¿Él quería que eligiera? ¿Darle su libertad?

Entonces aceptaría esa libertad y haría su elección. Era la decisión más fácil que hubiera tomado jamás.

• 20• Las acciones hablan más alto que las pupilas. •

Alec se pasó todo el día siguiente, él último antes de la inauguración de la exposición, recorriendo Londres. Había recurrido a todos sus contactos, desesperado por encontrar aquel maldito cuadro. Por salvar a Lily de lo que, seguramente, sería su futuro.

Y, al final, había acudido a Stanhope.

Cuando el conde acudió y se reunió con Alec en la sala de visitas de la casa de Londres del duque número nueve, su expresión era de pura curiosidad. Stanhope miró a su alrededor, observando los estantes y armarios llenos de figuritas con incredulidad.

—Warnick, no te tenía por un coleccionista —comentó pasando el dedo por la trompa de un elefante de porcelana que había en una mesita.

Alec no estaba precisamente feliz.

—No encuentro el cuadro.

—Supongo que mañana será más fácil encontrarlo.

La frustración lo inundó. ¿Es que no había nadie en esa maldita ciudad que entendiera que esa era la única oportunidad de Lily para sobrevivir al escándalo?

«No es la única».

Esa era la razón por la que Stanhope estaba allí, y porque Alec tenía el corazón en la garganta.

—Necesito que te la llesves.

El conde parpadeó.

—¿Perdón?

—No me hagas repetirlo. —No creía que pudiera hacerlo.

Stanhope se volvió hacia el aparador sin preguntar.

—¿Whisky? ¿O qué quieres?

Alec nunca había necesitado tanto beber.

—Por favor...

El conde sirvió dos vasos y le tendió uno a Alec antes de sentarse en un pequeño sofá lleno de flecos espantosos.

—¿A dónde quieres que la lleve?

«A ninguna parte».

—A Escocia.

Stanhope arqueó una ceja.

—¿Y no crees que tú eres más adecuado para esa tarea en particular?

Eso amenazó con hacerlo vacilar.

Claro que quería enseñarle Escocia a Lily. Deseaba verla sentir el rocío de Firth of Forth en la piel por primera vez. Quería estar con ella en las Highlands y respirar el aroma a brezo y mirto mientras se unían para siempre. Ansiaba envejecer allí con ella, llenar cada rincón del castillo con sus hijos y sus nietos, que vestirían esos zapatitos con la suela roja que ella guardaba en secreto.

Pero él no era para ella.

—Lily necesita a alguien mejor que yo.

—Y piensas que yo soy ese hombre...

—Os he visto juntos. Tú consigues que... —Hizo una pausa, odiando las palabras— que sonría.

«Quiero que siempre sonría. Con un hombre que se la merezca».

—Hacer sonreír a las mujeres es un talento particular. —Stanhope bebió un sorbo antes de emitir una tosecilla maliciosa—. Supongo que no debería sorprenderme que esta casa solo contenga basura.

Alec no se rio. No tenía energía para ello.

—Stanhope, eres un buen hombre... y cada vez eres más mayor. Necesitas un heredero. Y una fortuna. Y Lily es... —Alec bebió, y supo que se merecía que aquel terrible licor le quemara la garganta.

—Es perfecta —concluyó Stanhope—. Con o sin cuadro.

Alec cerró los ojos ante aquellas palabras, agradeciendo la comprensión del conde, aunque la odiara. Deseaba que fuera perfecta solo para él. Sin embargo, asintió—. Lo es.

—El problema es que ella también está muy enamorada de ti. —Alec clavó los ojos en Stanhope—. Es posible que yo la haga sonreír, Warnick, pero eso es fácil. Si tú te decidieras, podrías hacerla feliz. —El conde dejó el vaso sobre una mesita junto al sofá, y se levantó—. Mucho me temo que debo rechazar la oferta de un matrimonio de conveniencia, aunque resulta muy

tentadora.

Alec también se levantó.

—¿Y qué hay de la dote? —dijo, a pesar de la corriente de desesperación, miedo y euforia que lo recorrió.

Stanhope no vaciló, y soltó un suspiro largo como si aquello careciera de interés.

—No vale la pena si con eso tengo una trágica historia de amor en mi conciencia. Hay más dotes. He oído que esta temporada hay unas cuantas herederas americanas con buenas dotes. —Hizo una pausa antes de seguir—. ¿Puedo añadir algo?

—¿Vacilas ahora, después de todo lo que has dicho?

—Estamos en Londres, en el año 1834, todo podría solucionarse con un solo acto. Tienes razón pero, al mismo tiempo, estás totalmente equivocado.

A Alec comenzó a latirle con fuerza el corazón.

—¿Con qué acto?

—En vez de hacer a Lily condesa, casándose por dinero, conviértela en duquesa, casándose por amor. No hay nada que el mundo disfrute más que la historia de la Cenicienta. —Abrió la puerta de la salita, dejando a la vista al viejo mayordomo.

Stanhope pasó ante el sirviente y se volvió cuando llegó al vestíbulo para buscar los ojos de Alec.

—Warnick, espero que seas el príncipe. La señorita Hargrove se merece todo lo bueno.

Y entonces todo se vino abajo. Alec había llegado a Londres hacía nueve días para desempeñar el indeseado papel de tutor, casar a su pupila y regresar a Escocia, a una vida que no la incluía. Una vida que entonces lo satisfacía.

Hasta que la conoció, y todo se fue al infierno.

Había fallado a todos los niveles.

Y, para empeorar las cosas, se había enamorado de ella.

Cogió el sobre que el mayordomo le ofrecía en una bandeja de plata y lo abrió. Cuando leyó aquellas letras le inundó una corriente de pavor, seguro de que ese día iba a ir a peor.

Necesito tu ayuda.

Reúnete conmigo esta noche. A las doce y media.

L.

A continuación, una dirección. Un callejón justo detrás de la Royal Academy. Fue entonces cuando adivinó el plan de Lily, y lo recorrió una oleada de orgullo. Ella era hermosa, brillante y tan valiente como una maldita amazona.

Por supuesto que podía salvarse a sí misma.

Era lo suficientemente magnífica para rescatarse a sí misma y al resto del mundo.

Ojalá pudiera salvarse de él.

Varias horas después, Alec condujo su cabriolé hacia las caballerizas que había detrás de la Royal Academy. La noche llenaba de profundas y oscuras sombras el espacio vacío. Había acudido deliberadamente temprano para llegar antes que ella, para sopesar los peligros de esa misión en particular.

Bajó del pescante con la atención puesta en el edificio que tenía delante. Estaba medio convencido de hacerlo él mismo, sin ella.

Pero debería de haberlo supuesto.

Lily ya estaba allí, y salió de las sombras como si hubiera permanecido siempre en la oscuridad, una reina de la noche.

Una reina con pantalones y una gorra calada hasta las cejas.

¿Cuánto tiempo llevaría allí? Le podía haber pasado cualquier cosa. Y él habría llegado demasiado tarde para salvarla. Un nuevo fallo.

Nunca era suficiente.

Se acercó a ella mientras la frustración y el deseo luchaban en su interior.

—¿Qué es esto? —preguntó haciéndola regresar a la oscuridad para protegerla de miradas indiscretas.

Lily se aproximó a él y le cogió la mano. Lo dejó noqueado con aquel simple contacto, cuando se recuperó, le abrió el puño y le pasó la punta de los dedos por el vendaje.

—Anoche estabas sangrando.

—¿Y qué?

—Estabas sangrando por mí. —Le dio un beso en la venda, y él comenzó a sentir un profundo dolor en el pecho. Lily lo miró con los ojos ocultos por el ala de la gorra. Alec hubiera dado cualquier cosa por verle los ojos. Pero no eran para él—. Solo por eso deseo convertirlo en un hazmerreír.

¿No por ella? ¿Por todo lo que Hawkins le había hecho?

Alec tragó el nudo que tenía en la garganta. Deseo, necesidad... Se obligó a permanecer distante cuando lo único que deseaba era tomarla entre sus

brazos.

—¿Me has citado con dos líneas en un papel y vienes sola? ¿En la oscuridad? ¿A cometer un crimen?

Lily se mantuvo firme.

—Excelencia, ni que fuera la primera vez que intentamos este crimen en particular. —Sonrió y sus dientes blancos brillaron en las sombras—. Pero será la primera vez que tenemos éxito.

«¡Dios, la amo!».

—Ten cuidado o lo gafarás.

Entonces, ella se puso seria.

—No. El azar no puede negarme esto también.

Antes de que él pudiera pedirle explicaciones, ella se acercó a la ventana. Él deslizó la mirada por la parte baja de su espalda, donde los pantalones se le ceñían a las nalgas de una manera indecente. Como una segunda piel. Se le secó la boca mientras la veía ponerse de puntillas, intentando mirar adentro sin conseguirlo.

—Otra vez con pantalones... —comentó él.

Ella se volvió hacia él, señalando su *kilt* con un gesto.

—Bueno, uno de los dos tenía que usarlos, ¿no crees?

Arqueó la ceja ante aquella rápida respuesta.

—¿Acaso crees que no puedo hacer lo necesario con un tartán?

Ella lo miró durante un buen rato, tanto tiempo, que él llegó a pensar que no le respondería.

—Creo que puedes hacer lo que quieras, usar lo que desees —dijo finalmente.

Las palabras resultaban muy tentadoras, y hacían que quisiera apretarla contra la pared y enseñarle todo lo que le gustaría hacerle

Sin embargo, la tarea que tenía entre manos se lo impedía.

—Necesito un impulso.

Alec parpadeó.

—¿Un qué?

—Para eso estás aquí. —La vio sonreír como si lo que le había pedido fuera totalmente normal—. Para impulsarme. Y yo te abriré la puerta. Así lo lograremos.

—No vas a entrar sola.

Se volvió hacia él.

—¿Qué crees que puede ocurrirme? ¿Que me atacará una escultura? —Él entrecerró los ojos, y ella suspiró—. No creo que yo pueda contigo, Alec.

Alargó la mano y se agarró a la ventana, que se abrió de par en par sin ninguna vacilación.

—¿Cómo sabías que estaría abierta?

—Tengo amigas... —repuso sonriendo.

Él adoró el placer con el que ella había dicho aquella palabra. La emoción que contenía. Quería que tuviera cien amigas. Mil. Lo que la hiciera feliz. Durante el resto de su vida.

«Podrías hacerla feliz».

Ignoró lo que le había dicho el conde.

—Una amiga...

Ella asintió.

—Una muy buena amiga, por lo que parece.

—Bueno, supongo que cualquier amiga que te anima a cometer un delito es buena —soltó con sequedad.

—Venga, Alec, dame impulso. No tenemos toda la noche.

La empujó a un lado y se agarró al alféizar.

—Nos reuniremos en la puerta.

—Alec —soltó ella con tono de incredulidad—. Esa repisa está a dos metros del suelo y llevas *kilt*. No puedes estar pensando en...

Alec se alzó hasta la repisa y atravesó la ventana abierta. Se giró hacia ella, que lo miraba boquiabierta.

—¿Qué estabas diciendo? —soltó sin poder reprimirse.

Ella frunció el ceño.

—Mi amiga también piensa que eres idiota.

Él no pudo evitarlo, se rio.

—En eso tiene razón. Venga, vete a la puerta. —Y allí se reunieron, ni dos minutos después. Pero cuando entró, ella volvió a salir.

—Un momento, que casi me olvido...

Al volver, llevaba una enorme pintura envuelta en una tela entre las manos.

—Es mi regalito para Derek —dijo cuando Alec miró el paquete con una ceja arqueada.

—Venga, tú delante —le indicó él cogiendo el cuadro. Ella sacó una vela y un pedernal del bolsillo del pantalón—. Una vez más, vienes muy preparada. Déjame adivinar... Sesily —añadió él antes de que ella pudiera responder.

—Me decepcionas, excelencia —soltó ella sonriendo—. Estoy bien preparada para el escándalo. Esta vez es cosa mía.

Por supuesto. La vio encender la vela, y la llama proyectó sobre su hermoso rostro un resplandor dorado. Y luego la siguió a través de la exposición, ante las paredes cubiertas de suelo a techo por miles de cuadros, demasiados para que nadie los apreciara.

—Esto es una locura —susurró—. ¿Cómo es que a alguien le importa un retrato en concreto en este mar de pinturas? ¿Cómo le importa tanto a alguien para convertirlo en un escándalo?

Ella no miró atrás cuando entraron en la galería principal, larga e impresionante, con un estrado en el fondo, donde había unas cortinillas.

—¿Crees que es el amor al arte lo que los hace gritar por el escándalo? Pueden tener arte en cualquier lugar, pero los chismes son mucho más interesantes. —Señaló una pared—. Esa es la otra gran pintura de la exposición. De Constable.

Alec se detuvo para mirar el paisaje, de pequeño tamaño y apenas visible en la oscuridad. Miró el paquete que llevaba en la mano, más grande que la acuarela. Diez veces mayor.

—¿Debo imaginar que la pintura que venimos a buscar no es de este tamaño?

—No lo es.

—Claro que no —refunfuñó—. Hawkins no hace nada a medias.

—Quizá mi belleza no puede mostrarse en proporciones tan pequeñas —comentó ella.

Él la miró.

—La oscuridad te hace particularmente ingeniosa.

Ella inclinó la cabeza y luego se giró para acercarse al estrado.

—Imagino que es cosa del pánico.

Fuera por lo que fuera, no deseaba que desapareciera.

Lily llegó al pie del estrado y vaciló. Él se acercó a ella.

—¿Lillian?

—Aquí es donde me deshonoré —dijo. La observó mientras ponía los dedos en el borde de la plataforma y soltaba una risa—. Supongo que en realidad me arruiné antes. Pero fue aquí donde todo quedó claro, como si alguien hubiera iluminado una habitación que yo pensaba que era un salón de baile, y resultó ser una salita privada.

—No te has deshonrado tú misma. Lo hizo él. Es algo muy diferente.

—Lo es. Pero no es el caso. No soy una cría, Alec. Sabía lo que hacía. Lo que podía ocurrir. Sabía que algún día podría ser un escándalo. —Hizo una pausa—. Y no me importaba. Solo deseaba ser de Derek.

Las palabras dolieron como un golpe. Los celos lo invadieron cuando pensó en ella con Hawkins, el hombre que había eludido por completo cualquier responsabilidad. El hombre que nunca sería lo suficientemente bueno para ella. Que no sería su héroe.

—El mundo parece albergar un odio impresionante por las mujeres que cometen los errores que yo cometí —continuó ella—. La belleza, utilizada para todo, salvo para el más sagrado de los actos, es un pecado. —Miró hacia el estrado, el lugar donde colgaba la cortina, gruesa e inmóvil, ocultando su vergüenza de la vista—. Y ninguna persona está dispuesta a cuestionar el papel de Derek en todo esto. Debe ser alabado por sus actos. Dime, ¿lo que yo he hecho ha sido tan diferente de lo que ha hecho él?

—No —dijo Alec deseando calmar el dolor agudo e inquietante que oía en su voz—. No has hecho nada malo.

Ella sonrió.

—La sociedad piensa algo diferente.

—A la mierda la sociedad.

Lily arqueó una ceja.

—¿Qué has hecho tú, Alec?

Otra vez esa pregunta. Astuta y directa. La pregunta que tendría que responder finalmente.

Pero no allí. No en ese momento.

Negó con la cabeza.

Ella lo estudió con atención mientras la luz de la vela parpadeaba sobre su hermoso rostro.

—Si tuviera que decirte lo mismo que me has dicho tú, que no has hecho nada malo, ¿qué responderías?

—Diría que estás equivocada —repuso apartando la mirada, incapaz de ver sus ojos.

—¿Por que tú eres un hombre y yo una mujer?

—Porque mis actos son mucho peores que los tuyos.

—¿De verdad?

—Sí.

—Y sin embargo, aquí estamos, cometiendo un crimen por mí y no por ti.
No iba a responder a eso.

—Cometamos entonces el crimen, y terminemos de una vez.

Por un momento, pensó que ella iba a ponerse a discutir. Podría hacerlo. Y por un momento, le preocupó hacerlo, contarle todo, allí, frente a miles de cuadros, en el maldito estrado de la exposición de la Royal.

Pero ella no insistió. Bajó la vela y cogió el paquete de sus manos antes de subir a la plataforma.

—Date la vuelta, por favor.

Lo hizo sin dudarle. Le había hecho una promesa y la mantendría, incluso aunque sabía que esa era su única oportunidad de ver el retrato. De saber lo hermoso que era. No era que requiriera una mirada para conocer su belleza. Era un desnudo de Lily, claro que sería magnífico.

Aunque palidecería ante la realidad.

Y luego se quedó en silencio, escuchando sus movimientos, el roce suave de la cortinilla, el susurro del lino cuando se agachó y desenvolvió la pintura que había llevado. El leve sofoco que emitió cuando descolgó la pintura de la pared. Cuando la reemplazó por la otra. Y luego, mientras se agachaba otra vez y envolvía el desnudo.

Cuando ella se levantó de nuevo, Alec se sentía furioso por los celos, deseó ser uno de los dos cuadros: un lienzo destinatario de su suave contacto.

—Ya puedes mirar —dijo ella en voz baja, y él se dio la vuelta, atraído por su voz, que debería haber estado llena de alivio, pero en cambio rebosaba risa. Estaba de espaldas a él, con los brazos en jarras, mirando lo que había colgado en la pared...

Él también se rio.

«Joya». Había colgado al perro de la corona en su lugar.

Subió los escalones para ver mejor el brillante y absolutamente perfecto castigo de Derek Hawkins. El perro en glorioso reposo sobre el cojín de satén rojo, con la luz iluminando sus largas patas y la corona enjoyada inclinada en la cabeza.

Lily se volvió hacia él, con los ojos grises brillantes de risa.

—Creo que debería estar más que agradecido de que le acreditemos una obra tan querida.

Alec asintió.

—De hecho, creo que somos excesivamente generosos. Con Hawkins y el

mundo, en general. Sin duda apoyarán la elección, dado su deseo de mostrar las obras maestras a la sociedad.

—Para que todos las vean —convino ella.

—En realidad le hemos hecho un favor al mundo.

—Este regalo de cumpleaños en particular podría compensar todos los regalos de cumpleaños que me he perdido en los últimos años. —Lily esbozó una sonrisa—. Gracias.

Alec se movió hacia ella, incapaz de resistirse a su imprudente belleza, a la excitación y la anticipación de lo que supondrían sus acciones, atrayéndolo como un sabueso con una correa. Cuando se acercó, más alto que ella, la risa de Lily se desvaneció, y alzó el rostro hacia el suyo, a pesar de que también él le ponía las manos en las mejillas, deslizando los pulgares por los pómulos altos y perfectos.

—Me encanta tu risa —confesó Alec, incapaz de reprimirse.

Ella apretó la mano vendada contra su mejilla.

—Y a mí la tuya. Ojalá pudiera hacerte reír todos los días. —Alec cerró los ojos, y sus propios deseos fueron un eco de los de ella—. Podemos intentarlo, Alec —lo tentó ella, enredando la mano libre en su pelo—. Podrías dejar que lo intente.

Por un momento, se permitió imaginarlo... La cogería de la mano, disfrutaría de su sonrisa burlona, de su risa, de su fuerza. Se imaginó junto a ella. Honrándola. Adorándola. Besándola.

Luego sus labios se tocaron, y ya no estaba imaginando nada.

No había nada salvaje en ello, y esa era la razón por la que amenazaba su cordura. Era un beso tierno, sin urgencia, como si tuvieran una vida por delante para explorarse el uno al otro. Como si hubiera llegado justo después de pasear por el jardín de su casa, con los niños rodeándolos, como una señal de promesa para el futuro, para un momento en el que tuvieran más tiempo.

Fue perfecto.

Y eso lo mató, en especial cuando ella tensó los dedos y tiró de su cabeza hacia atrás para poder suspirar, separando los labios con su nombre, un aliento magnífico que podría haberlo sostenido para toda la vida.

—Déjame intentarlo —susurró ella de nuevo, con los labios contra los de él, provocadores y tentadores.

«¡Sí!».

«¡Por favor, sí!».

Pero no era una respuesta viable. La única posible era no.

Iba a tener que contárselo todo para que los dos se convencieran.

Con una caricia final y persistente, se apartó y levantó la pintura que ella había envuelto cuidadosamente en la tela. Se la puso debajo del brazo y le tendió la mano. Se deleitó en la forma en la que se acercó a él, en la familiaridad con la que le cogió la mano —sin guante—, apretando las palmas como si eso fuera lo más natural del mundo.

Sin soltarla, la guio en silencio fuera de la galería, deteniéndose solo para coger la vela. Una vez fuera, la subió al carruaje, donde acomodó la pintura también. Cuando ocupó el lugar a su lado y azuzó a los caballos para que se pusieran en movimiento, no pudo resistirse a cogerle de nuevo la mano, adorando la sensación cálida y firme de su piel.

A medio camino de Berkeley Square, ella entrelazó sus dedos, y él se preguntó si sería capaz de dejarla ir en algún momento. Y no lo hizo, ni siquiera cuando se detuvieron en las cuerdas y la ayudó a bajar, ni siquiera cuando recogió el cuadro. Solo la soltó cuando el mozo entró en los establos para ocuparse del cabriolé, porque no quería llamar la atención sobre la figura que había regresado con él.

Entraron en la casa por la puerta trasera. Angus y Hardy los saludaron en la silenciosa y oscura cocina meneando la cola y con las lenguas colgando. Hardy parecía más feliz que en los últimos días por verlos juntos.

Alec entendía la respuesta del perro. También él era más feliz cuando estaba con ella. Después de haber prestado la debida atención a los animales, volvió a coger la mano de Lily y la llevó a su habitación; el pequeño cuarto debajo de la escalera que permanecía igual que lo había dejado, lleno de libros, papeles y medias de seda en el poste de la cama.

Bajó la pintura y la apoyó contra el baúl mientras ella lo observaba con una mirada llena de confusión.

—¿Aquí?

Él asintió.

—Es el único lugar de la casa, de todas las casas, que está lleno de ti.

—Demasiado lleno de mí —razonó ella—. Apenas hay espacio para los dos.

Esa era la razón. Porque una vez que le hubiera contado toda la verdad, ella no desearía estar con él. Y no tendría más remedio que irse de allí, porque no habría espacio para quedarse.

Lily pareció comprender el razonamiento sin que él lo explicara en voz alta, y la vio fruncir el ceño mientras le cogía la mano, como si agarrándosela con fuerza pudiera retenerlo.

Pero no podría detenerlo. No cuando él...

—Cuéntamelo —le animó en voz baja—. Sea lo que sea...

Él respiró hondo, sabiendo lo que provocaría la verdad. Haría que lo odiara. Y luego le soltó la mano e hizo lo que ella le había pedido.

Se lo contó todo.

• 21: En el amor y en la guerra todo vale •

—Me fui de Escocia cuando tenía doce años.

Lily no sabía lo que se esperaba que le contara, pero sin duda no era eso. Luego, Alec siguió hablando.

—Aunque realmente debería decir que huí de Escocia cuando tenía doce años.

Deseaba tocarlo con desesperación, quería asegurarse de que comprendiera que, fuera lo que fuera lo que dijera, lo que hubiera sucedido en el pasado, ella seguiría a su lado. Pero había aprendido lo suficiente sobre Alec Stuart en los últimos diez días como para saber que tocarlo no haría más que recordarle su carga. Así que se limitó a entrelazar los dedos y a permanecer sentada en el borde de su cama, como si fuera normal estar allí.

—Mi madre se marchó cuando yo tenía ocho años. —Él se miró las manos, grandes, fuertes y perfectas—. Recuerdo muy poco de ella, pero sí cómo respondió mi padre cuando desapareció. Estaba enfadado y lleno de arrepentimiento. Y cuando ella murió... algo después...

Lily tuvo que reprimirse con todas sus fuerzas para no presionarlo.

Se mantuvo firme.

—Cuando llegó el mensaje y mi padre me leyó la noticia, no mostró emoción ni toleró ninguna por mi parte.

Lily cerró los ojos al oírlo. Alec era un niño entonces, y no importaba quién fuera o qué clase de madre hubiera sido, era eso: su madre.

—Alec —le advirtió, deseando que estuviera más cerca. Al oírlo, él la miró a los ojos—. Te golpearás la cabeza si no tienes cuidado. ¿Podrías sentarte, por favor?

Habría hecho cualquier cosa para que se sentara a su lado, pero él eligió, en cambio, la silla del escritorio, que empequeñeció con su tamaño. Lo grabó en su mente en toda su gloria, consciente de sus rodillas, que se encontraban a solo unos centímetros de distancia en aquel pequeño espacio.

—Sigue...

—Lo único que recuerdo de ella es que hablaba de Inglaterra. De cómo le convenía más. De que la amaba. De que era mucho mejor que Escocia.

Ella sonrió.

—Supongo que encontraría un par de cosas mejores que en Escocia.

Él curvó la comisura de los labios.

—Seguramente más de un par. —Se volvió a poner serio—. Por extraño que parezca, la eché de menos. No importaba que no fuera la mejor de las madres. Así que, igual que ella, comencé a añorar Inglaterra. —Se rio por lo bajo—. Sé que debe ser difícil de creer.

—Pues sí, tú rechazas todo lo inglés.

—No todo lo inglés. Al parecer le he cogido cariño a algo. —Sintió un ramalazo de satisfacción. A ella, se refería a ella. Aun así, no se permitió recrearse en ello—. Bien, quería irme a Inglaterra. Para seguirla. Para ver el país que amaba. El lugar que ella había anhelado con tanta intensidad que había abandonado a su hijo para ir en su busca.

Alec se detuvo, perdido en la historia, y entrelazó sus manos, buscando con los dedos de una la cicatriz de la otra. La que su padre le había provocado. Lily observó esas manos durante un buen rato, deseando poder consolarle.

—¿Y entonces? —lo presionó finalmente.

—Mi padre no me lo permitió. Juró que me desheredaría para impedir que me fuera. —A Lily se le aceleró el corazón—. Aunque no me importó. Escribí a todas las personas que conocía. Familiares lejanos, pues mi padre también tenía sangre inglesa. Imagino que no te sorprenderá descubrirlo, teniendo en cuenta que era el decimoséptimo en la línea sucesora de un ducado.

—Imagino que él habría estado tan poco emocionado como tú de heredarlo —dijo ella sonriendo.

—Probablemente menos —reconoció Alec.

—¿Y?

—Un pariente lejano envió una carta. Venía con una nota. Lo que fuera, había funcionado. Tenía plaza en un colegio. Mi padre hizo lo que me había prometido, me dijo que no podría regresar nunca a casa. Pero no me importó. Se trataba de un pariente generoso y había pagado la matrícula en su totalidad. —Sonrió y se frotó la nuca con la mano de la cicatriz, y de repente se pareció mucho al chico que debía haber sido—. Quizá tendría unos

dieciséis años... Lo que sería irónico.

Lily se lo imaginó, el rey de los compañeros, apuesto y alto, el mejor en todos los deportes.

—Imagino que eras tremendamente popular.

Él levantó la vista y sus ojos castaños se encontraron con los de ella.

—Me odiaban.

Imposible.

—¿Cómo es que...?

—Era alto como una caña, todo huesos y músculos escoceses. Y ellos tenían títulos venerables, tierras antiguas y más dinero del que podía imaginar. Yo era un impostor, y ellos lo sabían. Me juzgaron y me despojaron de toda la arrogancia.

Sintió las palabras como los golpes que describían. Y aun así, negó con la cabeza.

—Eran niños. No podía saber...

—Los niños son los peores de todos —argumentó él—. Al menos los adultos juzgan en silencio.

—¿Entonces?

—Durante los tres primeros años, no tuve más opción. Era pobre, me obligaban a limpiar suelos y a lavar ventanas cuando no estaba estudiando para pagar lo que la matrícula no cubría, y ellos lo olían, la falta de dinero. — Sonrió, perdido en los recuerdos, y ella vio a un joven Alec, el niño solo y desesperado por compañía. Era algo que ella entendía a la perfección.

Algo que jamás desearía a otra persona.

—King fue el único que no se mostró cruel.

Eso hizo que deseara que el marqués de Eversley estuviera allí, para poder agradecerle aquella amabilidad de antaño. Pero tuvo la sensación de que la historia no terminaba con los dos niños como felices amigos.

Alec estaba inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas, la cabeza inclinada, como si estuviera confesándose. Y Lily notó que su corazón se aceleraba por el chico que fue una vez.

No pudo detenerse.

—¿Qué ocurrió tres años después?

Él resopló de risa sin humor.

—Crecí. —Alec sacudió la cabeza confuso, sin mirarla, contando la historia con sus manos grandes y cálidas—. Más de treinta centímetros en

pocos meses. Me hice más alto que cualquiera de ellos y más ancho. —Hizo una pausa antes de mirarla—. Duele, ¿lo sabías? Crecer duele.

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo?

Aquella sonrisa otra vez, la que hacía que quisiera abrazarlo hasta que fueran viejos.

—Físicamente. Te duele como si los huesos no fueran capaces de mantener el ritmo. Pero ahora que me lo preguntas, imagino que también duele de otras formas: hay una aguda sensación de que ya no estás donde estabas, y sin duda no vas hacia ningún sitio... —Se detuvo y luego susurró—. No hay nada como no saber a dónde vas...

—Alec...

Él continuó como si ella no hubiera hablado, como si al detenerse, no pudiera volver a empezar. Lily apretó los labios y se obligó a escuchar.

—Ya no me juzgaban ni se burlaban de mí o de mi existencia, me odiaban... Porque ya no podían dominarme. Ahora era yo quien tenía poder. Yo era el...

Entonces le cogió las manos. Sabía las palabras que iba a decir. Las había oído en sus labios docenas de veces. Le apretó los dedos con fuerza.

—No lo digas. Lo odio.

Luego sus miradas se encontraron y ella vio también cuánto lo odiaba él.

—Por eso tengo que decirlo, Lily —susurró—. Porque es así. Porque soy el salvaje escocés.

Ella negó con la cabeza.

—Sin embargo, no lo eres. Nunca he conocido a un hombre menos salvaje.

—Cuando nos conocimos, rompí una puerta.

Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo ante la potencia de su fuerza.

—Porque querías llegar hasta mí. Para protegerme.

Por un momento, pensó que él lo negaría. Pero en cambio, la miró profundamente a los ojos, con sinceridad.

—Deseaba protegerte.

—Y lo has hecho.

Luego, Lily apartó la vista, y su mirada se posó en las medias que colgaban

del marco de la cama, las había dejado allí antes de huir días atrás.

—No lo he hecho. Nunca he sido capaz.

Ella entrelazó sus dedos con dolor.

—Te equivocas.

—Has tenido que hacerlo tú misma.

—No —dijo con fuerza, obligándolo a mirarla a los ojos—. ¿Es que no lo ves? Me has dado el poder para hacerlo. Me has dado fuerza. ¿Querías darme libertad? ¿Poder de elección? Lo has hecho una y otra vez. Sin ti...

Él negó con la cabeza para que se interrumpiera.

—Era un salvaje, Lily.

—No lo eras —protestó ella—. Te hicieron daño, y te defendiste.

—De hecho, luché. Como un maldito demonio. Quería que todos supieran que no estaba dispuesto a ser su juguete. Que si venían a por mí, se arriesgaban a perderlo todo.

Ella asintió, orgullosa del niño que había sido. No debería desear daño alguno a un grupo de niños, pero agradecía que él hubiera encontrado la forma de ganarles.

—Bien...

Él se rio de nuevo, una risa ronca y mordaz, y negó con la cabeza.

—No pensarás igual cuando oigas el resto.

Intentó soltarle las manos, pero ella no se lo permitió, y se las apretó con más fuerza.

—No. —Él levantó la mirada con sorpresa y algo mucho más inquietante en los ojos. Algo parecido al miedo. Lily negó con la cabeza—. Estás aquí. Y yo estoy contigo.

Lily notó que el significado de sus palabras le impactaba y que respiraba hondo.

—Los chicos no podían pelear conmigo y ganar —dijo en voz baja—, así que eran sus hermanas las que terminaban el trabajo.

Lily era la cosa más bonita que había visto en su vida, y podría quedarse allí sentado hasta el final de los tiempos, mirándola. Pero la amaba demasiado para retenerla, así que le dijo la verdad, aun sabiendo que esta la alejaría. Sabiendo que eso demostraría que él no era para ella. Que podría encontrar a otro, infinitamente mejor que él.

«Si tú te decidieras, podrías hacerla feliz».

Las palabras de Stanhope eran la peor clase de falsedad. Lo atraían. Lo tentaban lo suficiente como para arruinarlo a él y a la mujer a la que había jurado proteger. Y ahora, cuando ella frunció el ceño confusa por lo que él había dicho, lo dijo claramente.

—Tenía el colegio pagado, pero todo lo demás costaba dinero. Comer. Beber. Lavar la ropa. Y el trabajo que había hecho hasta entonces de repente no estaba disponible. Sin duda los cocineros y los limpiadores del colegio habían recibido buenas propinas para olvidar que yo existía. No podía sobrevivir sin fondos. —Recordó aquellos meses que había estado desesperado, hambriento y enfadado, yaciendo en la oscuridad, preguntándose qué vendría después—. King me pasaba comida y ponía mi ropa sucia con la suya de vez en cuando, pero yo era orgulloso y me parecía que era...

—Amistad —susurró ella—. Era amistad.

Lo había sido. King siempre lo había apreciado. Pero...

—Parecía caridad.

Ella asintió, y él vio comprensión además de tristeza en sus ojos. Pena.

—A veces es difícil creer que merecemos algo mejor.

«¿Es que ella no se daba cuenta?».

—No nos compares. Nunca has sido...

—¿Qué?

La frustración que produjo la pregunta lo impulsó a levantarse, obligándola a que dejara de tocarlo porque no podía soportarlo. Estar allí, en la pequeña habitación de Lily, era lo peor. Cada palabra estaba envuelta en ella, e incluso aunque ya no estaba sentado, apenas podía moverse, abarcaba el espacio en un par de pasos.

Por fin, se detuvo y se pasó las manos por el pelo antes de soltar un largo suspiro.

—Peg vino a verme cuando tenía quince años. —Se quedó paralizado al decir su nombre—. Era festivo en San Miguel.

—Siempre es festivo —dijo ella en voz baja, y él no lo entendió. Ella tampoco le dio la oportunidad—. Sigue.

—Era la guapísima hermana mayor de otro chico. Estaba intentando evitar a las familias que vinieron de visita, diciéndome a mí mismo que tenía que estudiar.

—Sencillamente tratabas de ignorar lo que no tenías.

—Sí —afirmó mirándola.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo sé. Conozco la sensación.

Él ignoró la comparación y continuó.

—Ella me siguió. No había nadie en la biblioteca, solo nosotros.

Lily entrecerró los ojos.

—¿Cuántos años tenía ella?

—Era lo suficientemente mayor para haber tenido ya una temporada. Lo suficientemente mayor como para saber con quién se iba a casar. Concretamente con lord Rowley, un notorio libertino muy rico. Se acercó a mí y me ofreció...

—Me lo puedo imaginar.

—Sin embargo, dudo que puedas. —Eso era lo que tenía que decir en voz alta. Era lo único que la convencería de que no eran el uno para el otro. Que jamás sería digno de ella—. Cuando todo terminó, hice lo que se esperaba... Le dije que buscaría a su padre. Que me casaría con ella.

Lily parecía absorta, y él detestó la forma en que lo veía. Que lo entendiera mejor que nadie nunca.

—Te rechazó.

Él se dio la vuelta para mirar por la ventana, por encima de los oscuros tejados de Londres.

—Se rio. —Hizo una pausa antes de soltar también una risa sin humor—. Por supuesto que se rio. —Se puso una mano en el cuello mientras deseaba estar en cualquier lugar menos allí, reviviendo aquel sórdido pasado—. Ella era hija de un vizconde. Quería casarse con un conde. Y yo era pobre, no tenía título y era escocés. Un maldito tonto.

—No —susurró Lily.

No se giró. No podía. Siguió hablando de cara a la ciudad al otro lado del cristal.

—Ya no soy pobre. —Estaba perdido en sus recuerdos—. Me pagó diez libras. Fue suficiente para comer un mes.

—Alec. —Estaba detrás de él. Se había levantado de la cama, y él notó la desesperación en su voz. Tuvo que volverse hacia ella. Mirarla. Mostrarle la verdad.

Y cuando lo hizo, vio lágrimas en sus ojos. Las odió, las amó. ¿Cómo

hubiera sido su vida si se hubiera encontrado con Lily en aquella biblioteca tantos años antes? En cambio...

—Después de eso, envió a sus amigas. Chicas aristocráticas que querían tener la oportunidad de jugar con la plebe. De saciar su sed de barro. De montar al salvaje escocés.

Notó que se quedaba sorprendida, como si las palabras la hubieran golpeado. Se odió a sí mismo por hacerlo incluso mientras se obligaba a terminar.

—Pagaron mi estancia en el colegio. Y jugué a ser su puta. Supongo que debería agradecer que, como soy un hombre, mi vergüenza no fue la misma que si hubiera sido una mujer. Me reverenciaban, susurraban mi nombre como si fuera su juguete favorito. Una fugaz fantasía. Peg solía decir que era el perfecto primer amante y el peor final posible.

—No me importa lo que ella dijera —aseguró Lily.

Peg no era la cuestión. Señaló el baúl que había junto a la pared. Eso era lo importante.

—Cuando te digo que no soy digno de ti, no lo digo por decir. No es mentira. Esas prístinas ropas blancas, los dobladillos que has bordado con amor y dedicación, esas malditas botitas con sus suelas de cuero... son para los hijos de otro hombre. El vestido. Es para que otro tipo se lo merezca. Alguien infinitamente mejor que yo.

Suplicó que lo entendiera.

—¿No lo ves, Lily? No soy el hombre adecuado para casarte. Soy el otro. El salvaje con el que te arrepientes de estar. Pero ahora, puedes tener a otro. Alguien que te merezca. —Señaló el cuadro—. Eso... el cuadro que habrían usado para destruirte, ya no es problema. Y ahora puedes elegir un camino diferente, lejos del escándalo. Cualquiera que desees. ¿Es que no lo ves? Solo puedo darte el poder de elección.

Ella abrió la boca para responderle, pero él se impidió levantando una mano, rogándole que guardara silencio.

—No lo hagas. No me elijas. ¿Es que no ves la verdad? Nunca seré adecuado para ti. Ni siquiera he podido cumplir con la misión que tenía encomendada y protegerte. No he podido. No pude alejarte de ellos. De los chismes. De Hawkins. ¡Santo Dios! Si estabas casi agotada en Rotten Row. Y fue antes de que me aprovechara de ti. Nunca debería haberte tocado.

Esperó a que lo asimilara. A que lo juzgara.

Esperó que se fuera.

Y cuando notó que se movía, se preparó para verla partir. Solo que no se fue. En cambio, se acercó a él. Alec dio un paso atrás, desesperado por evitarla, demasiado roto para tocarla. Pero la estancia era demasiado pequeña y ella era una oponente increíble.

Lily no lo tocó.

Fue peor. Levantó la mano y se quitó las horquillas, dejando que el pelo le cayera sobre los hombros como seda castaña. A él se le secó la boca y entrecerró los ojos antes de que ella hablara.

—Si puedo, me gustaría decir algo ahora.

Como si pudiera detenerla, a esa princesa amazona, vestida como un carterista que estaba a punto de robarle su maldito corazón.

—Todo esto es una gran falacia, y lo sabes. La idea de que el primero es el más significativo. O el segundo. O cualquiera de los siguientes. Que las circunstancias de esos primeros encuentros significan algo más que el que elegimos para siempre. Es la mentira que todo el mundo dice, pero tú me has enseñado otra cosa.

Lo miró, y el amor que él vio en sus ojos le dejó sin aliento.

—He escuchado tu historia. Y ahora te va a tocar oír la mía. Cuando sea vieja, Alec, y mire hacia atrás, los desvaídos recuerdos de mi vida, ¿quieres que te diga qué quiero recordar? No será a él. Cuando me acuerde de mi escándalo, lo agradeceré, ya que me habrá llevado a ti. Pero no le dedicaré demasiado tiempo a eso, porque estaré demasiado ocupada pensando en ti. En los días que hemos discutido y las noches que deseé que pudiéramos hacerlo. En las horas que me he pasado envuelta en tu tartán. Rodeada por ti. En la forma en la que me miras, como si nunca hubiera habido otra mujer en el mundo.

Y no la había. Para él no había otra. Ella le puso la mano en el pecho, de donde amenazaba con salirse el corazón.

—En la forma en la que me has abrazado. Y la forma en la que te he amado. Así que dime, Alec Stuart, un hombre hecho a sí mismo que acabó convertido en duque, fuerte, amable y brillante sin medida. —Como siguiera hablando así, lo acabaría destruyendo—. Cuando seas viejo, ¿en qué quieres pensar?

Y, de repente, era la única pregunta que importaba.

—En ti —confesó abrazándola. O quizá lo abrazó ella. No importaba, ya

que estaba contra su pecho.

Y era verdad. La recordaría.

—Siempre en ti. Siempre.

Incluso aunque esa noche fuera todo lo que tuvieran.

—Nada de eso importa —dijo ella contra sus labios—. Ni el pasado ni las mujeres ni el escándalo. Nada de eso importa cuando estamos aquí y nos tenemos el uno al otro. —Entonces empezó a besarlo, y él la tomó entre sus brazos. Ella le rodeó las caderas con las piernas como si ese fuera su sitio.

Y lo era.

Sin interrumpir la caricia, la llevó a la cama y la bajó para que se sentara en el borde mientras él se arrodillaba al lado. Cuando ella apartó los labios, él se echó atrás.

—No —le dijo ella—. No te deseo de rodillas.

—Me querrás cuando te enseñe todo lo que pretendo hacerte desde esta posición —dijo buscando con su boca la suave y cálida piel de su cuello antes de separar la camisa para tener acceso a la línea de la mandíbula y el lóbulo de la oreja—. Déjame quedarme aquí para adorarte, amor. Y haré que valga la pena.

Alec volvió a apoderarse de sus labios, adorando el suspiro que ella soltó, la forma en que se relajó bajo su contacto, como si no pudiera resistirse a sus caricias.

Como si fuera tan irresistible para ella como ella lo era para él.

Se recreó hasta que Lily le puso las manos en los hombros y lo empujó hacia atrás, nuevamente, poniendo distancia entre ellos.

—No te quiero de rodillas, Alec —repitió—. Te deseo.

Él enredó los dedos en su pelo.

—Estoy contigo, amor. No podría estar en ningún otro lugar.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. —Se inclinó hacia atrás—. No te quiero ahí. Quiero que estemos uno junto al otro.

Cuando por fin entendió lo que Lily quería decir, fue como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Alec se sentó sobre sus talones allí, en el suelo de la pequeña habitación debajo de las escaleras, y la observó durante un buen rato.

—¿Entiendes, cariño? —dijo ella—. Nos quiero juntos.

Los quería iguales.

No un tutor y su pupila.

No un duque y una plebeya.

«Y no los otros».

Tragó saliva, incapaz de encontrar la voz.

—Entiendo —balbuceó cuando por fin lo consiguió.

Una vez más lo había desarmado.

Ella lo percibió y sonrió, una alegre sonrisa de oreja a oreja, antes de arrodillarse en la cama para quitarse la chaqueta y la camisa con las que se había disfrazado esa noche, como si se hubiera despojado docenas de veces de aquella ropa masculina, revelando sus senos altos y hermosos, suaves y perfectos como melocotones con crema.

A él se le hizo la boca agua y centró su atención en aquella melena castaña que le caía alrededor de los hombros. Y luego la vio llevar la mano a la bragueta de los pantalones.

La miró durante un buen rato, y supo que sus ojos se habían llenado de deseo sin que pudiera evitarlo.

—Para... —gruñó, con la mirada clavada en el punto donde se demoraban aquellos dedos largos y preciosos.

Lily se detuvo.

Él se pasó el dorso de la mano por la boca, muerto de deseo por ella. Muerto de temor.

Ella le sonrió, no con la sonrisa coqueta que había visto en muchas mujeres en esa situación en particular, si no con una mucho más peligrosa: parecía feliz. Jubilosa. Ansiosa.

«Si tú te decidieras, podrías hacerla feliz».

Apartó ese pensamiento. No quería que Stanhope se entrometiera allí. Y luego, cuando ella respondió, el conde fue lo último que pasó por su mente.

—¿Me vas a decir lo que quieres que haga?

Se vio asaltado por imágenes, por cientos de ideas de lo que le gustaría que ella le hiciera. De lo que le gustaría hacerle. De lo que querría que se hiciera ella misma. Volvió la atención a los pantalones, donde quedaban cerrados media docena de botones, separándolo de lo que tanto ansiaba. E hizo lo que no podía evitar.

—Quítatelos.

La sonrisa de ella se hizo todavía más grande y satisfecha.

—Será un placer.

Los pantalones desaparecieron antes de que él tuviera tiempo para apreciar lo hábil que era ella con los botones, revelando unas piernas desnudas que prometían pecado y salvación al mismo tiempo. La miró mientras se recostaba en la pequeña cama, cubriéndose los pechos con un brazo y el otro atravesado sobre su precioso y redondeado vientre, por lo que ocultaba con la mano el lugar que él deseaba más que nada en el mundo.

—Adelante, excelencia —bromeó ella, sabiendo que con cada aliento, con cada movimiento, con cada sonrisa deslumbrante, lo volvía loco de deseo—. ¿Qué puedo ofrecerte ahora?

—Ábrete para mí. —La orden lo sorprendió incluso a él mismo, y ella separó los labios con asombro. Por un momento, pensó que había ido demasiado lejos, pero luego Lily obedeció y separó los muslos en la estrecha cama. Sin embargo, dejó la mano donde estaba.

Él arqueó una ceja.

—Qué traviesa...

Lily sonrió.

—Tendrás que ser más concreto con tus deseos, excelencia.

Era una mujer magnífica.

—Te deseo —confesó, desarmado.

La sonrisa de Lily se amplió, pero no movió la mano.

—Mucho más concreto.

Cuando soltó el alfiler que sujetaba el tartán en el hombro, ella abrió mucho los ojos, y él notó que tensaba los dedos un poco, tan levemente que no se habría dado cuenta si no estuviera mirándolos. No lo hubiera notado si no estuviera tan fascinado con esa mujer, duro, excitado y desesperado por ella.

En unos segundos se quedó desnudo, revelando la erección que palpitaba por ella.

Lily abrió los ojos como platos, y, ¡maldita fuera!, se lamió los labios con la mirada clavada en él.

—Más concreto incluso.

—Muchacha, deseo que muevas la mano —dijo mientras se acercaba a la cama sin dejar de mirarla, deleitándose en su gloriosa desnudez—. Quiero echar una mirada más de cerca.

Ella arqueó una ceja.

—¿Solo una mirada? ¿Es alguna clase de medida escocesa?

Él frunció los labios ante aquellas burlas y se dejó llevar.

—Una vez que te vea, muchacha, tendrás suerte si te toco, y una vez que te acaricie, apuesta lo que quieras a que querrás que te saboree.

Entonces ella se rio, salvaje y libre como las Highlands.

—Creo, señor Stuart —susurró, desplazando la mano para dejar al descubierto aquellos impresionantes rizos castaño rojizos—, que si me tocas, serás tú quien tenga suerte.

Y tenía razón. Sería el hombre más afortunado del mundo... por esa noche.

Para disfrutar de esa buena fortuna, se acostó a su lado y procedió a hacer lo que le había prometido, entre susurros con los que se revelaban todos sus secretos en la pequeña habitación. Haciendo el amor.

—Eres tan suave —le dijo al oído mientras le posaba los labios en la piel del cuello—. Estás tan mojada. —La lamió antes de capturar el lóbulo de la oreja entre los dientes, al tiempo que deslizaba un dedo entre sus pliegues empapados por el deseo—. Tan caliente... —añadió mientras hundía el dedo más profundamente una y otra vez, girándolo para acariciarla hasta que ella se retorció debajo de él. Entonces Alec se inclinó hacia sus pechos.

Los lamió y saboreó antes de capturar la punta entre los labios y chuparla de forma rítmica, siguiendo la cadencia de los movimientos de la mano; y ella se arqueó en la cama como si hubieran tirado de una cuerda. Lily enredó los dedos en su pelo y bajó el otro brazo para cubrirle la mano mientras surcaban el clímax hacia el glorioso final.

Y fue glorioso. Se sonrojó de placer. Cuando todo acabó y suspiró su nombre, al tiempo que abría los ojos para mirarlo, él pudo leer todos sus pensamientos.

Lily buscó su boca de nuevo para besarlo de una forma lenta y profunda.

—Te sigo deseando —dijo él cuando ella se apartó.

La vio abrir mucho los ojos y formar una O con los labios. Alec se movió, esta vez le separó los muslos con los hombros y la atrapó hacia la boca con un brazo para convertirla en su banquete particular. Para adorarla con sus manos y su boca hasta que volvió a alcanzar el éxtasis, susurrando primero su nombre y luego gritándolo.

Cuando Lily colapsó una vez más en la cama, él depositó suaves besos en su estómago.

—Lily, eres tú —musitó—. Siempre serás tú. Siempre... Tú... —murmuró una y otra vez hasta que ella recuperó la respiración—. Otra vez —gruñó

Alec entonces, antes de apretar la boca contra su centro, donde brillaba, cálida, sonrojada y saciada.

—Alec — suspiró ella, apenas capaz de hablar—. Por favor, cariño. ¿Y tú? Como si hubiera algo que le diera más placer que su sabor y sus gemidos, que sentirla bajo las manos.

Una última vez.

—Una vez más —repitió—. Una vez más.

Y le hizo el amor con lentos y suaves movimientos, honrándola, adorándola. La complació hasta que ella encontró el ritmo una vez más y se dejó llevar por la cadencia de su propio deseo. Hasta que se corrió otra vez, con un orgasmo largo y magnífico. Entonces, ella hundió los dedos en su pelo y musitó su nombre.

«Esto».

En eso pensaría cuando fuera viejo.

Él la había destruido con placer.

Lily estaba hecha pedazos en la cama, sin capacidad para moverse o pensar, cuando él se acercó y se tumbó a su lado. La abrazó mientras ella seguía estremeciéndose, debilitada por sus manos, su boca y sus palabras. Entonces se volvió hacia él, que la estrechó con sus musculosos brazos.

—Me has engañado —reprochó ella contra su amplio pecho, frotando la mejilla contra el vello que lo cubría, incapaz de reunir energía para decirlo con convicción—. Quería que estuviéramos juntos.

—Y lo hemos estado.

Lily negó con la cabeza.

—Tú no has alcanzado el placer.

Él la besó en la frente.

—Ha sido la experiencia más placentera de mi vida, cariño. Duerme. — Las palabras retumbaron bajo su oreja, en la caja torácica de Alec.

Como si pudiera dormir con él allí, con su dura longitud contra el muslo como una promesa. No iba a conciliar el sueño. Al menos hasta que él hubiera recibido un placer tan profundo y magnífico como ella.

No hasta que se lo hubiera ofrecido.

—No —susurró mientras pasaba la mano por los contornos de su pecho, disfrutando de la forma en la que se tensaban los músculos de su torso bajo

sus caricias, de cómo él siseaba de deseo—. Tengo otros planes.

—Lily —pronunció él bajo la parpadeante luz de la vela, acercando la mano a la de ella para detenerla justo cuando encontraba con los dedos el lugar donde el suave vello se hacía más espeso—. No tienes por qué hacerlo...

Lily volvió su rostro hacia su calidez y le dio un beso en el pecho. Y otro. Y otro, hasta que notó que a Alec se le aceleraba la respiración y percibió el profundo latido de su corazón bajo los labios. Solo entonces trazó un pequeño círculo con la lengua, adorando la forma en la que se tensaba bajo su contacto.

Se movió más abajo, deslizando los labios por su cuerpo, por su torso. Él le puso la mano libre en el pelo mientras susurraba su nombre con una voz ronca y jadeante. Lily imaginó que su intención era detenerla, pero cuando se puso a lamerle la piel del estómago, a soplar encima de la húmeda superficie, él se estremeció y, gracias a Dios, se olvidó de detenerla.

Ni siquiera lo hizo cuando le apartó la mano, despejando el camino al lugar al que quería llegar desesperadamente. Se reclinó hacia atrás para deleitarse en el tamaño y la fuerza de él, en el hecho de que en ese momento Alec era suyo, mientras se le hacía la boca agua y le hormigueaban los dedos por reclamarlo.

Y luego recorrió con los labios la dura y tensa longitud, y él jadeó su nombre mientras se arqueaba en la cama con una colorida maldición. Lily se recreó en el poder que él le había dado. En la fuerza. En el orgullo que le provocaba saber no solo que ese hombre era suyo, sino que estaba a punto de satisfacerlo.

Lamió la punta de su erección; el sabor agrídulce la tentaba incluso mientras él gemía su nombre, poniendo las manos en ella y deslizándole los dedos por el pelo, sin tirar ni apartarla, sino acunándole la cara con una ternura casi insoportable.

—Una vez más —susurró ella, y el gemido se hizo más intenso. Alec tensó los dedos contra su cuero cabelludo cuando Lily separó los labios y lo tomó lenta y profundamente, adorando la sensación. Lo duro que estaba y el deseo por ella que demostraba.

Y también sintió que la atravesaba el placer, como un eco perverso y tentador de lo que había experimentado momentos antes.

Nunca en su vida había deseado algo más que el goce de Alec en ese

momento, y ese deseo la hizo llegar todavía más lejos, lamiendo, chupando y succionándolo tan profundamente como podía, variando la velocidad y jugando con las sensaciones, en busca del lugar que parecía volverlo loco mientras intentaba con desesperación llevarlo al límite.

Él le tiró del pelo.

—No puedo... Lily... Por favor... Si no te retiras no podré... —Las palabras fueron un profundo y feroz gruñido—. ¡Lily!

—No quiero que te contengas —susurró a la palpitante y hermosa punta de su erección—. No quiero que te detengas. Quiero que lo des todo. Todo. Déjame disfrutarlo...

Alec susurró su nombre con un ronco y pecaminoso tono que resonó en la pequeña habitación, y Lily se recreó en su poder. En la pasión. En su propio deseo mientras lo succionaba más profundamente. Lo lamió, buscando un ritmo que los llevara a los dos al límite, y él soltó una retahíla de palabras en gaélico cuando se entregó a ella, al placer y, por fin, gritó su nombre.

Ella se quedó con él, adorándolo mientras disfrutaba de todo aquello antes de que por fin la levantara para acostarla con él, estrechándola entre sus brazos y acariciando su piel desnuda. Oyó que él susurraba contra su cabello una larga cadena de sonidos en aquel lírico lenguaje, intercalando las palabras con suaves y persistentes besos que la hicieron estremecerse. Luego los cubrió a los dos con una manta.

—Eso ha sido...

Fue apenas un susurro, un sonido debajo de su oído, un pensamiento incompleto. Así que ella sonrió y le besó el pecho.

—Estoy de acuerdo.

—Lily —susurró él moviendo aquellas enormes manos suyas, cubriéndola con calidez, amor y seguridad—. Mi Lily.

—Tuya —suspiró ella con los ojos cerrados.

Él detuvo las manos al oírla, fue solo un instante, pero fue suficiente como para que ella se inquietara ante el cambio, y él comenzó de nuevo, con largos y lánguidos gestos que la tentaron a alcanzar un sosiego que nunca había experimentado antes.

—Duerme —dijo Alec, y había algo en su voz, tierna pero brusca a la vez, que la hizo sentir un poco de inquietud. Pero estaba demasiado agotada para considerarlo. Demasiado consumida por él para poder imaginar un momento en el que no estuvieran juntos. En el que no la tocara. En el que no fuera parte

de ella.

Él siguió acariciándola una y otra vez hasta que fue imposible reprimir el sueño. Lily cerró los ojos y se apretó contra él suplicante.

—Estate aquí por la mañana. Comenzaremos de nuevo. No me dejes, quédate aquí —insistió desde el borde del sueño.

«Se mío».

No habían pasado ni dos horas cuando Lily se despertó en la oscuridad. Fría y sola bajo las sábanas de su cama en Berkeley Square. Las cortinas estaban abiertas y la noche londinense se aclaraba con la llegada del alba.

Se sentó para encender la vela en la mesilla de noche, sabiendo lo que encontraría incluso antes de que la chispa se convirtiera en llama.

Él se había marchado.

Las lágrimas, desesperadas e inevitables, llegaron por fin mientras miraba a su alrededor. A esa habitación donde una vez se había sentido tan sola, y ahora estaba llena de recuerdos de él. De sus caricias. De sus besos. De su pasado y de cómo lo destruía a pesar del hombre en el que se había convertido.

«La había dejado».

Puso los pies en el suelo, despertando a Hardy, que soltó un gruñido. Eso espabiló a Angus, que dormía en el umbral de la habitación.

Las esperanzas renacieron. Los perros estaban allí... Él no se había marchado.

Aun así, tenía la certeza...

Puso una mano en la enorme cabeza de Hardy mientras miraba los elocuentes ojos del perro.

—¿Dónde está Alec?

Hardy suspiró, y ella entendió el patético sonido mejor que cualquier cosa que hubiera escuchado en su vida.

Él se había marchado. Sin duda convencido de que debía estar sin él.

Fue entonces cuando vio la nota. Sobre el escritorio, apoyado en el cuadro todavía envuelto, había un sobre de color crudo. Le había dejado un mensaje escrito en su propio papel. Y estaba apoyado en un par de patucos, los que tenían las suelas de cuero rojo.

«Alec la había dejado».

Temiendo la verdad, cogió el sobre, donde aparecía su nombre en tinta negra.

Lo abrió.

La dote es tuya. El dinero que debo darte hoy, también. Y, por supuesto, el cuadro, para que hagas con él lo que quieras.

Te dejo también a Angus y a Hardy; te adoran desde el principio, y podrán protegerte mejor que yo. Aunque tampoco es que los necesites, siempre has sido lo suficientemente fuerte para mantenerte a salvo tú sola.

Eres la mujer más impresionante que he conocido; guapa, apasionada y poderosa sin medida, y ningún hombre será digno de ti, en especial yo. Una vez me pediste libertad, Lily, y aunque he sido un protector horrible, puedo darte eso. La libertad de quedarte en este lugar o permanecer en él. Para ser la reina de Londres o del mundo. Para tener la vida que querías. La vida que siempre has soñado: hijos, matrimonio, los pequeños pies que se ajustan a estas pequeñas botitas.

Lo que quieras, elígelo.

No dudes nunca que estaré pensando en ti, Lily. Ahora y siempre.

Feliz cumpleaños, *mo chridhe*.

Alec

La tinta la veía borrosa por las lágrimas.

Él la había dejado.

Lillian Hargrove había estado sola durante la mayor parte de su existencia. Desde el momento en el que perdió a su padre, había vivido bajo las escaleras de servicio en una de las mansiones ducales, entre el brillante mundo de la aristocracia y otro, más común. Había aprendido a estar sola allí, en esa habitación, en esa casa, viviendo una tranquila vida rutinaria donde no cumplía sus sueños, y luego llegó un escándalo que los amenazó todavía más.

Entonces, Alec Stuart había roto la puerta y había jurado que la protegería.

Su vida había cambiado. Sus sueños eran otros. Ahora, solo lo incluían a él. Y Alec pensaba que no era digno de ella.

Durante toda su vida le había aterrado la soledad. Vivir su vida sin nadie con quien compartirla. Y en ese momento, allí, supo la verdad, que cambiaría toda la vida en la soledad que una vez la había asustado, por pasar un día más con Alec. Sin dudarlo.

Para ser un hombre inteligente, el duque de Warnick era muy tonto.

La había dejado. Como Endimión, que había elegido una eternidad de sueños en lugar de una vida con la diosa que amaba. Hubo un tiempo en el que Lily había pensado que entendía la elección. Después de todo, los sueños

pueden parecer terriblemente reales.

Pero ahora, cuando ya lo había tenido entre sus brazos, que se había reído con él, que lo había amado, sabía que los sueños no eran nada en comparación con la realidad.

Posó la mirada en el cuadro, que envuelto en la tela estaba apoyado en el baúl, donde una vez había guardado sus sueños, que ella había creído destruidos por el escándalo.

Un escándalo que lo había llevado a ella.

Un escándalo que él le había enseñado a soportar, sin vergüenza.

Él no podía dejarla cuando lo necesitaba tanto. Cuando lo amaba con todas sus fuerzas.

Cuando él se había convertido en sus sueños.

Si Alec quería que usara esas pequeñas botitas, tendría que poner de su parte.

• 22: ¡Lily se desnuda! ¿Una musa mal usada? •

Todo Londres había elegido asistir el último día de la exposición de la Royal Academy, ¿y por qué no? La leyenda sobre la obra maestra de Derek Hawkins se había transmitido a cada rincón de la ciudad, había sido gritada por los periódicos y susurrada en los salones de baile.

Sin embargo, no era la obra de arte lo que venían a ver; era el escándalo.

Querían ver a la adorable Lily.

—Lo que ha hecho es realmente horrible —oyó Alec que decían a su lado mientras se abría paso entre la multitud—. Ninguna chica se merece eso. —Aparentemente las palabras parecían comprensivas, pero transmitían una malicia tan evidente que él apretó los dientes.

—Si no quería que se hiciera pública, no debería haber posado. —Fue la desdeñosa respuesta, y se dio cuenta de que asistir a la exposición había sido una mala idea porque quería asesinar a todos aquellos que hablaban mal de Lily.

Era fácil arrojar piedras al escándalo cuando las historias de cada uno seguían siendo secretas.

Alec se abrió paso entre la multitud hacia la sala de exposiciones.

—Ahí esta... —dijo una mujer cercana lo suficientemente alto para que la escuchara, pero con fingida suavidad para que pensara que hablaba en su beneficio—. El tutor.

—Por lo que parece —añadió otra con una alegre risita—, un protector horrible. Pero ¿de qué nos sorprendemos? Míralo... Va vestido como un bárbaro. Hay damas presentes y podemos verle las rodillas.

—Y qué bonitas son... —apuntó la primera, insinuante.

No era la emoción más femenina que había oído, considerando que esas dos estaban irritadas por su presencia, pero Alec pasó el comentario por alto. No podía matar a todas las chismosas de Londres, daba igual lo mucho que le gustara la idea. En menos de una hora, estaría dentro de su carruaje, camino a

la Gran Carretera del Norte, rumbo a casa.

«Pero ya no era su hogar».

Jamás tendría un hogar mientras Lily estuviera en otro lugar.

Se aclaró la garganta ante la idea. «Sí, a casa». Inglaterra siempre había sido su ruina, y esta vez no era diferente. De hecho, aunque solo fuera eso, los últimos diez días le habían demostrado la verdad que contenía la maldición de su padre.

No le importaba haber dejado a la mujer que amaba.

«Todos a los que he amado se han ido».

Ella le había dicho eso cuando la convenció para quedarse, al principio de todo. Le había dicho que se enfrentara a Londres. Que se casara con otro. Cuando la convenció de que la iba a salvar. Y le había prometido que encontraría a un hombre a quien pudiera amar. Un hombre que no la ensuciara con su pasado, que le diera todo lo que siempre había soñado.

Sí. La había dejado. Pero para que tuviera una vida mejor. Una que le permitiera abrir ese maldito baúl y usar todo lo que había dentro, solo si lo deseaba. Una que le ofrecería un héroe perfecto y caballeroso, una familia feliz de la que...

Se interrumpió.

«...de la que daría cualquier cosa por formar parte».

Cuando llegó a Londres diez días antes, ella le había pedido la libertad. La posibilidad de elegir. Y la noche anterior se la había dado.

El salón estaba lleno de gente como una lata atiborrada de sardinas, todos esforzándose por ver el estrado que había en la parte delantera del enorme espacio, y Alec nunca había agradecido más su tamaño. Era lo suficientemente alto como para ver la caída de Hawkins desde donde estaba. Y a pesar de que deseaba ponerse en primera fila y clavar el puño en la cara de aquel tipo, sabía que le esperaba algo mejor. Se conformaría con ver cómo revelaban el cuadro de Joya y se iría en medio de la conmoción y el revuelo que seguiría.

Volvería a Escocia. En busca de paz.

Y olvidaría ese lugar.

«Mentiroso...».

Se irguió en toda su altura y cruzó los brazos.

—¿Crees que está aquí para retar a Hawkins? —preguntó un hombre en las cercanías.

—Por el bien de Hawkins, espero que no. Míralo...

—Por alguna razón lo llaman el salvaje escocés.

—Quizá lo demuestre... —pronunció el último con cierta anticipación.

Alec apretó los dientes. Los duelos eran para chicos exaltados. Él tenía otros planes para Hawkins. Mientras permanecía allí esperando que llegara aquel pomposo sinvergüenza, este recibía un aviso de que ya no era miembro de El Ángel Caído; sin duda, Duncan West tenía amigos poderosos en todos los lugares.

De igual manera, pronto se anunciaría que varios aristócratas muy ricos —incluido el duque de Warnick— estaban financiando una nueva aventura teatral. Serían competidores del Hawkins Theatre y le impedirían encontrar patrocinadores.

Pero esa mañana, Hawkins recibiría el peor castigo. Algo que le golpearía con rápida dureza en su arrogante y pomposa nariz. Y Alec estaba allí para ver cómo ocurría.

Porque quizá no pudiera tener a Lily, pero sí disfrutaría viendo cómo recuperaba su honor.

En ese momento, Hawkins se subió al escenario con expresión de suficiencia junto con otro inglés, y la multitud fue callándose, hasta que el único sonido fue su propio y palpitante corazón.

—Como saben... —comenzó el otro hombre—, la Royal Academy selecciona una sola pieza para ser revelada el último día de la exposición anual, un cuadro que consideramos indicativo de la calidad del arte británico que se traslada directamente desde aquí hasta la entrada del Museo Británico, y que luego recorre el país. Este año, el artista seleccionado para recibir ese honor es Derek Hawkins.

No mencionaba el hecho de que para conseguirlo había destrozado una reputación.

Tampoco había constatado que Hawkins era un idiota.

El muy asno se pavoneó bajo la cautivada mirada de la multitud, y a Alec se le ocurrió que nunca en la historia había habido un hombre que mereciera más lo que iba a ocurrir.

Y luego comenzó su discurso el propio Hawkins. Dijo algo sobre su genialidad. Sobre lo que regalaba al mundo. Sobre su gran talento.

—Ojalá la modelo estuviera aquí —soltó finalmente—, así podrían compararlas a las dos y saber que mi talento transformó en oro lo que era solo

simple bronce.

Destrozar a aquel hombre no era suficiente.

Merecía morir de algo lento y doloroso.

—Así que, rendidos admiradores, no les hago esperar más... —Dio un paso atrás e hizo un florido gesto—. Presento, *Belleza regalada*.

Con aquel título tan arrogante resonando en la sala, Alec encontró algo que disfrutar aquella mañana, porque cuando cayera el telón mostrando a Joya, aquella petulante sonrisa se borraría y Derek Hawkins quedaría arruinado.

La cortina cayó y se podría haber oído el sonido de la caída de un alfiler al suelo en aquella silenciosa sala por lo cautivado que quedó todo el mundo.

Pero no por Joya.

Sino por Lily.

Ella había devuelto la pintura. Y era una obra maestra.

Estaba tendida en un sofá, en una habitación a oscuras, donde la luz jugaba sobre su hermosa piel, donde las curvas, los picos y valles de su glorioso cuerpo eran realzados con hábiles pinceladas y colores que parecían a la vez imposibles y absolutamente perfectos. Pero no fue su cuerpo lo que llamó la atención de Alec. Fue su rostro, la forma en la que miraba directamente al espectador, sin timidez ni vergüenza. Sin dudas. Como si el momento representado solo implicara a dos personas: Lily y el espectador.

Era un retrato que carecía de remordimientos. Y era de ella, mucho más que de Hawkins.

«Lily ha devuelto el cuadro».

Claro que sí. Era el acto de una mujer que no se avergonzaba. Que no permitía que la convirtieran en un escándalo sin su permiso. Y a pesar de que era impresionante, aquella obra de arte palidecía en comparación con la propia mujer, mucho más magnífica e incomparable.

Se vio asaltado por una oleada de orgullo.

Jamás la dejaría. Nunca después de eso. No después de ser testigo de ese acto de coraje supremo, uno que lo inspiraría siempre a igualarlo. Quería pasar la vida a su lado, intentando ser el hombre que esa mujer —esa mujer valiente, fuerte y hermosa— merecía. Era demasiado egoísta para dejar que otro la tuviera.

No iba a irse a casa, a Escocia. Iba a ir a casa, con ella.

Y una vez que hubiera terminado de decirle exactamente lo que pensaba de que hubiera recorrido la noche londinense sola, la iba a recuperar.

Porque, si la revelación de ese retrato significaba algo, era que su Lily estaba muy enfadada de que la hubiera dejado sola.

Lo cual tenía mucho sentido, por supuesto, ya que había sido un acto de estupidez suprema.

Él se ocuparía de ella. La convencería para que también lo eligiera, y se casarían, y se pasaría el resto de su vida entregado a ella. Con placer.

Fue solo entonces, paralizado por la impresionante pintura y la constatable certeza de que palidecía en comparación con la mujer que amaba, que recordó su promesa a Lily. Que jamás miraría ese cuadro.

Ella tenía razón, por supuesto. No era para él.

Igual que Lily no era para el mundo.

En el instante en el que se dio cuenta, dio la espalda al retrato.

Y empezó a moverse para ir a por ella. Quería encontrarla para casarse. Para amarla.

Aunque no tuvo que ir muy lejos, ya que estaba allí. Esperándolo.

Usando su tartán.

Se erguía alta y orgullosa como una diosa, sin importarle estar casi desnuda. Lily no miraba la sala, ni el estrado. Solo lo miraba a él, y Alec quiso rugir de placer ante aquella atención inquebrantable.

Dos deseos lo atravesaron con la misma intensidad, haciendo que deseara tomarla en brazos y alejarla de los ojos curiosos de Londres, y también cogerla y besarla hasta que ninguno de los dos fuera capaz de pensar. Y luego llevarla al vicario más cercano.

No tenía una licencia especial. Otra razón para detestar Inglaterra. Menuda tontería... No pensaba esperar. Parecía que se dirigían a Escocia después de todo.

Sin embargo, reprimió el impulso de llevarla de inmediato a su carruaje, debido a la otra emoción que brillaba en aquellos preciosos ojos grises.

Lily estaba furiosa.

—No quiero tu dinero —espetó ella con los brazos en jarras, como si estuvieran en cualquier otro lugar menos allí, delante de todo Londres. Como si no se hubieran girado media docena de cabezas en cuanto ella habló—. Ni tampoco el mío.

Estaba enfadada, sí, pero había algo más. Algo como miedo.

Lo odió y quiso hacerlo desaparecer. Dio un paso hacia ella, pero Lily levantó una mano, deteniéndolo con solo una mirada, como una reina.

—Y, definitivamente, no quiero tus perros.

Se acercó a ella, tanto como para poder tocarla. Podría atraparla si corría.

—Has arruinado a mis perros con tus mimos y caricias —dijo él en voz baja—. Ahora te pertenecen, mi amor.

Fue entonces cuando llegaron las lágrimas.

—No me llames así. —Eso le dolió, y al instante la alcanzó, aunque ella dio un paso atrás—. No. No te atrevas a tocarme. Tengo algunas cosas que decirte.

—Entonces, me temo que vas a tener que dejar de llorar, porque no creo que pueda ver tus lágrimas sin tocarte.

La vio secarse una que bajaba por su mejilla.

—No quiero ninguno de tus tontos regalos. Y no quiero que me envíes al mundo para elegir una vida diferente. Quiero esta.

Él asintió con la cabeza.

—Y no te atrevas a decir que sí como si lo hubieras sabido todo el tiempo. —Ella elevó la voz y habló con más firmeza—. Alec, él no ha destruido mis sueños con ese cuadro.

Ahora lo sabía. No lo había entendido antes.

—Ese cuadro no soy yo. Son óleos en un lienzo. Puede quedárselo. Pueden tenerlo —dijo agitando un brazo hacia la multitud—. Pueden pasearlo por todo el mundo, y nunca seré yo. Pero tú... —Hizo una pausa y suavizó su voz, haciendo que él contuviera el aliento para escucharla bien—. Tú has destrozado mis sueños.

Las palabras hicieron que se quedara helado.

Llegó hasta ella.

—No. —Lo detuvo—. Tú me has dejado. ¿Cuántas veces me has dicho que no debía sentirme avergonzada? ¿Que merecía más? ¿Algo mejor? ¿Un hombre digno de mí? Tenías razón. Merezco todas esas cosas. Más que esto.

El miedo se convirtió en terror. ¡Santo Dios, iba a darle la patada!

Fue como si la habitación se quedara sin aire y tuvo que luchar por respirar.

—¿Sabes por qué lo he devuelto? —dijo ella después—. Porque estaba mal negarlo, porque es parte de mí. Algo de lo que me niego a avergonzarme. Algo de lo que me has enseñado a no avergonzarme. No me avergüenza mi pasión. Ni las elecciones que he hecho. No quiero borrar mi pasado, Alec.

Y no debería hacerlo.

Abrió la boca para decírselo, pero ella siguió hablando.

—Y te aseguro que tampoco me avergüenzo de ti.

Volvió a respirar.

—¿Quieres que elija? Pues déjame hacerlo.

Asintió.

—Hazlo —dijo él cuando encontró la voz—. Escoge.

Entonces, ella se acercó a él, tan cerca como para que viera la plata de sus hermosos ojos grises.

—Lo elijo todo, ¡maldita sea! El escándalo. Escocia. Los perros. El castillo con corrientes de aire. Quiero a Burns en lugar de a Shakespeare. Pero, sobre todo, te elijo a ti, Alec Stuart. Duque tonto, idiota, cobarde y cabezota. — Hizo una pausa antes de seguir—. A pesar de mi buen juicio.

Lo elegía.

Aquella loca lo elegía. Por alguna razón inexplicable.

Era el bastardo más afortunado de toda la cristiandad.

Entonces, sí que se acercó del todo, incapaz de resistir el impulso de tocarla. Acunó su rostro entre las manos y le alzó la cara para que sus ojos se encontraran, incapaz de decir palabras con las que expresarse en medio del torrente de alegría que lo atravesaba.

—Lily...

Ella puso las manos sobre las de él.

—Me dejaste sola.

Aquella voz, tierna y dolida lo destrozaba.

—Cielo...

Ella negó con la cabeza.

—Sola. Otra vez. Solo que esta vez fue peor. Esta vez ya sabía lo que era no estar sola. Sabía lo que era amar.

Él no supo qué responder. Y entonces hizo lo único que podía, sin querer alejarla.

La soltó y cayó de rodillas ante ella.

Lily abrió los ojos de par en par.

—¿Qué estás haci...?

Pero era su turno de hablar.

—Pensaba que estaba salvándote —dijo en voz baja, mirando con adoración cada centímetro de ella y deseándola con una desesperación que lo corroía, y dolía de tal manera que se preguntó si alguna vez se aplacaría—.

Cuando vine aquí, pensaba que debía protegerte. Ser tu guardián. Tu salvador.

—Yo no necesitaba un salvador —dijo ella.

—No, *mo chridhe*. No es cierto, pero yo pensaba que sí. Y has sido tú quien me ha salvado a mí. Lily..., me has salvado.

—Alec... —dijo ella, abrazándolo.

Él inclinó la cabeza, anhelando su contacto.

—Soy tuyo, mi amor, en cuerpo y alma. Y no deseo pensar en ti cuando sea viejo, quiero estar contigo. Quiero amarte.

—Levántate, amor —le pidió Lily hundiendo las manos en su pelo, y cuando él levantó la vista, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Por favor, Alec, ponte de pie.

Cuando se alzó en toda su altura, le encerró la cara entre las manos y la levantó hacia la suya para poder ver su respuesta...

—Y yo a ti —dijo ella—. A ti.

—Siempre —respondió él—. Siempre.

Entonces la besó, se apoderó de sus labios con firmeza, elevándola contra su pecho hasta que ella le rodeó el cuello con los brazos, y la mantuvo así durante lo que les pareció a la vez un latido y una eternidad. Se separaron solo cuando perdieron la capacidad de respirar, pero Alec no la dejó en el suelo, sino que la abrazó, enterrando su cara en la cálida curva de su cuello. Allí respiró hondo, deseando que su corazón se sosegara.

Ella se rio y él levantó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Me parece que tenemos público.

Él negó con la cabeza.

—No. Están demasiado distraídos con el cuadro. —Alec soltó un gruñido—. ¿Cómo lo has hecho?

—Adivina... —respondió ella sonriente.

—Sesily —gimió él.

—Necesitaba un impulso... —explicó ella—, pero...

—Vosotras dos, juntas —la interrumpió—, sois un problema. ¿Te das cuenta de que ahora voy a tener que asesinar a la mitad de Londres por haberte visto desnuda?

Ella inclinó la cabeza.

—Quizá no, dado que nadie está mirando el cuadro.

Se volvió hacia la sala, enorme y llena hasta la bandera, de personas que estaban allí para ver la legendaria obra de Derek Hawkins. Sin embargo, nadie miraba al frente de la estancia. Todos, como si fueran uno solo, estaban de espaldas al retrato.

Presenciando un chisme mucho más interesante.

Él arqueó una ceja.

—Siguen mirándote. No me importa.

—Al menos estoy vestida. —Ella sonrió—. Sigo siendo un escándalo, pero vestida.

—Tonterías. —La besó de nuevo, esta vez de forma lenta, larga y profunda, hasta que las mujeres que estaban cerca se quedaron sin aliento—. Las duquesas no pueden ser un escándalo.

—¿Ni siquiera si se esfuerzan mucho?

—Bueno —repuso—. Si alguien puede hacerlo, mi amor, eres tú.

—Voy a necesitar un compañero.

—Sin duda será una tarea agotadora, pero no encuentro la forma de evitarlo —bromeó Alec.

Ella apretó los labios contra los suyos, con suave persistencia.

—¿Cuándo nos vamos a casar? —preguntó Lily poco después.

—Podemos casarnos dentro de cuatro días, en Escocia, si nos vamos ahora.

—Entonces creo que ha llegado el momento de que me llesves a casa —respondió ella, haciéndolo contener el aliento.

Belleza regalada recorrió toda Gran Bretaña y el continente, llegando a San Petersburgo por el este, y hasta Nueva York por el oeste, y fue exhibida en las mejores pinacotecas y museos del mundo, alabada como una obra maestra singular, que rivalizaba con la *Mona Lisa*.

Pero *Belleza regalada* era diferente a otros retratos. No era una pintura de una musa anónima. Era el retrato de Lillian Stuart, de soltera Hargrove, vigésima primera duquesa de Warnick, y el escándalo de 1834.

Y cada vez que se exhibía, don de fuera, se contaba su historia. La historia de ella. La de la adorable Lily y el duque que tanto la amaba, que se la había cargado al hombro para llevársela a Escocia la última mañana de la

exhibición de la Royal Gallery, bajo la atenta y envidiosa mirada de todo Londres

No era de extrañar que nadie pudiera recordar el nombre del artista.

• Epílogo: ¡La temporada londinense! El duque se quiere marchar y la duquesa le da una sorpresa •

Diez meses después

La puerta de la sala que separaba las habitaciones del duque y la duquesa en el 45 de Berkely Square se abrió de golpe y rebotó contra la pared cuando el duque de Warnick entró con su duquesa.

—Alec —susurró ella con una mezcla de alegría y horror—. ¡Nos va a oír alguien!

—No importa —gruñó él, cerrando la puerta y apretándola contra la madera—. Deberías estar agradecida de que no la rompiera para meterte dentro. Ven aquí, esposa.

Lily le rodeó el cuello con los brazos, adorando la sensación de tener sus manos en el corpiño, aunque le gustaría que le hubiera quitado ya el vestido.

—¿Qué te pasa?

—Esta noche has bailado con demasiados hombres —dijo contra sus labios—. Todos querían ver a la reina de la temporada. No me gusta. Pretenciosos ingleses. Lo de Stanhope fue la gota que colmó el vaso.

Ella se rio. El conde de Stanhope era el hombre menos amenazador de Inglaterra ahora que había encontrado a su propia esposa, una hermosa y joven viuda que, al parecer, era bastante rica. Teniendo en cuenta la forma en la que los condes permanecían en el borde del salón de baile, sin fijarse en nada de lo que los rodeaba, Lily pensaba que, de hecho, Stanhope había hecho una buena elección.

Igual que ella.

Se echó hacia atrás para mirar a su marido, iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana del dormitorio.

—Una vez quisiste que me casara con uno de esos ingleses.

—Un error de juicio.

—En efecto —convino ella, y él la besó a conciencia, dejando sus labios

solo para deslizar la lengua por su mandíbula hasta que ella suspiró de placer—. Y yo necesitaba esto.

Él soltó una risita.

—¿Te estoy descuidando, amor? —Llevó las manos hacia sus faldas, y Lily ansió su contacto cuando subió la seda cada vez más—. Solo han pasado unas horas, pero me complace redoblar mis esfuerzos.

—Excelencia, reconozco que te esfuerzas mucho —aceptó ella, jadeando cuando sus fuertes manos llegaron a la piel de los muslos por encima de las medias—. Pero a veces una mujer rodeada de Inglaterra necesita saborear Escocia.

Él se quedó inmóvil al oírla, subió la cabeza, y sus ojos color *whisky* buscaron los de ella en la oscuridad.

—¿Qué has dicho?

Lily sonrió.

—Sé que solo llevamos aquí una semana, pero echo de menos mi hogar. — En los diez meses transcurridos desde que se fueron de Londres, Lily había hecho su hogar en Dunworthy, donde había aprendido los matices de la destilería de la propiedad, del cálido verano escocés, mientras se envolvía en las mantas de lana de las ovejas del castillo en invierno, cuando su marido no le daba calor, lo que era raro. Volvió a besarlo antes de seguir hablando—. Y a ti... Cómo sabes allí.

—¿Te gusta? —preguntó, y la sorprendió la duda que contenía la pregunta. Habían pasado meses desde la última vez que la había notado, a altas horas de la noche, cuando se le metía esa idea en la cabeza y le ofrecía llevarla de vuelta a Inglaterra si eso la hacía feliz.

Pero no era Inglaterra lo que hacía que fuera feliz, era él.

Lily lo volvió a besar antes de fingir que lo había entendido mal.

—Sí, marido. Me gusta mucho la forma en que sabes.

La duda fue sustituida por deseo.

—Me refería a Escocia, pervertida.

Ella buscó sus ojos.

—Sí, *mo chridhe*. Me encanta.

Él gruñó al oír las palabras que ella dijo con perfecto acento escocés antes de soltar un largo suspiro.

—Bueno, entonces, ¿por qué demonios estamos aquí?

—Porque tu hermana se muere por disfrutar de una temporada.

Cate estuvo encantada de recibir a Lily en Dunworthy cuando regresaron de Londres, ambas se mostraron emocionadas ante la perspectiva de tener una especie de hermana. Se hicieron amigas con rapidez y, en cuestión de semanas, habían convencido a Alec para que Cate pudiera tener la temporada que soñaba.

No se le había pasado por la cabeza que ese hecho implicaría que tendrían que pasar meses en Londres.

—Podemos dejarla aquí y marcharnos para casa.

—No. ¿Es que no has visto su expresión de felicidad esta noche?

—No —mintió él—. Entre una y otra me he pasado la noche queriendo mantener alejada a toda la población masculina de Londres. —La volvió a besar—. Vámonos a casa, muchacha. Quiero hacerte el amor en la niebla — intentó engatusarla.

Lily se estremeció al oírlo.

—En Londres también hay niebla.

—No es como la escocesa.

La risa fue reemplazada por un largo gemido cuando él movió las manos de nuevo, deslizándolas más abajo, hacia el lugar donde lo deseaba con desesperación.

—¿Duquesa? —preguntó él por lo bajo con un gruñido.

—¿Mmm?

—¿Por qué no llevas ropa interior?

—Precisamente por esto —suspiró ella.

—¿Y por qué no me has informado al respecto en el baile? ¿Te das cuenta de lo que podría haber hecho con esa información? Podríamos haber profanado varias salitas de Eversley House.

—Lo pretendía —confesó ella, que cada vez lo deseaba más. Temía que él le diera lo que quería—. Pero estuve ocupada... —Se interrumpió—. Tenía que asegurarme de que Cate era presentada a los solteros más apropiados, y el duque de Montcliff...

—¿Qué pasa con Montcliff...?

—Sinceramente, me siento muy orgullosa de mí misma. El duque de Montcliff ha donado cien mil libras esta noche al fondo para las becas.

Inspirada en su propia infancia y en el pasado de Alec, Lily se había dedicado a garantizar que los chicos que carecían de fondos o contactos tuvieran los medios adecuados para asegurarse el futuro que deseaban. El que

merecían. Deseaba dar posibilidades a tantos niños como pudiera. Y la sorprendente donación del estoico duque de Montcliff había hecho que el objetivo se convirtiera en algo más real.

El anuncio atrajo la atención de Alec.

—¿Cien mil? ¿En serio?

Ella alargó la mano hacia él, deslizando los dedos por su sien.

—Increíble, ¿verdad? Piensa en lo que supone. En la libertad que ese dinero les dará.

Él inclinó la cabeza hacia su contacto antes de tomarla en brazos otra vez.

—Tú, mi amor, sí que eres increíble.

Lily se sonrojó por los elogios, incluso a pesar de que los disfrutaba.

—Al parecer le gusta la idea de ser nuestro socio. ¿Sabías que la sociedad nos adora? Menuda decepción, ¿verdad? Creía que el escándalo tendría más trascendencia.

—Mmm... De hecho, resulta decepcionante —dijo él distraído otra vez, mientras la giraba hacia la puerta para desabrocharle los botones de la espalda del vestido—. Si quieres, me gustaría escandalizarte ahora.

—Si no te importa, excelencia...

—En absoluto —bromeó Alec al oído—. Quiero echar un vistazo a esa falta de ropa interior. —Siguió concentrado en los botones—. ¿Por qué hay tantos?

Ella se rio.

—Necesitas un gancho para abrirlos.

—Perdona... —repuso ofendido—. No necesito tal cosa. —Llevó las manos a los bordes de la parte superior del vestido, y ella jadeó cuando él le dio un fuerte tirón a la tela, haciendo que los botones volaran por toda la habitación.

—Me lo has destrozado —jadeó ella, sin preocuparse lo más mínimo.

—Te compraré una docena —dijo él mientras la prenda caía formando un charco a sus pies—. Ha valido la pena. Date la vuelta.

Y ella lo hizo, orgullosa e intrépida, ansiosa por recibir su mirada. Sus caricias.

Por tocarlo.

—Eres magnífica.

Ella sonrió, notando que se sonrojaba.

—Tengo algo para ti.

Él arqueó una ceja.

—Ya lo veo...

La sonrisa se convirtió en una risita.

—Algo más. —Lily le cogió de la mano y lo llevó hasta la puerta del dormitorio de la duquesa, que servía de vestidor y despacho en lugar de dormitorio, lo que era más adecuado, porque la cama estaba ocupada en ese momento por los perros.

Dos enormes colas grises se movieron cuando ellos aparecieron, y Alec saludó a los chuchos mientras Lily se dirigía al escritorio que había en la esquina.

Encendió una vela, que iluminó la caja que había allí encima. Levantando el paquete, se volvió hacia su marido.

—Esta semana, he tenido una conversación con Bernard —dijo ella.

—Amor, tengo que decirte que oírte invocar el nombre de nuestro abogado mientras estás desnuda, con la luz iluminando tu deslumbrante piel, no es precisamente cómo esperaba que transcurriera la noche.

—Da la casualidad, esposo, que mañana es tu cumpleaños.

Él calculó la fecha con rapidez.

—Lo es, de hecho.

—Y mantendremos una seria conversación sobre por qué has ocultado esa información, te lo aseguro. Igual que con tu hermana. No debería ser necesario que el abogado me informara de tal cosa. Pero doy gracias a Dios por Bernard.

—Sí, siempre lo he considerado una gran ventaja. —Ella se rio de su ironía y se acercó a él con la caja—. ¿Este es mi regalo?

—En efecto...

—¿Puedo abrirlo?

—¿Te lo mereces? —bromeó ella. Lo hacía, por supuesto. Nunca había conocido a un hombre que mereciera más un regalo.

La mirada de Alec se oscureció.

—Solo dime qué debo hacer para ganármelo, mi amor, y lo haré de buen grado.

Las palabras le hicieron sentir un escalofrío de deseo al imaginar todo lo que podía hacer. Hacerle a ella. Y lo que ella podría hacerle a cambio. Se le aceleró la respiración mientras él se acercaba todavía más. Él se detuvo frente a ella y le quitó la caja—. No necesito ningún regalo —dijo en voz baja—.

Solo a ti.

Ella negó con la cabeza para aclarar su mente del deseo.

—No —dijo—. Ábrela.

Y lo hizo, retirando la tapa del paquetito cuadrado para mirar qué había en el interior. Lily mantuvo los ojos clavados en el hermoso rostro de su marido, todavía más apuesto bajo la parpadeante luz dorada de la vela, sus labios perfectos y tentadores, ya curvados por la anticipación.

Luego esa emoción desapareció, reemplazada por la confusión.

Por la sorpresa.

Y luego por la alegría. Cuando metió la mano en la caja y sacó un par de botitas con las suelas de cuero rojo.

La alegría era adoración cuando la miró.

—Las botitas.

—Ya no son más —dijo ella sonriendo.

Alec se puso de rodillas y tiró de ella hacia él, para cubrir de besos la suave y desnuda piel de su estómago, susurrando palabras en gaélico a la criatura que crecía dentro.

—Me has dado tanto ya... —dijo Alec finalmente—. Y ahora...

Lily llevó las manos a su cabeza, estudiando a su orgulloso y fuerte escocés, al hombre que le había dado todo lo que había soñado. Luego él la abrazó, adorándola.

Se quedaron así durante un buen rato, hasta que el duque de Warnick se levantó, cogió a su duquesa en brazos, y la llevó al sólido lecho que compartían, donde la amó con todo su ser.

• Nota de la autora •

La inspiración para este y todos los libros de la saga, *Escándalos y canallas*, son las revistas modernas de cotilleos de famosos, algo que los lectores que como yo tienen una debilidad secreta por *US Weekly*, *TMZ* y *Tatler* habrán notado enseguida.

Aunque *Escándalos y canallas* es creación mía, las páginas de cotilleos no son algo nuevo. Los cuadros de desnudos parecen ahora bastante inocuos, pero basta pensar en los móviles para ver que, a pesar de lo mucho que ha cambiado el mundo, todo sigue igual. Me siento en deuda con las mujeres que me han inspirado, féminas que han mantenido la entereza durante los últimos años ante revelaciones como la de Lily.

La serie *Escándalos y canallas* no podría haberse escrito sin la vasta y fascinante colección de publicaciones que existen en la Biblioteca Pública de Nueva York, y la Biblioteca Británica, pues las columnas de chismes de periódicos que ya no se publican se guardan en sus entrañas. Para este libro, además agradezco los documentos de la Royal Academy, que después de 248 años sigue celebrando la exposición anual todos los veranos. Aunque debo decir que, si bien las personas relacionadas con la exposición y los cuadros del libro son históricamente correctos, la idea de que una de las piezas se revelara el último día de la exposición ha sido mía.

Como con todos mis libros, este sería una pálida versión de sí mismo sin Carrie Feron (que siempre tiene razón), Nicole Fisher, Leora Bernstein y el destacado equipo de Avon Books, que incluye a Liate Stehlik, Shawn Nicholls, Pam Jaffee, Caroline Perny, Tobly McSmith, Carla Parker, Brian Grogan, Frank Albanese, Eileen DeWald y Eleanor Mikucki. Con un agradecimiento especial a Lucia Macro por las maravillosas conversaciones sobre la edad dorada del romance. Y, por supuesto, muchas gracias al notable Steve Axelrod.

Gracias también a Lily Everett por la extensa «investigación» sobre

celebridades, a Carrie Ryan y Sophie Jordan por responder siempre al teléfono, a mi hermana Chiara por la primera lectura, y a Ally Carter por la última.

A Eric, gracias por ser el mejor de los hombres. Y a V, siempre podrás enfrentarte al escándalo y salir victoriosa.

Y a mis increíbles lectores, gracias por hacer siempre el viaje conmigo, sin vosotros no sería igual.